



Autor de *Martes con mi viejo profesor*

MITCH ALBOM

Una música prodigiosa

Una narración épica sobre el mejor guitarrista de la historia



Una novela luminosa que consigue que el lector empiece a tararear su canción favorita.

Frankie Presto viene al mundo en Villarreal, Castellón, en una iglesia en llamas, mientras el país afronta una cruenta guerra civil. Acaba siendo criado por un profesor de música ciego que le transmite todo lo que sabe. Con tan solo nueve años, se embarca con destino a América llevando consigo su única posesión, una vieja guitarra de la que ignora su misterioso poder.

Su sorprendente talento lo lleva a recorrer todo el panorama musical del siglo XX, desde la música clásica hasta el jazz y el rock and roll. Su talento sobrecogedor influirá en músicos de la talla de Hank Williams, Elvis Presley, Carole King, Wynton Marsalis e incluso el grupo Kiss.

Mientras su carrera musical asciende imparable y Frankie se convierte en el mejor músico de su tiempo, descubre el inmenso poder que le confiere su guitarra. ¿Conseguirá Frankie encontrar su propio camino?

Mitch Albom se ha inspirado en el músico español nacido en Villarreal (Castellón), Francisco Tárrega, el compositor de Recuerdos de la Alhambra y coetáneo de Isaac Albéniz, para dar vida al que quizá sea su personaje más inolvidable.

Mitch Albom

Una música prodigiosa

Una novela inspirada en Francisco Tárrega, uno de los mejores guitarrista de todos los tiempos



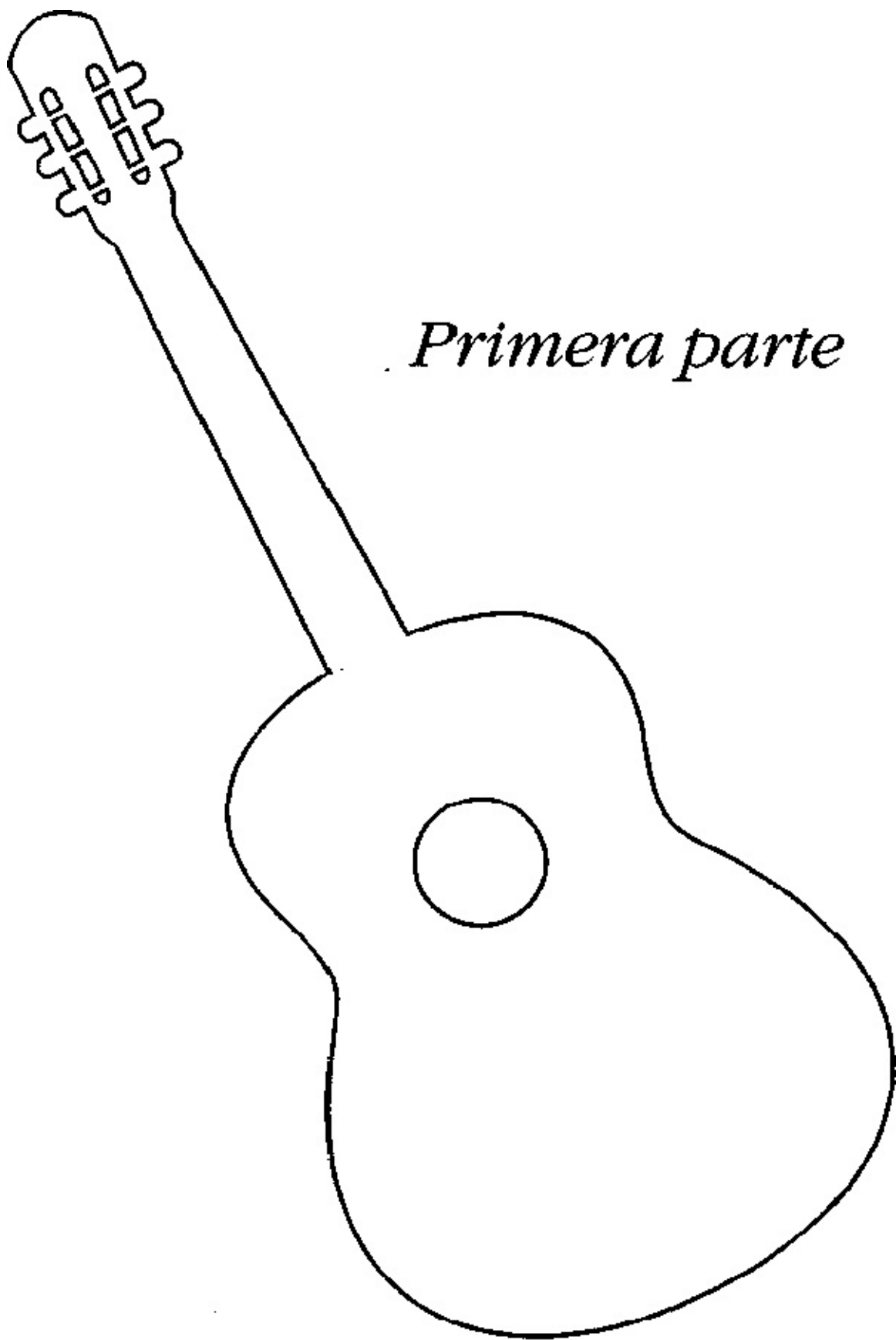
Título original: *The Magic Strings of Frankie Presto*
Mitch Albom, 2012
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel, 2017

Revisión: 1.0
Fecha

Para mi tío Mike, el primero de muchos músicos que a lo largo de mi vida me han hecho decir: «Quiero tocar así».

«Brindo por todos los chicos que pasaron con
suaves guitarras en fundas de cartón durante toda
la noche.
¿No os gustaría saber qué ha sido de ellos?»

PAUL SIMON



Primera parte

1

He venido a llevarme mi trofeo.

Está aquí, en el ataúd. La verdad es que ya es mío, pero un buen músico espera con respeto a que se hayan tocado las últimas notas. La melodía de este hombre ha terminado, pero sus allegados han venido de muy lejos para añadir unas cuantas estrofas, una especie de coda.

Escuchemos.

El cielo puede esperar.

»¿Os doy miedo? No hay porqué. No soy la muerte. ¿Un siniestro encapuchado con guadaña, envuelto en olores de putrefacción? «Por favor», que dirían vuestros jóvenes.

Tampoco soy el Sumo Juez a quien tarde o temprano todos teméis. ¿Qué derecho tengo yo a juzgar una vida? He estado con los malos y con los buenos. Respecto a las fechorías que haya podido cometer este hombre, no tengo veredicto, como tampoco evalúo sus virtudes.

Sé mucho de él, eso sí: los hechizos que urdía con su guitarra, las multitudes seducidas por su voz, grave y sedosa.

Las vidas que cambió con sus seis cuerdas azules.

Podría contarlo.

O descansar.

Siempre reservo tiempo para descansar.

¿Os parezco esquiva? Puedo serlo, a veces. También soy dulce y tranquilizadora, y disonante e iracunda, y difícil, y simple, apaciguadora como arena que se vierte, penetrante como el alfiler.

Soy la Música, y vengo a llevarme el alma de Frankie Presto. Bueno, toda no, solo lo que tomó de mí al llegar al mundo, que no fue poco. No pertenezco a nadie, ni siquiera a quien mejor me usa. Estoy en préstamo. Nadie se va sin haberme devuelto.

Recogeré el talento de Frankie para esparcirlo en otras almas recién nacidas, como haré algún día con el vuestro. Por algo alzáis la vista al oír vuestra primera melodía o seguís con el pie el ritmo de un tambor.

Todos los seres humanos son musicales.

Si no, ¿por qué os habría dado Dios un corazón que late?



Algunos, como es lógico, os lleváis más de mí que otros. Bach, Mozart, Jobim, Louis Armstrong, Eric Clapton, Philip Glass o Prince. Son solo unos pocos ejemplos de vuestra época, algunas manos diminutas que sentí tendidas, aferradas a mí en el momento de nacer. Voy a contaros un secreto: así es cómo se distribuye el talento. Antes de que un bebé abra por primera vez sus ojos, giramos a su alrededor como colores vivos y lo que hacen sus dedos al cerrarse por primera vez es empuñar el color que más le gusta. Esos talentos lo acompañarán toda la vida. Los más afortunados —al menos desde mi punto de vista— me eligen a mí, a la música. A partir de entonces vivo en cada nota que entonáis o silbáis, y en cada pulsación de cuerda o tecla de piano.

No puedo evitar que os muráis. No llegan a tanto mis poderes.

Pero sí os impregno.

Como impregné a quien está en este ataúd, mi misterioso e incomprendido Frankie Presto, cuya muerte, ocurrida hace poco durante un certamen musical, fue presenciada por el aforo de una gran sala de conciertos: primero su cuerpo se elevó hasta el techo y luego cayó en el escenario, como corteza inerte.

El revuelo fue considerable. Los que están acudiendo a esta antigua basílica aún se hacen la misma pregunta: «¿Quién mató a Frankie Presto?». Según ellos, nadie muere así de muerte natural.

Tienen razón.



¿Sabíais que su auténtico nombre de pila era Francisco? Sus managers trataron de ocultarlo. Pensaban que «Frankie» sería más del gusto de los fans estadounidenses, con razón, supongo, visto cómo gritaban en sus conciertos las adolescentes; «¡Frankie! ¡Te quiero, Frankie!». Los nombres cortos se adecúan mejor a la histeria. Pero aunque el hombre se forje el porvenir, no puede cambiar su pasado.

Su verdadero nombre era Francisco.

Francisco de Asís Pascual Presto.

A mí no me disgusta.

Estuve presente la noche en que se lo pusieron.



Sí, habéis oído bien. Lo sé todo sobre cómo vino al mundo Frankie Presto, lo que no sabe nadie, lo que han calificado siempre de misterio los críticos e historiadores de música, y hasta el propio Frankie.

Si queréis os lo cuento.

¿Os sorprende que no me resista a revelar algo tan codiciado? ¿De qué sirve retrasarlo? No

soy uno de los talentos «lentos», como la Razón o las Matemáticas. Soy la Música. Si os hago el regalo de saber cantar, lo haréis a la primera. ¿Componer? Muchas de mis mejores frases están en las notas iniciales. *Eine kleine Nachtmusik*, de Mozart: tan, tatán, tatá tatá tatán... Se le escapó una carcajada nada más tocarlo en su piano. No tardó ni un minuto.

¿Queréis saber cómo llegó al mundo Frankie Presto?

Os lo voy a contar.

Así de fácil.



Fue aquí, en España, en Villarreal, ciudad fundada hace más de siete siglos por un rey, cerca del mar. Yo prefiero empezar siempre con la marca de tiempo, de compás. Situémonos: agosto de 1936, en un errático seis por cinco, reflejo de una etapa sangrienta en la historia del país. Una guerra civil. Se acercaba a estas calles, y más en concreto a esta iglesia, algo que llamaban en voz baja «el terror rojo». La mayoría de los curas y monjas habían huido al campo.

Me acuerdo bien de esa tarde. (Tengo memoria, en efecto. Brazos y piernas no, pero sí una memoria inagotable). Tronaba y llovía a cántaros. Una mujer joven entró a toda prisa para rezar por el hijo que llevaba en su seno. Se llamaba Carmencita. Era menuda, con los pómulos marcados, y tenía un pelo voluminoso y ondulado del color de la uva negra. Encendió dos cirios y se santiguó. De pronto se llevó las manos al vientre y se dobló de dolor. Estaba de parto.

Gritó. Una monja joven, de ojos color de miel y dientes algo separados, acudió corriendo a levantarla.

—Tranquila —dijo, y le sujetó la cara, pero no tuvieron tiempo de ir al hospital porque justo entonces se vino abajo la puerta de la iglesia.

Habían llegado los saqueadores.

Eran revolucionarios y milicianos furiosos que venían a destrozar la iglesia, como llevaban haciendo en toda España, donde profanaban imágenes y altares, reducían los sagrarios a cenizas y asesinaban a los curas y las monjas en sus espacios de oración.

Parece imposible que ante atrocidades como esas no se quede en suspenso, horrorizada, cualquier nueva vida, pero el caso es que un parto no lo retrasan la alegría ni el miedo. Nada sabía de guerras el futuro Frankie, en el útero materno, listo para hacer su aparición.

Como lo estaba también yo.

La joven monja llevó a Carmencita a toda prisa hasta una escalera secreta, construida siglos atrás, que conducía a una habitación oculta; y mientras los saqueadores destrozaban la iglesia, la monja acostó a la madre de Frankie en un rincón, a la luz de unas velas, sobre una manta gris. La rápida respiración de ambas creó un ritmo.

—Tranquila, tranquila —repetía la monja en voz baja.

Los golpes de la lluvia en el tejado parecían mazazos. Los truenos, timbales. Abajo, los saqueadores prendieron fuego al refectorio. Las llamas crepitaban como cien castañuelas. Las pocas personas que no habían salido huyendo de la iglesia proferían chillidos de súplica, a los que respondían con órdenes bruscas los responsables de las atrocidades. Las voces graves, las agudas, el chisporroteo de las llamas, el silbido del viento, el repiqueteo de la lluvia y los estallidos de los

truenos creaban un *crescendo* sinfónico de cólera; y justo cuando los invasores forzaban la tumba de san Pascual y se disponían a profanar sus huesos, en lo más alto de la basílica empezaron a tañer las campanas y todos levantaron la vista.

Fue el momento exacto en que nació Frankie Presto.

Sus diminutas manos se cerraron.

Y se llevó un pedazo de mí.



Ajá. ¿Me estaré implicando en la historia? Debo tener en cuenta la composición. No es lo mismo contar un nacimiento que contar toda una vida.

Apartémonos del ataúd y salgamos un momento adonde el sol de la mañana hace bizquear a los que salen de sus coches, aparcados a ambos lados de estas calles estrechas. De momento, ha llegado poca gente. A juzgar por mi recuento —siempre exacto, como mi compás—, durante su tiempo en el planeta, Frankie Presto tocó con trescientos setenta y cuatro grupos.

Sería de esperar un entierro concurrido.

En esta vida, en cualquier caso, todo el mundo es de algún grupo. Solo unos pocos son grupos de música. Frankie, mi preciado discípulo, fue más que un guitarrista, más que un cantante, más que un artista famoso que desapareció durante buena parte de su vida. De niño sufrió mucho y, a cambio de ese sufrimiento, recibió un regalo: unas cuerdas que le daban el poder de cambiar vidas.

Seis cuerdas.

Seis vidas.

Por eso sospecho que esta despedida podría ser interesante, y por eso me quedaré a escuchar qué dicen los presentes en el funeral: la extraordinaria sinfonía de Frankie interpretada por personas que lo conocieron, Queda en pie, por otra parte, el misterio de su muerte, y del oscuro personaje que justo antes de ella lo seguía.

Quiero verlo resuelto.

La música siempre ansía que todo se resuelva.

Pero antes debo descansar, que ya he compartido muchas notas. ¿Veis a los hombres que fuman en los escalones de la iglesia? ¿Veis al del bombín de *tweed*? También es músico, trompetista. Antes sus dedos eran ágiles, pero ahora es viejo y lucha contra la enfermedad.

Escuchémoslo un momento.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

Por el de este hombre pasó Frankie.

Marcus Belgrave

Trompetista de jazz en su propio quinteto y el grupo de Ray Charles, acompañante de McCoy Tyner, Dizzy Gillespie, Ella Fitzgerald y otros

Dame fuego, haz el favor... Mmm..., mmm... Gracias...

No, la verdad es que tampoco me lo puedo creer. No son maneras de morir. Aunque para mí que Frankie tenía algo raro. Magia, vudú... No sé, algo. Esta anécdota nunca la había contado, pero te juro que es verdad.

Estábamos tocando en un club de Detroit, en 1951 o 1952, en la zona que llamaban Black Bottom. Antes había un montón de clubes buenos, pero desde la guerra el barrio se echó a perder.

Bueno, pues estábamos tocando un viernes por la noche, cuatro turnos (las ocho, las diez, las doce y las dos de la madrugada), con Frankie a la guitarra. Entonces solo era un adolescente flaco, mucho antes de sus grandes éxitos. De hecho, ni siquiera cantaba todavía, y para mí era «Frankie» a secas. Vaya, que no me sabía su apellido. Por edad no habría podido entrar en la sala, pero como no pedía dinero, para el dueño del club era como un adulto, no sé si me explico. Dejábamos que se pusiera al fondo, lejos de los focos, con su mata de pelo negro rebotando en la oscuridad. Él tenía su plato de pollo gratis al final de la noche, y nosotros nuestro guitarrista gratis.

Vale, vale, ahora lo cuento. Lo dicho, que la sala era un antro, y había algún que otro personaje de armas tomar. Estábamos tocando *Smokehouse Blues*. En un rincón había un hombre alto y barbudo, con una rubia guapa que se había pasado con el pintalabios, no sé si para parecer mayor.

Algo debió de pasar, porque de repente el de la barba se levanta de un salto, tira la silla al suelo, empuja a la chica contra la pared y le pone un cuchillo en el cuello. Le decía de todo, a grito pelado, mientras la asfixiaba. Tilly, nuestro pianista, salió enseguida por la puerta del local. Era así. Lo llamábamos «Tilly el no quiero problemas». En cambio, los demás seguimos tocando con esa cara que se te pone cuando no quieres mirar, pero tampoco puedes apartar la vista. Casi tenías la impresión de que la mataría en cuanto dejara de sonar la música. Él con el cuchillo en la mano, gritando, ella ahogándose, y nadie hacía nada, por lo corpulento que era el hombre.

De repente veo que Frankie se planta al borde del escenario y empieza a tocar a todo volumen, muy deprisa. Tocaba tan bien que la gente no sabía hacia dónde mirar.

—¡Eh! —grita.

El de la barba se gira y le suelta algo con voz de borracho. Frankie sigue tocando aún más deprisa. Tony, Elroy y yo intentábamos seguirle el ritmo, pero se le había metido algo en la cabeza. Movía los dedos como si estuviera poseído.

—¡Eh! —grita otra vez.

Tocaba como un rayo, pero sin desafinar ni una nota. Ojo, que ahora viene lo bueno: el de la barba se gira y apunta el cuchillo hacia él, como si aceptara el reto.

—Más deprisa —masculla.

Así que Frankie acelera aún más. Algunos empiezan a animarle, como si fuera un juego. Frankie acaba *Smokehouse Blues* y enlaza con *El vuelo del moscardón*, aquella de la ópera rusa, ¿sabes, no? Yo busco las notas con mi trompeta. Elroy le da tan fuerte al pedal que parece que vaya a quedarse sin pie.

—¡Más deprisa! —grita otra vez el de la barba.

Y cuando ya estábamos pensando todos que más deprisa que eso no tocaba ni Dios, Frankie rizó el rizo e hizo correr los dedos por las cuerdas a tal velocidad que no me habría extrañado que salieran moscardones de la guitarra. Ni siquiera se miraba las manos. Tenía la vista clavada en el hombre de la barba, con la boca un poca abierta y mechones de pelo caídos por la frente. Para entonces ya daba palmas todo el público, que intentaba seguir el ritmo que marcaba Elroy. Frankie empezó a bajar desde la punta del mástil hasta los primeros trastes, dejando casi hipnotizado al de la barba, que se acercó para verlo mejor. Frankie y la del pintalabios no dejaban de mirarse. En un momento dado, él le hizo un gesto con la cabeza y ella se fue como una bala.

Ahora ya lo animaba todo el público, de esa manera típica de los conciertos: «¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Uuuh!».

Frankie apretó los labios y empezó a sacar unas notas tan agudas que parecía que estuviera pellizcando unas crías de pájaro. El de la barba estaba justo delante del escenario. Frankie lo apuntó con el mástil, como si fuera una especie de ametralladora, ratatatatá, y paró de golpe. Fin de la canción. Luego se pasó la guitarra por la cabeza. Estaban todos medio locos, contenían la respiración, expectantes: pero ¡cómo toca el chaval este! Estábamos felices de que no se hubiera muerto nadie.

Frankie se marchó corriendo tras la chica.

Ahora viene lo bueno.

Miré su guitarra y vi que una cuerda se había puesto de color azul. Te lo juro, un azul como el del centro de una llama.

Me dije a mí mismo: no sé de dónde sale este chaval, pero mejor no saberlo.

2

Bueno.

Voy a daros una pista.

Sin lo que hizo Frankie, la rubia de los labios excesivamente pintados se habría muerto. Pero Frankie era demasiado joven para comprenderlo y hasta para darse cuenta de su propio poder...

Perdón.

Aquí arriba.

En el alféizar.

Estaba escuchando *Heart of Glass*, de Blondie, en un transmisor de radio que había en la cocina. Se oía por todo el callejón de detrás de la iglesia. ¿Os habéis fijado en que la música suena de otra manera en exteriores? Un violonchelo durante una boda en un jardín, un calíope en un parque de atracciones de la playa...

Es porque nací al aire libre, en el choque de las olas, en el silbido de las tormentas de arena, en el ulular de los búhos y el graznido de los mieleros tui. Viajo en ecos. Cabalgo la brisa. Fui forjada en la naturaleza, desnuda y sin adornos. El único que pule mis aristas para que sea bonita es el hombre.

Reconozco que lo habéis logrado, pero con toda una serie de presuposiciones, como que cuanto más silencioso es el entorno más pura soy yo. Qué tontería. Uno de mis discípulos, un saxofonista larguirucho que se llamaba Sonny Rollins, se pasó tres años tocando en un puente de Nueva York, donde sus dulces melodías de *jazz*, se mezclaban con el ruido de los coches. Yo me sentaba muchas veces en las vigas, a escuchar.

¿Y qué decir de mi querido Frankie, nacido en la cacofonía de las campanadas y el estruendo de la destrucción? ¿Os acordáis de esa noche, en la iglesia incendiada? Carmencita, la madre de Frankie, tenía que evitar que el bebé llorase, para que no los descubriese una horda asesina, así que, acostada a su lado en la manta gris, le tarareó al oído una canción. Era una melodía antigua, muy conocida en Villarreal. La había escrito uno de sus hijos, mi brillante guitarrista Francisco Tárrega. Carmencita la tarareó con toda la pureza con la que se ha podido tararear en este mundo una canción, mientras rodaban lágrimas por sus mejillas y caían en la piel del bebé recién nacido.

El niño no lloró.

Mejor, porque los saqueadores solo tardaron unos minutos en llegar al altar principal. Se oía que lo destrozaban todo, cada vez más cerca. No tardarían en subir por la escalera. La monja de los ojos color miel y los dientes separados temblaba. Sabía que a la madre no se la podía mover. Estaba demasiado débil y había perdido mucha sangre.

También sabía que si los saqueadores descubrían a una monja, la matarían.

Se quitó el hábito por la cabeza, mientras rezaba en voz baja, y apagó las velas con los dedos.

—Silencio —susurró.

Carmencita interrumpió la única melodía que llegó a cantarle a su hijo.

La canción se llamaba *Lágrima*.



Todo esto, como es natural, le parecerá una incongruencia a quien solo conozca a Frankie Presto de sus años de más éxito, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando lo bautizaron como «el nuevo Elvis Presley» y grabó discos que se tradujeron en apariciones por televisión, conciertos multitudinarios y esa foto mítica donde saca la cabeza por la ventanilla de un coche, sonriendo, con una cazadora marrón claro y una camisa con el cuello rosa, para firmarle un autógrafo con la mano a una morena guapa.

La foto, publicada en la revista *Life*, fue la portada de su álbum más comercial, *Frankie Presto Wants to Love You*, que vendió millones de copias y le hizo ganar una fortuna que habría sido inimaginable durante su infancia en las calles pobres de Villarreal por las que pasaban carros tirados por caballos y cargados de naranjas.

Sin embargo, en esa etapa de su trayectoria, Frankie era un artista americano, con un mánager americano, y cantaba sin ningún rastro de acento español. Hasta la guitarra había quedado en un segundo plano. En honor a la verdad, le hacían cantar cosas que no estaban a la altura de su talento.

Pero ni siquiera os he dicho nada de su primer instrumento, ni del perro sin pelo, ni de la niña en el árbol, ni del Maestro, ni de la guerra, ni de Django, Elvis o Hank Williams, ni de por qué desapareció Frankie en la cúspide de la fama.

Ni de cómo murió, subiendo por los aires frente a un público atónito.

El viaje de Frankie. Qué historia tan intensa. Os veo interesados, y me tienta. Siempre me tienta el público.

Llegan los coches. El sol se eleva sobre la ciudad. El cura aún no ha acabado de vestirse en la sacristía.

Supongo que hay tiempo.

Bueno, pues vayamos al grano, que es lo que le corresponde al apellido Presto. Esa palabra la usaban los compositores de antes para señalar mis tempos más rápidos, alegres, vivarachos e impetuosos.

También tiene la acepción de «preparado».

¿Lo estáis?

Pues adelante con la historia de mi niño.

3

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

En el primero ingresáis al nacer. La voz cantante la lleva vuestra madre, que comparte el escenario con vuestro padre y vuestros hermanos. Salvo que falte el padre y los focos iluminen un taburete vacío. Aun así será uno de los miembros fundadores, y sí reaparece algún día, tendréis que hacerle sitio.

Con el paso del tiempo os uniréis a otros grupos, ya sea por amistad, por amor, por el barrio, el colegio, el Ejército... Puede ser que llevéis el mismo tipo de ropa o que os riais con un vocabulario propio. Quizá os echéis en los sofás de un camerino, o puede que os sentéis en la mesa de una sala de reuniones, o que os apretujéis en el comedor de un barco, pero en cada grupo tendréis un papel determinado, y el grupo influirá en vosotros en la misma medida que vosotros en él.

Y, como ocurre casi siempre con los grupos, la mayoría se disgregarán, por el distanciamiento, por las diferencias, por el divorcio o por la muerte.

El primer grupo de Frankie fue un dúo: madre e hijo. Tuvo a bien el Señor que los saqueadores no los descubrieran aquella noche y lograsen escapar de la iglesia incendiada. Traumatizada por el duro trance, la mujer se fue a la otra punta del pueblo y no le contó a nadie lo ocurrido. En la España de esos años reinaba la desconfianza, y la gente se guardaba los secretos. Siempre que la madre se cruzaba con algún vecino, bajaba la cabeza para no mirarlo a los ojos.

—¡Qué niño más guapo!

—Gracias —murmuraba, y se alejaba a toda prisa.

Al niño le creció una gran mata de pelo negro. Con el paso de los meses, la mujer observó que cada vez que sonaban las campanas de la iglesia se giraba. Una vez pasaron al lado de un músico que tocaba la flauta por la calle, y el pequeño Francisco tendió las manos para llevarse más de mí, y eso que ya tenía de sobra.

Era un niño muy normal en casi todos los aspectos, salvo en que apenas lloraba. De hecho, a duras penas emitía sonidos. Él y su madre vivían en un piso de un solo dormitorio, encima de una panadería. Cuando tenían hambre, que era casi siempre, la madre bajaba y esperaba a que el panadero, un hombre mayor, le preguntara por su hijo, aquel bebé tan silencioso. Entonces ella

bajaba la vista y él suspiraba, compasivo.

—No se preocupe, señora, que seguro que algún día hablará.

Y le daba un plato de panecillos impregnados en aceite de oliva.

De vez en cuando la madre ganaba algo cosiendo o lavando, pero el país aún no se había repuesto de los estragos de la guerra. Escaseaba el dinero, y para una mujer sola con un niño pequeño era difícil encontrar un empleo. Sobrevivían de milagro, día a día.

—Vaya a la iglesia, que le ayudarán —le decían los vecinos.

Nunca lo hizo. Ya no quería saber nada de iglesias.

Cuando Frankie cumplió un año, su madre, para romper con la monotonía, lo llevó a la calle Mayor, la única pavimentada del pueblo, y a la tienda más importante. Casa Medina, para ver cosas que nunca podrían permitirse. Estuvo mirando un buen rato cochecitos de bebé. Cómo le habría gustado tener uno... También había un gramófono de cuerda. Se detuvo a admirarlo antes de salir. El dueño, un hombre bien vestido y con bigote fino, se acercó, quizá porque había visto que no llevaba anillo de casada, y puso un disco nuevo de pizarra.

—Escuche, señora, por favor —dijo, sonriente y orgulloso.

Era un disco del guitarrista español Andrés Segovia. Las notas que tocaba hipnotizaron al pequeño Frankie, que ladeó la cabeza y apretó los puños.

Al final de la composición, por fin, lloró.

A pleno pulmón.

Su voz tenía la potencia de la de un hombre adulto. El dueño hizo una mueca. Los clientes también. La madre, avergonzada, zarandeó con dureza al pequeño.

—¡Silencio! —dijo entre dientes.

Pero el llanto seguía, tan penetrante que llegaba hasta los últimos rincones de la tienda. Un vendedor sacó un caramelo de debajo de un mostrador y se lo puso a Frankie en la boca para que se callara, pero el niño agitó mucho las manos y lloró con más fuerza, si cabía.

Al final, el dueño, nervioso, volvió a colocar el brazo del gramófono en el disco.

Segovia volvió a tocar.

Y Frankie se calló.

No hace falta que os diga el título de la canción.

Lágrima.



Desde ese día, el niño nunca estaba contento. Lloraba sin parar, a cualquier hora. Ni camas, ni mantas; nada lo tranquilizaba. Berreaba con más fuerza que los gallos o los perros callejeros, como si pidiera a gritos algo que jamás podría tener.

—¡Basta! —bramaban los vecinos a través de las ventanas—. ¡Dale leche! ¡Que pare!

No había manera. Se pasaba las noches llorando, a pesar de los porrazos en la pared y los golpes con el palo de la escoba en el techo.

—¡Haz algo!

—¡Tenemos que dormir!

No se recordaba a otro bebé igual de escandaloso. Hasta el panadero dejó de dar pan a la

madre, con la esperanza de que se fueran a vivir a otro sitio.

Sin ayuda, sin apenas comida, la pobre mujer no daba más de sí. No dormía, cayó en una depresión. Aquejada por el hambre, fue perdiendo la salud. Una fiebre contraída a las puertas del invierno le produjo ataques de delirio. Iba por la calle con el cuello envuelto en una toalla roja mientras Francisco estaba en el piso, llorando. A veces murmuraba palabras que creía oír.

Una mañana de frío que no tenía nada que darle de comer al niño, ni manera alguna de impedir que chillase, se lo llevó fuera del pueblo, a la orilla del Mijares, y bajó por la cuesta que llevaba al río. Un viento fuerte arremolinaba las hojas sobre el barro. La mujer miró al niño, envuelto en una manta gris. Él se calló un momento. La expresión de la mujer se hizo más dulce. De pronto, doblaron a lo lejos las campanas de la iglesia y el niño volvió a aullar. Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó también un alarido.

Lanzó al pequeño al agua.

Y se marchó corriendo.

Ninguna madre debería llegar a esos extremos, pero es que no era la madre de Frankie. La madre de Frankie murió en el cuarto de la iglesia, envuelta en el sayo de una monja.

Clem Dundridge

Corista de los King-Tones, los Jordanaires y la Frankie Presto Band

Buenas. ¿Qué eres, de la tele? Oye, ¿sabes a qué hora empieza el funeral?

¿Yo? No, qué va... Nunca había estado en España, aunque me gusta bastante la música. ¡Ja! ¿Sabes que hay una canción que se titula así. *Never Been to Spain*? ¿quién era? Uf... De los Three no sé qué... ¡Three Dog Night! Eso. ¡Qué nombre más tonto!

No, no, si ya... Donde vivo los entierros tampoco se celebran con puntualidad. ¿Ahora? En Greenville. Carolina del Sur. Estados Unidos.

No, a Frankie llevaba alrededor de veinte años sin verlo. Perdimos el contacto. Le pasó con casi todo el mundo. Él era así. Ni siquiera sabía que aún tocara, hasta que me enteré de cómo murió...

¿Qué cómo nos conocimos? ¡Ja! ¡Prepárate! Lo conocí con Elvis Presley en los conciertos de *Louisiana Hayride*, en 1957... Pues sí... Para que veas... Tan verídico como la vida misma, sí señor. Ahora ya puedo decirlo. Tenía que callármelo hasta que se murieran los dos, Elvis y Frankie, pero ellos ya están criando malvas y yo he cumplido los ochenta y dos. ¿A qué espero? Me estoy planteando contarle en la iglesia. ¿Se puede hablar durante la ceremonia? Es católica, ¿no? No sé si dejan...

¿Ahora mismo? Mira, ¿sabes qué? Que si me das un poco del café que estás tomando, te lo explico. Gracias... Se agradece... Mmm...

A ver, te cuento. Yo entonces cantaba con los Jordanaires, que eran los músicos que acompañaban a Elvis. Con los años pasó mucha gente por el grupo, la mayoría cantantes de góspel, y hasta algunos pastores, que al final volvieron a la iglesia. Yo estuve poco tiempo, pero fue justo cuando se disparó todo lo de Elvis. A cada concierto venía más gente.

La verdad es que Frankie se parecía un montón a Elvis. No se puede negar. Cuando sonreían enseñaban todos los dientes, y tenían los dos el pelo muy oscuro, aunque el de Elvis era teñido. De natural lo tenía más bien entre castaño y pelirrojo. Frankie era un poco más alto y más delgado. Lo que pasa es que entonces nadie sabía que supiera hacer algo más que tocar la guitarra. Ni siquiera tengo muy claro cómo llegó a Louisiana. Alguien me dijo que vino de Detroit en el maletero de un coche. En serio. Es que era muy reservado, y no fumaba ni iba de

juerga, y en un grupo, si no haces nada de eso, casi no hay tiempo de que te conozcan...

La cuestión es que una tarde estábamos en el auditorio municipal de Shreveport (que era donde grababan *Louisiana Hayride*, el programa de radio, que era un bombazo por aquella zona), haciendo pruebas de sonido para el concierto de la noche, y no estaba Elvis. Andaba con alguna chica, haciendo de las suyas. A su mánager, el coronel Parker, le salía humo por las orejas. El coronel lo tenía todo muy controlado y le daba mucha rabia que alguien llegara tarde, aunque fuera el propio Elvis. Esperamos cinco o diez minutos. Parker miraba todo el rato su reloj, hasta que de repente gritó: «¡Tocad algo! ¡Venga, a trabajar!». Como no era plan de disgustar al coronel, el grupo se puso a tocar la primera canción del concierto, *I Want You, LI Need You, I Love You*, y los Jordanares empezamos con las segundas voces. Lo que pasa es que sin Elvis sonaba un poco tonto, todo el rato «Uuu, uuu», y al coronel se le notaba el enfado a un kilómetro. Se puso como un tomate y empezó a dar vueltas sin quitar la vista de la puerta. Hasta que de repente... ¿Sabes qué pasó? Pues que empezamos a oír que alguien cantaba la letra. Parecía Elvis, pero era Frankie, que se había acercado al micro. La cantaba a la perfección. Miré a los demás, pensando en el rapapolvo que le echaría el coronel. ¿Imitar a Elvis delante del jefe? ¡Qué ocurrencia! El coronel se lo quedó mirando, con la mandíbula apretada, mordiendo el puro que siempre tenía en la boca. «Chao, Frankie —pensé yo—, ha sido un placer». Pero no, no le pidió que parase. Acabamos la canción, y lo único que hizo el coronel fue preguntarle al técnico de sonido: «¿Está bien así?».

Nos fuimos, sacudiendo la cabeza incrédulos. Me acuerdo de que justo después, el pianista, Hoot, le puso una cerveza en la mano a Frankie, que le preguntó por qué, y que Hoot contestó: «Porque aún estás vivo».

Ahora, sitúate más o menos un mes más tarde. Estábamos de gira con Elvis en la costa noroeste del Pacífico. Nos habían contratado para tocar en Canadá, en un estadio de Vancouver. De repente, no sé cómo, nos enteramos de que el coronel Parker estaba en negociaciones con el Ejército. Ellos querían que Elvis empezara el servicio militar, pero el coronel quería retrasarlo como fuera hasta tener grabados algunos discos más. Se había agenciado la gallina de los huevos de oro y no pensaba soltarla ni loco, aunque se lo pidiera el Gobierno.

Al final, el Ejército aceptó hablar con los dos, con Elvis y con el coronel, pero en secreto, y justo el día que teníamos que tocar en Vancouver. De ahí no se movieron. Se ve que a la reunión iba a ir un general, un pez gordo que quería conocer a Elvis. Vamos, que supongo que o se reunían ese día o llamaban a Elvis a filas.

Cualquiera habría cancelado el concierto y santas pascuas, pero el coronel no era cualquiera. A la taquilla de un estadio no renunciaba por nada ni por nadie. Se esperaban unas veinte mil personas, que era mucho dinero.

Total, que ahí estábamos el día antes, a medianoche, yendo a una sala pequeña por orden del coronel. Estaba vacía. De Elvis, ni rastro. Solo había un escenario con todo nuestro equipo. El coronel ya había llegado, y estaba con... ¿Lo adivinas? Con Frankie. Parker le hablaba en voz baja y él asentía. Los demás no sabíamos qué pasaba. Al final el coronel se giró hacia nosotros y nos dijo: «Quiero que ensayéis todo el concierto con este chaval de vocalista». Nos miramos, como diciendo «¿pero de qué va?», aunque no abrimos la boca. Le hicimos caso y nos pusimos a tocar mientras Frankie cantaba. Y te aseguro, como que estoy aquí, que al final del ensayo, si hubiera cerrado los ojos, no habría sabido si oía a Frankie o a Elvis. Tenía tanto sentido de la música, que podría haber hecho que un timbal sonase como un ruiseñor, no sé si me entiendes.

De todos modos, seguíamos sin tenerlo muy claro. Se parecía a Elvis, pero no lo era. Al final del ensayo nos dijo el coronel: «A ver, todos atentos. El chaval se quedará al fondo, con vosotros. No se pondrá delante del escenario, ¿de acuerdo? Y nada de hablar entre canción y canción. Las tocáis todas seguidas, y deprisa».

Al final nos hizo una advertencia, como era de esperar: «Si alguno de vosotros abre el pico, os meto una demanda que no os dará tiempo ni a respirar». No hacía falta que lo dijera. Nadie habría revelado lo del bolo de Elvis. La gallina de los huevos de oro también era nuestra.

Llega la siguiente noche. El Elvis de verdad está en Virginia, con el Gobierno, y nosotros en Vancouver, Canadá, entrando al estadio dentro un coche negro. Frankie va en medio, en la parte trasera, con la chaqueta de raso dorado y unas gafas de sol, sin decir nada. No sé decirte si estaba superrelajado o muerto de miedo. Yo sí que estaba muerto de miedo, te lo aseguro. Nos habían dicho que lo rodeásemos cuando saliera al *backstage*, y que no dejáramos que se le acercara nadie demasiado, ni siquiera la policía. Nos lo llevamos detrás del telón. Se oía el rumor de los espectadores. Yo pensé: ni de milagro nos sale bien esto.

Pero cuando salimos al escenario y miramos a los fans, estaban todos muy lejos, en las gradas, y el coronel había llenado el campo de vallas con la excusa de que era por seguridad, para proteger a Elvis. Teníamos una protección de al menos cuarenta metros. No se acercaría nadie. Era lo que quería el coronel. Además, como era a finales de verano, todavía había luz y con los focos apagados costaba más ver los detalles a tanta distancia. Yo le dije en voz baja a Bill, otro de los cantantes:

—¿Qué, qué te parece?

Y él contestó:

—Si sale mal, Clem, corre hacia la derecha, que es donde están los coches.

Luego el presentador se puso a dar voces.

—¡Señoras y señores, Elvis Presley!

Y de repente solo se oían gritos. Entonces salió Frankie, con la chaqueta dorada, una camisa negra y la guitarra al cuello, alta, como la llevaba Elvis. Me preparé para lo que pudiera ocurrir: que nos abuchearan o nos tiraran cosas, pero no pasó nada. ¡Se lo tragarón a pies juntillas! Frankie le hizo caso al coronel y no se separó de nosotros. No se puso donde pudieran grabarlo las cámaras a él solo, ni dijo nada. Empezó directamente con *Well, Since my Baby left me* —sabes, ¿no?, el primer verso de *Heartbreak Hotel*—, y a partir de entonces habría dado lo mismo que cantase Frankie, yo o Pearl Bailey, porque fue una locura. No se oía casi nada. De repente bajaron todos los críos de las gradas y se metieron corriendo en el campo. Frankie se fue ventilando *I Got a Woman*, *Rip it up* y *Ready Teddy*. Los demás nos mirábamos con sonrisas pillas, porque lo hacía bien, y nos estábamos saliendo con la nuestra. Mientras tanto, los policías mandaban subir a los críos a las gradas, pero bajaron otra vez. Frankie se metía cada vez más en el papel con cada canción, sacudía las piernas y movía las caderas como Elvis. Le hice un par de gestos con la cabeza, como diciéndole: «Por ahí no sigas. Quédate aquí al fondo, no vayamos a salir trasquilados». Pero claro, empezó a sonar *Hound Dog* y supongo que fue más fuerte que él. Ahí ya se desmelenó. Se apartó del resto y empezó a descoyuntarse y a girar los brazos, haciendo la misma mueca que Elvis. Fue el acabóse. Todos los espectadores invadieron el escenario, mientras los policías intentaban contenerlos a golpes de silbato. Empezó a caer gente al suelo.

Nada más acabarse *Hound Dog*, los de seguridad nos sacaron del escenario mientras Frankie se despedía del público con una sonrisa, como diciendo «¡Hasta la próxima!».

Veintidós minutos. Fue lo que duró el concierto. Veintidós minutos. Lo conseguimos. De ese concierto sigue hablándose como de uno de los más locos y salvajes de toda la carrera de Elvis, y el único que dio en Canadá. Solo estábamos al tanto de lo que pasó los músicos, los Jordanares, el coronel y el bueno de Elvis, que en paz descanse.

Y Frankie, claro.

Al día siguiente dejó el grupo. Yo creo que quería evitar a Elvis. O Elvis a él, no sé. El caso es que se fue y no volvimos a vernos hasta un par de años después, cuando me propuso ir de gira con él. Había cambiado. Estaba más seguro. Más estrella, ¿comprendes? Yo creo que aquel concierto lo cambió. Después de haberlo probado, lo quiso para él.

Han pasado casi sesenta años sin que nadie haya abierto la boca sobre aquella noche, pero a mis ochenta y dos años, muerto Frankie... Se merece que lo reconozcan, qué narices. Con la de cantidad de imitadores que ha habido de Elvis, con la de gente que ha hecho carrera tratando de cantar como él... Pues Frankie fue el primero, y el mejor, todo hay que decirlo.

Vaya, que si de lo que se trata es de hacer que la gente tenga la misma sensación que viendo al Rey, el único que lo ha conseguido alguna vez es él.

4

Habría m as anécdotas como la del señor Dundridge. Por eso se ha instalado un equipo español de informativos en la escalinata de la iglesia. Sí, el hombre alto de la barba, el que lleva una cámara de televisión, y la chica de al lado, la del micro y el pelo muy cuidado. Una muerte tan espectacular como la de Frankie es inevitable que despierte interés. Pero se cuente lo que se cuente, nunca será toda la verdad. Porque toda la verdad no la sabe nadie excepto yo. Bueno, s , alguien s ... Pero os puedo asegurar que no vendrá.

 Por dónde íbamos? Ah, sí. El río Mijares. Una mañana de invierno. Una mujer que huye. Y un niño desvalido, cuya única protección en este mundo es una manta gris y el sonido de su propia desesperación.

Ojo, que de todo esto el niño no se acordará. La memoria de Frankie Presto solo cristalizará en la siguiente etapa de su vida, la que llamar  sus «inicios».

Pero todo empieza, incluso los inicios. Fijaos en el preludeo, que es una forma musical consolidada. Hoy en día puede ser una composición muy hermosa y compleja, una pieza en sí misma, pero en su origen (sus inicios) era lo que los laudistas italianos del siglo XVI llamaban *tastar de corde*, «probar las cuerdas». No es muy poético, pero sí exacto, porque en esta vida, efectivamente, hay que probar las cuerdas, tensar el arco, humedecer la boquilla y prepararse para la música que vendrá después, más profunda.

En el caso de Frankie Presto, el preludeo empezó por su calamitoso nacimiento y acabó con un chapuzón en el Mijares. En el plazo de un año había sido testigo de la muerte, el asedio, el hambre y el abandono. Ahora las frías aguas del río le mojaban los ojos y le hacían parpadear mientras la corriente se lo llevaba despacio. Lo normal es que se hubiera hundido enseguida y muriera ahogado. Ahí estaba yo, para recoger su frustrado talento si se daba el caso. Pero en vuestro mundo hay momentos inexplicables, yo lo único que puedo contar es lo que presenci : que la manta gris —la misma sobre la que se había tendido su auténtica madre, Carmencita— no se sumergió. Durante al menos tres minutos fue como una embarcación que llevó al niño de vuelta a la ciudad, mientras Frankie se frotaba los ojos y lloraba con una fuerza increíble, lloraba hasta que ni el Señor, all  en los cielos, pudo ignorar el ruido.



Llegado este momento, voy a explicaros algo que aún no habéis descubierto del todo. La música no es exclusiva de los seres humanos. También los animales son musicales. Con los miles de cantos de pájaros que he engendrado, o los chasquidos de los delfines, o los lamentos de las ballenas jorobadas, debería ser más que evidente. No solo hacen música, sino que la oyen de un modo completamente suyo.

Ese día, en el río, los lloros de Frankie alcanzaron cotas inaudibles para el oído humano. De pronto apareció a todo correr por la orilla un perro sin pelo, de patas duras y flacas, con una piel negra que parecía pintada, haciendo saltar junto a él una correa prendida a su collar. Mientras los chillidos de Frankie se volvían cada vez más agudos y fuertes, el perro corría y ladraba. Al llegar a un recodo se metió en el agua. El niño tendió las manos hacia el ruido. Sus dedos se cerraron en tomo a la correa. El perro mordió la manta y retrocedió hasta que estuvieron los dos sanos y salvos en la orilla.

El niño rodó sobre sí mismo. La manta se deslizó otra vez hacia el agua y se la llevó la corriente. El perro puso sus patas mojadas a ambos lados de la cabeza de Frankie y apoyó la suya en el suelo, jadeando.

Final del preludio.

Sin talento que recoger.

5

En aras de la velocidad —lo que tarda un cura en vestirse es limitado, y las calles estrechas se están llenando de coches—, daremos un salto y situaremos a Frankie en su siguiente hogar, una vivienda de la calle Calvario, con tejas, un arco de medio punto y dos hendiduras en la entrada para permitir el paso de las ruedas de un carro. Era el domicilio de un tal Rafa Rubio, dueño de una pequeña conservera de sardinas, un coche italiano y un perro sin pelo.

El hombre que encontró al bebé en la orilla del río.

Soltero, cuarentón, Rafa iba mucho a la iglesia, y tenía un crucifijo en la pared del dormitorio, así que para él descubrir un niño abandonado fue cosa de la divina providencia, como encontrar a Moisés entre los juncos. Acogió al pequeño como si fuera hijo suyo, lo bañaba, le daba de comer y de noche lo mecía para que se durmiera, cosa que pocos hombres habrían hecho. Yo, sin embargo, me fijo mucho en las etiquetas —*allegro* significa que hay que tocarme deprisa, *adagio* que hay que tocarme despacio, etcétera—, y a pesar de su apellido. Rubio, Rafa tenía cubierto el cuero cabelludo de un pelo corto, negro y cada vez menos abundante, señal de que era un hombre capaz de cambiar su destino.

Al niño lo llamó Francisco Rubio.

El niño lo llamó papá.

Rafa era un hombre barrigudo, de pectorales flácidos, mejillas carnosas, frente caída y un bigote con las guías hacia abajo, todo lo cual hacía que, sentado, adoptara el aspecto de un cúmulo de arrugas apiladas encima de una silla. El niño le hacía feliz. Heredero de la conservera familiar, dedicada a las sardinas, Rafa era una *rara avis* en Villarreal, localidad poblada por cultivadores, recogedores, envasadores y transportistas de naranjas. Se había acostumbrado a su soledad de hombre gordo y con aliento a pescado, pero de pronto un pequeño ser humano compartía su rutina cotidiana, consistente en conducir su coche italiano en los días laborables y sentarse los fines de semana en su pequeño jardín a escuchar la radio mientras el perro sin pelo dormía junto a un granado en flor. La radio estaba puesta a todas horas, desde la mañana hasta la noche. Mientras emitiese música, el pequeño Frankie estaba contento. Se ponía en cuclillas junto al altavoz y acompañaba cualquier melodía con una voz aguda y agradable. Siempre que Rafa giraba el dial para oír las noticias —en Europa se estaba fraguando una guerra atroz—, Frankie lloraba hasta que Rafa se rendía y ponía la primera música que encontraba: un concierto

sinfónico, una ópera o una jota, con su compás de seis por ocho y su inagotable energía. Frankie mostraba preferencia por esta última.

Un día, poco antes de que el niño cumpliera cinco años —en realidad no era su cumpleaños, sino un cálculo del sardinero—, Rafa lo vio de pie junto a la mesa, acompañando con los dedos el ritmo de una pieza complicada de flamenco para guitarra. Seguía el ritmo a la perfección, a pesar de que encontrarlo en un compás de seis por ocho puede ser como hervir un huevo debajo de una manta.

—Ven, pequeñín —dijo Rafa, orgulloso.

El niño, de abundante pelo negro, se giró, sonrió, tropezó con la pata de una silla y sufrió una mala caída que le hizo llorar. Rafa lo tomó contra su pecho para consolarlo.

—No duele, no duele —susurró.

Aun así, se dio cuenta de que el niño no veía bien. El agua del río había infectado sus ojos azules. Por poco sol que hiciera, bizqueaba. Se le enrojecían las córneas y a veces no veía nada por los lados. Los médicos ya habían avisado a Rafa de que podía quedarse ciego. Siempre tenía los ojos irritados y se los frotaba. Los otros niños del barrio se burlaban de él.

—¿Ya estás llorando otra vez, Francisco?

Con el paso del tiempo le pusieron el mote de Llorica, y mientras ellos jugaban en la calle a la pelota, Francisco se pasaba horas tarareando canciones.

Rafa, que era un hombre práctico, estaba preocupado por el porvenir de su hijo. ¿Y si de mayor no tenía amigos? ¿Qué trabajo encontraría, si no veía bien? ¿Cómo se ganaría la vida? El día del jardín, mientras sonaba la jota, tuvo una idea. Un músico con buena formación siempre podía trabajar, incluso si se quedaba ciego. Recordaba haber visto años atrás, en una taberna, a un guitarrista con gafas negras muy aplaudido por el público. Solo cuando una mujer joven y guapa lo tomó de la mano, le ayudó a bajar del escenario y le dio un pequeño beso en la boca se dio cuenta Rafa de que era ciego.

Decidió que podía ser un futuro para el hijo que le había enviado la divina providencia. Gracias a la música podría trabajar. Como no era un hombre que perdiera el tiempo —siempre le había gustado la eficacia, incluso en las sardinas—, el día siguiente se llevó al niño a una pequeña escuela de música de la calle Mayor. El dueño era un hombre de mentón largo y gafas redondas.

—¿Qué desea?

—Quiero que mi hijo toque la guitarra —dijo Rafa.

El dueño bajó la vista. Frankie se frotó los ojos.

—Es demasiado pequeño.

—Se pasa el día cantando.

—Demasiado pequeño.

—Marca el ritmo en la mesa.

El dueño se quitó las gafas.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cinco.

—Demasiado pequeño.

Frankie volvió a frotarse los ojos.

—¿Por qué lo hace tanto?

—¿El qué?

—Frotarse los ojos.
—Es un niño.
—¿Llora?
—Una infección.
—Si siempre se frota los ojos, no puede tocar.
—Pero se pasa el día cantando.
Sacudió la cabeza.
—Demasiado pequeño.

Por cierto, que dista mucho de ser la primera vez que uno de los vuestros desanima a uno de los míos. Si tuviera un eslabón de metal por cada ser humano que en algún momento ha dicho, chasqueando la lengua, que un niño era demasiado pequeño, o demasiado grande el instrumento, o «una pérdida de tiempo» la propia idea de dedicarse a la música, podría encadenar todo vuestro mundo. Padres críticos, ejecutivos despectivos de las discográficas, críticos rencorosos...

A veces pienso que el mayor talento es la perseverancia.

Pero solo a veces.

Porque mientras Rafa discutía con el dueño de la escuela de música, el pequeño Frankie me dio un momento especial. Se metió en la trastienda donde estaban guardados los instrumentos y abrió mucho los ojos al descubrir un tesoro como nunca en su corta vida había visto; una espineta, una vieja viola, una tuba, un clarinete, una caja... y una guitarra. Estaba tirada en el suelo. Frankie se acercó y se sentó a su lado. Era una simple guitarra de madera, con una roseta roja y azul alrededor de la boca. La mayoría de los niños la habrían agarrado por el mástil y se habrían puesto a estirar las cuerdas y a girar las clavijas como si fueran juguetes. En cambio Frankie lo único que hizo fue observarla. Estudió su forma y ladeó la cabeza, como si esperara que le hablase. El respeto que mostró me satisfizo mucho. Por otra parte, teniendo en cuenta el mal rato que acababa de hacerle pasar el de la barbilla larga con sus noes, me pareció que era el momento indicado para un poco de magia. De vez en cuando los talentos podemos brotar en vuestro interior para crear algo inexplicable; bueno, inexplicable para vosotros. Son lo que llamáis «ramalazos de genialidad». Nosotros lo llamamos estiramientos.

Frankie levantó la mano y apretó con un dedo la tercera cuerda, justo por debajo de un traste. La soltó enseguida. Sonó una nota suave. Frankie sonrió y repitió en el traste de encima, con lo que llaman los guitarristas la técnica del martilleo: presionar con fuerza y rapidez y soltar. Otra nota. Y luego otra. Entendió rápidamente qué sonidos se obtenían presionando en cada traste. Dicho de manera sencilla, estaba aprendiendo una escala por sus propios medios.

Así que le di otro empujoncito.

No tardó en sacar toda una melodía. Con cada nota abría más los ojos, porque tocar una canción por primera vez es la mayor de mis revelaciones, como descubrir que caminas sobre un arcoíris. Empezó a acompañarse con la voz. Si los dos adultos de la tienda hubieran dejado de discutir, aunque solo fuera un momento, quizá hubiesen oído el pequeño milagro de que un niño de cinco años aún no cumplidos, Francisco de Asís Pascual Presto, tocara con las puntas de los dedos una melodía que había oído muchas veces en un programa de radio de los sábados por la mañana, una canción infantil convertida en un estándar de *jazz*:

A-tisket, A-tasket
My green and yellow basket
I sent a letter to my love
And on the way, I dropped it

Fue la primera interpretación de Frankie a la guitarra.

Y solo la oí yo.

Al otro lado del pasillo, Rafa se impacientó con el dueño y levantó la voz.

—¡Francisco, nos vamos!

El niño se levantó y se despidió de la guitarra con una palmada, comprendiendo que acababa de encontrar lo que buscaba. Ya no se frotaba los ojos.



Seguía faltando un profesor. La escuela de música quedaba claramente descartada, y era la única de Villarreal. Rafa se sentía derrotado. De camino a casa, se paró a comprar una bolsa de naranjas. Le peló una al niño y le dio un trozo al perro sin pelo, que lo masticó ruidosamente. Caminaron juntos. El segundo grupo de Frankie, un terceto de ocho patas.

—Es un idiota —masculló Rafa.

El perro sin pelo ladró en señal de asentimiento.

—Idiota —repitió Frankie.

Rafa se rio y le revolvió el pelo. Frankie se puso contento, pese a no saber qué significaba «idiota». Durante el camino tarareaba *A-Tisket A-Tasket*, y el perro sin pelo cantaba en silencio a su lado.



Por la noche Rafa fue a la taberna donde había visto tocar al guitarrista ciego. El encargado también se acordaba de él, pero dijo que lo habían despedido hacía años. Bebía demasiado y llegaba demasiadas veces tarde. Le parecía que vivía en la calle Sangre de Cristo, encima de una lavandería, a menos que ya se hubiera muerto.

—¿Muerto? —dijo Rafa.

El encargado se encogió de hombros.

—Bebía como si se quisiera morir.

Al día siguiente era domingo. Rafa fue a misa de mañana y luego se llevó al niño y al perro sin pelo a la calle Sangre de Cristo con la esperanza de encontrar de buen humor al guitarrista, diciéndose que hasta un borracho podía dedicar el domingo a Dios.

Encontró la lavandería. En el piso de encima vio unas contraventanas de azul descolorido, cerradas con pestillo. El timbre estaba tapado con una tira larga de cinta de pintor, así que no tuvieron más remedio que subir por la escalera. Hacía calor. Rafa, que aún estaba vestido para

misa, llegó al rellano chorreando de sudor. Se pasó un pañuelo por la cara y llamó. Nada. Volvió a llamar. Nada.

Encogiéndose de hombros, miró a Frankie, que se acercó a la puerta y la aporreó con sus dos pequeños puños a la vez, como si tocara la conga.

—¿Sí...? ¿Qué pasa? —respondió una voz ronca y pastosa, de alguien que parecía estar medio dormido.

—Oiga, mire, es que quería hablar con usted sobre unas clases.

—¿Clases de qué?

—De guitarra.

—Márchese.

—Es importante.

—Márchese.

—Le pagaré.

—¿Clases para quién?

—Para mi hijo.

—¿Niño?

—Sí.

—Son mejores alumnas las niñas.

—Pues es niño.

—¿De qué edad?

—Siete. —Frankie levantó la vista—. Aunque no los aparenta.

—Nada de niños.

—Tiene muchas facultades.

—Yo también.

—Le pagaría.

—Pues claro que me pagaría.

—¿Entonces? ¿Le dará clases?

—No.

—Oiga...

—Márchese.

Rafa se giró hacia Frankie.

—Canta algo —susurró.

Frankie sacudió la cabeza.

—Que cantes algo —insistió Rafa.

La mayoría de los niños no cantan cuando se lo piden. En edades tempranas pesa más el miedo que el talento. (A edades más avanzadas, a veces también). Fui consciente, sin embargo, de que era un momento demasiado importante en el mapa general de la vida de Frankie, y por eso le di otro empujoncito.

—Ta-ra-ra-rá... —empezó lentamente a cantar.

Rafa levantó la vista. Nunca había oído esa melodía.

—Ta-ra-ra-rá... —siguió el niño.

Era sencilla e infantil, pero pegadiza. Subía y bajaba por las notas mayores como en un xilófono.

—Ta-ra-ra-rá, ta-ra-ri-rááá...

Frankie se quedó callado.

—¿Qué canción es esa? —preguntó Rafa.

De repente se abrió la puerta. Un hombre alto, con gafas oscuras, barba de varios días, pelo oscuro y revuelto y una camiseta sin mangas con una gran mancha de café en la barriga, se aferraba al marco de la puerta como un centinela.

—Se llama *Lágrima* —dijo—. Es de Francisco Tárrega.

Bajó la cabeza y señaló al niño con la barbilla.

—No tiene voz de siete años.

Darlene Love

Cantante y solista, integrante de las Blossoms y las Crystals, miembro del Rock and Roll Hall of Fame

¿Ves esta foto? Somos Frankie y yo en el Hollywood Bowl. La he guardado todos estos años. Qué tontería, ¿no? Pero es que cuando tienes esa edad, y te enamoras, quieres guardarlo todo, aunque solo sea un trozo de una entrada, un simple pétalo o una muñeca ganada en una feria. Cualquier cosa que te lo recuerde, vaya.

Yo solo tenía dieciocho años y aún iba al instituto. No sabía nada del mundillo de la música. Cantaba con unas chicas del coro de mi iglesia y habíamos ganado un concurso para hacerle los coros a Nat King Cole durante su concierto en el Hollywood Bowl. Era la primera vez que cantábamos en un sitio así. Solo con recorrer en coche aquellos barrios tan bonitos ya se nos ponían los ojos como platos. ¡No teníamos ni idea de que hubiera gente con casas tan grandes!

Lo conocí esperando con las otras chicas en el camerino. Estábamos tan nerviosas que no podíamos parar de reír. Aunque nos hiciéramos callar las unas a las otras, se nos escapaba la risa. De repente oí una voz de hombre en el camerino de al lado. También se reía y nos hacía callar. Nos estaba imitando, cosa que nos hizo reír aún más. Era una voz de un chico joven, aunque grave, y hasta riéndose era *sexy*.

—¿Quién eres? —grité.

—¡Frankie! —contestó él en voz alta.

Nos reímos.

—¿Frankie qué más? —preguntó una de mis amigas.

Justo entonces se abrió la puerta y apareció.

—Presto —dijo.

Se me cortó la respiración.

Nunca había visto a un chico así. Las demás tampoco. En nuestro barrio, no había chicos como él. Cejas muy oscuras, ojos azules, un tupé de un negro que jamás había visto en mi vida...

—¿Presto? —Mi amiga se rio—. ¿Cómo la palabra que usan los magos?

—Exacto —dijo él.

Ella dejó de reírse. Es que te dejaba de piedra. Llevaba un *blazer* amarillo chillón y camisa y

pantalones negros. Dijo que era telonero, que solo tenía que cantar una canción porque la discográfica lo había contactado en el último minuto. Capitol, creo que dijo; el mismo sello en el que estaba Nat King Cole. Yo le comenté que se parecía a Elvis Presley.

—Elvis solo hay uno —dijo, bajando la vista.

Alguien comentó que era una lástima que se hubiera ido a la mili.

Luego vino un fotógrafo a hacemos una foto y Frankie quiso marcharse, pero le dijimos todas que no, que se hiciera una con nosotras. Conseguí que nos hicieran una a él y a mí solos. Es esta. Después de tantos años aún la guardo. Entonces no sabía que sería una estrella, pero intuí que iba a ser alguien especial. A veces eso se nota.

Al final del concierto, mientras volvíamos en coche por Hollywood Boulevard, mi amiga señaló por la ventanilla.

—¡Mirad, el cantante ese tan guapo!

Era Frankie, en efecto, iba caminando solo, con una funda de guitarra en una mano y el *blazer* amarillo en la otra. Bajamos la ventanilla.

—¿Adónde vas? —gritamos.

—A la playa —contestó él.

—¿Andando?

—Sí.

Volvíamos a reírnos, porque la playa estaba lejos.

—¿Podemos llevarlo? —le pedí a la mujer que nos acompañaba—. Es que lo conocemos.

Nos dio permiso y Frankie subió.

Era un sábado por la noche, hacía buen tiempo. Fuimos al espigón de Santa Mónica y le prometimos a nuestra acompañante que volveríamos en media hora. Lógicamente, no lo hicimos. Había gente de fiesta por la playa, como siempre. Pequeñas hogueras y adolescentes con la radio encendida, bailando y tonteando. Nos encontramos con unos conocidos. Las otras se fueron con ellos y Frankie y yo nos quedamos caminando por la arena. Yo no podía no mirarlo. Estábamos los dos descalzos. Él se había arremangado los pantalones y cada vez que las olas llegaban hasta nuestros pies no se movía ni un centímetro, mientras que yo me apartaba de un salto.

—Qué grande es, el mar —dije yo, o alguna tontería por el estilo.

—Una vez lo crucé en barco —contestó él.

—¿El mar?

—Bueno, otro.

Le pregunté de dónde era.

—De muchos sitios —respondió.

Le pregunté dónde vivían sus padres.

—Ya no viven —dijo.

A todo esto, seguía con la guitarra enfundada en la mano. No la soltaba en ningún momento. En el Hollywood Bowl no la había tocado. Solo había cantado con un grupo, así que empecé a tomarle el pelo.

—¿La guitarra solo la llevas para impresionar a las chicas?

Él sonrió. ¡Qué dientes, por Dios!

—No.

Gracias a ello pude disfrutar en exclusiva de un concierto de Frankie Presto en la arena del

espigón de Santa Mónica.

Nunca se me olvidará. Se apoyó la guitarra en la rodilla y se giró como para oír el mar.

—Escucha —dijo.

Vi las luces de un barco a lo lejos, pero Frankie tenía los ojos cerrados. Empezó a dar golpes muy suaves, y me di cuenta de que estaba buscando el ritmo de las olas.

Se puso a tocar una canción. Yo me esperaba un *rock*, que en esa época era lo que tocaban todos lo que tenían guitarra, pero era una obra clásica. Lenta, delicada, con notas muy agudas. Me hizo llorar. Nunca había oído nada tan bonito le pregunté cómo se llamaba.

—*Träumerei* —contestó.

Quise saber de quién era.

—De Schumann —respondió.

Entonces vio mis lágrimas.

—No llores —dijo—, que eres muy buena cantante.

Se me escapó la risa.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he oído.

—Cantábamos a coro.

Dijo que podía distinguir una voz entre muchas, y que la mía era preciosa, que podía llegar a ser famosa.

En esa época, yo no tenía nada claro mi futuro. ¿Qué era mejor, dedicarme a la música o acabar el instituto y buscar trabajo? Lo que dijo Frankie fue exactamente lo que necesitaba oír. Me dio confianza para seguir cantando.

Nos miramos, incómodos. Seguro que piensas que nos dimos un beso, porque es lo típico en momentos así, pero yo nunca he besado a Frankie. Lo pensé, me dieron ganas, pero él me agarró por el brazo, yo apoyé mi cabeza en su hombro y nos quedamos así, como enlazados, mientras rompían las olas. Para esa noche fue perfecto, la verdad. Me sentía tan relajada, tan segura... Como si nos conociéramos de toda la vida. Estaba perdidamente enamorada de él.

Y de la música.

Prometimos seguir en contacto. Yo le di mi número de teléfono, y al llegar a mi casa —más tarde de lo que me dejaban mis padres— me encerré en mi cuarto y escribí en mi diario: «Hoy he conocido al chico con el que me casaré». Da la casualidad de que pasados unos años fue el título de uno de mis mayores éxitos. Cuando los letristas me enseñaron la letra por primera vez, sonreí por dentro, porque sabía que estaba destinada a cantarla.

No hace falta que te diga que no nos casamos. De hecho no lo vi en cuarenta años, pero al enterarme de su muerte me vino todo como un torbellino. Supongo que por eso he venido. Nunca vuelves a estar enamorada como a los dieciocho años, descalza, de noche, en una playa.

Aún no me creo que esté muerto.

6

Ah, el amor y Frankie Presto. Más tarde quizá explique por qué siempre se enamoraban de él las mujeres —¿o era de mí de quien se enamoraban?—, pero ahora nuestra historia ha llegado a un momento decisivo.

En la vida de cualquier artista aparece una persona que levanta el telón de la creatividad. Es lo más cerca que estaréis de volver a verme.

La primera vez, cuando salís del útero, soy un color brillante en el arco iris de los talentos humanos, en el que elegís el vuestro. Luego, cuando levanta el telón una persona especial, sentís vibrar aquel talento en vuestro interior, una pasión irrefrenable por cantar, pintar, bailar o golpear los tambores.

Y ya no volvéis a ser como antes.

En el caso de Frankie, fue un guitarrista ciego quien lo hizo un domingo por la tarde, en la cocina del pequeño piso de la calle Sangre de Cristo, mientras Rafa y el perro sin pelo esperaban abajo, en la lavandería.

—Pon una silla delante de la otra —dijo ese día el ciego.

Llevaba la camiseta por encima de unos pantalones sucios de color canela e iba descalzo.

Frankie movió las sillas.

—¿Y ahora, profesor?

—¿Estás listo para tu primera clase?

—Sí, profesor.

—Muy bien. Aprende a encender un cigarrillo, El guitarrista sacó de su bolsillo un paquete arrugado. Sus dedos encontraron un solo cigarrillo y se lo puso en la boca. Acto seguido sacó un mechero plateado y lo abrió. Brotó una llama.

—¿Has visto qué he hecho, niño?

—Sí, profesor.

—Pues hazlo tú.

Frankie, nervioso, alcanzó el encendedor. Rafa le había dicho que nunca se acercase al fuego, pero también que obedeciera siempre al profesor.

—Venga, niño.

Abrió el mechero.

—¿Hay fuego?

—Sí.

—Pues ahora mantén la llama en la punta de este cigarrillo durante dos segundos... Uno, dos... Y ciérralo.

Frankie obedeció. Luego cerró el mechero, que se cayó al suelo.

—Dame el cigarrillo —dijo el ciego.

Frankie se lo dio.

—Recoge el mechero.

Lo recogió.

—Enhorabuena. Has superado la primera lección.

—Gracias, profesor.

—Bueno, ¿cómo tengo que llamarte?

—Francisco. —El guitarrista buscó la silla a tientas y apoyó una mano para sentarse—. Como el gran Francisco Tárrega, el autor de lo que estabas cantando.

—No lo conozco.

—¿Qué? Pero ¡qué niño más tonto!

Dio golpecitos con la mano por la mesa de la cocina hasta encontrar una botella abierta. Bebió un buen trago, a morro, y la volvió a dejar con un golpe sobre la mesa.

—¿Por qué cantas su música, si no sabes decir su nombre?

—No sé...

—Lo dicho, ¡qué niño más tonto! ¿Acaso se escribió sola la canción?

—No.

—¿Cayó del cielo?

—No.

—No. Exacto. No cayó del cielo.

Apagó el cigarrillo en la mesa de la cocina, llena de quemaduras de otros cigarrillos, y buscó la guitarra, que estaba en el soporte. Estuvo a punto de tirarla al suelo. A Frankie le dio mucha pena aquel hombre que para todo tenía que tantear. Le extrañó que llevara gafas oscuras, si no veía nada.

—Ahora estate muy atento —insistió el ciego mientras se inclinaba, erguía el mástil y ponía los dedos en los trastes—. Vas a oír al gran Francisco Tárrega.

Respiró profundamente.

Y empezó a tocar.

La pieza era *Lágrima*, la que había cantado Frankie en la puerta, por supuesto. El ciego la tocó con mucha pasión y esmero, entre silencios enfáticos. En algunas notas sacudía la cabeza, como si aspirase su olor. Frankie se quedó mirando cómo subían y bajaban los dedos con destreza por el mástil. Oyó la dulzura y calidez de las notas surgidas de las cuerdas. Las agudas parecían deslizarse suavemente por encima de las graves, hasta el punto de que a veces parecía como si tocasen dos personas a la vez. Se le abrió un poco la boca.

El ciego acabó de tocar.

—Ahora dime una cosa, niño, ¿merece este compositor que nos acordemos de su nombre?

De repente sintió que dos pequeños brazos le rodeaban el cuello. Frankie había apoyado la cabeza en el hombro del ciego, como en el de su madre. Oír *Lágrima* había levantado un telón,

no solo al futuro de Frankie sino a su pasado.

—Suéltame —rezongó el ciego.

Frankie se abrazó a él con más fuerza. El profesor sintió el olor a jabón de su pelo.

—Mira, niño, siento haber gritado, pero es que no se puede avanzar sin conocer la propia historia. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurró Frankie.

—Aprende los nombres de los músicos que estudiarás.

—Sí.

—Di *Tárrega*.

—Tár-re-ga.

—Se llamaba Francisco, como tú.

—Francisco.

—¿De qué conoces la canción *Lágrima*?

—No sé.

—¿Te la ha enseñado tu papá?

—No.

—¿Tu mamá?

—No tengo mamá.

El ciego tragó saliva. Era su pasado, que se le anudaba en la garganta.

—Es una pena.

—¿Puede ver algo?

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque no puedo.

—A mí a veces me duelen los ojos.

—A mí no.

—Me los froto mucho.

—A mí no me duelen los ojos. Soy ciego y punto.

—¿También se llama Francisco?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Suéltame de una vez.

El niño se apartó y tocó la piel del ciego por debajo de las gafas oscuras. Estaba mojada por el llanto. Volvió a la silla mientras el ciego se pasaba la palma de la mano por la mejilla y buscaba otra vez la botella.

—Me llamarás Maestro.

7

El talento es un trozo de la sombra de Dios. Debajo de esa sombra se entrecruzan las historias de los hombres.

Cuando era pequeño, Francisco Presto compartió su historia con la de otro Francisco, Tárrega, el gran guitarrista español nacido en la misma localidad en 1852. Muy cerca de la iglesia hay una calle con su nombre y dos estatuas en su honor, en una de las cuales aparece sentado, con la guitarra en la rodilla y los dedos preparados para tocar. Alrededor de esa estatua corren los niños de Villarreal y manosean los pies de bronce del compositor.

Al igual que Frankie, Tárrega se llevó un buen pedazo de mí al llegar al mundo. También él, de pequeño, sufrió los malos tratos de la persona que lo cuidaba, en este caso una niñera. Se escapó de ella y se cayó a una acequia, donde se lesionó los ojos. Y al igual que Frankie, llegó a la guitarra porque su padre pensó que si se quedaba ciego tendría una manera de ganarse la vida.

De niño, Tárrega vivió en el convento contiguo a la iglesia, donde sus padres servían a las monjas. Es posible que previeran ese mismo futuro para su hijo, pero a partir del momento en que el niño se prendó de mí, como es natural, no pensó en nada más. Se fugó a Barcelona e intentó tocar en las tabernas, hasta que alguien lo devolvió a su padre. Solo tenía diez años.

Pocos años después volvió a fugarse, esta vez a Valencia, donde tocaba en la calle con un grupo de gitanos, Y otra vez alguien lo devolvió a Villarreal.

Pasados unos años se fugó de nuevo.

Tanto ir de un lado para el otro influyó en su música. Una vez, antes de hacerse famoso y de ser requerido en toda Europa, recaló en Londres, solo, triste y con nostalgia del sol de su país. Alguien lo animó a plasmar musicalmente su tristeza, y Tárrega escribió una composición que encarnaba todos sus anhelos.

Era *Lágrima*, la hermosa melodía que le murmuraron al oído a Frankie en el cuarto de la iglesia, la que hizo que dejara de llorar, la que, a decir verdad, salvó su vida. Era una de las melodías favoritas de su auténtica madre, Carmencita, que como buena hija de Villarreal conocía la música del hijo más famoso del pueblo.

También la conocía el Maestro, el profesor ciego con camiseta sin mangas que le tocó a Frankie muchas piezas de Tárrega. Así pasa de una generación a otra la urdimbre del talento; así se extiende la sombra, y así es como un artista nacido casi cien años antes empieza a colmar el

alma de un niño que lleva el mismo nombre que él.



Por cierto, que durante mucho tiempo lo único que hizo el Maestro en sus clases fue eso: tocar. Frankie se sentaba en una silla de la cocina y absorbía fascinado hasta la última nota mientras observaba los dedos del Maestro y se preguntaba si sus ojos estaban abiertos o cerrados tras las gafas oscuras. Al final de cada pieza, el Maestro fumaba, o le daba un trago a una botella de vino tinto o de aguardiente barato. Al final echaba la cabeza hacia atrás y bajaba los brazos. Entonces Frankie se levantaba de la silla.

—Adiós, Maestro.

—Ah, sí, sí, adiós.

Al pie de la escalera lo esperaban Rafa y el perro sin pelo, con quienes volvía a casa sin partituras ni deberes.

Ni guitarra.

—Oiga —le preguntó un día Rafa al Maestro—, ¿por qué no toca Frankie el instrumento?

—Vaya a sentarse a la lavandería —rezongó el Maestro.

Dos semanas después se lo volvió a preguntar.

—Oiga, ¿a estas alturas el niño no debería estar tocando?

—Váyase, que su perro huele mal.

Rafa no se atrevía a enfadarse, debido al gran respeto que le inspiraba el talento de cualquier artista —cosa que siempre ha hecho muy entrañable a mis ojos al orondo conservero—, pero insistente como era, dos semanas más tarde acompañó a Frankie hasta la puerta y volvió a sacar el tema.

—Perdone que insista, pero...

—Pues no insista.

—Es que le pago las clases.

—¿Qué quiere, un artista o un mono?

Frankie sonrió sin querer. ¡Un mono!

—Un artista, por supuesto, pero...

—Pues entonces no siga, que empieza a dolerme la cabeza. —El Maestro se rascó la axila—. ¿Trae mi dinero?

Rafa suspiró.

—Sí.

Frankie vio que le daba unos cuantos billetes, que el Maestro se guardó en el mismo bolsillo de los pantalones que el tabaco.

—Sin leer no se puede escribir —dijo el ciego—. Ni comer sin masticar. Y no se puede tocar sin... —añadió, y buscó a tientas la mano del niño— escuchar.

Lo arrastró hacia dentro y dio un portazo.

8

Entre una cosa y otra, el Maestro tardó un año en dejar que el niño tocara una cuerda.

—Primero los oídos y después las manos —insistía.

De momento le «explicaba» la música. Se la explicaba en español, pero también en inglés, idioma que había aprendido en su juventud, y que consideraba esencial para el progreso de su alumno, convencido de que el ritmo, la sintaxis y la tonalidad de las lenguas ayudaban a entender los mismos aspectos en la música. Semana tras semana, pasando de un idioma a otro, fue instruyendo a Frankie en mis acordes, escalas y armonizaciones, expuestos como una cubertería de plata, hasta que el niño fue capaz de reconocerlos por su sonido. Hizo que memorizara nombres de compositores y de piezas. A veces escuchaban música en la pequeña cocina y en algunos pasajes el Maestro apretaba la mano de Frankie.

—¿Lo oyes? ¡Ahora! Es una clave menor... y esto un tresillo...

Que Frankie supiera, el Maestro no tenía más alumnos. Muchas veces, al llegar se lo encontraba dormido en el sofá, con la puerta abierta. Entonces le daba unos empujones en el hombro hasta que el Maestro empezaba a gruñir y se daba la vuelta, señal de que estaba despierto.

Con el paso de los meses, el ciego pareció enfadarse cada vez menos con su pequeño discípulo. Para alegría de Frankie, ya no le decía nunca «pero qué tonto eres». También Rafa dejó de discutir por la guitarra. En vez de eso aprovechaba el tiempo para llevar la ropa sucia a la calle Sangre de Cristo y volver cada semana a casa con los calcetines y la ropa interior limpios, atados con una cuerda.



Llegado el gran momento, Frankie estaba tan emocionado que a duras penas podía estar quieto. El Maestro le hizo sentarse en una silla, para poder colocar bien el instrumento, pero la guitarra elegida era demasiado grande, y a Frankie le llegaba a la barbilla.

—Eres muy bajo para tener ocho años —dijo el Maestro, pasándole un brazo por el cuerpo—. ¿Qué pasa, que tu padre no te da de comer?

—Sí que me da de comer, Maestro.

—Dame la mano izquierda.

Frankie lo hizo.

—Llevas las uñas demasiado largas. Tienes que cortártelas.

—¿Cortármelas?

—Las de la mano izquierda. Cada día.

—Sí, Maestro.

—Sin cortarse las uñas no se puede tocar la guitarra.

—Muy bien, Maestro.

—¿Sabes por qué?

—No, Maestro.

—No, claro. La mayoría de la gente se cree que es porque las uñas molestan al pulsar las cuerdas, pero es por algo más.

—¿Por qué, Maestro?

—Las uñas protegen las puntas de los dedos, que son una parte muy sensible. La única manera de estar en contacto de verdad con la música es recortar siempre las uñas.

—Sí, Maestro.

—Es la única manera de sentir el dolor de cada nota.

—Sí, Maestro.

—Así no hay protección.

—Sí, Maestro.

—La música duele. ¿Me entiendes, niño?

—Sí, Maestro.

—Llévame al armario.

Frankie se levantó y acompañó a su profesor por el piso, dando pasos pequeños.

—Camina más deprisa, niño, que no estoy lisiado.

Frankie obedeció.

—Ya estamos en el armario, Maestro.

—Abre la puerta.

Al tirar del pomo, Frankie vio cajas de zapatos amontonadas, ropa colgada de una barra y cuatro guitarras en orden decreciente de tamaño.

—Dame la más pequeña —dijo el Maestro.

Frankie sacó el instrumento con las dos manos y lo levantó hacia su profesor. Cuando bajó la vista se fijó en unos zapatos, que eran de mujer. En las perchas había varios vestidos, y un bolso.

—¿Está casado, Maestro?

—A la silla —dijo el profesor.

Frankie cerró la puerta del armario.



Aquella guitarra, la que daría a conocer su destino a Frankie Presto, no era en realidad una guitarra, sino una *braguinha*, instrumento parecido al ukelele. Solo tenía cuatro cuerdas. El mástil

cabía en la pequeña mano izquierda de Frankie, y la curva del cuerpo se ajustaba a su huesuda rodilla izquierda, que sobresalía de los pantalones cortos que llevaba cuando hacía calor. Era el tamaño perfecto, como si se amoldase a su cuerpo.

A partir de entonces no se separó de ella.

—Dobla el brazo derecho y relaja la mano izquierda —le indicó el Maestro—. No aprietes, que no se trata de asfixiar. Tampoco empujes, que no es cuestión de ahogar. Los dedos de tu mano derecha hablan con las cuerdas. ¿Tú hablarías con alguien asfixiándolo o ahogándolo?

—No, Maestro.

—Claro que no.

—¿Y qué hago con la mano izquierda?

—La izquierda encuentra la belleza. Es la que forma las notas y los acordes. Con la mano derecha puedes presumir lo que quieras, niño, pero sin la izquierda no eres nada. ¿Me entiendes?

—Sí, Maestro.

—Sé respetuoso con tu mano izquierda. Cada vez que toques, empieza levantándola así. — Colocó la palma de Frankie hacia arriba—. Como si pidieras algo.

Frankie pensó en los feligreses de la iglesia, arrodillados en los bancos con las manos por delante.

—¿Como si le rogara a Dios?

El Maestro le dio un golpe en la mano.

—Pero ¡qué niño más tonto! Dios no da nada. Solo quita.



Por aquel entonces, lo único que sabía Frankie de Dios era que tenía una casa muy grande y dormía mucho. Lo de la casa grande lo dedujo de lo que Rafa le dijo: que su madre —y todas las buenas personas que habían muerto— vivía con Dios. Muy grande tenía que ser, ¿no?

Lo de dormir fue una conclusión a la que llegó después de que Rafa le enseñara la basílica de Villarreal, incendiada y destruida por hombres malos. Frankie pensó que Dios jamás lo habría permitido, a menos que hubiera estado durmiendo todo el rato, de la misma manera que él se quedaba dormido mientras el perro sin pelo gañía en la puerta y al despertarse se encontraba un charco en el suelo. Se dijo que cuando duermes pueden pasar cosas malas y que si los malos saben cuándo cierra los ojos Dios pueden cometer sus fechorías de manera impune.

A menos que a veces Dios fuera como su profesor de guitarra, y llevara gafas negras...

—¿Ha visto alguna vez algo? —le preguntó un día al Maestro.

—¿Mi respuesta te hará ser mejor guitarrista?

—No, Maestro.

—Pues entonces, ¿por qué me haces la pregunta?

—Lo siento, Maestro.

—¿Qué vería si te viese a ti?

La idea hizo sonreír a Frankie.

—A un niño.

—Un niño que no hace sus ejercicios.

Se le borró la sonrisa. Llevaba varios meses practicando cada día en el jardín, con el perro sin pelo a sus pies. Quería tocar canciones como las del Maestro, pero de momento solo le dejaban tocar ejercicios.

—Me duelen los dedos, Maestro.

—La música es dolor.

—Pero es que se me han puesto raros.

—Son callos.

—¿Qué son callos?

—Cuando empiezas a tocar, tus dedos no están acostumbrados a apretar cuerdas. ¿Verdad que te han salido rayas?

—Sí, Maestro.

—¿Y te los notas hinchados?

—Sí, Maestro.

—¿Puede ser que te sangren?

Frankie tragó saliva. No había querido decírselo a su profesor, pero al principio tocaba tanto que a veces tenía que limpiarse la sangre de la mano izquierda con la camisa.

—Sí, Maestro, a veces sangran.

Le tembló la voz.

—¿Lloras, Francisco?

—No, Maestro.

—No llores por perder sangre. No llores si es por algo que te gusta mucho. —Rebuscó en un armario, junto al lavamanos, y encontró una botella y un cuenco—. Mójate los dedos.

—¿Qué es?

—¿Qué más te da, niño? Si te digo que algo te irá bien, ¿qué falta hace que me hagas preguntas?

—Lo siento, Maestro.

—Dilo en inglés. *I'm sorry.*

—*Aim sorri.*

El Maestro dio golpecitos en la mesa hasta encontrar su botella de aguardiente.

—Hay una guerra muy grande, niño. Pronto hablaremos todos en inglés o en alemán. Personalmente prefiero el inglés. El alemán suena como si te riñesen. —Dio un trago e hizo una mueca—. Y encima son unos criminales, unos asesinos. Y nuestro país no mueve ni un dedo para pararles los pies, todo lo contrario.

No era la primera vez que oía Frankie la palabra «guerra». Rafa hablaba del tema con los trabajadores de la fábrica y no parecía nada bueno. Por otra parte, no quería aprender un idioma que sonaba como si te riñeran. Bastante duros eran los callos. Decidió hacer caso al profesor y no pensar en nada más que en la música. No sabía si decirle al Maestro que solo tenía seis años.

Leonard Fishman, *Tappy*

Agente musical y directivo de una discográfica

¿Dónde? ¿A la cámara o a ti? Ah, ya... Si... De acuerdo. Me llamo Leonard Fishman y soy de Brooklyn, Nueva York. Tengo ochenta y seis años. Ya no estoy para estos viajes. A otro continente, y luego, para colmo, en autobús. Pero es que quería estar. Me puse muy triste al enterarme, te lo juro. Pobre Frankie. Fui su primer agente, en los años cincuenta y sesenta. Es verdad que no acabamos demasiado bien. Se volvió un poco loco. ¿Por qué? A saber. Yo no me creo ni la mitad de las chorradas que se han escrito sobre él. Tampoco te las creas tú. Y aún menos lo que tenga que ver conmigo. El matrimonio de Frankie, el fiasco de la película... Quieren echarme a mí la culpa, pero qué sabrán ellos.

¿Quieres que te explique la verdad? Fui el que lo descubrió. Aunque te cuenten otra cosa, lo encontré cuando solo era un *pisher*. ¿Sabes lo que quiere decir *pisher*? Es una palabra yidis. Significa *niño, joven e inocente*.

Inocente. ¡Ja! Me río porque Frankie muy inocente nunca fue.

¿Eh...? Sí, claro. Te voy a dar un ejemplo. Es una historia que me encanta. Estábamos en California. Era febrero de 1959. Ahora mismo te explico por qué me acuerdo. Hacía un año que era su representante, desde el día que vino a mi despacho y me dijo que había estado en el grupo de Elvis. Yo representaba a mucha gente, pero el nombre de Elvis te abría la puerta por sistema.

Frankie tenía una voz fantástica. Empezó a cantar *You Are My Special Angel* al lado de la mesa, con las manos cruzadas por delante, y me quedé alucinado. Encima era guapo, qué te voy a decir. Supe que con esa cara podría ganar dinero. Yo tenía una secretaria, y siempre que venía Frankie me daba miedo que se desmayara. Al final se liaron y ella se llevó un desengaño, como solía pasar con Frankie.

A lo largo de los años lo vi con muchas mujeres de ese perfil: secretarias, camareras, recepcionistas de hotel... Era una máquina. Te lo juro. Ojalá hubiera tenido yo tanta energía. Su novia de siempre lo dejó justo antes de que su carrera despegara. Yo siempre le decía: «Oye, chaval, que si estás intentando volver con ella me parece que vas mal».

Y él contestaba: «Venga ya, Leonard».

Típico de Frankie. Siempre me llamaba Leonard. El resto de la gente me llamaba *Tappy*,

porque me pasaba el día dando golpecitos con los pies o los dedos. Es un tic nervioso. Mira, ya lo estoy haciendo, ¿ves? En cambio, Frankie era diferente. Loco. *Mashuga*. Aunque yo lo quería mucho. Tenía corazón. Se olvidó el mundo de él, es una pena. Anda, que morirse así... Qué trágico.

¿Qué estábamos diciendo...? Ah, ya. Pues eso, que en esa época, en California, había un circuito de ferias del condado, con atracciones y animales (cabras, caballos y chorradas así), y luego, de noche, para captar a los adolescentes, organizaban conciertos de *rock*. Yo puse a Frankie en uno, con... A ver si me acuerdo... No sé si los Drifters, los Everly Brothers, Eddie Cochran, Buddy Holly, Fats Domino y alguno más. Dos canciones cada uno. Un plantel de infarto.

Bueno, a lo que iba. El promotor era un rumano, alto, peludo y con bigote, que se encargaba de todo: los animales, las atracciones y también la música. Todo el dinero se lo llevaba él. Cada noche los trabajadores tenían que ponerse en fila para cobrar, y esperaban en la tienda del rumano a que contabilizaran todos los recibos. El dinero lo guardaba en una caja gris. Fumaba un puro enorme y contaba los dólares uno por uno. Dentro de la tienda hacía un calor espantoso. Hasta ponía calefactores para que los que esperaban se quedaran tan achicharrados y tan hartos que se fueran. Con Frankie no le funcionó. Él y los Everly Brothers, Phil y Donald —Don, lo llamaban—, se quedaron la primera noche, empapados de sudor, y al final, cuando llegó su turno, el rumano ya había repartido todo el dinero de la caja.

—Mañana os pago —dijo.

Lo aguantaron cuatro días, siempre igual: «Mañana os pago». Llegó el día del último concierto del circuito. Frankie y los Everly estaban muy nerviosos. A Frankie le encantaban los Everly. Decía que eran mejores músicos de lo que parecía, cosa que, por cierto, también se podía decir de él. Una vez lo oí cantar *All I Have to Do Is Dream*, una canción de los hermanos, y hacía llorar, te lo juro. ¡Qué voz! ¡Qué canción! Le dije: «Frankie, déjame que la grabe», pero no quiso, porque... Fíjate, porque conoció a los dos autores, un matrimonio, y por lo visto ella le dijo que a los ocho años había visto la cara de su marido en sueños, y que a los diecinueve había vuelto a verla al fondo de una sala, y que desde entonces estaban juntos. Es una historia verídica. De ahí viene lo de «solo tengo que soñar» que dice la canción.

Total, que Frankie dijo que una canción así podía tener un único hogar, de la misma manera que ellos dos solo se tenían el uno al otro, y no quiso grabarla porque ya la habían grabado los Everly Brothers. Desde entonces se han hecho unas mil versiones, claro. Tenía más corazón que cerebro, Frankie, pero en fin, cosas de la vida...

¿Eh...? Ah, sí. El rumano y el dinero. Pues nada, salieron la última noche al escenario. Por cierto, Frankie arrasó. Yo estaba. Cantó *Want to Love You*. Ni siquiera la había grabado, pero por la manera de saltar de las chicas ya se veía que iba a ser un bombazo. Total, que se acaba el concierto y vuelven a hacer cola los músicos en la tienda. Esta vez yo también fui, porque era la última oportunidad de cobrar, ¿me entiendes? Te morías de calor. De Frankie no había ni rastro. Estábamos todos esperando al rumano. De repente se empiezan a oír gritos y todos se dispersan, porque... Prepárate, ¡porque se habían escapado los elefantes!

¿Habías oído alguna vez tantas *mishugas*? ¿Elefantes sueltos? El caso es que todo el mundo echa a correr. Tampoco es cuestión de que te aplaste un elefante, ¿no? Llegan los coches de la policía, con las sirenas y todo, una locura. De pronto frena un coche, y al volante está Frankie,

con una chica al lado. «¡Subid!», nos grita a los Everly y a *mí*. *Arrancamos*. *Está* todo el mundo un poco afectado, menos Frankie, que parece de lo más tranquilo. Nos lleva al hotel.

—¿De dónde has sacado este coche? —le pregunto.

Lo único que hace es sonreír. Sabes cómo sonreía Frankie, ¿no? Con esos dientes tan blancos que le había dado Dios. Ojalá tuviera yo unos dientes como esos. Ya no me queda casi ninguno. Todo son puentes.

Bueno, en fin, que no insistí. Los Everly bajaron en su hotel. Frankie los siguió corriendo.

—¡Un momento! —les dijo.

Les dio un sobre. Vi que era dinero. Él les dijo algo en voz baja. Ellos le dieron un abrazo.

—Dime que también has cobrado —le dije después de que se fueran.

Sonrió.

—Venga ya, Leonard.

De repente se acordó de la chica y ya no lo vi en toda la noche.

Ahora viene lo que te decía de la fecha, lo de febrero de 1959. La mañana siguiente, en mi despacho, sonó el teléfono. Era Frankie.

—¿Dónde está Pacoima? —me preguntó.

Pacoima es una ciudad pequeña del valle de San Fernando. Me dijo que quería ir. Enseguida. Yo le dije que muy bien y que si quería que lo acompañase. Entonces me dijo que no tenía coche y yo le pregunté por el de la noche anterior. Me dijo que ya no lo tenía. Y que mejor no hiciera más preguntas.

Unas horas después salí a buscarlo y puse la radio. Fue cuando me enteré de la noticia. Buddy Holly, Ritchie Valens y Big Bopper se habían matado en un accidente de avión. ¿Lo sabías? Exacto, en Iowa. Una tormenta de nieve.

Resulta que Frankie me hizo llevarlo hasta Pacoima porque era la ciudad de Ritchie Valens. Murió siendo un crío, tendría diecisiete años, pero se habían conocido en una gira, y como Valens era mexicano y Frankie español hicieron migas. A Frankie le encantaba que Ritchie hubiera tenido un éxito en español, *La Bamba*. Le parecía lo mejor.

Resumiendo, que fuimos a Pacoima, Paramos en una gasolinera. Frankie entró y volvió con una dirección, la de la casa de la madre de Ritchie Valens. Cuando llegamos, nos encontramos con un montón de coches y varios reporteros fuera de la casa. Frankie me dijo que esperase. Pasamos cuatro horas dentro del coche, aparcados en la calle, hasta que se fue todo el mundo. Ya era de noche.

—No tardo ni un minuto —dijo.

Sacó su maleta de la parte trasera, la abrió y ¿a que no te imaginas qué sacó?

Una caja gris.

Exacto: la del dinero del rumano. La tenía él. Que me parta un rayo si te miento.

Subió al porche y dejó la caja justo al otro lado de la puerta. Ni siquiera llamó.

—Ya podemos irnos —dijo al volver al coche.

—Pero ¿qué has hecho, Frankie? —le dije yo. Nunca me contestó del todo, solo dijo que debía de ser muy duro que se te muriera un hijo y que a la madre de Ritchie le haría falta un poco de ayuda. ¿Te lo puedes creer? Orquestó todo el follón, con los elefantes y lo demás, solo para que nos pagaran, y acabó regalando el dinero. Me pasé todo el camino de vuelta con la mirada en el retrovisor, rezando por que no nos siguiera el loco del rumano.

9

El dinero. Tengo que reconocer que es un misterio. Está claro que los seres humanos le dan mucha importancia, pero a mí me parece un peso enorme. Nunca ha estado en mis manos ni tengo experiencia de sus beneficios. Lo único que sé es que algunos de mis discípulos se han enriquecido bastante, pero que son muchos más los que han optado por abandonarme por necesidad de dinero. ¿Por qué? La música nunca se ha definido por la riqueza. Lo que se toca con el corazón se puede tocar en cualquier sitio.

Y con cualquier cosa.

La primera música que tocó Frankie fue con una *braguinha* barata. Pasó a las seis cuerdas cuando le pareció bien al Maestro, que le dijo que cogiera una de las guitarras del armario, de caja color caramelo y mástil de color caoba. Como ahora recibía varias clases por semana, y a menudo cuando Rafa estaba trabajando, este le compró una carretilla de color verde manzana claro, con la que Frankie transportaba su nueva guitarra por las calles.

Un niño con una guitarra en una carretilla contrastaba mucho con la dura posguerra que se vivía en el país y con el conflicto bélico que se estaba apoderando del resto del mundo. Durante esos años, yo me ocupé de recoger talento segado antes de tiempo, caído en los campos de batalla, ahogado en barcos hundidos o abatido desde el cielo por los bombardeos. Qué desperdicio. No entiendo que los seres humanos se maten entre sí, pero puedo dar fe de que lleváis haciéndolo desde vuestros inicios. Lo único que cambia son las armas.

La guerra afectaba a todo el mundo. Rafa empezó a tener problemas con la conservera, que iba de mal en peor por las restricciones y el racionamiento de la posguerra. Una noche, al volver a casa, se dejó caer en su sillón y se puso una toalla húmeda en la frente. El perro sin pelo se echó a sus pies.

—Sal fuera a practicar —le dijo Rafa a Frankie.

Triste por ver así a su padre, el niño le hizo un bocadillo antes de salir al jardín con su guitarra. Todos los días, antes de tocar, se cortaba las uñas de la mano izquierda y luego practicaba los arpeggios que le había enseñado el Maestro, separando los acordes por notas y tocándolas en otro orden. Practicaba todas las escalas. Sus dedos recorrían los trastes como patas de araña, cada vez más deprisa, pero sin estorbarse nunca entre ellos.

—¿Has visto alguna vez tropezar a una araña? —le preguntó el Maestro.

—No.

—Claro que no. Pues tampoco tienen que tropezar tus dedos.

—Sí, Maestro.

—*Di yes*, niño.

—*Yes*.

—Habla en inglés.

—Dicen los profesores que solo tenemos que hablar en español.

—Con ellos habla en español y conmigo en inglés. No les digas nada ni de mí ni de las clases, ¿me entiendes?

—Sí.

—Será nuestro secreto.

—Sí.

—*Di yes*.

—*Yes*.

—Sigue practicando.

—*Yes*.

El Maestro tenía buenas razones para el secretismo. A mí no me interesa la política, pero en España se había generalizado la represión y con el paso de los meses cada vez hubo más arrestos en Villarreal por desafección al Gobierno. *Muchos* de los arrestados eran artistas. A un pianista que recibió mi don lo sacaron de su casa en pleno día y lo encarcelaron. También dos violonchelistas, un flautista y varios cantantes. Por lo que deduje, el líder español que estaba al frente de todo —un tal Franco— había creado una sociedad dictatorial en la que cualquier desviación se consideraba un delito de deslealtad. Estos gobiernos los he conocido muchas veces. Los gobernados tienen siempre el mismo aspecto. Cansados, con la mirada inquieta y en constante lucha contra el miedo que los atenaza.

El arte se resiente de estas condiciones; eso ocurrió en España. La gente tenía miedo de expresarse, de escribir o bailar de según qué maneras. Encarcelaron a poetas, prohibieron las canciones en las otras lenguas del país que no fuera el español y redujeron la variedad musical de los programas de radio a la música tradicional española.

—Este Franco... —rezongaba el Maestro—. Si por él fuera, solo tocaríamos flamenco.

De todos modos, a veces sale algo bueno de lo malo, de la misma manera que se pueden tocar notas en tono mayor sobre acordes en tono menor. Un día en que Frankie iba con su carretilla hacia la calle Sangre de Cristo, justo cuando pasaba al lado de un nuevo cartel en el que ponía «¡si eres español, habla español!», vio alboroto delante de la tienda más grande de la ciudad. Varios policías con uniformes grises sacaban a gente del establecimiento y en la calle había mercancía amontonada. Al meterse entre la gente, Frankie oyó susurros que no entendió. También oyó aclamaciones: «¡Franco, Franco, Franco!». Mientras se abría paso entre los empujones a los que acompañaban gritos cada vez más fuertes, algo llamó la atención del niño entre los artículos que se apilaban en la acera. Un fonógrafo. Había visto uno en un escaparate, y Rafa le había explicado que tocaba música con discos redondos. A la pregunta de si podían comprarse uno, contestó que eran demasiado caros.

Ahora había uno en la acera, sobre una pila de discos: música de Estados Unidos, Inglaterra,

Francia. Frankie era demasiado pequeño para entender que aquel Gobierno consideraba subversivas esas grabaciones. Supuso que si estaban en la calle era porque no las querían.

De modo que, mientras un policía uniformado de gris empezaba a someter a la gente a golpe de porra, Frankie cargó rápidamente el fonógrafo y los discos en su carretilla verde claro, los tapó con una manta y se llevó de la pelea un buen trozo de mí.

No sabía que lo estaban vigilando.

10

Conviene que dedique unas palabras a la madre ausente de Frankie y a la sombra que proyectó sobre sus años de infancia.

Como es lógico, Frankie no guardaba ningún recuerdo de Carmencita, la piadosa mujer cuyo pelo tenía el color de la uva negra. Tampoco Rafa, que no la había conocido, podía explicarle la verdad, que lo había encontrado un perro sin pelo en el río, porque ¿a qué niño puede gustarle la idea de haber sido abandonado?

Por eso se inventó una leyenda. Es como remodeláis vuestra historia los seres humanos. Rafa le contó a Frankie que su madre era una santa, el único amor de su vida, muerta trágicamente durante un viaje que emprendieron poco después de que él naciera. Le pareció una manera de justificar que nunca fueran a visitar su tumba en el cementerio de Villarreal.

No era una buena mentira. Además, para desgracia de Rafa, Frankie era casi tan curioso como musical.

—¿Por dónde viajasteis, papá?

—Por América.

—¿Dónde queda eso?

—Muy lejos.

—¿Cómo se murió mamá?

—En un accidente de coche.

—¿Conducía ella?

—No, claro que no.

—¿Conducías tu?

—Sí.

—¿Te hiciste daño, papá?

—No. Bueno, un poco sí, pero no fue nada grave.

—¿Intentaste salvar a mamá?

—Por supuesto.

—¿Lo intentaste mucho?

Rafa suspiró. No hay que inventar una mentira a partir de las preguntas de un niño. Es como escribir música a partir de golpes de platillo.

—Sí, hice todo lo posible.
—¿Yó dónde estaba?
—Aquí.
—¿Solo?
—Con un amigo.
—¿Qué amigo?
—No lo conoces.
—¿Por qué?
—Murió.
—¿Cómo?
—En un accidente de coche.
—¿Conducía él?

Rafa se frotó la cabeza. Era un hombre práctico y de buen corazón, pero estoy casi segura de que cuando vino al mundo, sus pequeños puños no se aferraron al talento de contar historias.

—No me acuerdo, Francisco. Hace mucho tiempo.
—¿Qué le pasó a mamá?
—¿Cuándo?
—Después de morir.
—La enterraron.
—¿Qué quiere decir eso?
—Cuando te mueres, te entierran.
—Entonces, ¿cómo puede vivir con Dios?
—Vives con Dios después de que te entierren.
—¿Dónde está enterrada mamá?
—En un cementerio.
—¿Dónde?
—En América.
—¿Dónde?

Rafa sabía muy poco de América. Años atrás, su hermana, Jacinta, se había establecido en México, y ahora estaba casada con un americano de Detroit.

—En Detroit.
—¿Qué es?
—Una ciudad.
—¿De dónde?
—De América.
—¿Vosotros por qué fuisteis allí?
—Para comprar un coche.
—¿El nuestro?
—No, otro.
—¿El del accidente?
—Sí, ese.
—¿Mamá era guapa?
—Mucho.

—¿Me quería?

—Mucho.

En este caso, aunque sin darse cuenta, Rafa dijo la verdad. Le dolía tanto la cabeza que cortó la historia.

—No me hagas más preguntas, Francisco.

—¿Cómo era?

—Por favor.

—¿Es esta?

Frankie enseñó una foto donde salía Rafa, más joven, tomando por la cintura a su hermana Jacinta, una mujer rechoncha con el pelo claro y los labios pintados de oscuro. Era de hacía años, la última vez que se habían visto, antes de que ella se fuera a México.

—¿Dónde la has encontrado?

—En el armario.

—¿Y qué hacías tú en el armario?

—¿Es mamá?

Rafa suspiró.

—Sí, es ella. No me preguntes nada más, ¿vale?

Frankie se quedó mirando la foto. Por fin. La mujer rechoncha abrazada a su padre era su madre, la santa, muerta en un accidente de coche en un país lejano, y enterrada para poder vivir con Dios.

Ya tenía su historia. Años después se inspiró en ella para escribir su primera composición para guitarra, a la que puso el título de *Lágrimas por mi madre*.

La verdad es luz. Las mentiras son sombras. La música es lo uno y lo otro.

Por cierto, ya que hablamos de mí, tenéis muchas palabras sobre cómo se me tiene que tocar. En la música clásica son casi todas italianas. *Adagio, moderato...* Es algo que viene del Renacimiento, de cuando Italia era el centro de la creatividad; y los músicos que acudían a esas tierras inventaron cientos de frases para describir mis tempos. *Vivace, andantino, prestissimo*. En la historia de Frankie, de momento, hemos estado yendo *largo*, despacio, o *larghissimo*, todo lo lento que se pueda sin perder sentido. Pero ahora que está a punto de empezar la misa fúnebre, tendremos que recurrir al *accelerando* y llegar tal vez al *adagietto* o al *allegro*.

Los siguientes tres años de la vida de Frankie —a partir del día en que robó el fonógrafo hasta que se fue de España en la bodega de un barco— contuvieron las siguientes novedades: creció veintidós centímetros, se le cayeron seis dientes de leche, se peleó cuatro veces en el colegio, hizo la primera comunión, aprendió a chutar un balón de fútbol, se puso brillantina en el pelo, hizo que una niña le diera un beso en la oreja —antes de irse corriendo entre risas— y aprendió a montar en bicicleta, rezar en latín y hacer bocadillos con aceite de oliva y embutido. Se puso su primer traje de baño, vio su primer tanque, le pidió a Rafa una y mil veces que señalase Estados Unidos en un mapamundi y durmió cada noche con la foto de la mujer de pelo claro debajo de la almohada, la mujer a quien tomaba por su madre.

También practicó con la guitarra como mínimo tres horas al día en el jardín, aprendió más de cien piezas y le dio la serenata al perro sin pelo con arpegios y ejercicios de dedos. En lo que respecta a sus clases con el Maestro, puedo dar fe de que progresó extraordinariamente, basándome en que su profesor ciego llegó nada menos que a sonreír algunas veces mientras su discípulo tocaba. El Maestro dejó incluso de fumar, aunque quizá se debiera a que un día Frankie encendió sin querer un mantel con el mechero, y luego le echó vino antes de que su profesor pudiera avisarlo de que el alcohol podía incendiar toda la casa. (No fue así, pero son sustos que pueden cambiar hábitos). Frankie pasaba cada vez más tiempo encima de la lavandería de la calle Sangre de Cristo, aprendiendo las técnicas y la postura clásicas: el mástil en posición vertical, sin tocar el hombro izquierdo y un pie en un taburete. El Maestro le hizo sujetar durante horas una naranja en la mano derecha, para simular la posición correcta con la que había que pulsar las cuerdas. Una y otra vez le tocaba los dedos para enseñarle la parte carnosa del pulgar y la inclinación de las uñas con la que se conseguía el sonido más puro. Le dio a conocer hasta el

último centímetro de la guitarra, los agudos penetrantes que se tocaban en la base del mástil, el volumen y la tonalidad en relación con la boca, cómo vibraba cada cuerda, y que se podían tañer, golpear, pellizcar, pulsar o rasguear.

Frankie también aprendió a usar el fonógrafo que había robado en la calle. Al principio el Maestro se enfadó mucho e insistió en que lo tirasen a la basura. «Si la Policía ha cerrado la tienda, ¿qué te crees que me haría a mí, tonto?». Sin embargo, cuando Frankie apoyó la aguja en una grabación de la orquesta de Duke Ellington, *Don't Get Around Much Anymore*, el Maestro se dejó caer en su sillón con la boca abierta y le pidió al niño que volviera a poner la aguja en el primer surco en trece ocasiones seguidas.

Acabaron escuchando varias veces todos los discos de la pila. El preferido del Maestro era uno de pizarra de un guitarrista gitano que se llamaba Django Reinhardt y que, según él, no era «de este mundo». Frankie se inclinaba por un tal Louis Armstrong y por la canción *Bill Bailey, Won't You Please Come Home*, cuya letra se aprendió de memoria. Un día que el Maestro estaba comiendo uno de los bocadillos de embutido de Frankie, el niño se la cantó, haciendo una imitación perfecta.

*Won't you come home, Bill Bailey?
Won't you come home?
She moans the whole day long
I'll do the cooking darling. I'll pay the rent.
I know I've done you wrong...*

Al final de la canción, el ciego dejó de masticar y se frotó la barbilla con dos dedos.

—Francisco, vas a tener un problema.

—¿Qué problema?

—Cantas bien.

—Gracias, Maestro.

—Demasiado bien. Tendrás que decidir si serás un gran cantante o un gran guitarrista.

—¿Puedo ser las dos cosas?

El Maestro suspiró.

—Ser las dos cosas es no ser ninguna.

Frankie miró las gafas oscuras de su profesor y sus patillas sin afeitarse. Al ponerse a cantar no había querido fallarle.

—Lo siento, Maestro.

El ciego hizo ruido con los dientes.

—Y no imites a Louis Armstrong, que te estropearás la garganta.

12

He prometido ser rápido en lo que queda de los años españoles, así que con vuestro permiso me centraré solo en dos fechas: el día que Frankie se enamoró y el día que se fue.

Lo primero sucedió a principios del otoño de 1944, una tarde despejada en que Rafa lo llevó en coche a la conservera, cerca de la Vilavella. Poco después de llegar, Rafa se vio arrastrado en otra discusión entre trabajadores y le dijo a Frankie que se fuera a pasear al perro sin pelo. Frankie entendió que era para que no oyese lo que decían y no tuvo inconveniente, ya que quería acabar de aprender la última pieza que le había enseñado el Maestro.

Con la guitarra al hombro, se llevó al perro sin pelo por el largo camino que salía del pueblo. Silbaba, cantaba en voz baja y le tiraba un palo al perro para que fuera a buscarlo.

No tardó en alejarse de las últimas casas y se adentró en una arboleda. Se le ocurrió practicar apoyado en un tocón y caminó sin rumbo hasta que encontró un buen sitio en el que se sentó, ajustó la guitarra, levantó la mano izquierda como le había enseñado el Maestro y empezó a tocar escalas.

—¡Shhhhh!

Levantó la vista.

—¡Shhhhh!

No veía quién le mandaba callar. Paseó la mirada por el bosque hasta que vio a alguien subido a un árbol, a caballo de una rama enorme. Era un niño más o menos de su misma estatura, con unos pantalones marrones, una camisa amarilla y una gorra muy calada sobre la frente.

—¿Quién anda ahí?

—*I don't speak Spanish. Be quiet!*

—Yo sí que hablo inglés —dijo Frankie.

El niño bajó la vista.

—¿Quieres ver muertos?

Frankie apretó con fuerza el mástil de su guitarra.

—Tengo que practicar.

—¿Te da miedo?

—No.

—No pasa nada. La mayoría de la gente no es tan valiente como yo.

El inglés de aquel niño sonaba raro. (Era el primer acento británico que oía Frankie).

—No me da miedo.

—Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Subiendo.

Por un lado, Frankie tenía ganas de huir. No le apetecía nada ver muertos. Por otro lado, nunca había conocido a un niño que hablara inglés y no le sobraban los amigos, porque la mayoría de los del colegio seguían burlándose de él por lo de frotarse los ojos. Tuvo curiosidad por saber si aquel niño sabía alguna canción.

—Vale —dijo—, ahora subo.

Rodeó el tronco con los brazos e intentó trepar, pero después de poco más de un metro se cayó con torpeza.

—Qué tontería —dijo el niño, y se rio.

Frankie se sacudió el polvo de los pantalones. El perro sin pelo le lamió las piernas desnudas.

—Toma.

El otro niño le tiró una cuerda que estaba atada a la rama. Frankie la agarró, dio un salto, apoyó los pies en el árbol y empezó a caminar por el tronco. Al llegar a la rama se dejó caer.

—Mmm —dijo el niño.

Solo entonces se dio cuenta Frankie, jadeando, de que no era un niño, sino una niña rubia, con el pelo dentro de una gorra. Sus dientes formaban una curva pequeña y perfecta debajo de sus labios, y tenía la piel más blanca y las mejillas más rosadas que hubiera visto Frankie en toda su vida. El color de sus ojos era como el de una piscina y le daba un aspecto un poco soñador, aunque mirase a Frankie a los ojos, sin pestañear.

—Has demostrado que eres valiente —dijo como si tal cosa—, o sea, que puedes ser mi amigo.

Frankie sintió que algo cálido se expandía en su interior. Se sentía tan valiente como había dado a entender la niña.

—Ayúdame a recoger la cuerda —dijo ella.

—¿Por qué te has subido a este árbol?

—Porque estoy espiando.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿No sabes lo que quiere decir «espíar»?

Frankie se encogió de hombros.

—Veo cosas secretas que en principio no debería ver nadie.

—¿Para qué?

—Para poder contárselas a mi padre. Es que es un hombre muy importante.

Frankie volvió a encogerse de hombros.

—Solo pueden ser espías los valientes. Como mi padre.

—¿Dónde está?

—No sé, en una misión secreta, pero cuando vuelva le contaré qué he visto.

—¿Qué has visto?

—Los muertos. Mira.



A Frankie casi se le había olvidado. Miró hacia donde señalaba la niña y vio un gran claro en el bosque donde la tierra se veía distinta a la de alrededor. La habían excavado, removido y puesto otra vez en su sitio. Al fondo había un agujero profundo y vacío, rectangular, junto a un montón de tierra enorme.

—Lo han excavado esta mañana —susurró la niña—. Es donde los pondrán.

—¿Qué pondrán qué?

—A los nuevos.

No tuvo tiempo de entrar en detalles porque justo en ese momento entró en el bosque un camión militar que aplastaba la hierba y las ramas a su paso. La niña se puso tensa y se aferró al antebrazo de Frankie, que se quedó mirando su pequeña mano blanca, de dedos finos y delicados, a pesar de la fuerza con la que apretaban. Dedicaba mucho tiempo a mirar dedos —como tantos guitarristas—, y la primera imagen de los de la niña se le quedó grabada para siempre en la memoria.

—No hables —susurró ella.

El camión militar frenó y, con el motor en marcha, bajaron varios hombres. Llevaban la boca y la nariz tapadas con bufandas. Tras una serie rápida de movimientos y de que se abriera algún seguro, empezaron a sacar cuerpos de la parte trasera: seis, todos descalzos y vestidos, con manchas oscuras en la ropa húmeda. A Frankie le pareció que estaban profundamente dormidos, hasta el punto de que al ser transportados se doblaban como largos sacos de arroz. Le habría gustado que se movieran y dijeran «Eh, dejadme en el suelo, que ya estoy despierto», pero seguían completamente quietos.

Entre el runrún omnipresente del motor, los soldados amontonaron los cuerpos en la fosa con el mismo ímpetu que unos estibadores descargando cajas. Luego volvieron al camión, del que sacaron largas palas de metal.

En cuestión de minutos había tanta tierra sobre los cadáveres que Frankie y la niña ya no los veían. Los soldados no decían nada. Se limitaron a aplastar la tierra con el dorso de las palas y a pisotearla, luego corrieron al camión y cerraron las puertas mientras arrancaba.

De repente el silencio era absoluto, impresionante, como si incluso la tierra, anonadada, contuviese la respiración. Lo conozco. El silencio forma parte de la música. Pero que algo no haga ruido no significa que no lo oigas.

Frankie miró a la niña, por cuya mejilla corría una sola lágrima, y vio que juntaba las manos y empezaba a hablar despacio y en voz baja. Eran palabras de una oración.

—Venid raudos a ayudarles, santos de Dios. Venid raudos en su busca, ángeles del Señor. Tomad en vuestros brazos a estas almas y elevad vuestra carga hacia el Altísimo.

Se giró hacia Frankie.

—Si no lo dice nadie, no se irán al cielo. —Se enjugó la lágrima con el nudillo—. Ya podemos bajar. Así me tocas algo con tu guitarra.



Del amor sé lo siguiente: que cambia vuestra forma de tratarme. Os lo noto en las manos, en los dedos, en vuestras composiciones. Una súbita afluencia de fraseos vivos, séptimas en tono mayor y líneas melódicas que acaban con dulzura, limpiamente, como una postal de amor cuando se introduce en un sobre. Los afectos recién nacidos dan vértigo a los seres humanos. Cuando bajó del árbol con la niña misteriosa, al pequeño Frankie ya le daba vueltas la cabeza.

Caminaron juntos sin decirse nada. La niña lo llevó al borde de la sepultura.

—No tan cerca —le dijo a Frankie, que le pisaba los talones.

—Perdona.

Sonrió.

—Aún tienes miedo.

—Qué va.

—Los soldados no volverán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca vuelven.

—¿Estaban todos muertos, esos hombres?

—Sí.

—¿Cómo se habían muerto?

—Lo más seguro es que les pegaran un tiro.

—¿Por qué?

—Por la guerra que hubo. Dice mi padre que el Generalísimo mata a quien quiere.

Era un nombre que Frankie ya había oído antes, el Generalísimo, y que le daba escalofríos.

—A mí no me gusta la guerra —dijo.

—Yo la odio —contestó la niña.

—Yo también.

—Hablas raro.

—Qué va.

—¿Dónde has aprendido inglés?

—Con mi profesor.

—¿Tu profesor del colegio?

—Mi profesor de guitarra.

Frankie tragó saliva al darse cuenta de que acababa de traicionar la confianza del Maestro.

—No puedes decírselo a nadie.

—No se lo diré.

—Es un secreto.

—Yo sé guardar secretos.

La niña miró su guitarra. Mientras tanto, el perro sin pelo la miraba a ella.

—¿En serio que sabes tocar?

—Sí.

—Pues toca algo.

—¿Para ti?

La niña se giró hacia el claro recién excavado.

—Para ellos.

—¿Qué quieres que toque?

—No sé, algo que diga que no los olvidaremos.

Frankie tenía muchas ganas de complacerla, así que pensó en las piezas que había aprendido y se acordó de una de los discos robados, una canción filipina que, según su profesor, que se la había enseñado, era «tan triste que se podría derretir la aguja». Se titulaba *Maalaala Mo Kaya*, y su autor era Constancio de Guzmán, un compositor filipino. («Qué nombre más elegante», había dicho el Maestro para sí). Era la historia de una pareja de distinta extracción social que se hacía la promesa de no olvidar su amor. En la etiqueta del disco traducían el título como *¿Te acordarás?*

Se sentó en una piedra y apoyó la guitarra en su rodilla. Muy sensible a la presencia y la mirada de su nueva amiga, procuró tocar a la perfección. Se lo noté en cómo palpaba las cuerdas y en la ternura de la que impregnó hasta la última nota.

Vista de lejos, la escena podría haber parecido un poco rara: dos niños cerca de una fosa común, uno de los cuales tocaba la guitarra mientras el otro prestaba atención, todo ello bajo un sol de justicia y junto a las huellas recientes de un camión militar.

Yo, sin embargo, veía otra cosa. Yo veía a un niño pequeño que casi torcía las cuerdas hacia una chica. Era la primera vez que Frankie Presto intentaba dar su música a otra persona.

Por eso supe que estaba enamorado.



—¿Cómo puedes tocar así? —dijo ella al final de la pieza.

—No sé.

—Está muy bien.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Tú crees que lo han oído?

Miró el claro.

—No lo sé. No son tumbas como tienen que ser.

—¿Y cómo tienen que ser?

—¿Las tumbas? Pues muy bonitas. Se pone el muerto en un ataúd, viene la familia a despedirse y dejan flores encima. —¿Flores? ¿Por qué?

—Para que los muertos puedan ver algo bonito cuando suben al cielo.

—Ah.

—¿Nunca has visto una tumba?

—Mi madre tiene una.

—¿Tu madre está muerta?

Frankie asintió con la cabeza.

—¿Era simpática?

—No la conocí.

—¿Y dónde está su tumba?

—En América.

—O sea, que nunca la has visto.

—No.

Frankie tuvo curiosidad por saber cómo era la tumba de su madre y si alguien le había llevado flores. Tuvo ganas de preguntárselo a Rafa. De repente echaba mucho de menos a su padre.

—Sobre esta tumba tendríamos que poner flores —dijo la niña.

—Vale.

—¿Ves alguna?

—¿Qué tal esas?

—Son malas hierbas.

—¿Y no se pueden usar?

—No, son feas.

Se quedaron callados. Frankie miraba su guitarra.

—Eran seis, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ya sé qué podemos hacer.

Bajó la guitarra y empezó a girar una de las clavijas al revés. Después desenganchó la cuerda de su clavija y del puente y se agachó con ella en la mano. La niña se agachó a su lado. Frankie dio varias vueltas a la cuerda, la giró en un ángulo de noventa grados y la ató para formar un tallo por debajo de los círculos. Ya lo había hecho con varias cuerdas viejas del Maestro, fabricaba juguetes cuando el profesor se quedaba dormido en el sofá. Lo que nunca había hecho era quitar una cuerda de su guitarra.

Clavó la punta al suelo y la sujetó con dos pequeñas piedras.

—Una flor —dijo la niña con asombro.

—Para que puedan ir al cielo —contestó Frankie.

—Pero ahora ya no puedes tocar.

Aun sabiendo que tenía razón, aflojó otras tres cuerdas.

—¿Puedo probar? —preguntó ella.

Se agacharon juntos. Esta vez la niña no le dijo «no tan cerca». Hicieron otras cinco flores de cuerda y las distribuyeron por la capa de tierra que tapaba los cadáveres. Acto seguido se pusieron de pie y se quitaron el polvo. El sol ya no estaba tan alto. La niña rezó un poco en voz baja. Frankie repitió sus palabras, aunque no las entendiera.

Mientras miraban la tumba, la niña entrelazó sus dedos con los de Frankie, que se los apretó. Hay en este mundo momentos en que Dios sonríe por la inesperada dulzura de su creación. Ese fue uno de ellos.

—¿Cómo te llamas?

—Francisco.

—¿Y de apellido?

—Rubio.

—¿Francisco significa algo?

—Es el nombre de un guitarrista famoso.

—Qué bien.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Aurora.

—¿Y de apellido?

—York.

—¿Aurora significa algo?

—Sí, lo mismo que *dawn*.

—¿Y qué quiere decir *dawn*?

—Cuando sale el sol. Lo sabe todo el mundo.

Frankie apartó la vista. Tendría que pedirle al Maestro que le enseñara más inglés.

—Tocas muy bien, Francisco.

Se sonrojó.

—Creo que eres el mejor guitarrista del mundo.

—¿De verdad?

—No te mentaría.

El perro sin pelo gimió un poco.

—¿Te ha dado alguna vez un beso una niña?

—Sí, una.

—¿Dónde?

—En el colegio.

—No, que dónde. ¿En la mejilla?

—En la oreja.

Frankie se la señaló.

—Pues yo te voy a dar un beso en la otra —dijo ella.

Así lo hizo: un beso suave y rápido. Luego se inclinó, como si estuviera bastante satisfecha de sí misma, y le acarició la cabeza al perro sin pelo.

Frankie pestañeó.

—Aurora —vocalizó como si lo practicase—. Au-ro-ra.

Ella sonrió al oír su nombre. Frankie también sonrió. Sin darse cuenta, acababa de entrar en otro grupo. A partir de ese momento, en la música de Frankie estuvo presente Aurora York. Lo estuvo ese día, lo estuvo esa noche y lo estaría siempre.

13

Debéis tener en cuenta que en mi mundo las cosas pasan enseguida del tono mayor al menor. Es un simple cambio de acorde, una «bemolización» de la tercera. Basta con mover un dedo. Ese día, al regresar del bosque con el perro sin pelo, Frankie estaba como absorto, pero al llegar a la fábrica se dio cuenta de que pasaba algo raro. Fuera había camiones de policía y hombres con uniforme gris apoyados en la fachada. El perro sin pelo gruñó.

—¿Qué quieres, niño? —preguntó un policía.

Frankie tragó saliva.

—Mi papá.

—¿Dónde está tu papá?

—Dentro.

—¿Ah, sí? ¿Aquí dentro? ¿Seguro?

El policía se irguió. Acababa de llegar otro camión. Frankie vio que era el del bosque. Los soldados que habían estado enterrando cadáveres bajaron y encendieron cigarrillos. A Frankie le latía el corazón muy deprisa.

—¿Quién es tu papá? —preguntó el primer policía.

El perro sin pelo se puso a ladrar.

—¡Cállate, bicho!

El policía sacó la pistola.

—¡No! —gritó Frankie.

El policía disparó, pero falló. La bala levantó humo del suelo. El perro se fue corriendo.

—Bueno, a ver —continuó el policía—, ¿quién es tu padre? Justo entonces se abrió la puerta principal de la fábrica y salió dando tumbos uno de los trabajadores de Rafa, atado por las muñecas. Lo seguían dos policías.

—¡Luis! —gritó Frankie—. ¡Luis! ¿Dónde está...?

Luis lo miró con muy mala cara y sacudió la cabeza. Frankie se quedó callado.

—¿Es este, tu padre? —preguntó el policía.

—¡Su padre no está! —exclamó Luis—. No ha venido porque estaba enfermo.

—¡Cállate! —gritó el policía que lo sujetaba.

Le clavó una porra en las costillas y se lo llevó al camión, al que lo hizo subir de un empujón.

Frankie vio que en el asiento trasero ya había otros dos trabajadores. Parecían aterrorizados.

—¿Es verdad, guitarrista?

Frankie notó que le caían lágrimas por la cara.

—¡Contesta, chaval! ¿Es verdad? ¿Tu padre se ha quedado enfermo en casa?

—Sí —susurró finalmente.

—Pues entonces, ¿por qué has dicho que estaba dentro?

Frankie siguió mirando hacia delante.

—Quería... agua.

—Pues ve a buscarla a otro sitio. Y dame la guitarra. Te voy a enseñar cómo toca un español.

El policía le quitó la guitarra que llevaba a la espalda, sin esperar, y la giró.

—¿Qué pasa? No tiene cuerdas. —Escupió—. Para tocar la guitarra se necesitan cuerdas, chaval. ¿No te lo ha enseñado tu papá?

La arrojó al suelo. Los demás se rieron.

—¡Vete a casa, Francisco! —dijo Luis desde el camión, a grito pelado.

Los policías se volvieron a reír.

—Eso, Francisco, vete a casa, y dile a tu padre que mañana no hay trabajo. Ni pasado mañana tampoco.

Frankie dio media vuelta y echó a correr, haciendo crujir la grava. Al cabo de nueve o diez pasos se detuvo, regresó corriendo y le quitó la guitarra al policía. Volvieron a reírse todos.

—¡Más vale que te busques unas cuerdas! —gritó uno de los policías.

Frankie, sin embargo, ya se perdía de vista. Tenía el pecho tan lleno de aire que le pareció que se había tragado todo el aire del país.

Corrió mucho. Cuando le fallaron las piernas caminó. Luego volvió a correr. Frenó a su lado un camión de gitanos, que se ofrecieron a acercarlo a Villarreal a cambio de todas las monedas que llevara en el bolsillo y de su guitarra. Frankie se las dio a regañadientes y subió a la parte trasera, observado por todos los gitanos. Se encajó entre un saco de patatas y una mujer con un chal negro, que roncaba.

Durante el trayecto hacia el oeste los adelantó un vehículo militar que se paró en la conservera para que se apease un oficial, el cual, al enterarse de que había ido un niño y se había marchado le dio una bofetada a un soldado.

—¡Era el bastardo! —gritó—. ¡El hijo de Rubio!

Pero para entonces, Francisco daba saltos en la parte trasera de una camioneta, apoyado en una mujer que roncaba, y hacía todo lo posible por no llorar. Parece una crueldad decir que no volvió a ver a Rafa, pero es cierto. El mismo día en que Frankie Presto encontró el amor, perdió su casa.

De mayor a menor.

Abby Cruz

Compositora y productora

A Frankie Presto lo conocí en un cubículo.

Es verdad. Yo tenía veinte años y acababa de entrar a trabajar en Nueva York para Aldon Music, en un edificio de oficinas de Broadway. A los compositores nos ponían en cubículos, todos en fila. Estaban Neil Sedaka, Carole King, Gerry Goffin, Cynthia Weil, Barry Mann... Nuestro trabajo consistía en componer éxitos. Tenías un piano, una mesita, un cenicero —entonces fumaba todo el mundo—, y te pasabas el día dale que te pego. Ahora parece raro, porque nos oíamos por las paredes, pero la verdad es que nos inspiraba. Era una competición. De esos cubículos salió un montón de música que se ha hecho famosa en todo el mundo. *On Broadway, Breaking up Is Hard to Do, Will You Still love Me Tomorrow...*

Yo no había tenido ningún éxito tan grande. Hacía lo que podía, rezando por que no me echasen. Pagaban cincuenta dólares a la semana y a cambio esperaban que les hicieras ganar dinero.

Al ser la única latina de todos los compositores, nunca tenía la oportunidad de hablar en español, hasta un día de 1961. Estaba embarazada de mi primer hijo —vamos, que me interesaba mucho que no me despidieran—. Se habían ido todos a comer menos yo. Me moría de ganas de escribir un bombazo. Estaba tocando el piano, un gancho que me parecía bueno, y de repente oí una guitarra. Me llamó la atención porque para empezar no eran muy comunes las guitarras, y encima aquella estaba tocando un solo... sobre mis acordes de piano.

Dejé de tocar. La guitarra también.

Volví a tocar. Se oyó otra vez la guitarra, tocando un solo rápido. Entonces probé con algo más difícil. Toqué una canción que me había enseñado mi abuela colombiana, *La malagueña*. Y oí que la guitarra se ponía a tocar como loca.

Paré y dije en español:

—Bueno, ¿quién está tocando?

Y del cubículo de al lado salió el hombre más guapo que había visto en mi vida: pelo negro, ojos azules, camisa rosa y pantalones negros de vestir.

—Hola, me llamo Frankie —dijo en español.

Era Frankie Presto. Lo reconocí enseguida. Había salido en *The Ed Sullivan Show* (dos veces) y en *American Bandstand*. *I Want to Love You* había sido número uno en todo el país. Vamos, que lo conocía todo el mundo en el sector, pero yo no tenía ni idea de que hablara español. Todos creíamos que era de California.

Total, que ahí me tienes, avergonzadísima, diciendo:

—Hola, yo soy Abby.

—¿Dónde has aprendido *1m malagueña*? —replicó él.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunté yo.

—Esconderme —respondió.

Señaló la ventana. Me acerqué y miré hacia abajo. Estaba todo lleno de chicas con sus discos en la mano, abarrotando la entrada.

Resultó que había venido con su *mánager*, Tappy Fishman, que tenía que reunirse con nuestra compañía para hablar de las canciones del siguiente disco de Frankie. Me entusiasmé al pensar que quizá pudiera escribirle algo, pero él me explicó que en el fondo no quería grabar material ajeno. Solo seguía la corriente a Tappy por educación.

—Lástima —le dije.

—Yo creo que un artista tiene que cantar sus propios temas —contestó.

—*I Want to Love You* la escribiste tú, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para una chica?

—Mmm.

—¿Y le gustó?

—No lo sé. Ha desaparecido.

Me parecía increíble estar a solas con Frankie Presto. Le pregunté cómo era ser famoso. Había salido en la revista *Life*, era amigo de Sinatra y de Bobby Darin... Ese tipo de cosas. Se rio, y dijo que por lo general era divertido, salvo cuando tenía que correr para escaparse de las chicas que gritaban. Hasta se había lesionado una vez el tobillo por saltar desde una salida de incendios.

Justo antes de marcharse me hizo una pregunta.

—¿Para cuándo es el niño?

Se lo agradecí, porque la mayoría de los hombres era lo primero que querían saber. Contesté que me quedaban seis semanas y que esperaba que no me despidiesen antes.

—No te despedirán —dijo él—. Escribes buenos ganchos. Algún día —añadió— quiero enseñarles música a mis hijos.

En fin, que nació mi hija y me tomé unos meses de baja de maternidad. Cuando volví al trabajo me encontré en el cubículo una cesta de juguetes y una nota donde ponía «¡Enhorabuena!», firmada por «El guitarrista de al lado». Dentro del cesto encontré la partitura de una canción que se llamaba *No, No, Honey*. Debajo del título ponía «Por Frankie Presto y Abby Cruz».

Debí de quedármela mirando mucho tiempo. Luego la puse en el piano y la toqué. El gancho era el estribillo que tocaba el día en que entró él. ¡No sé cómo se acordaba! Pero me hizo aparecer como coautora de toda la canción. Supongo que sabes que *No, No, Honey* *entró en el top*

diez. Mi primer disco de oro. Y fue lo que evitó que me echaran, en serio. Carole y Gerry habían escrito éxitos importantes para las Shirelles y los Drifters, Neil Sedaka para Connie Francis, y Barry y Cynthia para las Crystals, pero yo tenía un éxito con Frankie Presto. ¡Fue la bomba!

Durante unos cuantos años me mandaba mensajes cortos a la oficina para felicitarme por tal o cual canción. Siempre añadía «¡Canta tus propias canciones!», y siempre firmaba como «El guitarrista de al lado». Luego dejó de escribir, estuve varios años sin tener noticias suyas. Sé que le pasaron muchas cosas y que dejó de componer durante mucho tiempo.

Pero al enterarme de cómo se había muerto tuve un *shock*. He querido venir a despedirme de él. Fue tan amable conmigo en mis inicios... Es posible que sin él no hubiera seguido en el mundo de la música. Con *No, No, Honey* le pagué a mi hija la universidad. La verdad es que me parece raro que lo entierren en España, porque me acuerdo de que una vez dijo palabras muy duras sobre su país.

Fue la última vez que nos vimos, en 1964, en un gran hotel de Nueva York, para algún acto del sector. Para entonces Frankie ya había tenido muchos éxitos. *Shake, Shake* y *Our Secret*, pero no lo vi tan despreocupado. Llevaba un traje amarillo y gafas de sol, y estaba con su mánager y con su prometida, la actriz, no me acuerdo de cómo se llamaba. Yo no quise molestarlo, porque estaba mi hija conmigo, pero en cuanto nos vio se acercó corriendo.

—¿Es la nena? —preguntó.

—Sí, es ella.

—¿Cuántos años tiene?

—Tres.

—Vaya.

—Por cierto, muy guapa, tu novia.

—Gracias.

—¿Es para la que escribiste *I Want to Love You*?

—No, qué va.

Se agachó para hablar con mi hija y cantarle *Do Re Mi*. Ella, al acabar, le dio un abrazo.

—¿Dónde os casáis? —pregunté.

—En Hawái.

—¿En Hawái?

—Sí. Lo está organizando todo Tappy.

—¿Tienes familia en Hawái?

—No, si soy español. ¿No te acuerdas?

—Entonces, ¿por qué no os casáis en España?

Se le tensaron las facciones.

—Yo ahí no vuelvo —dijo.

Lo segundo que he prometido explicar es el día en que el pequeño Frankie abandonó para siempre su país. Fue once meses y nueve días después de que metieran a Rafa en la cárcel por algo que se inventaron unos trabajadores resentidos, y que, sinceramente, excede mi capacidad de comprensión. Los seres humanos siempre os estáis encerrando mutuamente. Celdas, mazmorras... Algunas de vuestras primeras cárceles eran cloacas donde chapoteaban los hombres en sus propias heces. Esta arrogancia, la de aprisionar a sus congéneres, no la tiene ningún otro ser. ¿Os imagináis a un pájaro que enjaula a otro? ¿O a un caballo que encarcela a otro? Como forma libre de expresión que soy, jamás lo entenderé. Solo puedo decir que en esos sitios es donde se han oído algunas de mis más tristes melodías. Una canción dentro de una jaula nunca es una canción, sino una súplica.

La noche de la redada en la fábrica, Frankie llegó a su casa con la esperanza de encontrar a Rafa en la calle Calvario, pero al entrar no encontró a nadie, y seguía estando solo al despertar. Vio que la cerradura de la puerta principal estaba reventada y que había varios muebles cambiados de sitio. De pronto su estómago se quejó. Ojalá hubiera podido hacerle Rafa el desayuno. Se asomó a las ventanas y vio pasar a gente, pero desde que Luis había mentido para protegerlo, se daba cuenta de que no podía confiar en nadie. Se quedó a oscuras, rezando por su papá. Se lavó la cara y las orejas por detrás, por si el buen comportamiento podía acelerar el regreso de Rafa. Sin guitarra no podía tocar música, y tenía demasiado miedo de encender la radio, por si lo oían. Pronto el silencio se volvió tan estruendoso que se tuvo que tapar los oídos.

Yo tuve ganas de consolarlo y de arroparlo con alguna melodía, pero sabía que justo en ese instante volvían a vigilarlo, y no me atreví a entrometerme en esa clase de destinos.

Frankie estuvo dos días escondido, comiendo conservas y bebiendo agua del grifo. Cada vez que parpadeaba veía la cara de Rafa, tarareando una canción al volante del coche italiano, leyendo el periódico, siguiendo con el pie el ritmo de la música que tocaba Frankie o agachándose para darle un beso de buenas noches.

La tercera mañana oyó arañazos en la puerta y tuvo miedo de que fueran los soldados, así que corrió al jardín y se escondió debajo de la misma mesa donde había marcado un ritmo de jota. Esperó, pensando que echarían la puerta abajo, pero lo que oyó fue una especie de gemido. Al salir de su escondite vio que se acercaba a él el perro sin pelo, jadeante, con la lengua fuera.

No sé explicaros cómo hizo el viaje el animal, pero el caso es que Frankie se llevó la mayor alegría de su vida. Se echó al cuello del perro y lo abrazó. Así, con la cara hundida en su cuerpo, lloró durante un buen rato. Se quedaron los dos en el jardín, dos integrantes del terceto que echaban de menos al tercero.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

Y, por la razón que sea, el grupo siempre se acaba disgregando.



Por la tarde, Frankie se cambió de camisa, se ató los cordones, se puso una de las gorras de *tweed* de Rafa y salió por la puerta trasera del jardín junto al perro sin pelo. Una hora más tarde llegó un coche de la policía cuyos dos ocupantes volvieron a registrar la casa. Os podrá parecer mucha casualidad, pero cuando una instancia superior tiene planes para alguien hay muchas cosas que se evitan por los pelos.

Con la cabeza gacha, y la gorra bien calada, llegó a la lavandería de la calle Sangre de Cristo. Subió por la escalera y llamó a la puerta del Maestro. Nada. Volvió a llamar.

—¿Quién es? —dijo la voz ronca de siempre.

—Yo, Maestro.

—La clase era ayer.

—Sí, Maestro.

—¿Hoy es ayer?

—Lo siento, Maestro.

—Márchate.

—Por favor, Maestro.

—Hoy no es nuestro día.

—¿Puedo entrar, Maestro?

—Vuelve con tu papá.

—No puedo, Maestro.

—¿Por qué?

Frankie no contestó.

—¿Por qué, niño?

No podía respirar.

—Voy a seguir durmiendo. Francise...

—Mi papá no está.

Frankie se puso a llorar en cuanto dijo «no está», y le salió de golpe todo lo que se había aguantado. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Sollozaba más hacia dentro que hacia fuera. El perro sin pelo le acariciaba la cara con el hocico, gimiendo al mismo tiempo, en armonía con su pena.

Al final se abrió la puerta. Frankie se aferró con fuerza a las pantorrillas de su profesor. El ciego, con las gafas oscuras sobre la nariz, levantó la barbilla.

—Entra y come —dijo con dulzura—. Luego me cuentas qué ha pasado. —Sacudió la cabeza—. Este país se ha ido al infierno.



Baste decir que a partir de ese día Frankie y el perro sin pelo vivieron en casa del Maestro hasta la noche en que Frankie subió a un barco. De momento me saltaré casi todos los detalles (tenemos que asistir a un funeral), pero os diré que el influjo entre alumno y profesor fue mutuo y profundo, como suele pasarles a los seres humanos unidos por algo traumático. Frankie dormía debajo de la mesa de la cocina, sobre una sábana. Por la mañana barría el suelo y quitaba el polvo a las guitarras. La comida la compraba en el mercado, hasta que no quedó dinero en el cajón. Entonces empezó a robar. Se ponía al final de la cola y se metía la comida en el bolsillo de la chaqueta. Cuando lo descubrió el Maestro, lo riñó con gran dureza.

—Ya has perdido bastante, niño. No pierdas también el alma.

—¿Qué vamos a comer?

—¿Ya vuelves a tener hambre?

—Sí, Maestro.

El ciego buscó su vino a tientas. Al no haber tenido hijos, desconocía cuánto había que darles de comer. Oyó que Frankie se acostaba debajo de la mesa, murmurando «buenas noches, Maestro». Luego oyó gañir al perro sin pelo, como si fuera un eco. El Maestro se quedó sentado hasta que ya no quedó vino. Después se levantó y se fue a la cama.

Al día siguiente se levantó temprano, se bañó, se afeitó y se puso unos zapatos de piel y una camisa blanca limpia. Luego le preguntó a Frankie cómo lo veía.

—Como si fuera a trabajar —contestó el niño.

El Maestro le informó de que iban a salir.

—¿Adónde vamos, Maestro?

—Tú llévame adónde te diga. —Hizo una pausa—. Trae al perro.

Unos minutos más tarde, Frankie los guiaba por las calles de Villarreal, primero la calle Mayor y luego otra transversal con tiendas y toldos. Estaban regresando a la vieja taberna donde Rafa había visto tocar por vez primera al ciego. Al entrar, el Maestro irguió la cabeza y se giró hacia ambos lados, como si se acordase del local por el olor.

—¡Quiero ver al dueño! —anunció en voz alta.

Sintió que se acercaba antes de oír su voz. Tendió enseguida la mano.

—Volvemos a vernos —dijo.

—En efecto —contestó el dueño con cautela.

—Le traigo una propuesta. Me ofrezco a permitirle que vuelva a acoger mis interpretaciones.

—¿Y por qué voy a aceptar?

—Porque soy bueno.

—Menos cuando está borracho.

—Eso ya no es problema.

—Lo dirá usted.

—Lo digo.

—¿Qué me propone?

—Dos pases cada noche. A cambio de un sueldo justo, como es natural.

—Ya no tocamos la misma música de antes.

—Ya lo sé.

—Solo la que está bien vista por el Generalísimo.

—También lo sé.

—¿Aún quiere trabajar?

—¿No me tiene delante?

—¿Y la bebida?

—Ya no bebo. De eso se encarga este chaval. ¿A que sí, niño? Le dio un golpe en el hombro a Frankie, que sonrió a la fuerza.

—Mi sobrino —dijo el Maestro—. Y nuestro perro, que es un encanto.

El perro gimió. El dueño apretó los labios.

—Ha cambiado bastante de vida.

—Ya me ve.

—Hasta se ha afeitado.

—Pues sí.

—Bueno... Mejor que usted no ha tocado nadie aquí, eso es verdad.

—Estoy de acuerdo.

—Pero no puedo permitir que moleste a los clientes.

—Por supuesto que no.

—Tiene que ser puntual.

—Llegaré antes y todo.

—Si bebe, lo echo. ¿Quedamos?

—Quedamos.

El dueño miró al nuevo trío; hombre, niño y perro.

—Empieza mañana.

—Lo que usted diga —contestó el Maestro.

Al llegar a casa, Frankie juntó todas las botellas de vino y aguardiente y las metió en el cubo de la basura.

—¿Qué haces? —preguntó el Maestro.

—No está bien mentir —contestó Frankie—. Le ha dicho que ya no bebería.

El Maestro gimió, pero no se lo impidió. Lo que hizo fue dejarse caer en el sofá con las manos en la cara, como si se resignase a su nueva suerte. Después caminó a tientas hasta que encontró su guitarra. En su fuero interno, Frankie se alegró de haberse quitado de encima el alcohol. El Maestro le gustaba más sin él. Mientras su profesor empezaba a tocar una composición de Andrés Segovia, Frankie bajó con las botellas y se las dio a la lavandera a cambio de varios meses de colada gratuita y la promesa de que esa noche les haría la cena.

Así fue como, en su nuevo grupo, Frankie Presto influyó en su líder ciego, que pese a haber jurado que no subiría nunca más al escenario para una de sus preciosas interpretaciones acabó haciéndolo.

Quizá os estéis preguntando qué fue del pobre y cándido Rafa. También lo hacía Frankie. Al principio preguntaba al Maestro por su padre cada mañana, pero nunca recibía respuesta. Ya he dicho que el miedo a los tiranos asfixia a los seres humanos. En esos años, preguntar por una persona «desaparecida» era exponerse a correr la misma suerte. El mundo estaba en guerra, España bajo la ley marcial, y cualquier cosa ofensiva para las convicciones políticas o religiosas del Generalísimo se castigaba con la cárcel y hasta con la muerte. El Maestro le dijo al niño que era demasiado peligroso hablar de Rafa fuera de la casa, y con el tiempo se acabaron las preguntas.

Pero no es lo mismo el silencio que el olvido. El niño no olvidó jamás a su papá. Cada noche, antes de meterse a cuatro patas debajo de la mesa de la cocina, encendía el tocadiscos robado y escuchaba a Ella Fitzgerald cantando a muy bajo volumen *A-Tisket A-Tasket*, la canción que hablaba de perder una cesta marrón y amarilla.

Oh dear, I wonder where my basket can be, cantaba Ella, preguntándose dónde estaba la cesta, y los hombres del grupo respondían: *So do we, so do we, so do we, so do we!* (¡Nosotros también, nosotros también, nosotros también, nosotros también!). Frankie se sentía igual con respecto a Rafa. «¡Yo también, yo también! ¿Dónde estará?». Era una canción que lo reconfortaba. Por eso se acude muchas veces a la música, ¿verdad? Para tener la sensación de no estar solo. De día, mientras tanto, estudiaba con ahínco a las órdenes del Maestro, que ya no bebía. Fue la etapa más fértil del niño en cuanto a crecimiento musical. Como ya no iba al colegio (situación que no le molestaba en absoluto), trabajaban horas y horas con la guitarra. Antes de cumplir los nueve años ya sabía tocar varios estilos, desde el *jazz* hasta el flamenco, orientando las uñas hacia dentro para aplicar la técnica del rasgueo. Si optaba por lo clásico, sabía puntear muy rápido arpeggios de gran dificultad en los que parecía que una mano tocara una línea de bajo y la otra una catarata de notas. A pesar de su ceguera, el Maestro le enseñó a leer música con el máximo detalle, mediante descripciones, audiciones, más descripciones y más audiciones. El profesor detectaba cualquier nota que no estuviera en su sitio e insistía en que Frankie se centrara en las partituras y le indicase la situación de cada punto, cada línea, cada sostenido y cada bemol.

Aunque aún tuviera las mejillas lisas y su espesa cabellera conservase el lustre de la infancia, la música del niño manifestaba una sensibilidad impropia de su edad. «Nacer viejo», es la

expresión que usáis a veces para casos así, pero los talentos como yo siempre hemos estado dentro de vosotros, desde la creación. En ese sentido, todo artista es viejo.

Llegó Frankie incluso a dominar los doce estudios de Heitor Villa-Lobos, obra de enorme exigencia que le hacía separar al máximo los dedos de la mano izquierda. Si se quejaba de su dificultad, el Maestro le decía:

—Para aprender su música, Villa-Lobos vivió entre los caníbales de la selva brasileña. Eso sí que era difícil, no lo que haces tú.

—¿Es verdad, Maestro?

—¿El qué?

—Lo que acaba de contar.

—Pues claro.

—¿Caníbales?

El Maestro suspiró.

—El hombre sufre con su arte, Francisco. No lo olvides. A veces son caníbales y otras, algo peor.



Pese a pedirlo muchas veces, Frankie tenía prohibido acompañar al Maestro a la taberna.

—No puedes perder horas de sueño —decía el Maestro.

Para llevar al ciego al trabajo venía cada noche un tal Alberto, un hombre con bigote que tocaba las congas.

—Tu tío es un gran artista —decía a menudo.

—Ya lo sé —respondía Frankie.

A veces, por la mañana, al despertarse, olía un leve rastro de perfume, y pensando en los vestidos del armario se preguntaba si había estado allí una mujer mientras dormía él. Entonces pensaba en las mejillas sonrosadas y los dedos finos y blancos de Aurora York y en la tarde que habían pasado juntos antes de que cambiara todo.

—Maestro —preguntó un día, durante el desayuno—, ¿a qué edad se puede uno casar?

—¿Me escondes algo, Francisco?

—No.

—¿Has conocido a alguna chica?

—Una vez.

—¿Y quieres casarte con ella?

—Puede.

—¿Dónde la conociste?

—En el bosque.

—¿Era un hada?

—No creo.

—¿Tenía los ojos raros?

—Sí.

—¿Era amable y te ayudaba?

—Sí.

—¿Has vuelto a verla?

—No.

—Pues era un hada. No te enamores de hadas, Francisco, que no son reales.

—Ella era real.

—Tal como lo dices, parece un hada.

—¡Que no era un hada!

—Vale, pues no era un hada. —El Maestro masticó, tragó y fue dando golpecitos en la mesa hasta encontrar su taza de café—. Si era real volverás a verla.

—¿Cuándo?

—A su debido tiempo.

Bebió un poco de café. Frankie puso mala cara.

—¿De quién son los vestidos del armario?

No había sido su intención preguntarlo. Estaba enfadado, y le había salido sin querer. El ciego dejó la taza.

—Acaba de comer, Francisco.



Todas las pérdidas dejan huecos en el corazón. En el pasado del Maestro, como habréis deducido, había una gran pérdida, que lo llevó a buscar el olvido en la bebida. Su mujer murió. La bella mujer que lo besaba en la boca tras ayudarlo a bajar del escenario. Se fue a destiempo, y desde entonces él no quiso nada de este mundo. Se dejó caer en la melancolía, en el alcohol, en pesadillas que le quitaban el sueño... Si pudiera haberse desconectado el corazón, si pudiera haber apagado la luz en su memoria, lo habría hecho.

Con el paso de los meses, sin embargo, en compañía de su nuevo pupilo, experimentó una notable curación. Caminaba mejor, perdió barriga, le dolía menos la cabeza y su piel tenía más color. Poco a poco, sin la nube constante del alcohol, su vida volvía a tener rumbo. Casi se alegraba de despertarse con el olor de la tostada que le hacía Francisco. Le gustaba el respeto mostrado por el niño cuando le apartaba la silla y le daba la guitarra. Disfrutaba oyendo las canciones de Francisco por la casa, las que compartían en su fonoteca secreta de discos de pizarra. Incluso aceptó al perro, a su pesar. A veces, cuando tenía su cabeza en el regazo, le rascaba las orejas.

—Le cae usted bien —decía Frankie.

—Huele a cloaca —respondía el Maestro.

En el fondo sabía que Frankie seguía muy triste por lo de su padre y, al haberse encariñado también él del pequeño, no quería ni pensar en lo que estaría pasando Rafa. Por eso una noche, en la taberna, se arriesgó y preguntó al dueño si había soldados entre el público.

La respuesta fue que sí, que un grupo en las primeras filas.

—Preséntemelos —dijo el Maestro.

Durante la velada tocó muchas piezas populares de flamenco, el tipo de música que gozaba del beneplácito del Generalísimo, y le dedicó todas a «los valientes al servicio de nuestro

caudillo». El público aplaudía, el dueño sonreía y los soldados estaban contentos. Luego lo invitaron a sentarse con ellos. Él les pagó una ronda, les contó anécdotas, les pagó otra ronda y se rio como nunca solía reírse. En el fondo fue un suplicio. Su experiencia con la guerra era muy negativa. No le gustaban los soldados ni los generales, pero hay cosas que se soportan al servicio de algún fin, como practicar escalas. A medida que bebían los soldados, el Maestro se atrevió a preguntar algunas cosas.

Al final de la velada conocía la suerte de un fabricante de conservas llamado Rafa Rubio.



El 3 de agosto de 1945, dos días antes de que Frankie se fuera para siempre del país, el Maestro visitó una cárcel situada a varios kilómetros de Villarreal. Hicieron falta mentiras, sobornos y un gitano con una moto. Los demás detalles carecen de importancia para esta historia. Lo que sí la tiene es que esa tarde, en la soledad del patio de detrás de una prisión de ladrillo rojo, se produjo una última conversación entre el hombre soltero que encontró un bebé en el río y el guitarrista ciego que le enseñó su destino.

Hablaron veinticuatro minutos, en un susurro *mosso* y un compás de siete por cuatro, entrecortado y lleno de interrupciones. Rafa Rubio, pálido, amoratado y más delgado que nunca, se puso a temblar al ver al hombre de las gafas oscuras. Esperó a que estuvieran lejos los celadores.

—¿Mi hijo? —fueron las primeras dos palabras que susurró.

—Lo tengo yo.

—Gracias a Dios.

Lágrimas. Respiración. Silencio.

—¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿Pregunta por mí?

—Por supuesto.

Lágrimas. Respiración. Silencio.

—Soy un padre pobre. No había hecho planes por si me pasaba algo.

—Ya velo yo por él, señor Rubio.

—No le diga a nadie que es mío.

—¿Por qué?

—La fábrica. Tres trabajadores que me odiaban le dijeron a los policías que era comunista, y que los demás habían montado un sindicato clandestino; y cuando lo negué, dijeron que mentía. Que el niño era la prueba. Que un buen católico jamás acogería a un bastardo. Que su madre era de izquierdas...

—Un momento. ¿No es hijo suyo?

Lágrimas. Respiración. Silencio.

—Yo no he hecho nada malo.

—Pues claro que no.

—Salvé una vida.

—Claro.

—Estos cerdos...

—Baje la voz, señor Rubio.

—Ese Franco...

—No hable de él, señor Rubio.

—Yo no he hecho nada malo.

—Le entiendo.

Lágrimas. Respiración. Silencio.

—¿Le está enseñando a tocar la guitarra?

—Cada día.

—¿Toca bien?

—Excepcionalmente bien.

—Ojalá pudiera oírlo.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí?

—Doce años y un día.

—¿Doce años?

—Es mi condena. ¿Cómo es posible? Cuando salga, Francisco será un hombre.

—Lo siento mucho.

—Tengo que pedirle algo, Maestro. ¿Lo hará?

—Lo haré.

—Mándelo fuera.

El Maestro sintió un nudo en el estómago.

—¿Fuera?

—Sí.

—¿Adónde?

—A América. Tengo una hermana.

—¿A América?

—Allá estará a salvo.

—Es mucho viaje.

—Aquí no hay futuro.

—Pero puedo velar yo por él...

—Es demasiado arriesgado.

—Puede seguir en mi...

—Por favor, Maestro. Alguien hablará. Me han contado lo que les hacen a los hijos de los traidores. Les pegan y les hacen pasar hambre.

—Pero usted no es un traidor.

—Pues aquí sigo.

El Maestro se frotó la cara. Se había puesto a sudar.

—¿Cómo lo haría?

—Tengo dinero. Escondido. Irá a buscarlo y pagará a los hombres del puerto.

—¿Qué hombres? ¿Qué puerto?

—Con el dinero suficiente se encuentra a alguien en cualquier puerto.

—Pero ¿cómo...?

—Escúcheme, que no tenemos tiempo. Tenga. —Agarró la mano del ciego y puso en ella un trozo de tela arrancado de una camisa. Había algo escrito—. Es una dirección de América. Es adónde tiene que ir.

—De acuerdo.

—Póngale otro nombre al niño. El mío es un veneno.

—De acuerdo.

—Y dígale que ya lo encontraré algún día.

—Sí.

—Que no se olvide de mí.

—Sí.

—Y que lo quiero.

—Se lo diré, señor Rubio.

Lágrimas. Un nudo en la garganta.

—Yo no he hecho nada, Maestro. Tiene que creerme.

—Le creo.

—Era lo único que tenía.

—Lo siento.

—Haga lo que le pido.

—Lo haré.

—Y el dinero restante quédesele.

—No quiero su dinero, señor Rubio.

—No he pretendido ofenderlo. Usted no se imagina lo que es renunciar a un hijo.

Al otro lado de las gafas oscuras empezaron a formarse lágrimas.

—No —dijo el ciego—. Por supuesto que no.

16

Por la noche, después de tocar en la taberna, el Maestro y Alberto entraron furtivamente en la casa de la calle Calvario, saqueada de todas sus pertenencias, y encontraron una pequeña caja de hojalata oculta bajo un tablón del suelo, como con gran detalle había explicado Rafa Rubio. Dentro había una bolsa de terciopelo con cien mil pesetas —beneficios de la conservera—, dinero suficiente para sobornar a un pequeño ejército. Salieron a toda prisa por el jardín trasero, y fueron a la lavandería de la calle Sangre de Cristo. A la luz de una vela, Alberto separó el dinero en rollos de diez mil pesetas, cada uno con una goma elástica, para que pudiera llevar la cuenta el Maestro.

—Quédate tres —le dijo el ciego.

—Maestro, no puedo...

—Sí puedes. Por favor. Y busca un papel, que tendrás que escribir lo que te diga.

Le dio instrucciones durante ocho minutos. Al acabar, Alberto suspiró, miró la lista y tomó por el brazo al guitarrista.

—Son muchas cosas para tan poco tiempo, Maestro.

—El niño está en peligro.

—Haré lo que me pide.

—Gracias, Alberto.

Alberto levantó la bolsa de terciopelo donde estaba el dinero. El Maestro, como es natural, no vio su cara, pero yo sí, y vi una mirada que he observado muchas veces cuando de repente se tienen riquezas al alcance de la mano. Se empequeñecen los ojos y se aprietan los labios. —No se preocupe, Maestro —dijo Alberto—, que tenemos a Dios de nuestro lado.

Esa noche el Maestro no durmió bien. Por la mañana, mientras Frankie seguía descansando, se puso la ropa apilada en el mueble del cuarto de baño (se la preparaba cada noche el niño) y fue al armario. Rebuscó hasta encontrar un bolso colgado de una percha. Al abrirlo encontró algo escondido: un juego de cuerdas nuevas, enrolladas. Se quedó varios minutos en el armario, con la inmovilidad de una estatua. Luego salió, cerró la puerta y fue a la cocina.

—Levántate, Francisco —dijo.

El niño abrió los ojos. El perro sin pelo levantó la cabeza.

—¿He dormido demasiado, Maestro?

—No —contestó el ciego, que apretaba las cuerdas en la mano—, pero es que hoy tenemos que hacer muchas cosas.



Las horas restantes del 5 de agosto de 1945 estuvieron repletas de actividades, como si un trompetista tocara tresillos de corcheas para llenar cada compás. El Maestro le pidió a Francisco que preparase una bolsa con un cepillo de dientes, un peine, jabón y toda la ropa que cupiese, sobre todo interior.

—¿Adónde vamos?

—De aventura.

—¿Y su bolsa, Maestro?

—Pasaré luego a buscarla. Venga, date prisa.

Salieron del piso. El ciego le dijo a Francisco que lo llevase de la mano a una tienda de la calle San Miguel donde había guitarras y violines en las paredes. Frankie nunca había visto nada igual. Olía a madera y a aceite. El Maestro le dijo que esperase en la entrada. Luego preguntó por alguien que estaba en la trastienda. Salió un hombre barbudo, que sonrió y le dio un abrazo. Hablaron en voz baja, sin que Frankie pudiera oír la conversación.

—Pero ¿es usted, Maestro?

—No nos habíamos visto en mucho tiempo, amigo mío.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo que irme, con vuestra mejor guitarra. Que sea bastante resistente para viajar.

—Tengo una Estruch. De píceca y palo santo, con el mástil de ébano.

—Estupendo.

—Pero saldría cara.

—Ve a buscarla. Y la funda más resistente que tengas.

—¿Vuelve a tocar, Maestro?

—Es para el niño.

—¿Aquel de allá?

—Sí. Tengo que pedirte otra cosa, que tapes el sello del fabricante.

—Pero se devaluará el instrumento.

—No hace falta que sepa su valor. Ni él, ni las personas con las que se encuentre.

—¿Y las cuerdas?

—Sin cuerdas.

—Como usted diga, viejo amigo. Pero ¿le puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿No es demasiada guitarra para un niño tan pequeño?

—No. Tendrá que acompañarlo el resto de su vida.

—¿Por qué?

—Porque yo no podré.

El Maestro le hizo entrega de un fajo de billetes que llevaba en una bolsa, dentro del bolsillo de la americana. El hombre de la barba desapareció unos minutos. Frankie se acercó al Maestro y

le tocó el codo.

—¿Qué es esa caja negra, Maestro? —preguntó, mirando un pequeño amplificador.

—¿Tienen botones?

—Sí.

—¿Y un cable?

—Sí.

—Una pérdida de tiempo.

—¿Para qué sirve?

—Hace que suene muy alto tu guitarra, para que pueda oírla la gente desde muy lejos.

—¿Eso es malo, Maestro?

El ciego encontró el hombro de Frankie.

—Métete una cosa en la cabeza, Francisco —dijo—, el secreto no es que suene más fuerte la música que toques, sino que haga que se calle el mundo.

El dueño de la tienda salió con una funda de guitarra, y llamó al Maestro. Hablaron en voz baja y se dieron otro abrazo. El Maestro se giró con lo que había comprado en la mano derecha. Tendió la izquierda. Frankie lo llevó a la puerta.

—¿Se ha comprado una nueva guitarra, Maestro?

—Sí.

—¿Cuándo la tocará?

—Gira a la derecha.



Pararon en tres sitios más, en cada uno de los cuales Frankie vio con sorpresa que el Maestro recibía el saludo de personas que parecían conocerlo. Él casi nunca había visto hablar con nadie a su profesor. De hecho, la única persona a quien llamaba el ciego por su nombre era Isabel, la dueña de la lavandería de abajo, que de vez en cuando les hacía peladillas.

Ese día, en cambio, el ciego recibía toda suerte de abrazos, como si hubiera vuelto a casa. Frankie no podía saber que antes de la guerra el Maestro había sido un guitarrista de fama, conocido por sus actuaciones en los ambientes nocturnos y amigo de una serie de personajes aficionados a trasnochar entre música, copas y mujeres. A menudo los músicos entablan amistad con quienes se quedan hasta el final. Son vínculos que se establecen a unas horas en que parece que duerma todo el mundo salvo ellos. Algunos de estos hombres asustaban a Frankie por sus facciones rudas y sus barrigones, pero cuando el Maestro sacaba un fajo de billetes del bolsillo y se los daba, reaccionaban enseguida. Todas las conversaciones acababan con un susurro y un apretón de manos. Luego el Maestro se giraba y tendía la mano hacia Frankie, para reanudar su camino.

Entre parada y parada le compró algo de comer al niño. En la panadería le dijo que comprase más pan que de costumbre y unos tarritos de miel, y que se los guardara en la bolsa. Para Frankie fue un día lleno de emociones, aunque seguía esperando que el Maestro se hiciera su bolsa, y también se fijó en que el perro sin pelo no se separaba de él, hasta el punto de que a veces chocaba con su pierna.

Casi era de noche cuando le preguntó el Maestro:

—¿Dónde está el sol?

—A punto de ponerse —contestó Frankie.

El ciego le pidió que lo llevara a un restaurante de la zona. Frankie y el perro aguardaron fuera. Frankie acarició con suavidad la funda nueva de guitarra, esperando que el Maestro saliera con algo de comer. Volvía a tener hambre.

Pasó una hora. Oscurecía. Al final salió el Maestro, pero con las manos vacías. Habló despacio, con voz grave.

—Vámonos, Francisco.

—¿Adónde, Maestro?

—A la taberna.

—¿Podré ver cómo toca?

—Por esta vez sí.

Al principio Frankie estaba tan entusiasmado que se le olvidó el hambre, pero el Maestro no compartía su emoción. Respiraba con dificultad, emitiendo una especie de gruñidos, y se tambaleaba un poco al caminar con la nueva guitarra en la mano. Frankie comprendió que no había comido nada en el restaurante, sino que había bebido.

—¿De qué color llevas hoy los pantalones, niño?

Frankie frunció el ceño.

—Te he hecho una pregunta.

—Marrones, Maestro.

—¿Y los zapatos?

—Marrones, también.

—¿Y el pelo?

Frankie no quería contestar. Le daba pena que el Maestro hubiera roto su promesa, como si estuvieran a punto de pasar otra vez cosas malas.

—¿Y el pelo, niño?

—Se ve negro.

—¿Y tus ojos? Ni lo sé.

—Mis ojos son azules, Maestro.

—Ah, azules.

El ciego inhaló profundamente y bajó la barbilla hasta el pecho, mascullando a medias una canción.

—*Am Iblue...? Am Iblue...?*

Tosió.

—Es una canción, niño. Algún día la aprenderás.



El hombre busca valor en la bebida, pero no es que encuentre valor, es que pierde miedo. Borracho, un hombre puede lanzarse por un precipicio, cosa que no lo convierte en un valiente, sino en un inconsciente.

Esa noche, sobre la tarima de la taberna, la bebida ayudó al Maestro a olvidarse de las restricciones impuestas a los artistas en su país, y el resultado fue la interpretación más audaz de toda su carrera. Tocó casi sin pausas composiciones norteamericanas como *St. Louis Blues* y *Tiger Rag*, así como *Parfum*, del legendario artista gitano Django Reinhardt. Hizo una versión escalofriante del clásico francés *Parlez-moi d'amour*, y también piezas de Schumann, Vivaldi y Ferdinando Carulli. El sonido de su guitarra estaba lleno de potencia y de pasión. Confieso que esa noche broté de él con el ímpetu de una fuente. Se balanceaba sintiendo vibrar cada nota. El público estaba tan callado que a ratos parecía que no hubiera nadie. El Gobierno tenía prohibida aquella música, pero cuando me tocan de forma tan bella, soy capaz de hipnotizar a una multitud. Durante dos horas nadie protestó, ni siquiera un personaje muy tapado que observaba desde la última fila.

Hacia el final, el Maestro metió un dedo debajo de las gafas oscuras para frotarse los ojos y, por primera vez en la velada, habló.

—Compatriotas, la última canción será para el mejor alumno que he tenido en mi vida.

Giró la cabeza hacia donde había dejado a Frankie en una silla, cerca de la cocina.

—Ven, niño, vamos a tocar juntos.

Empezó a rasguear los acordes de *Avalon*, una canción de Al Jolson que le encantaba escuchar a Frankie en el fonógrafo robado. Los clientes miraron hacia todas partes y algunos señalaron al niño del rincón.

Frankie se estremeció desde los pies hasta la cabeza. Bajó de la silla y se acercó, nervioso, y tocó el hombro del Maestro para que supiera que estaba a su lado.

—Venga —susurró el Maestro mientras tocaba unos acordes—, coge la otra guitarra y canta.

—Es que no quiero.

—¿Por qué no?

—Tengo miedo.

—Claro. Y volverás a tenerlo. Toda la vida. Tienes que superarlo. Ponte delante de ellos y haz como si no estuvieran.

—Maestro...

—Tú puedes. Nunca te olvides de que te he dicho que puedes.

Frankie estaba petrificado, pero su confianza en el Maestro era absoluta, así que cogió la guitarra, se pasó la correa por el hombro y empezó a rasguear los acordes que había practicado con el Maestro. Después de esperar a que acabase la introducción, cantó por primera vez en público.

*I found my love in Avalon
Beside the bay...*

La gente se miraba. ¡Estaba cantando en inglés!

*I left my love in Avalon
And sailed away...*

Reconozco que disfruté observando sus reacciones. La voz de Frankie era tan sonora, afinaba tan bien, que no tenían más remedio que admirarla; lo cual significaba admirarme a mí, naturalmente. Por otra parte, el Maestro y él tocaban sus guitarras en perfecto equilibrio: Frankie llevaba el ritmo y su profesor lo adornaba con notas, como quien esparce azúcar sobre una galleta. Durante toda una estrofa reinó el asombro entre el público. Durante toda una estrofa se sobrepuso el arte a la política y la belleza al miedo.

*I dream of her in Avalon
From dusk till dawn
So I guess I'll travel on
To Avalon.*

Como una bebida de alta graduación, la voz de Frankie había hecho que, por un momento, los espectadores se olvidaran del miedo, pero duró tan poco como la bebida. El primero fue un hombre con traje beis, que protestó dando golpes en la mesa con su vaso. Un golpe, dos... Cundió el ejemplo y en poco tiempo toda la taberna hacía ruido con sus vasos o cubiertos. Por miedo bajaron el telón. Frankie dejó de cantar, y se le empañaron los ojos de temor. Se giró hacia el Maestro, que dejó de tocar, como si ya se lo esperase.

—Ayúdame a levantarme —dijo.

Lo tomó de la mano para incorporarse. Mientras eran abucheados por el público, el Maestro se inclinó hacia Frankie.

—Ahora hay que saludar con una reverencia, así.

Se inclinó por la cintura. Frankie hizo lo mismo. Los abucheos cobraron más fuerza.

—¡Traidor! —gritó alguien.

—Siempre hay que dar las gracias al público —susurró el Maestro, apretando la mano de Frankie—. Ahora saldremos por detrás.



A Frankie se le hizo muy confuso lo que ocurrió a continuación. Después se acordaría de que Alberto, el de las congas, los esperaba en un callejón, al volante de un coche. Se acordaría de un largo viaje a oscuras. Se acordaría de haber llorado casi todo el tiempo por la idea de haber enfadado a la gente. Se acordaría del Maestro con la nueva funda entre las piernas, sin apenas hablar hasta que sintió que el coche daba un topetazo.

—¿Cuánto falta? —le preguntó entonces a Alberto.

—Veinte minutos, amigo —dijo Alberto.

Se acordaría de que su profesor le dio una petaca de plata y le dijo que bebiera, porque los esperaba un largo viaje y tenía que dormir. Se acordaría de que el líquido tenía un sabor dulce pero fuerte. Se acordaría de que el Maestro le dio la funda de guitarra con el nuevo instrumento.

—A partir de ahora es tuya, niño. Es un buen instrumento, hecho de palo santo y píceca, con el mástil de ébano. El constructor es de una familia muy antigua de fabricantes de guitarras. Es

importante. Todo lo que toques tiene que tener su historia.

Frankie quería estar contento. ¡Una guitarra nueva! Pero se agitaban demasiadas emociones dentro de él.

—¿Por qué he tenido que cantar, Maestro?

—Ya lo entenderás algún día.

—Pero si han dado golpes con los vasos.

—Y tú te has portado como un valiente. Eso en la vida te hará falta.

—¿Adónde vamos?

El ciego se giró.

—¿Te acuerdas de tu primera clase?

—Sí, Maestro.

—¿Qué hiciste?

—Escuchar.

—Exacto. Pues en el sitio adonde vas también tendrás que escuchar. Escuchando se aprende. No lo olvides. Tanto en la música como en la vida.

—Pero Maestro...

—Cuando empezaste a tocar por primera vez, ¿de qué te acuerdas?

—De que dolía.

—Sí —dijo el ciego con un nudo en la garganta—. Pues esto también dolerá. —Carraspeó—.

Pero te saldrán los callos y se hará más fácil.

El coche dio otro topetazo. El ciego se frotó la cara.

—Francisco...

—¿Qué, Maestro?

—Dentro de esta funda de guitarra hay cuerdas. Pónselas a la guitarra.

—Gracias, Maestro.

—Para mí eran muy especiales.

—¿Por qué?

—Eran de mi mujer.

—¿Está casado, Maestro?

—Lo estuve.

—¿Adónde se ha ido su mujer?

—Al cielo. Las cuerdas eran un regalo. Nunca las he usado. —¿Porque se murió?

—Sí, antes de haber podido dármelas. Las encontré en su bolso. Frankie trató de imaginarse el aspecto de la mujer.

—¿Los vestidos del armario eran de ella?

—Los vestidos, los zapatos y un frasco de perfume. No hace falta mucho para acordarse de alguien, Francisco. De hecho, basta con una sola cosa.

Tendió la mano y dio una palmada en la rodilla del niño.

—Tú de mí tienes las cuerdas. No hace falta nada más.

Frankie estaba más asustado que antes.

—¿Nos vamos de nuestra casa, Maestro?

—Solo es un piso.

—¿Usted viene conmigo?

—Sobre una lavandería.

—¿Viene conmigo?

No hubo respuesta.

—Pero ¿adónde vamos?

El ciego se acercó.

—¿Qué estás viendo fuera?

Frankie aguzó la vista, pegándose a la ventanilla. Estaba todo muy oscuro, pero al llegar a lo más alto de una loma Alberto redujo la velocidad y, a lo lejos, en el horizonte, relucían pequeños diamantes de luz de luna.

—El mar —susurró Frankie.



Dizzy Gillespie, el trompetista de *jazz*, dijo una vez: «He tardado toda la vida en aprender lo que no hay que tocar». Fue uno de mis predilectos. Y tenía razón. El silencio realza la música. Lo que no tocas puede dar más dulzura a lo que tocas.

Con las palabras, en cambio, no pasa lo mismo. Lo que no dices puede obsesionarte. El Maestro era un artista —no cabe duda de que su alma era mía—, pero tenía pulsiones demasiado musicales para esta vida. Dejaba palabras sin decir, igual que dejaba notas sin tocar.

Por eso esa noche, sentados en el puerto de Valencia, dejó dormir a Frankie sin contárselo todo. Y una hora después, cuando oyeron la señal, llevó al niño en brazos por una larga rampa, hasta un barco, siguiendo a Alberto, que llevaba la bolsa y la guitarra.

—Todo recto, Maestro... —susurró Alberto—. Cuidado con la pasarela, Maestro...

El ciego se acercó muchas veces la cabeza del niño a la cara, y le acarició la nariz y el mentón con las mejillas como si memorizara su forma.

Había dejado de explicarle muchas cosas. Que el viaje no lo harían juntos. Que se despertaría en las entrañas del barco entre hombres sobornados para que pudiera hacer el viaje. Que en la funda de guitarra encontraría un fajo de billetes, documentos de viaje, un trozo de tela con una dirección en Estados Unidos y una nota con la trémula caligrafía de un invidente:

Francisco:

Ha llegado el momento de que te vayas. Estar aquí es demasiado peligroso. Es la voluntad de tu papá, que te quiere mucho, y que algún día te encontrará. Siento no poder darte más clases, pero ahora ya puedes aprender por tu cuenta. Cuando necesites dinero, toca la guitarra. Si me echas de menos, como te echaré de menos yo a ti, cierra los ojos y toca las cuerdas que te he dado. Siempre estaré en tu música.

Tu Maestro

No le contó nada más, ni su visita a la cárcel, ni la duración de la condena de Rafa, ni las respuestas a ninguna de las muchas preguntas de Frankie, incluida la de si había visto alguna vez. Lo cierto era que sí, que el Maestro no había sido siempre ciego. Perdió la visión luchando en los

primeros tiempos de la guerra civil de su país para proteger al hermano pequeño de su mujer, que se fue a combatir por la República. El Maestro lo siguió hasta el frente y durante un terrible ataque salvó al joven de una granada que estalló cerca de él, y que contenía un gas tóxico con un olor parecido al de la mostaza. Durante los siguientes días le salieron ampollas en la piel y poco a poco fue perdiendo la visión, como si bajara un telón en su vida.

El chico huyó del país, avergonzado. Al volver a su casa, el Maestro estaba ciego.

—Ya hemos llegado, amigo mío —dijo Alberto.

—¿Dónde están nuestros contactos?

—Aquí delante —contestó, y señaló con la cabeza a la sala de máquinas, donde había dos marineros sin afeitar.

—¿Es ciego? —preguntó uno de ellos.

—Es un gran artista —respondió Alberto.

—¿Sabéis qué hacer con este niño? —dijo el Maestro.

—Sí, sí: primero a Inglaterra, y luego a América. Venga, deprisa.

—¿Son de confianza, Alberto?

—Sí, Maestro, son de confianza.

—Lo hemos hecho muchas veces —dijo el marinero—. ¿Dónde está el dinero?

—Dentro de mi bolsillo. Coged al niño. Con cuidado.

El Maestro les tendió a Frankie, que dormía. Sintió que le quitaban el peso de los brazos. Bruscamente se quedó sin aliento. No estaba preparado para el vacío que se apoderó de él.

—Un momento. ¿Dónde está? ¿Que dónde está!

—Aquí, hombre.

—¡Francisco!

—¡Tranquilo! Ya lo hemos cogido. ¿Lo ve? —El marinero tomó la mano del Maestro y tocó con ella la cara de Frankie—. ¿Ya está? Baje la voz.

—Sí. Perdón.

—No le pasará nada.

—Me alegro.

—Es difícil para él —intervino Alberto.

—El dinero. Ya. —El marinero escupió—. No es culpa mía que no vea.

Por supuesto que sin la ceguera del Maestro sería distinta nuestra historia, ya que mucho antes de dejar al niño en otras manos, a la luz de la luna, le habría llamado la atención algo en el oscuro pelo de Frankie, del color de la uva negra, y en sus ojos azules, y en la curva de sus labios. Habría visto en el rostro del pequeño el inconfundible reflejo de su esposa, Carmencita, y de alguna manera habría comprendido que era ella la madre de Frankie y que el cadáver calcinado de la iglesia era tan solo la mitad del crimen que él daba por hecho.

Y con la confesión de Rafa de que el niño no era su hijo, el Maestro se habría dado cuenta de que el padre era él. De que durante años había dado clases al mismo niño por quien guardaba luto.

Esta fue, sin embargo, la nota que optó por saltarse el destino, dando un matiz desgarrador y ambiguo a la melodía. Y lo que hizo el ciego, finalmente, sin sospechar nada, fue entregar a su único hijo a dos marineros de la sala de máquinas de un barco. Les dio diez fajos de billetes de la bolsa de terciopelo que tenía en el bolsillo y ellos se quedaron al niño, su bolsa y la guitarra, que

contenía las cuerdas regaladas, así como los documentos de viaje firmados por un tal Carlos Andrés Presto, donde el niño no aparecía como Rubio, sino como su hijo, Francisco Presto.

Al perder a su padre, Frankie recuperó su apellido.



Minutos después zarpaba el barco. El Maestro oyó los crujidos del motor, el choque de las olas contra el casco y todos los ruidos que hizo la nave al abandonar el puerto. Se quedó en la rampa, muy por encima del agua, hasta que se hizo el silencio y el barco estuvo lejos. Entonces se quitó las gafas oscuras y se frotó los ojos con el dorso de las manos. De repente sus lágrimas eran incontenibles.

—¿Por qué llora, Maestro? —le preguntó Alberto.

Le faltaron las palabras para contestar. Solo habría podido decir que se sentía tan vacío como el interior de una guitarra. Tendió la mano hasta encontrar el hombro del conguero.

—Amigo mío... Gracias por haberme ayudado.

No vio la expresión ausente de Alberto. Tampoco cómo se empequeñecían sus ojos y cómo se tensaba su mandíbula. Solo notó que la mano de Alberto se introducía veloz en su bolsillo y le robaba la bolsa de terciopelo con el dinero.

—De nada —dijo Alberto—. Adiós.

Empujó al ciego desde el borde de la rampa, haciéndolo caer siete metros hasta el agua, donde sus lágrimas se fundieron con el mar.



Segunda parte

Niles Stango

Historiador de música, autor

Frankie Presto tenía miedo escénico.

¿Lo sabíais? Pues es verdad. Él decía que era por un episodio de su infancia, una actuación aquí, en España, donde lo abuchearon. Nunca lo superó. Antes de cada concierto tenía que ponerse de rodillas y respirar profundamente. Les pasa a muchos de los grandes; Streisand, Adele, David Bowie, Carly Simon... Sudan, vomitan...

Eso sí, en cuanto Frankie Presto se subía al escenario ya no se le notaban los nervios. Además de cantar y tocar, sabía bailar. Bailaba bien de verdad. Personalmente, lo pondría entre los mejores cinco artistas del primer *rock and roll*. ¿Quieres que te los diga todos? James Brown, Elvis, Chuck Berry, Frankie Presto y Little Richard. Es mi lista. Hago muchas.

¿La primera vez que lo vi? En el auditorio municipal de Buffalo. Yo acababa de entrar como redactor en la revista *Life*, recién salido de la universidad, y me encargaron un artículo sobre *The Twist*. Exacto, la canción de Chubby Checker. Total, que fui a Buffalo para entrevistar a Chubby, que tocaba con muchos otros artistas, incluido Frankie Presto, y te digo una cosa: todo el protagonismo se lo llevó Presto. Cantó cuatro canciones, y únicamente tocó la guitarra en una, pero se notaba que era el mejor músico del escenario. Se marcó un solo en una versión rápida de *My Girl Josephine* —creo que con unos cuantos punteos de *jazz*—, y en todo ese rato no paró de bailar. Iba de un lado al otro del escenario, subiendo y bajando la guitarra como una espada. Vi que los del grupo se miraban, sacudiendo la cabeza. Es lo que ocurre cuando se ve que alguien es bueno, cuando hasta el grupo se queda alucinado.

Luego, por la noche, se lo pregunté en el camerino: «¿Cómo es que no tocas siempre la guitarra? Eres buenísimo». Él se rio y me dijo: «Uy, es que con esa guitarra tengo que ir con cuidado, porque tiene un poder de narices».

Se me ha quedado en la memoria esa expresión, «un poder de narices», porque parecía un inglés un poco coloquial para alguien nacido en España, ¿no? Aunque después nos enteramos —lo comento en mi segundo libro. *Perfiles del rock*— de que Frankie Presto pasó su infancia en muchos sitios: España, Inglaterra, Detroit, Nashville, Louisiana, California... Nunca he conseguido saber qué le ocurrió en su país. Él siempre decía: «De España casi no tengo

recuerdos». Y yo siempre pensaba que era mentira. De algo se acuerda todo el mundo, ¿no?

Ah, sí, me habías preguntado por sus grandes éxitos. Sobre eso también tengo una lista. Este es mi top tres:

El primer puesto es para *I Want to Love You*, claro. Vendió dos millones de copias, que en *esa época* era una cantidad increíble. Entonces no grababa nadie una canción empezando solo con la batería, pero fue lo que hizo Presto. Primero un ritmo muy marcado: pam, pum, pum. Luego un punteo estridente de guitarra, y luego él cantando: *Iiiii want to love you...* El público se volvía loco. Madre mía. Para mí es la mejor canción de *rock* de 1960.

El segundo puesto se lo daría a *No, No, LLoney*, que coescribió con Abby Cruz. Es una cancioncita tímida que va de un hombre que le suplica a una mujer que no lo deje, aunque se haya portado mal. Tiene ese final tan famoso donde canta una voz de mujer, que no sale en los créditos, *yes, yes, honey*, y lo perdona. Aún no la ha identificado nadie. Se me había ocurrido que podría ser Darlene Love, porque la voz se parece, pero ella lo negó. Pero bueno, el caso es que la segunda plaza se la doy a *No, No, LLoney*, clarísimamente. Encima vendió una barbaridad.

Para el último puesto, el tercero, me decanto por *Our Secret*. Austera, inolvidable. La produjo nada menos que Burt Bacharach, que fue quien le puso el eco a la voz de Presto, que suena de lo más fantasmagórica. No se vendió tanto como las dos primeras.

pero sigue siendo su mejor balada. Una vez le pregunté en qué se había inspirado para *Our Secret*, y me dijo: «No la conocerías».

¿Amigos? No, no puedo decir que fuéramos amigos. Conmigo siempre se mostró muy amable, pero ser reportero es meter las narices donde no te llaman, no nos vamos a engañar y, como Frankie Presto tenía muchos secretos, no es que le encantara que anduviera yo cerca. Y menos desde que empecé a trabajar en *Rolling Stone*. Me dijo una vez: «Mira, Niles, lo que toco no puedes escribirlo y lo que escribes no puedo tocarlo».

Nunca he conseguido encontrar ningún dato sobre sus padres, ni sobre cómo llegó a América. Ni siquiera sobre a qué colegio fue, si es que fue a alguno. Es como si de repente un fantasma se hubiera convertido en estrella del *rock*. La última entrevista que le hice debió de ser hace cuarenta años, a finales de los sesenta, antes de que desapareciera durante tanto tiempo. Andaba metido en drogas. En esa época nos pasó a todos. Estábamos en no sé qué club de Nueva York, y me dijo algo raro. «Niles, me quedan tres cuerdas», dijo. Supongo que se refería a su edad...

¿Yo? Setenta y dos. Prácticamente jubilado. Ahora vivo en París y estoy escribiendo un nuevo libro. Cuando me enteré de que había muerto Frankie Presto, y de cómo se había muerto, subiendo por encima del público como si volara y luego cayéndose como en un número de circo... Tomé el primer avión a Barcelona y me planté aquí en coche. Supongo que me pudo el haber sido periodista. Me planteé escribir algo para *Newsweek*, o *Time*, en plan «Vida y muerte de una estrella misteriosa del pop», pero en casi todas las puertas a las que he llamado solo quieren saber si a Presto lo mataron. No les interesa su trayectoria. Para eso habéis venido vosotros, ¿no? La muerte vende. La música no tanto.

De todos modos, te digo una cosa: aquí hay material para un artículo. Algo raro pasa. He estado preguntando y ya me ha dicho más de uno que el día de la muerte de Presto lo vieron por la mañana cerca de la estatua de Francisco Tárrega, que llevaba una guitarra, y que no estaba

solo.

Me gustaría haber vuelto a oírlo tocar. Hacía décadas que no grababa un disco, a menos que te creas lo del mítico álbum «inédito», el que llaman *The Magic Strings of Frankie Presto* (Las cuerdas mágicas de Frankie Presto). A saber si es suyo. Corren tantos rumores... Una vez le preguntó un periodista cuándo había tocado mejor en toda su vida, y él contestó que a solas en la bodega de un barco. Sí, seguro, pensé yo. ¿En la bodega de un barco? ¿Qué pasa, que eres un pirata? Es como la canción esa de *Sonrisas y lágrimas*. ¿Cómo se resuelve un problema como María? ¿Cómo se cuenta una historia como la de Frankie Presto? ¿Qué hay que creerse? A saber.

—¿Quería usted algo? —preguntó el hombre de detrás del mostrador.

—Huevos —susurró Frankie.

El hombre se puso un dedo en la oreja.

—Es que no le oigo.

Frankie iba sin afeitar, con los ojos vidriosos detrás de unas gafas de sol de aviador. Su postura encorvada hacía que su largo pelo negro le cayera sobre los marcados pómulos, tapándole casi toda la cara.

—Necesito comprar... huevos.

De repente se arrimó al mostrador un adolescente de amplia sonrisa que empujó a Frankie por el hombro. Llevaba un sombrero verde de ala blanda.

—Eh, tío, ¿tienes cerveza?

—Allá están los huevos —dijo el hombre sin hacerle caso, a la vez que señalaba una nevera frente a la que se había reunido un grupo de personas jóvenes, ellos con barbas descuidadas y cintas en el pelo, y ellas con vestidos estampados o vaqueros cortos. Muchos iban descalzos. El suelo de la tienda estaba lleno de huellas de barro.

—Están a sesenta, los huevos. —El hombre se subió las gafas—. ¿Lleva sesenta centavos encima?

—Pero ¡qué flipado estoy! —exclamó alguien.

Lo jalearon varias voces. En el techo giraba un ventilador. Frankie metió la mano en el bolsillo y se tambaleó. Sentía la guitarra en la espalda, dentro de la funda flexible, pero al hombre de delante ya no lo veía. Tenía la sensación de estar dentro de un globo estrujado desde fuera.

—Tenga —masculló, desprendiendo un billete de veinte dólares del fajo que tenía en las manos.

—¿Me das uno? —preguntó el adolescente.

Frankie dejó caer otro billete.

—¡Me llevo veinte cervezas! —anunció el adolescente.

Tras encontrar un cartón de huevos, Frankie se alejó a trompicones.

—¿Quiere el cambio? —le gritó el hombre.

Pero Frankie ya había abierto la puerta mosquitera para salir al aire pegajoso del verano.

El país era Estados Unidos; el año, 1969, el mes, agosto, y el estado, Nueva York, durante el festival musical de tres días que, con el nombre de Woodstock, reunió a medio millón de personas en doscientas cincuenta hectáreas dedicadas a la explotación lechera. A sus treinta y tres años, Frankie era un hombre alto y larguirucho, de ojos intensamente azules, hombros altos, manos grandes y una oscura barba de pocos días que le cubría el mentón y las mejillas. En aquel preciso instante, el término musical al que se adecuaba su vida era *lontano*: lejano, o desde la lejanía; y en compases tan erráticos se me hace imposible anotar. La razón era algo que Frankie había bebido o ingerido detrás del escenario del festival. No puedo decir de qué se trataba; de hecho, dudo que el propio Frankie lo supiera.

Dentro de poco os explicaré el porqué de este salto adelante en nuestra historia, y es que el viaje de Frankie a Woodstock fue uno de los grandes hitos de su vida y de su historia de amor con Aurora York, la niña del árbol, a cuya búsqueda dedicó tanto tiempo en su juventud.

Pero antes quiero decir algo sobre los estados mentales alterados, como el que afectaba a Frankie; no os acercan a mí.

Solo me aturden.

Hace siglos que los músicos me buscan en la punta de una aguja, o en el culo de un vaso. Es una ilusión. Y muchas veces acaba mal.

Fijémonos, sin ir más lejos, en mi querido discípulo ruso Modest Mussorgsky. En 1881 estaba tirado por el suelo de una taberna de San Petersburgo. Había compuesto maravillas como *Cuadros de una exposición* o *Noche en la montaña pelada*, que más tarde se hizo famosa gracias a una película de animación, *Fantasia*. En el suelo del bar, por el contrario, no compuso nada, aunque estuviera convencido de que el alcohol lo hacía ser más artista. Murió a los cuarenta y dos años.

Ahí estuve yo para recoger su talento.

Como estuve en el hospital donde murió mi querida Billie Holiday, con solo cuarenta y cuatro años y un hígado destrozado por el alcohol; y como también estuve en la habitación de hotel de Charlie Parker, mi tan singular saxofonista de *jazz*, que falleció a mediados de su cuarta década de vida, después de que las drogas hicieran tales estragos en su cuerpo que los forenses pensaron que tenía sesenta años.

Tommy Dorsey, el director de *jazz*, murió de asfixia en la cama a los cincuenta y un años, sin poder despertarse por culpa de las pastillas. Johnny Allen Hendrix —Jimi, lo llamabais— se tragó un puñado de barbitúricos y expiró. Tenía veintisiete años.

No es nueva esta idea de que en una sustancia espera un arte de mayor pureza, pero sí ingenua. Yo existo desde antes de que se fermentaran las primeras uvas. Y de que se destilara el primer *whisky*. Por mucho que alteréis vuestro estado mental, sea con opio, absenta, marihuana, heroína, cocaína, éxtasis o lo que venga, no alteraréis la siguiente verdad: yo soy la Música. Estoy dentro de vosotros. ¿Por qué iba a esconderme detrás de un polvo o de un vapor?

¿Tan mezquina os parezco?



Pero volvamos al ofuscado periplo de Frankie por el barro de una explotación lechera, con una guitarra y una docena de huevos. Muy lejos, en el escenario, que apenas se veía, tocaba un grupo cuyo nombre era Santana. La voz del cantante parecía bajar del cielo:

You've got to change your evil ways... baby

Frankie estaba perdido. Las sustancias químicas de su organismo, ingeridas justo antes del amanecer, habían hecho que se alejara mucho de la zona de los músicos. Solo se acordaba de lo siguiente:

Había estado con Aurora York, que ahora era su mujer. Dormía sobre una manta de algodón, embarazada del primer hijo de ambos. Frankie no quería despertarla, pero lo hizo.

—¿Francisco?

—Aurora —susurró.

—Como cuando sale el sol.

—Exacto.

—Tengo hambre, Francisco. Si me quieres, me traerás el desayuno.

Aurora sonrió con los ojos entornados. Frankie le dijo que esperara, que iría a buscarle unos huevos y se los haría, pero a partir de ese momento todo se volvió brumoso. Ahora, a las puertas de la tienda, ya no tenía claro cuánto tiempo había pasado.

—¿Era un hada?

—No creo.

—¿Tenía los ojos raros?

—Sí.

—¿Era amable y te ayudaba?

—Sí.

—¿Has vuelto a verla?

—No.

—Pues era un hada.

Sacudió la cabeza para ahuyentar la voz del Maestro. Cuando intentó localizar la zona del escenario donde había dejado a Aurora, lo único que vio fue un mar de espectadores, algunos de los cuales parecían arrastrar una cola de cometa al moverse. Pasó torpemente por encima de sacos de dormir y mantas.

Se oyó una voz atronadora de hombre por los altavoces.

—A VER, GENTE, QUE TENEMOS QUE ANUNCIAR UN PAR DE COSAS... VAIS A ALUCINAR... ¡ESTÁ CERRADA LA CARRETERA QUE CRUZA EL ESTADO DE NUEVA YORK! ¡LA HEMOS CORTADO, TÍOS!

La ovación fue enorme. Frankie sacudió la cabeza. Se oía todo demasiado fuerte. Rodeado de gente que lo celebraba con aplausos, se quedó mirando la caja de huevos hasta que sus oídos detectaron música.

Lord knows you've got to change...

Dio tumbos hacia el origen del sonido, intentando usarme como brújula y acordarse de cuándo —y con qué grupo— tenía que tocar.

18

1946

—Toca algo, Joue.

Frankie levantó la cabeza. Tenía diez años y estaba sentado en el puerto de Southampton, a dos horas al sur de Londres, mal vestido y con la funda de guitarra abierta a su lado. Se había acercado un hombre de bigote fino que hablaba en francés.

—*Joue* —dijo, sacudiendo la muñeca—. *Pompe*.

—¿Perdón?

—*Pompe*. La *guitaja*. Así.

Hizo un movimiento como de rascarse el pecho. Ya era de noche. Frankie echó un vistazo a las dos monedas de la funda. No daban ni para una patata, que era lo único que había comido desde la mañana. Ya habían llegado los últimos barcos del día. Aquel extranjero era su última esperanza.

—Por favor, señor, que tengo hambre. Por un chelín le toco una canción.

El hombre mordió su cigarrillo y se sacó una moneda del bolsillo.

—*Joue* —dijo mientras la tiraba—. Algo alegre, *oui?*

«Algo alegre». Hasta la idea se le hacía rara a Frankie. De España había zarpado hacía más de un año. Al cabo de tres días en la bodega del barco, lo habían despertado en plena noche y le habían dicho que se metiera debajo de una manta roja sucia.

—Para estar protegido —dijo uno de los marineros.

—¿Dónde está mi maestro?

—Ahora viene.

—Mi guitarra...

—Ahora te traeremos tus cosas. Es un juego, ¿vale?

—¡Quiero que venga el Maestro!

—¡No grites tanto! Te voy a explicar cómo se juega. Tú te escondes, y él te busca. No hagas ruido.

—Pero...

—¡Shh! ¡Si hablas no vendrá!

Frankie llenó sus pulmones, mientras todo se volvía negro. Dos hombres lo bajaron del barco, envuelto en la manta. Oyó ruido de agua, crujidos de madera, chasquidos de velas y su respiración acelerada. Lo depositaron en una superficie dura. Debajo de la manta apareció la funda de guitarra. Frankie la cogió con una mano y se aferró a ella como si pudiera protegerlo.

—Tu maestro no tardará —susurró un marinero—. Quédate debajo de la manta hasta que lo oigas.



No hace falta decir que el Maestro no apareció. Ni él, ni nadie. Durante los meses siguientes, el pequeño Francisco Presto se sumó a un largo y triste linaje de pedigüeños alimentados gracias a la música. ¿Hasta dónde se remontaba ese linaje? En el siglo XVII, Francesco Corbetta, mi virtuoso italiano de la guitarra barroca, tuvo que tocar en las calles de Florencia; trescientos años después, a Irving Berlin le tiraban peniques por cantar en el Lower East Side de Manhattan. Vergüenza debería daros tratar así a mis hijos, como a perros que imploran algún resto de comida.

Frankie, con su omnipresente guitarra, casi nunca se alejaba de aquel muelle. Sabía, por la nota, que tenía que buscar a su tía en América, pero ahora era imposible, porque los contrabandistas le habían quitado el dinero. Cada noche soñaba que veía bajar de un barco al Maestro, de la mano de Alberto, el de las congas. Cuando lo viera, Frankie correría a su encuentro y le agarraría la mano.

—¿Has practicado, Francisco? —le diría el ciego, y se arreglaría todo.

Ahí se quedó pues el niño, envuelto por los malos olores del puerto, tocando para los viajeros, y bailando, si se lo pedían. Pasó de músico a intérprete, comiendo día sí, día no.

Se apoyó la guitarra en la rodilla, que era puro hueso. Tenía las uñas roídas. Para mantenerlas cortas las mordía. «Algo alegre». Eligió una canción animada, *Billets doux*, de Django Reinhardt, el famoso gitano nacido en Bélgica que gozaba de la consideración general de ser el mejor guitarrista de jazz europeo. («No es de este mundo», dijo de él una vez el Maestro). Era una canción rápida y con chispa, como un niño saltando, y requirió toda la atención de Frankie, que al tocar no se fijó en la cara de estupefacción del francés, ni en que se le cayó el cigarrillo de los labios.

—¿Se llama cómo, la canción? —preguntó el señor del bigote.

—*Billets doux*.

—¿Y es quién que la compuso?

—Django Reinhardt.

—¿Quién es?

—Un gran guitarrista.

—¿Qué decir quiere *Billets doux*?

—No lo sé. Solo sé el nombre.

El francés suspiró.

—Tocas muy bien.

—Gracias, señor.

—¿Y tu mamá, es dónde?

—Muerta, señor.

—¿Y tu papá?

—No lo sé, señor.

Encendió otro cigarrillo y contempló el agua.

—Yo va a hacer uno viaje largo, lejos.

—Tiene suerte, señor.

—No quiere ir.

—¿Por qué, señor?

—Tenido bebé. Niño, como tú.

—Me alegro, señor.

—El bebé murió. Hay dos meses. No quiere viajar, yo. —Dio unos golpes con la mano en la baranda—. No quiere hacer nada.

Frankie no sabía que decir. En los pilares de madera chapoteaba el agua.

—*Parles-tu français?* —preguntó de pronto el hombre.

—No, señor, solo inglés.

—Pero tú no inglés.

—Sí que soy inglés, señor.

—¿Hablas español? —dijo en este último idioma.

Frankie no contestó.

—Bueno —dijo el hombre, que aun así, a partir de entonces chapurreó español—. ¿De dónde eres de verdad?

Frankie se encogió de hombros.

—De España, ¿no? ¿De qué parte?

—Ya no soy de ahí —contestó finalmente.

El hombre dio un golpecito con el pie en la funda de la guitarra.

—Escucha. Donde tengo que ir necesito a alguien que hable inglés. Yo lo hablo muy mal.

—¿Y qué?

—Tú lo hablas bien. ¿Vendrás? ¿Traducirás mis palabras? Así quizá vaya.

—No, gracias.

—Te pagaré.

—No, gracias.

—Te daré alojamiento.

—No, gracias.

—Te daré comida.

—¿Por qué va?

—Para tocar música.

—¿Es músico?

—*Oui*. Tal vez no tan bueno como tú.

Levantó la mano derecha para señalar la guitarra de Frankie.

—Déjame probarla.

—No la rompa.

Se pasó la correa por el hombro y puso la mano izquierda en el mástil. Hasta entonces

Frankie no se había dado cuenta de que la tenía mutilada. Le faltaban dos dedos. En los trastes solo se alineaban el índice y el corazón.

—Buena guitarra.

—Ya lo sé.

—¿De dónde sacas las cuerdas?

—De mi profesor.

—¿De qué están hechas?

—No lo sé.

Murmuró como si acariciara terciopelo.

—*Magnifique.*

—¿De verdad que toca?

Después de haber visto los dos dedos, Frankie tenía sus dudas.

—Voy a probar con *Billets doux* —dijo el hombre.

Metió la barbilla, respiró profundamente y tocó la misma canción, pero tan deprisa que Frankie se quedó sin aliento. Los dos dedos del hombre corrían por el mástil, sosteniendo una nota, multiplicando otras y desgranando octavas con la suavidad de un chorro de aceite por un embudo. De aquellos dos dedos salía más música que de los cinco de cualquier otra persona. Acabó con una sucesión de acordes hechos con la técnica de «bombeo» que había intentado explicar, un rasgueo sincopado con el que la guitarra parecía una locomotora.

—*Billets doux*, ¿no? —dijo mientras le devolvía la guitarra—. Quiere decir «cartas de amor».

—¿Cómo lo sabe?

—La he escrito yo.

Fue la primera vez que sonrió, levantando el bigote.

—Soy Django.

—¿Usted?

—*Oui.* Te lo acabo de decir.

Frankie recuperó la guitarra. Se le había puesto la piel de gallina.

—¿Qué le ha pasado en las manos?

—Un incendio.

—¿Se quemó?

—De joven.

—¿Toca con dos dedos?

—Toco con esto.

Se puso la mano a la altura del corazón.

Frankie no se lo podía creer. Después de escuchar tantas y tantas veces el disco de aquel hombre, sentado al lado del Maestro en el piso de encima de la lavandería, mientras se imaginaban los dos a un guitarrista de manos grandes y fuertes, que abarcaban distancias increíbles... Fue la primera vez que mi hijo se dio cuenta de lo poco que tiene que ver el cuerpo de un hombre con la música que es capaz de tocar.

—¿Eres gitano? —le preguntó Django.

—No.

—Yo sí. Ven y te enseñaré a tocar como los gitanos.

Frankie se mordió el labio inferior. Tenía tanta hambre... ¡Y era Django Reinhardt!

—Vale.

—Salimos por la mañana.

—¿Esta mañana que viene?

—Sí.

—¿Por qué tan pronto?

—Toco con un grupo. Me esperan.

—¿Qué grupo?

—El de Duke Ellington.

—¿Duke Ellington? —susurró Frankie—. ¿El Duke Ellington... de verdad?

—*Oui*.

—¿Dónde?

—En América.

Se estremeció. ¿América? ¿Dónde estaba su tía?

Django le tendió la mano.

—¿Vienes y voy yo también?

—Vale.

Se dieron la mano. Frankie miró su guitarra.

La cuerda más baja se había vuelto azul.

19

1969

—¡Zas! ¡Píllala! ¡Uuuu!

Mientras se ponía el sol en Woodstock, Frankie pasó al lado de un gran grupo de espectadores que gritaban, bailaban y tocaban el tambor.

—¡Zas! ¡Píllala! ¡Uuuu!

Algunos llevaban ponchos. Otros iban con el torso al desnudo. Dos hombres rubios, con aspecto de ser hermanos, se habían atado toallas verdes en el cuello, a modo de capas. Entre cántico y cántico se pasaban una botella. Uno de los hermanos se la tendió a Frankie, invitándolo a beber.

—¡Píllala, tío!

Frankie tomó un trago.

—Píllada —dijo.

—¡Ven y toca! —El hombre señaló la guitarra de Frankie—. Venga, hombre. ¡Un poco de marcha!

—¡Un poco de marcha! ¡Un poco de marcha! —empezó a repetir el grupo, mientras seguían sonando los tambores.

—¡Eh, que yo te conozco! ¡Eres Frankie Presto!

—¡Vaya!

—¿En serio?

—¿Quién?

—¡Frankie Presto, hombre! ¡*Shake, Shake!* ¿Te acuerdas?

Por muy brumosa que estuviera su conciencia, Frankie notó su reflejo de huida que se activaba. «¡Eres Frankie Presto!». Palabras que indicaban que había que alejarse.

—¡*Shake, Shake, Frankie!* ¡*Shake, Shake, Frankie!* —Se pasaban la botella y lo llamaban, entre golpes de tambor y cánticos—. ¡*Shake, Shake, Frankie!*

Se giró y se alejó, tambaleándose, mientras oía que lo abucheaban.

—¡No!

—¡Se ha rajado!

Sentía latir su corazón a gran velocidad. Cuando estuvo a una distancia prudencial, se cayó al barro en una zona de autobuses amarillos llenos de lemas filosóficos pintados con espray. Respirando con fuerza, dejó que sus oídos encontrasen la música en el cielo; ahora era otro grupo, al que oía sin verlo: Canned Heat. Una canción titulada *Going up the Country*. Se preguntó si era una flauta lo que oía. Sí, una flauta.

—Pero hombre, no te pongas así —dijo una voz de mujer.

Al girarse vio a una mujer guapa, de cabello oscuro, sentada en el interior de una camioneta morada. Llevaba una camiseta naranja sin mangas y unos vaqueros cortos. Era morena de piel, con las uñas pintadas de distintos colores. Le recordó a Aurora. ¿Dónde había visto por última vez a Aurora? Los huevos. Tenía que llevarle los huevos. «Si me quieres, me traerás el desayuno».

—¿Cómo te llamas?

—Frankie.

—Ven, Frankie.

20

1946

—¡Ven, Francisco —dijo Django en voz alta—, que ya llegan!

Frankie regresó corriendo al lado del francés, que, con un plastrón rojo y una americana azul, lo esperaba junto a una de las puertas de la estación de tren de Nueva York llamada Grand Central. Frankie había estado jugando con el sol que entraba a chorros por las ventanas más altas de la estación. Nunca había visto cristales —ni paredes— tan altos. Hasta los nueve años, su mundo no había ido más allá de las calles de Villarreal. Empezó a ensancharse en el puerto de Southampton, pero la gran explosión fue el desembarco en Estados Unidos. Todo lo que veía superaba en tamaño y grandeza a lo anterior. Los coches, los edificios, las bolsas que llevaba la gente, sus sombreros...

—Mira, Francisco. Es él, ¿no?

Entre el mar de gente que iba y venía del trabajo, Frankie vio que se acercaban dos desconocidos, uno de los cuales, alto y bien parecido, llevaba un fino bigote y el pelo engominado hacia atrás. Duke Ellington. Había visto su cara en un disco. Fue como si cobrara vida un papel.

—*Monsieur* Django, supongo —dijo Ellington con la mano tendida.

—*Monsieur* Duke. Es un placer.

Frankie estaba boquiabierto. Aún se acordaba de la noche en la que el Maestro le hizo poner varias veces seguidas el disco de Duke Ellington, antes de que le diera permiso para que se quedaran el fonógrafo. Django le tocó el hombro, murmurando *chavo* («niño» en el idioma de los gitanos), y empezó a perorar en su mezcla de español y francés. Frankie reprodujo las palabras en inglés.

—Dice el señor Django que está entusiasmado por conocerlo y tocar con su orquesta, y que es un honor —dijo—. Y que le gustaría oír tocar en algún sitio a Dizzy Gillespie.

—¿Y tú, mozalbete? —preguntó Duke Ellington con una sonrisa.

—¿Eh?

—¿Eres su hijo?

—No. Soy... —Frankie no sabía quién era—. Soy su hablador.

—Muy bien, hablador, pues dile que dentro de una hora salimos para Cleveland.

Así lo hizo Frankie, aunque, como no sabía la traducción de Cleveland, se limitó a decir «Cleveland». Acto seguido habló el acompañante de Duke Ellington.

—Ya le llevo yo la guitarra al señor Reinhardt.

—No, es la mía —dijo Frankie.

—¿Dónde está la del señor Reinhardt?

—No ha traído ninguna.

—¿Que no ha traído guitarra?

Frankie lo tradujo. Django parecía avergonzado, rabioso más bien, y soltó una retahila de palabras.

—Dice que se pensaba que le darían una aquí.



Ya en el tren a Cleveland, Frankie estaba tan emocionado que no podía parar quieto. Llevaba un abrigo nuevo, comprado por Django en una tienda de la estación. ¡Y viajaba con músicos! Se había quedado pasmado con el equipaje del andén: trombones, baterías, un contrabajo... Algunos de los músicos abrieron las fundas y le tocaron unas notas.

—¿Ustedes qué tocan? —preguntó Frankie a un grupo de hombres.

—El saxofón —contestaron.

—¿Todos el mismo instrumento?

Yo tenor.

—Yo alto.

—Yo barítono.

Frankie no salía de su asombro. Los músicos le dejaron incluso tocar varias trompetas de color dorado o plateado, y un largo trombón con una válvula deslizante. Era como si le hubieran abierto un cofre del tesoro. Lo mejor de todo fue que le dieron el programa de la gira, y que leyó la palabra «Detroit». ¡Era la ciudad! ¡La del trozo de tela que guardaba en la funda de su guitarra! Encontraría a la persona de la dirección y esta le ayudaría a regresar a España, con su padre y con el Maestro.

Volvía a estar bien encaminado.

Se permitió sentir esa especie de vértigo que no experimentaba desde Villarreal, un hormigueo en el estómago que le hacía tener ganas de que fuese mañana. Le asignaron una litera baja en el coche cama, pero al ponerse al lado de un trompetista corpulento no se pudo aguantar.

—¿Puedo dormir en la de arriba?

—Pues claro, hombre —contestó el músico—. Ni que me hiciera a mí falta subir escaleras.

Frankie trepó y se dejó caer en el colchón, con las manos detrás de la cabeza. El tren se puso en marcha con una sacudida. Oyó las risas dispersas de los músicos y que alguien tarareaba una canción. Le gustaba la camaradería de esos hombres, eran más niños que los españoles. Hasta sus nombres eran pueriles: *Cat*, *Taft*, *Shorty*... Sonrió, tendido en la litera.

Se había incorporado a otro grupo, y esta vez ni siquiera había tenido que tocar.

Por la noche fue Django para ver cómo estaba instalado. Los músicos se estaban poniendo

sus pijamas. Django se fijó en que todos llevaban calzoncillos holgados con estampados florales de colores.

—¿Qué se han puesto? —preguntó, riéndose.

—Quiere saber qué llevan —dijo Frankie.

Parecían sorprendidos.

—¿Nunca ha visto ropa interior de calidad?

—Estáis locos —les espetó Django.

—Dice que están ustedes locos.

—Ya lo hemos oído.

—El traductor en miniatura no lo traemos nosotros.

—Que se lo cuente a Duke.

Frankie siguió a Django hasta su compartimento, que era el mismo que el de Ellington. Entraron justo cuando también se estaba cambiando el director, y a Django le impactó ver que su ropa interior aún era más chillona que las otras, con corazones y flores en colores vivos.

—¿Pasa algo? —preguntó Duke.

—*Non, non* —dijo Django.

Se inclinó hacia Frankie y le susurró algo en español.

—Qué país más raro, *chavo*.

21

1969

—¿Vas a cocinar algo con esos huevos? —preguntó la chica de la camioneta.

Llevaba sombra de ojos azul, los labios pintados y tres collares.

—¿Cocinar? —Frankie miró el cartón—. Sí.

—¿Dónde?

Señaló hacia la música, o hacia donde pensaba que sonaba.

—Allí.

—¿De dónde eres?

—¿Yo?

—Claro, guapo. —La mujer sonrió—. Tú.

Normalmente, cuando se lo preguntaban, respondía que de California, pero esta vez dijo «de España».

—Qué fascinante —respondió ella con voz sugerente—. ¿Has venido a escuchar música?

—A tocarla.

—¿En el escenario?

—Sí.

—Pues del escenario estás muy lejos.

—Tengo estos huevos.

—Has dicho que...

—Para desayunar.

—¿En serio que eres español?

—Sí.

—Qué gracioso.

Frankie sintió que le fallaban las rodillas. Se apoyó en la puerta de la camioneta.

—¿Por qué no entras?

—¿Adónde?

—Aquí, a mi lado.

Entró, diciéndose que solo se quedaría un momento.

—¿Cómo has venido? —preguntó ella.

—Caminando desde la tienda.

—No, hombre, aquí. Dices que eres de España. ¿Cómo has venido? —Abrió los brazos—. A América.

Frankie apoyó la cabeza en un gran cojín bordado, y vio cómo la mujer liaba un cigarrillo.

—Con un grupo —dijo.

22

1946

La banda de Duke Ellington estuvo más de un mes de gira. Durante ese tiempo, Frankie vio por primera vez una vaca (por la ventanilla del tren), comió su primer cucurucho de helado y por primera vez fue a un cine americano. Siguió aprendiendo técnicas de guitarra de Django y perfeccionando el idioma mezcla de español e inglés que se habían inventado entre los dos. También se enteró de que el hijo de Django se llamaba Jimmy, que había muerto con pocas semanas, que para el funeral Django pidió que tocaran obras de Bach, Hándel y Mozart y que al bebé lo enterraron en un cementerio francés. Era la segunda vez que oía hablar de un entierro con todas las de la ley. (Del primero le había hablado Aurora York). Pensó que cuando llegaran a Detroit iría a ver dónde estaba enterrada su madre.

También se enteró de que, antes de que Frankie aceptase acompañarlo, Django había estado dispuesto a cancelar el que acabaría siendo su único viaje a Estados Unidos. Después de la muerte de su hijo, la idea de viajar con un niño hizo el viaje más soportable. Yo veo todos los futuros, los que confeccionan mis talentos y los que se alejan (de la misma manera que oigo todas las melodías en un teclado, las tocadas y las por tocar), y os aseguro que, de no ser por Frankie, Django no habría conocido América, ni su influencia en su vida y en su arte.

Por eso se puso azul la cuerda más baja de Frankie cuando se conocieron.

Pero ya hablaremos de eso. Primero la noche del estreno. Llegados a Cleveland, Django no tuvo más remedio que comprarse una guitarra nueva para el concierto, cosa que le dio mucha rabia.

—Esto es una farsa —le dijo a Frankie mientras afinaba el nuevo instrumento—. ¿Por qué no tienen una guitarra para mí? ¿Una Selmer, que tanto me gustan? Soy Django. Deberían darme una guitarra de oro.

—Puede tocar la mía —dijo Frankie.

—¿Sí?

Dejó la nueva y tomó la de Frankie de manos del pequeño. Pulsó unas cuantas notas y dejó de tocar.

—Es perfecta. ¿Ya las has afinado?

—Sí, señor.

Django lo miró atentamente.

—Esta noche tocaré tu guitarra y se enterarán de quién soy, pero te la devolveré justo después. A partir de entonces, que no te la quiten de las manos, ¿me entiendes? No la vendas, ni la pierdas, ni se la des a nadie pensando que te la devolverá. No te desprendas de tu propia música, *chavo*. Te desprenderías de ti mismo.

Por la noche, desde los bastidores del auditorio de Cleveland, Frankie presenció algo que jamás olvidaría. Las primeras notas de una orquesta. Los golpes sincopados de una sección de viento. Las elegantes piruetas de los clarinetes y los saxos. El poderoso impulso de los trombones y los contrabajos. La propia imagen de la banda, la elegante uniformidad de sus esmóquines oscuros, también le impresionó. ¿Y el público? ¡Casi dos mil personas! Nunca se había imaginado una reacción como aquella gran salva de aplausos, que se le metió en la sangre, sobrecogiéndolo. No entendía los principios físicos del aplauso, pero desde las bambalinas supo que algún día querría oír una ovación cuyo destinatario fuera él.

Django solo salió al final, acompañado al piano por Duke Ellington y al contrabajo por un músico que hacía lo posible por seguirlos. Apenas habían ensayado, pero, como dijo alguien una vez, Reinhardt era «la música hecha hombre», y acepto el elogio. Fue uno de mis tesoros. Esa noche, en la viajada guitarra de Frankie, tocó con tanta originalidad que hasta los miembros de la banda le gritaban: «¡Dele, maestro, dele!». De las cuatro canciones que tocó, cada una impactó más al público que la anterior.

La mañana siguiente, en el hotel, Django pidió a Frankie que fuera a buscar el periódico y le leyera lo que decían sobre él.

Frankie fue pasando las páginas, hasta que vio un titular: GUITARRISTA FRANCÉS LE ROBA A DUKE EL CONCIERTO.

—Mmm —dijo Django entre sorbos de café—. Como tiene que ser.

Fue tan intenso el tiempo que pasaron juntos, tan veloz, que con los años a Frankie le pareció cada vez más un sueño y menos un recuerdo. Una noche, sin embargo, mientras asistía a los preparativos de la banda en la ciudad de Chicago, se fijó en que el bombo llevaba dibujada la etiqueta de los discos RCA Victor, un perro que miraba fijamente un gramófono.

Su estómago dio un vuelco. Pensó en el perro sin pelo y en el fonógrafo del piso del Maestro. Pensó en todas las partes de su vida que habían quedado atrás y lo asaltó una profunda tristeza. Estaba siendo un viaje emocionante, pero Frankie no dejaba de ser un niño, y al final todos los niños quieren irse a casa.

Fue lo que se propuso cuando la gira llegó a Detroit.

23

1969

La mujer de la camioneta se pasó la lengua por los dientes.

—Qué historia más alucinante —dijo—. ¿O sea, que de pequeño viajaste por un montón de sitios? ¿Con Duke Ellington?

—Sí.

—Qué maravilla.

Dio una calada al cigarrillo y se lo pasó a Frankie. Luego se inclinó sobre las piernas de él.

—Quiero ver la guitarra.

Quitó los cierres y abrió la funda.

—Con cuidado —murmuró Frankie.

—¿Por qué con cuidado?

—Porque hace cosas raras.

—¿Cómo qué?

—Magia y cosas así.

Ella sonrió, burlona.

—Qué gracioso eres.

—Qué va.

—A mí me lo pareces.

Frankie se miró la mano. Parecía enorme. El humo le hizo parpadear. Ella se acercó un poco más.

—Tómame una de estas.

—¿Qué es?

—Una Lemmon. ¿No te gustan las Lemmon?

Le puso en la boca una pequeña pastilla verde. Ella también se tomó una, y se arrimó a él.

—¿Y los huevos?

—Mi mujer. Son para mi mujer. Estoy casado. Vamos a tener un hijo.

—¿Dónde está?

—No sé...

—¿No lo sabes?

—En el escenario.

Sonrió.

—Pues entonces no está aquí, ¿verdad?

Acercó su cara a la de Frankie.

—¿Y después? ¿Qué pasó?

—¿Después?

—De lo que me has contado. Cuando te separaste de la banda. —No me acuerdo.

—Haz memoria.

Frankie cerró los ojos.

—Hacia frío.

Hacia frío. Estaba nevando. Frankie se estiró la chaqueta de lana que le había comprado Django y acomodó los muslos en el peldaño de cemento. Llevaba tres meses en América; octubre, noviembre y diciembre. No entendía que se pudiera vivir con ese clima. Abrió por enésima vez la funda de su guitarra y sacó el trozo de tela en el que estaba escrita una dirección con la letra de Rafa. Era la de su hermana: 467 Claret Street, Detroit, Michigan.

Había llamado muchas veces, pero no abrían. Llevaba casi toda la tarde sentado en la entrada. Django se había ofrecido a acompañarlo, pero Frankie, que para entonces ya era muy independiente, y atrevido, le dijo al guitarrista que lo más seguro era que su tía quisiera noticias de Rafa, así que tardaría bastante. Además, probablemente quisiera alojarlo en su casa hasta el regreso a España.

—Pues entonces tendrás que venir a despedirte, *chavo* —dijo Django—. Nosotros nos vamos mañana, ¿eh?

—Vale —dijo Frankie.

Se estiró la chaqueta. Era una casa pequeña de ladrillo, parecida a las demás de la manzana. Todas tenían un camino de entrada corto y recto, como los trastes del mástil de las guitarras, y en el camino, acumulando nieve, un coche. Coches grandes, largos. Parecía que en América todo el mundo tuviera un coche; no como en Villarreal, donde aún se usaban carros y caballos.

Cerró los ojos y se imaginó en casa de Rafa, en la calle Calvario, sentado en el jardín y escuchando la radio con el perro sin pelo a su lado. El recuerdo de esos días era dulce y cálido.

—¿Te has perdido, chaval? Abrió los ojos. Tenía delante a un cartero, con uniforme azul y una gran saca de piel. La visera de su gorra estaba salpicada de copos de nieve.

—No, señor.

—¿Qué haces?

—Esperar.

—¿Debajo de la nieve?

—Sí.

—¿A quién?

—A mi tía.

Frankie le enseñó el trozo de tela.

—La dirección es esta, sí. ¿Es tu tía?

—Sí, señor.

—¿Cómo has venido?

—Me ha pagado un coche el señor Django.

—¿Quieres decir un taxi?

—Creo que sí.

—¿Ella sabe que vienes?

—Llego tarde.

—¿Tenías que venir por la mañana?

Frankie cambió de postura en el cemento.

—No, antes.

El cartero observó al niño con los labios apretados, antes de darle varios sobres.

—¿Quieres darles el correo?

Frankie cogió las cartas.

—Abrígate bien —dijo el cartero—, que en cualquier momento llegarán del trabajo.

¿«Llegarán»?», pensó Frankie. ¿Quiénes? Vio cómo el cartero continuaba su ronda, parando en todas las casas, hasta que lo perdió de vista. Oscureció. Se preguntó si tendría que dormir ahí.

Justo entonces enfiló la calle un Chevrolet verde claro con los faros encendidos, que empezó a frenar. A Frankie le latió más deprisa el corazón.

«Para aquí —pidió en silencio—. Para aquí. Para aquí». Paró. Frankie se levantó. En el fondo no entendía la función de una «tía», porque nunca había tenido ninguna, pero estaba impaciente por conocerla desde que había leído la nota del Maestro en la bodega del barco. Tenía la esperanza de que su tía lo arreglara todo y lo mandara de regreso a España, donde se reuniría con los miembros de su primer grupo.

Lo que vio lo cambió todo.

Lo que vio fue que se abrían las puertas del coche, y que por un lado salía un hombre y por el otro una mujer rechoncha y con el pelo claro. Su cara la había visto Frankie incontables veces en una foto donde salía con Rafa, tomada de su brazo. Una foto que guardaba él debajo de la almohada. Por su joven cuerpo pasó un escalofrío. Dentro de su cabeza se oyó un golpe de platillo. Soltó las cartas, saltó de la entrada y, mientras la mujer abría la boca de perplejidad, corrió por la hierba espolvoreada de nieve con los brazos en alto, gritando «¡mamá!».



En la música occidental hay siempre un desenlace. Una cuarta suspendida regresa a la tercera. Los acordes disminuidos recuperan su tónica. La disonancia vuelve a la consonancia. Es la manera que tengo de hacer las paces.

Estas reglas no las sigue el ser humano. Por eso esa noche, en Claret Street, fue una sorpresa para Jacinta Rubio, la mujer que bajó del Chevrolet verde claro, que un niño corriera hacia ella. Y, dado que hacía muchos años que había perdido el contacto con su hermano Rafa, receló de la

aparición repentina de un hijo. Cuando Frankie trató de abrazarla, ella no se movió. Cuando Frankie exclamó «¡Soy tu hijo!», y le contó lo que le había contado Rafa (lo de su mujer y el accidente de coche en América), se enfadó y le dijo la verdad ahí mismo, en la calle, como una sucesión de golpes secos en el borde de una caja.

¡Zas!

No era su madre.

¡Zas!

No era la mujer de Rafa.

¡Zas!

Rafa no había estado casado.

¡Zas!

No había encontrado a nadie con quien casarse.

¡Zas!

Nunca había estado en América.

¡Zas!

No había habido ningún accidente.

¡Zas!

No había ninguna tumba.

¡Zas!

Rafa era un mentiroso.

¡Zas!

No se hablaban desde hacía años.

¡Zas!

Ella ya lo daba por muerto.

No tardó ni tres minutos. El silencio de Frankie, aturdido por los golpes, se fue haciendo más profundo.

—Mira, niño, dinero no vamos a darte, si es lo que esperabas —terció finalmente con mal tono el marido de Jacinta, y el niño, obnubilado, sintió que le temblaba la barbilla.

A duras penas consiguió recoger la guitarra y marcharse corriendo. Jacinta lo llamó a gritos, pero él no se giró. Desapareció entre los copos que caían bajo los círculos de luz de las farolas, con las mejillas llenas de lágrimas.

He dicho que la música permite crear deprimida, pero no es nada en comparación con lo que sois capaces de destruir los seres humanos en una sola conversación.

Burt Bacharach

Compositor, intérprete y productor

A Frankie Presto le encantaba el estudio. Si hubiera habido una cama, se habría quedado a vivir allí.

Ah... Sí, claro... Me llamo Burt Bacharach... Estados Unidos... Los Ángeles. Aunque a Frankie lo conocí en Nueva York. En 1964 le produje su canción *Our Secret*. Muy buena balada. Le puse una especie de eco en la voz que le daba un toque fantasmal. Los arreglos de cuerdas se nos ocurrieron a medianoche. Empecé a llamar y encontré a un par de violinistas que vinieron a las tres o las cuatro de la madrugada. Frankie y yo éramos de partes del mundo diferentes, pero teníamos algo en común: no salíamos de un estudio hasta que estuviera todo perfecto. Eso a algunos músicos no les gusta. Los retengo durante veinte o treinta tomas, pero ¿qué sentido tiene hacer arte, si no sale como tiene que salir?

Frankie lo entendía. Era una magnífica persona. Si llego a saber que aún tocaba la guitarra, habría cruzado medio mundo en avión para oírlo. La verdad es que hasta hace unos días, cuando me enteré de su muerte, no tenía ni idea de por dónde andaba, ni de si aún estaba vivo. ¿De verdad que se murió en el escenario? Dios mío... Qué horror...

¿La primera vez que lo oí tocar...? Sí, sí que me acuerdo. La verdad es que fue como nos conocimos. Yo estaba en los estudios Bell de Nueva York, para una sesión de grabación con Dionne Warwick. Llegué temprano. En la sala principal solo había un hombre, de espaldas, con auriculares, inclinado hacia una guitarra eléctrica. Como en la sesión que teníamos reservada había un montón de músicos, no supe si era de los nuestros o un intruso. Le pedí al técnico que pusiera el sonido, pero justo cuando iba a decirle al hombre que se fuera, me quedé de piedra. Tocaba impresionantemente bien. Alternaba punteos clásicos con el tema de jazz *Body and Soul*. Le dije al técnico: «¿Y este quién narices es?», y él me contestó: «No te lo vas a creer. Frankie Presto». «¿El cantante?», pregunté. «Cantante, pero vaya cómo toca la guitarra», dijo él.

Imagino que había estado grabando antes que nosotros, y que se había quedado un par de horas más que el resto toqueteando todos los instrumentos y pasando de la batería al piano, y del piano a las guitarras. Como ya empezaban a llegar los míos, encendí el micro de la sala.

—Oye, genio, perdona que te interrumpa, pero es que es la hora.

Se quitó los auriculares e hizo un gesto como de disculpa con la mano.

—Has estado fabuloso —dije por el altavoz—. Deberías haberlo hecho sonar por todo el edificio.

Él se inclinó hacia el micro.

—Solo pasaba el rato —dijo.

Salió y me presenté. Supo enseguida quién era, cosa que me sorprendió, porque entonces aún no era productor, solo escribía canciones. Dijo que le gustaban mucho algunas de las que había hecho: *Baby, It's You*, de las Shirelles, y *Only Love Can Break a Heart*, la de Gene Pitney. Dijo algo de trompetas y fiscornos.

—¿Cómo sabes de secciones de viento? —le pregunté, porque no era habitual en un cantante de *rock*.

—Es que viajé con Duke Ellington —contestó.

Me reí.

—¿Le llevabas el agua o qué?

Parecía demasiado joven para haber acompañado a Duke.

Frankie era más alto de lo que me pensaba, y muy guapo. Cuando entraron los del grupo, hasta ellos se lo quedaron mirando. Es que tenía como una presencia... Encima llevaba una americana rojo chillón, y eso también influía. Cuando le expliqué que estábamos grabando a Dionne Warwick, dijo que le gustaba mucho su voz y preguntó si podía quedarse. Normalmente no me gusta que me distraigan durante el trabajo, pero Frankie daba buen rollo. Sabía de música. Se le notaba.

—Si quieres puedes quedarte aquí fuera, en la cabina —contesté, y él dijo que muy bien.

La canción que estábamos grabando era para una película que se llamaba *A House Is Not a Home*. La letra era de Hal David. La música la escribí yo. Si quieres que te diga la verdad, era una versión, porque el original lo había grabado Brook Benton, pero quise probarla con Dionne. Hicimos muchas tomas con orquesta completa, sección de cuerda y coristas. Es como trabajaba yo entonces, ya te digo. El caso es que al final me olvidé de que estaba Frankie, hasta que durante una repetición dio la casualidad de que me giré justo cuando Dionne cantaba la parte de:

*But a room is not a house
And a house is not a home
When the two of us are far apart
And one of us has a broken heart*

Y vi que Frankie lloraba.

—¿Estás bien? —le dije.

—Sí —contestó.

Pero se notaba que estaba afectado. Ni siquiera se secó las lágrimas. No supe hasta mucho después que era huérfano. Sin padre ni madre. *A House Is Not a Home* (Una casa no es un hogar). Normal, ¿no? ¿Podía oír algo más duro?

—¿Me habéis oído? —vociferó la monja—. ¡He dicho que en fila!

Los niños se pusieron en fila.

—¡Venga, a moverse!

Desfilaron hacia el comedor. Un chico alto empujó a Frankie por la espalda.

—Déjame en paz —susurró él.

—Oblígame —contestó el otro.

En este momento de nuestra historia, Frankie tenía trece años, o catorce. Aún no lo había decidido. Tras descubrir que Rafa no era su padre, ignoró la fecha de nacimiento que le habían dicho siempre, suponiendo que también era mentira.

—¡Empezad! —gritó la monja.

Los niños, que ya estaban en las mesas del comedor, rezaron en voz alta y después se sentaron. Las monjas echaron zumo de naranja en vasos, seguido por cucharadas de aceite de hígado de bacalao.

—Yo no quiero —se quejó un niño—. Sabe fatal.

—Bebe, y da las gracias por tenerlo.

Frankie se llevó el zumo a los labios. Su olor le traía recuerdos de Villarreal, de los carros de naranjas que iban por la calle, pero ahora lo único que despertaban sus recuerdos era rabia. Rafa jamás había sido su padre. La mujer de la foto jamás había sido su madre. En la única documentación que tenía constaba como «Presto», un nombre que ni tan siquiera conocía. Todo era mentira. Las naranjas ya no tenían nada de dulces.

En ese momento la vida de Frankie seguía un marco rígido, una cadencia de cuatro por cuatro, con un tempo cuya mejor descripción sería *mosso*, o agitado. Había pasado tres años en el orfanato católico de Detroit, compartiendo dormitorio con otros nueve niños, levantándose siempre a la misma hora, comiendo siempre a la misma hora y yéndose a dormir a la misma hora. Fue donde lo llevaron después de que la policía lo encontrara durmiendo en el callejón de detrás de un restaurante. Para entonces ya hacía varias semanas que subsistía por su cuenta, tras perder el tren que se llevó a Django y a la banda de Ellington a su siguiente concierto. (Para cuando

encontró el camino a la estación, ya hacía tiempo que se habían ido. Se sentó y se puso a llorar con los codos apoyados en la funda de la guitarra, hasta que un hombre uniformado le dijo que no podía quedarse más tiempo, y que se fuera «a casa, con tu madre»). Volvió a mendigar y a comer de los cubos de basura. Los mejores restos eran los de detrás del restaurante. A decir verdad, le sorprendió que lo encontrara la policía (se había vuelto muy habilidoso escondiéndose de las autoridades), pero se alegró cuando las monjas dijeron que comería tres veces al día y tendría cama propia. Aceptó los pantalones azules, la camisa blanca y los zapatos negros de piel que le dieron, sin importarle que tiraran su ropa con el argumento de que era insalvable, a diferencia de su alma.

Había llegado al orfanato como un niño escuálido, pero los últimos tres años lo habían convertido en un adolescente larguirucho, de dientes blancos y salidos, manos grandes (gran ventaja a la hora de tocar la guitarra) y unos ojos azules cuya profundidad despertaba sonrisas nerviosas entre las niñas de su clase.

Los niños eran harina de otro costal. En los orfanatos no pasa desapercibida ni la más pequeña preferencia. A los compañeros de Frankie les daba mucha rabia que por su habilidad con la guitarra le dieran permiso para acompañar a las monjas en las ceremonias de Navidad y Pascua, y que cada noche le dejaran quedarse a solas en la biblioteca para estudiar música. Como era diferente, buscaban maneras de mofarse de él, por ejemplo del poco acento que aún se le notaba al hablar en inglés.

—Eh, Pitinglis —se burlaban—. ¿Tú no hablar inglés?

—Eh, Coco, ¿qué eres, marrón o blanco?

—Eh, Giti, vuelve a contarnos lo de tu amigo gitano.

Una noche el niño alto, Manuel, repartió pastas después de su fiesta de cumpleaños, y se saltó exprofeso a Frankie.

—En el callejón de donde vienes no comen —susurró.

—Si esta pasta me hace ser tan tonto como tú —dijo Frankie—, mejor no me la como.

Empezaron a pegarse y a rodar por el suelo, jaleados por los otros niños. Frankie dio un puñetazo en el ojo a Manuel, que gritó. Después Manuel corrió hasta la cama de Frankie y sacó la guitarra de debajo. Frankie se le echó encima. Forcejearon un momento, sacudiendo la guitarra. Cuando los separaron, la cuerda de abajo, la que se había puesto azul en el puerto inglés, estaba rota.

Al verlo, Frankie se puso a llorar.

—¡Te mataré! —gritó, y se lanzó sobre Manuel—. ¡Te mataré!

Tuvo que sujetarlo la vigilante del comedor. Esa noche, como castigo, ambos durmieron en el suelo, Manuel en la rectoría y Frankie en la cocina. Estaba más furioso que nunca, pero no por la pelea.

Hasta entonces nunca se le había roto ninguna cuerda.

Era bastante inusual, ya que las cuerdas de guitarra suelen romperse pasados unos meses. Frankie suponía que era por haber tocado con cuidado, dulcemente incluso, tal como le había enseñado su maestro.

—*No ataques las cuerdas, Francisco.*

—*No, Maestro.*

—*Persuádelas.*

—*Sí, Maestro.*

—*Haz que anhelan tu siguiente nota. Como en la vida.*

—*¿En la vida, Maestro?*

—*¿Atacas a alguien cuando quieres que te escuche?*

—*No, Maestro.*

—*Claro que no. Haces que se dé cuenta de lo bonito que es lo que tocas, y lo que quiere entonces es tener esa belleza.*

Frankie echaba de menos las clases. Hasta echaba de menos encender los cigarrillos del Maestro y limpiar las manchas de vino derramado. Tenía en gran estima su guitarra. Tal como había insinuado Django, era su pertenencia más preciada. Lo único que le quedaba de su profesor eran las cuerdas, y ahora le habían roto una.

Esa noche no pudo dormir. Pensó en el Maestro. Pensó en Aurora York, la niña del árbol, y se preguntó si tenía razón su profesor y era un hada. Parecía que hubiera pasado tanto tiempo... No tenía por costumbre rezar solo (siempre eran las monjas las que dirigían la oración). Aun así cerró los ojos y le pidió a Dios que le dejara volver a España. Estaba cansado de América. Se metió debajo de una mesa larga, se tumbó de costado y empezó a tararear un himno religioso.

Lo siguiente que ocurrió quizá os resulte inverosímil. Lo único que puedo deciros es que es cierto.

Frankie abrió los ojos al sentir la lengua húmeda del perro sin pelo, que le lamía las mejillas.

26

Haríamos bien en hablar de las cuerdas.

Ya sabéis que procedían de Carmencita, la mujer guapa y morena de quien era hijo Frankie.

Ya sabéis que se las reservaba a su marido, el Maestro, que en realidad era el padre de Frankie.

Ya sabéis que estuvieron nueve años sin usar —dentro de un bolso, en el armario del Maestro—, hasta que este se las regaló a Frankie el día que el niño se marchó de España.

Lo que no sabéis es de dónde las sacaba Carmencita.

Ni de quién las recibió.



Fue la última mañana de su vida. Había dormido mal, con molestias por los movimientos del niño que iba a nacer. Al amanecer se levantó y se vistió sin hacer ruido, para no despertar a su marido. Se puso un chal y dio un paseo hasta el Mijares. La tierra estaba cubierta de una niebla que envolvía todos los colores en una especie de gasa blanca, tan tupida que a duras penas vio a una familia de gitanos sentados en la orilla. El hombre tenía las orejas grandes y el pelo escaso. La mujer parecía mayor. Al fondo, una niña de trenzas largas y cobrizas cepillaba un caballo.

—Con Dios, señora —dijo el hombre.

—Con Dios —respondió Carmencita, aunque durante la guerra fueran palabras peligrosas.

—Ya mismo nacerá el crío —dijo la mujer. Carmencita se puso una mano en la barriga.

—¿Le puedo ofrecer una bufanda?

La mujer metió la mano en una caja de madera donde había varias pertenencias.

—Es que no llevo dinero encima —dijo Carmencita.

—Todo esto no lo estamos vendiendo —respondió el hombre—. Lo estamos regalando.

—Mi marido siempre piensa en los demás...

—A nosotros no nos hace falta...

—Es un hombre de Dios...

—Soy un simple tratante de caballos...

—¡Quieren matarlo, señora!

La mujer se echó a llorar. Carmencita bajó la mano por la barriga. El país estaba lleno de fugitivos, de vidas destrozadas por la guerra. Su esposo había perdido la vista en el frente. Su hermano estaba desaparecido. Los curas eran objeto de persecución y muchas familias, como aquella, se daban a la fuga. Se preguntó cómo sería el mundo al que estaba a punto de llegar su hijo.

—Si quieren, pueden quedarse con nosotros.

Los gitanos se miraron.

—¿Dónde?

—En nuestra casa. No es que tengamos mucho sitio, pero son ustedes bienvenidos.

—Pero si no nos conoce.

—Díganme cómo se llaman y los conoceré.

El hombre sonrió.

—¿Tanto cambia las cosas un nombre?

—No, claro que no —respondió Carmencita.

Sabía que en la guerra a veces era mejor no saber el nombre de la gente.

—Gracias, buena mujer, pero no podemos exponerla a un riesgo tan grande.

El gitano tomó la mano de su esposa y llamó a su hija, que dejó el cepillo.

—No podemos ofrecerle gran cosa a cambio de su generosidad. ¿Qué le parece una canción?

La niña se puso a cantar. Era una melodía zíngara llena de dulzura.

—Qué voz tan hermosa —dijo Carmencita.

—¿Le gusta a usted la música? —le preguntó el hombre.

—Mi marido es guitarrista.

—Yo también. Mejor dicho, lo era. Tocaba canciones para el Señor. Por desgracia ya no tengo mi guitarra.

—Se la quitaron —dijo su mujer.

—Lo siento —contestó Carmencita.

—¿Su marido enseñará a tocar al niño?

—No habla de otra cosa.

—Pues entonces, quédese con esto.

El hombre metió la mano en la caja y sacó unas cuerdas unidas por una cinta amarilla. Estaban tan nuevas que casi relucían.

—No puedo aceptarlo —protestó Carmencita.

—Por su bondad.

—No hace fal...

—Por favor. Para unir al hijo con su padre. Son cuerdas especiales. —El hombre bajó la voz—. Tienen vidas dentro.

Su mujer le dio una palmada en el brazo.

—Quiere decir que son de seda, y que la seda viene de los gusanos, que en su momento estaban vivos. —Lo miró con dureza—. No seas tan misterioso.

Él sonrió y se balanceó un poco. Cuando se giró su mujer para cuidar al caballo, se inclinó hacia Carmencita.

—No me refería a los gusanos —susurró.

Se sacó del bolsillo un rosario de simples cuentas negras, con una crucecita también negra. Carmencita vio que el hilo era una cuerda de guitarra, como las que acababa de darle. Cuando el hombre estiró los dos extremos, la cuerda adquirió un brillo azul como el del interior de una llama.

—*Le duy vas xalaven pe* —dijo.

La traducción de esta frase en romaní sería «las manos se lavan entre sí»; es decir, que todos estamos conectados.

Al ver que volvía su mujer, se guardó el rosario en el bolsillo y miró el cielo blanco.

—Mejor que siga usted, señora.

—¿Seguro que no quieren venir?

—Dios nos protegerá. Y rezo por que a usted también. —Encenderé una vela por su familia en la basílica.

—¿La de San Pascual?

—¿La conocen?

La expresión del hombre se hizo distante.

—Estuvimos una vez. Con nuestra otra hija. Vaya usted con cuidado, que hoy en día es peligroso rezar.

Carmencita miró las cuerdas.

—¿Le puedo preguntar su nombre? —dijo—. ¿Aunque no importe?

—Lo llaman el Pelé —contestó la mujer.

Carmencita se internó en la niebla. Al cabo de un minuto se giró, pero ya no había nadie.



De camino a casa, Carmencita metió las cuerdas en un pequeño bolso con la idea de dárselas al Maestro cuando naciera su hijo. Esa noche, durante la tormenta, cuando fue a la catedral para encender una vela (no solo por el bebé, sino por la familia gitana a quien había conocido esa mañana), llevaba el bolso encima. Rezó sus oraciones, cayó al suelo de dolor, soltó el bolso y no lo volvió a ver. No vio cómo los saqueadores tiraban las velas al suelo. No vio que el fuego de los cirios que había encendido para rezar se unía a las grandes llamas que lo consumían todo a su paso.

Al día siguiente, cuando la Policía de Villarreal buscó entre las ruinas, encontró los restos chamuscados del cadáver de Carmencita. Suponiéndola monja —por la túnica en la que estaba envuelta—, los asaltadores habían profanado su cuerpo. El resultado era demasiado macabro para que pudieran identificarlo. Sus huesos fueron sepultados de inmediato en una fosa.

Dos días después, mientras buscaba por entre los escombros, un adolescente encontró un pequeño bolso que, de modo inexplicable, había sobrevivido a las llamas. Dentro había una tarjeta de identificación. El muchacho devolvió el bolso a la dirección que figuraba en ella. Se lo entregó a la persona que le abrió la puerta.

Un hombre alto, ciego, cuyo nombre era Carlos Andrés Presto.

Más conocido como el Maestro.

Presto cogió el bolso y dio tumbos por el apartamento hasta sentarse en una silla,

comprendiendo lo que significaba, y la razón de que su mujer no hubiera vuelto en tres días. Al volcar en la mesa el contenido del bolso, palpó un objeto enrollado.

—¿Qué es esto? —le preguntó al muchacho.

—Parecen cuerdas.

—¿De guitarra?

—Sí.

Se mordió el labio.

—Déjame solo. ¡Vamos, vete!

El joven se marchó enseguida.

Con el frustrado regalo de su esposa en las manos, su último gesto de bondad, el Maestro se vino abajo y lloró hasta el anochecer, sin levantarse ni un momento de la silla. Acto seguido lo metió todo en el bolso y lo escondió en un armario. Las cuerdas, con las «vidas» que contenían, estuvieron años sin que las usara nadie, del mismo modo que nadie contó la historia del gesto de bondad de un desconocido.

Unas semanas después, el hombre apodado el Pelé acudió en ayuda de un cura a quien estaban golpeando unos soldados de la República. Lo detuvieron y le ordenaron que entregase su rosario. Ante su negativa, un escuadrón lo fusiló. Quienes lo mataron vieron derrumbarse su cuerpo, pero no vieron otra cosa: que en el momento de su muerte, su rosario se teñía de un azul candente.

Transcurridas varias décadas, el Pelé fue canonizado como primer santo gitano de la Iglesia católica. Todavía hoy se habla de su valentía y de su humildad, y también del rosario, por supuesto.

Lo que no menciona nadie son las cuerdas que regaló.

Ya contarían ellas su propia historia.

La chica de la camioneta subía beso a beso por el cuello de Frankie, preso de una sensación de pesadez que le impedía moverse. La mirada de Frankie se deslizó por el costado del cuerpo de la chica: camiseta naranja, vaqueros cortos, piernas morenas y uñas pintadas de rojo, negro y morado.

—Falta el azul —murmuró.

—¿Eh?

—Que azules no las llevas.

—¿Uñas azules? Qué gracioso.

—*Am I blue...* —canturreó Frankie.

—Yo a ti te conozco.

—¿Eh?

La chica le dio unos cuantos besos más.

—Eres el cantante...

—Me está esperando mi mujer...

—Frankie Presto.

—El desayuno...

—¿De verdad que vas a tocar en el escenario?

—Tengo que hacer los huevos.

—No has acabado de contarlo. Lo de después de que te fueras corriendo.

—Toqué mi guitarra.

—Eras muy pequeño.

—Lo hacía bien.

—¿Cómo de bien?

—Le salvé a ella la vida.

—¿A quién?

—A Aurora.

—¿Y quién es Aurora?

Los ojos de Frankie se pusieron vidriosos.

—Sigue cantando... —le dijo ella.

Pero los pensamientos de Frankie giraban confusos en torno a las cuerdas azules y a Aurora York, embarazada y dormida en una manta. Sabía que tenía que volver. No quería decepcionarla y ser un irresponsable, como tantas otras noches.

—Tengo que irme... —dijo de repente.

Se levantó tan deprisa que la chica resbaló de su lado y se cayó al suelo con un golpe sordo. Frankie recogió sus cosas y cruzó las puertas correderas, que gruñeron como leones al ser separadas.

—Pero ¿qué pasa? —gritó la chica.

— Pero ¿qué pasa? —gritó un hombre al abrir el maletero de su coche.
—¿Esto es Tennessee? —preguntó Frankie, parpadeando.
—¡Casi me da un infarto!
—¿Esto es Tennessee?
—¿Esto es mi coche?
—Sí, señor.
—Pues entonces ¡las preguntas las hago yo!
—Sí, señor.
—¿Quién narices eres?
—Frankie, señor.
—¿Frankie qué más?
—Presto, señor.
—¿El perro de quién es?
—Mío, señor.
—¿Qué haces en mi maletero?
—Marcus Belgrave, señor.
—¿Mi primo Marcus?
—Sí, señor.
—¿El músico?
—Sí, señor.
—¿Te ha metido él en este maletero?
—No, señor.
—Pues entonces ¿qué haces aquí dentro?
—Ir a Tennessee, señor.
—¿Y por qué no vas en tren?
—No tengo suficiente dinero, señor.
—Pues en autobús.

—Tampoco.
—¿Y por eso te escondes en mi maletero?
—Sí, señor.
—¿Y encima con un perro?
—Lo siento, señor.
—¿Cuánto tiempo llevas aquí dentro?
—Desde Detroit.
—Pero ¡si de Detroit salí ayer!
—Sí, señor.
—¿Y desde entonces no has comido nada?
—No, señor.
—¿Ni bebido tampoco?
—No, señor.
—¿Ni has hecho pipí?
—No, señor.
—¿Te crees que me importa?
—No, señor.
—Pues ¡tienes toda la razón! Aquí de polizón...
—No, señor...
—... queriendo ir a Tennessee.
—Sí, señor...
—Más te vale no haber hecho pipí en mi maletero, chaval.
—No, señor.
—¡Y más le vale al perro no haberse meado!
—No, señor...
—¿Cómo sabías adónde voy?
—¿Ya hemos llegado, señor?
—Yo eso no lo he dicho. Pero tengo una pistola en la guantera...
—¡Me lo dijo Marcus, señor!
—¿Y cómo lo sabía Marcus?
—¡Es su primo! ¡Usted se llama Hampton! ¡Le dijo que volvería en coche a Tennessee!
—¿Y por qué te lo iba a decir Marcus?
—Trabajo para él.
—¿Trabajar para Marcus, un chico blanco? Venga ya. ¿Qué haces? —Tocar música.
—Di la verdad.
—En su banda.
—¿Tocas con Marcus?
—Sí, señor.
—Pero ¡si eres un crío!
—Tengo unos quince años, señor.
—¿«Unos»?
—No lo sé seguro, señor.
—¿Qué tocas?

—La guitarra. La tengo aquí mismo, señor.
—Un momento...
—¿Lo ve?
—¡Quítate el sombrero!
—¿Por qué...?
—¡Eres el chico ese, el que toca tan deprisa!
—Sí, señor.
—¡Yo estaba! ¡Lo vi! ¡Hipnotizaste al del cuchillo!
—Sí, señor...
—¡Eres el demonio!
—¡No, señor!
—¡Dentro de mi maletero!
—No...
—¡El demonio dentro de mi maletero!
—No...
—¡Con su demonio de perro!
—Yo solo toco...
—Así no toca nadie de este mundo...
—Ella estaba en peligro, señor.
—¿Qué quieres de mí, demonio?
—¡No soy el demonio!
—¡Júralo!
—¡Lo juro!
—¡Júralo por Jesucristo!
—¡Lo juro por Jesucristo!
—Entonces, ¿qué haces aquí, chaval?
—¿Dónde?
—En Tennessee.
—¿Ya hemos llegado?
—¡Maldita sea! ¡No me engañes!
—La chica, señor.
—¿Qué chica?
—La que iba con el hombre.
—¿A la que casi le cortan el cuello?
—Sí, señor.
—¿Qué le pasa?
—Vive aquí.
—¿Quién lo dice?
—El hombre.
—¿El del cuchillo?
—Sí, señor.
—¿Y qué?
—Que la conozco.

—¿A la chica?
—Sí, señor.
—¿Justa a esa?
—Se llama Aurora.
—Aurora.
—Creo.
—¿Crees?
—Ha pasado mucho tiempo. —¿Cuánto?
—Desde que éramos pequeños. —Por Dios...
—En otro país...
—Sal.
—¿En serio, señor?
—Tú no eres un demonio.
—No, señor...
—Solo un tonto.
—No, señor...
—De los peores...
—No, señor...
—Un tonto enamorado.
—No, señor, si yo...
—Métete en el bosque y mea. El perro también. Luego siéntate delante, que iremos al pueblo para que comas algo.
—Gracias, señor. Se lo agradezco muchísimo.
—¿Por qué me das las gracias? Acabas de pasar dos días dentro de un maletero... por una chica. —Soltó una risita—. Mejor te iría si fueras el demonio.

29

1952

Ahora unos antecedentes (o «anacrusa», las notas que preceden al primer tiempo fuerte de una melodía, como el «cumple» de *Cumpleaños feliz*).

Después de su reencuentro con el perro sin pelo, Frankie se escapó del orfanato y durante algunos meses trabajó en el barrio de Black Bottom de Detroit, donde a pesar de su edad tocaba cada noche en grupos de *jazz* a cambio de comida para él y su perro y de un colchón en el sótano del club. Fue allí donde se hizo amigo del trompetista Marcus Belgrave, tocó con su cuarteto, y una noche le salvó la vida a una chica rubia distraendo a su agresor gracias a la increíble velocidad con que tocaba la guitarra.

Aunque la hubiera visto mucho mayor que la otra vez, estaba convencido de que la rubia era Aurora York, la niña del árbol. El hombre del cuchillo confesó que acababan de conocerse y dijo que la chica había llegado de Tennessee a pasar unos días. Por eso Frankie se escondió en un coche que iba hacia el sur.

De un día para otro, como si tal cosa, dormía en el sofá de Hampton Belgrave, el primo de Marcus.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

A veces de modo accidental.



Seis meses después del viaje en maletero, Frankie ya tenía apalabrado su primer bolo, con la esperanza de atraer a Aurora: cantar delante de un concesionario de coches de Nashville.

Coches, coches, coches.

Tenemos coches, coches, coches...

El dueño, Rutland Vines, de Vines Eine Cadillac, era un hombre de negocios calvo y con papada a quien le gustaba colgar los dedos de los tirantes. Había contratado a Frankie a instancias de su mecánico, Hampton Belgrave (el que había llevado a Frankie sin saberlo dentro del maletero de su coche), con la esperanza de atraer compradores.

—Mis Cadillac no se diferencian en nada de los de Shimey Motors —dijo—. Supongo que la única diferencia está en la atención al cliente, ¿me entiendes?

A decir verdad, Frankie no lo entendió, pero Hampton le había dicho que el dueño pagaría, y esa parte sí que la entendía.

—Tú canta música de iglesia de la buena, algo de góspel, como Red Foley, pero también hillbilly boogie, como Tennessee Ernie Ford. Y no sé si un poco de honky-tonk —fueron las instrucciones de Rutland—. Que estén contentos. ¿Lo has pillado?

Frankie asintió con la cabeza.

—Ah, y tendrás que ir bien vestido. Búscate una buena corbata. Y ponte gomina en el pelo, que se te levanta demasiado. ¿Estamos?

Por la noche, en casa de Hampton, Frankie se plantó al lado de la radio mientras Hampton cocinaba un estofado de cerdo, maíz y cebolla. Hacía meses que vivían juntos, desde que el primo de Hampton, Marcus, le confirmó por teléfono que de demonio Frankie no tenía nada.

Hampton era un hombre bajo y robusto, de cuello corto y brazos anchos, aficionado a los pasteles, los bombines y el *blues*. Soñaba con dedicarse a la música, aunque se ganara la vida reparando coches. Tocaba una pequeña armónica (al nacer se llevó una pequeña parte de mí), y por las noches ponía discos mientras Frankie rasgueaba la guitarra.

—Tienes buen oído, chaval —le dijo—. Solo con escuchar algo ya lo sabes tocar.

Esa noche, Frankie fue cambiando de emisora y aprendió él solo un repertorio rápido de *country*. Gran parte de la música que los anunciantes llamaban «honky-tonk» o «hillbilly» era muy sencilla, tres o cuatro acordes, pillar la línea de bajo y rasguear; lo que ya era más difícil era imitar a los cantantes, con su acento sureño que nasalizaba las palabras. De todos modos, a Frankie le gustaba aquella música, porque contaba historias de amor, desamor y borrachera. Por otra parte, era mucho más fácil de tocar que los doce estudios de Heitor Villa-Lobos que le había hecho ensayar el Maestro.

—Yodel-ley-ii-jii-jo —cantó, tratando de imitar el yo del de una canción de Elton Britt que se llamaba *Chime Bells*—. Yodel-ley-jii-jii-j...

Hampton entró corriendo, con un cucharón en la mano, y apagó la radio de golpe.

—¡Basta! ¡Me vas a volver loco! —Sacudió la cabeza—. Vístete, muchacho, que voy a llevarte a un sitio donde oirás música de verdad.

El perro sin pelo se levantó.

—No podemos llevar perros —dijo Hampton.

El perro se volvió a echar.

—Haciendo yo del —refunfuñó Hampton—. Adónde iremos a parar.

Por la noche llevó a Frankie por las calles de Nashville, donde pasaron junto al Ryman Auditorium, un edificio de ladrillo rojo.

—Es donde se hace el *Grand Ole Opry* —dijo—, un espectáculo que se transmite por radio a todo el país. Más famoso que ahí no te haces en ningún sitio.

—¿Podría tocar yo?

—Poder podrías, creo. En cuanto vieran lo rápido que eres...

Hampton se frotó la barbilla.

—¿Te gustaría?

—Claro.

—Vale, pues igual acabas tocando.

Llevó a Frankie a Printer's Alley, una zona de salas de música *country*. Cuando se abrieron las puertas, oyeron una mezcla de violines, guitarras y contrabajos.

—¿Vas pillando el sonido? —preguntó Hampton.

—¿Podemos entrar?

—Tú sí. Los clubes para gente de color quedan más lejos.

Frankie no entendía del todo la regla «de color» a la que se refería Hampton con frecuencia, pero sabía que era injusta. Él, que ni siquiera era estadounidense, podía entrar en sitios prohibidos para Hampton.

—Pues vamos a esos otros clubes —dijo.

Hampton sonrió.

—Vale, chaval, pero la música que oigas no podrás tocarla en el concesionario. Rutland te pondría de patitas en la calle.



Esa noche, Hampton le dio a Frankie un paseo por Jefferson Street. Entraron en sitios como el Club Baron, el Del Morocco, Maceo's Sugar Hill y Pee Wee's. Tocaban una música que al muchacho le puso los ojos como platos: guitarras y bajos desatados, voces roncas, pianistas cuyos dedos parecían correr y caminar al mismo tiempo... Se oían risas y lamentos; la gente se levantaba de la silla y empezaba a contonearse, o a gritar: «¡Dale, dale, dale!». A Frankie le encantó. Era como si la música y el público estuvieran todos en el mismo escenario. Hasta Hampton, con su bombín, salió a bailar un poco, antes de volver cubierto de sudor abanicándose con la mano.

—Oye, Hampton, ¿quién es este crío? —preguntó un hombre que se acercó con una copa en la mano—. ¿Te has buscado un hijo blanco?

Hampton se rio.

—Petey, este crío les da cien vueltas a la mayoría de los guitarristas de esta ciudad. Me estoy organizando para ser su mánager y conseguir que toque en el Opry.

—¿Su mánager?

—Exacto.

—Pero si eres mecánico de coches.

—De momento.

—¿Sabes de música?

—Lo suficiente.

—¿Cuándo empezarás a ser su mánager?

—Cuando encuentre lo que busca.

—¿Y qué busca?

—¿Qué buscan todos los chicos de su edad?
Se partieron de risa. Frankie notó que se ruborizaba.



Frankie, como es natural, no había olvidado la razón de por qué había ido a Nashville: encontrar a Aurora York. Estaba seguro de que era la chica del club nocturno de Detroit. Lo que no había sospechado es que la ciudad fuera tan grande. De hecho el mundo se le hacía cada vez más grande, y la gente, más difícil de encontrar.

Cada mañana, entre semana, paseaba por las calles del centro comercial de Nashville y entraba en las tiendas para preguntar por una tal Aurora. Le preguntaron muchas veces si tenía una foto.

—No —respondía él—, pero habla raro. Con acento inglés.

—También hablas raro tú, hijo —le contestaban.

A Aurora no la recordaba nadie. Pronto se le acabaron las tiendas y empezó a llamar a las casas y a preguntar a madres o señoras mayores si habían visto a una chica rubia de su edad. Desde que encontró trabajo en el concesionario, le contó a todo el mundo que era español, con la esperanza de que alguien se lo hiciera saber a Aurora. Seguro que tendría curiosidad por un guitarrista de esa nacionalidad.

Cuando empezó a hacer calor, Frankie se fijó en otros adolescentes que iban en descapotables a parques de atracciones o lagos. Había momentos en los que se sentía muy solo. Hampton era simpático, pero mayor; sus hijos se habían desperdigado y su mujer estaba muerta. Por otra parte, en el trabajo nadie hablaba de verdad con él. Solo el perro sin pelo le hacía esperar tiempos más felices. Frankie jugaba constantemente con él. Se tiraban por el suelo y Frankie le rascaba las orejas por detrás.

En sus momentos de auténtica tristeza, como es lógico, Frankie acudía a su guitarra. Horas y horas. Días y días. Practicando, tocando, practicando de nuevo y puliendo las progresiones de *blues* oídas en los clubes de Jefferson Street. Para los discípulos de la música, el mapa es muy sencillo; todas las calles solitarias llevan de regreso a mí. Yo os acojo. Soy indulgente.

Nunca me iré.

¿Pueden decir lo mismo las personas?



Un día Frankie estaba delante del concesionario cantando una melodía de góspel que le gustaba especialmente a Rutland, y cuyo título era *By and By*.

*Temptations, hidden snares
Often take us unawares.
And our hearts are made to bleed*

*For a thoughtless word or deed;
And we wonder why the test
When we try to do our best,
But we'll understand it better by and by.*

Paró un coche y bajó por el lado del copiloto un hombre alto y delgado, con sombrero de vaquero, que bebió de una petaca y se secó la boca con el dorso del brazo. A Frankie le llamaron la atención sus orejas, muy salidas, y la extraña delgadez de sus labios, que parecían estirados de un lado al otro de las mejillas.

El hombre apoyó los brazos en el capó del coche y siguió con la cabeza el ritmo de la canción.

—¿Vienes? —preguntó el que iba al volante.

—Entra tú, a ver qué tienen —dijo el hombre—. Yo me quedo escuchando la música.

El amigo entró a hablar con Rutland. Frankie acabó su canción. El hombre alto aplaudió.

—Menudo trabajo, cantar en un concesionario.

—Sí, señor.

—¿Aceptas peticiones?

Frankie miró a su alrededor. No había más clientes.

—Sí, señor, si me la sé.

—Tócame la canción más triste que conozcas.

Frankie vaciló. Hacía calor. Sentía correr el sudor por sus sienas.

—¿Por qué quiere oír una canción triste?

El hombre volvió a beber de la petaca.

—¿Tú no crees que dicen más verdades que las alegres?

—Las canciones alegres pueden ser verdad, a condición de que tú estés alegre.

El hombre bufó de risa.

—¿De dónde eres?

—De España —contestó Frankie, y pensó en Aurora. Levantó la vista para ver si Rutland lo miraba—. Esto, en mi país, es una canción triste.

Tocó *Lágrima*, la composición de su tocayo Francisco Tárrega, la que tarareaba su madre y que él oyó tocar a Andrés Segovia; la que el propio Tárrega compuso porque añoraba su tierra.

La de nombre tan explícito.

El hombre alto escuchó con atención sin apartar la vista del asfalto, como si mirase por un agujero.

Al final de la interpretación se rascó por encima del ojo.

—Ha estado muy, pero que muy bien, chaval. —Levantó la vista—. Sabes que eres demasiado bueno para estar tocando en un sitio como este, ¿no?

—Por favor, no le diga al señor Rutland lo que he tocado —le suplicó Frankie.

El hombre alto sonrió con ironía.

—De mi boca no saldrá. —Se acercó a Frankie—. ¿Me dejas probar la guitarra?

Frankie echó un vistazo a la tienda.

—Tranquilo, chaval —le dijo el hombre alto—, que a tu jefe no le importará.

Frankie se la dio.

—Muy resistente —dijo el hombre, examinándola.

—Sí, señor.

—Buena madera. Mástil fuerte. Pero la etiqueta está tapada. ¿Por qué?

—No lo sé. Me la dieron así.

Se encogió de hombros.

—Bueno. Yo la melodía más triste que sé es esta.

Cantó una canción que se llamaba *I'm So Lonesome I Could Cry*. Iba del silbido de un tren, de noches largas, de pájaros que lloraban y de que la luna se escondía por detrás de una nube. Al final de cada estrofa, el cantante explicaba lo triste que estaba. Cuando acabó, Frankie tenía ganas de llorar.

—¿Qué, qué te parece? —preguntó el desconocido después del acorde final.

—¿La ha escrito usted?

—Pues sí.

—Es triste.

—Ya te lo había dicho.

—¿Para quién la ha escrito?

—Para mi mujer, aunque ya no es mi mujer. —Tosió—. ¿Tú tienes novia?

—La estoy esperando.

—¿Aquí?

—Sí.

—Pues igual te toca esperar un buen rato.

—Canta usted muy bien.

El hombre soltó una risotada.

—No sabes quién soy, ¿verdad, chaval?

—No. ¿Quién es?

Miró hacia la tienda y le hizo señas a su acompañante. Luego volvió a mirar a Frankie y sonrió.

—Luke —dijo con la mano tendida—. En los discos me llamo Luke the Drifter.

—¿Graba discos?

—A veces.

Frankie le estrechó la mano.

—Yo soy Frankie Presto.

—¿Me ayudas a elegir un coche, Frankie Presto?

De pronto salió Rutland de la tienda, sonriendo como nunca le había visto sonreír Frankie. Al ver que se acercaba dando brincos con sus piernas cortas y gruesas, Frankie pensó que parecía un niño pequeño.

—¡Vaaaaya! —exclamó, tendiendo su mano hacia el desconocido—. ¡No me lo puedo creer! ¡Qué gran honor, señor Williams! Soy un admirador, un incondicional de su música. ¡Sí, señor! ¡Caramba! ¡Caaaramba! ¡Hank Williams!

El hombre alto se giró hacia Frankie y le guiñó un ojo.

—Qué emoción... Qué honor... Ya lo he dicho, ¿no? Es que es verdad. —Rutland estaba fuera de sí—. ¡Es un honor venderle un coche! ¡Un Cadillac, por supuesto! ¡El mejor que

tengamos!

El hombre se ajustó el sombrero.

—¿En azul qué tiene?

Poco después se paseaban por entre las filas de automóviles, mientras Rutland hablaba sin parar, haciendo preguntas sobre tal o cual canción: *Hey, Good Lookin, Move it on Over, Cold, Cold Heart* y una que se llamaba *I Saw the Light*, y que Rutland dijo haber tratado de cantar con el coro de su iglesia.

—Qué preciosidad de melodía. Hank. ¡Cuánta alma!

El hombre del sombrero, que iba pasando la mano por todos los capós, no se detuvo hasta que llegaron a un modelo azul claro.

—Caray, qué preciosidad —dijo.

—Podría ser este —comentó su acompañante.

—Mejor no puedes elegir, Hank —convino de inmediato Rutland.

—¿A ti qué te parece, Frankie Presto?

Frankie notó que todos lo miraban. Se pasó la guitarra a la espalda y, al apoyar la mano en el capó, se quedó demudado. Había notado algo frío, algo que le daba miedo. Se apartó, como si se hubiera llevado un susto.

—¿Qué te pasa, chico? —le preguntó Luke (o Hank).

—No se lleve este coche —masculló Frankie.

—¿A qué viene eso?

—No se lleve este coche. Tiene algo malo.

—¡Por Dios! Pero ¿qué va a saber este, si solo es un crío que no se entera de nada? —dijo Rutland, mirándolo con mala cara—. Además, hoy es su último día. Venga, niño, vuelve a tu sitio. —Recuperó la sonrisa a la fuerza—. Lo siento mucho, Hank. Seguro que hacemos un buen trato. Este coche está muy bien. Un Cadillac. Lo mejorcito.

El hombre del sombrero de vaquero se encogió de hombros y miró a Frankie, que se alejó despacio con la guitarra a la espalda.



Una hora más tarde, con todo el papeleo hecho, los dos hombres salieron del despacho y volvieron a su coche. Frankie estaba solo, rasgueando acordes al sol mientras hacía un esfuerzo para no llorar. No quería quedarse sin trabajo. ¿Cómo iba a encontrarlo Aurora?

—Bueno, Frankie Presto, ya nos vamos —dijo el hombre.

—¿Ha comprado el coche ese?

—Sí.

Frankie bajó la vista.

—Solo es un coche. Tu jefe nos ha hecho un buen precio. No es fácil conseguir tanto descuento. Puede que a mí no me falte dinero, pero a mis acreedores te aseguro que sí.

El hombre se rio de su propio chiste. Frankie no dijo nada. El hombre sacó de su bolsillo un pequeño frasco de pastillas, se tomó una que acompañó con lo que hubiera en su petaca. A continuación se sentó en el asiento del copiloto, cerró la puerta y sacó el brazo por la ventanilla.

—Oiga, señor... —dijo Frankie.

—¿Qué?

—En realidad, ¿quién es usted?

El hombre se rascó la nariz.

—Mira, chaval, si quieres vivir de la música tendrás que ser muchas personas. Y te gustará ser unas más que otras. —Señaló la tienda con la cabeza—. No te vayas sin haber recogido un sobre que tiene guardado para ti tu jefe.

Al alejarse el coche expulsó una pequeña nube de humo por el tubo de escape. De repente todo quedó en silencio. Caía un sol de justicia, sin una sola nube que pudiera atenuar el calor. Frankie tocó un poco más. Cuando dieron las seis entró en el despacho, donde Rutland, claramente molesto, le dio un sobre y le dijo que no hacía falta que volviera.

—No debería darte ni esto —dijo—. Casi me dejás sin venta. Si quieres volver a trabajar en algún sitio, más vale que aprendas a ser un poco respetuoso.

Durante el camino de vuelta a la casa de Hampton, Frankie hizo un descanso al lado de la carretera. Se encontraba mal. Tenía miedo de la reacción de Hampton cuando se enterase de que lo habían despedido. Habría sido mejor no dirigirle la palabra a Hank, o Luke.

Abrió el sobre y se quedó boquiabierto. Dentro había ciento siete dólares, la comisión de la venta del Cadillac, que Hank Williams había insistido en que no cobrara nadie más que Frankie. Nunca había visto tanto dinero junto. Era más de lo que podría haber ganado durante medio año en el concesionario.

También encontró una letra de canción escrita a mano en un papel:

*Sunflowers waiting for the sunshine
Violets just waiting for dew
Bees just waiting for honey
And honey, I'm just waiting for you!*

Debajo ponía: «Suerte con lo de esperar a tu novia». Estaba firmado «Hank Williams».

Seis meses después, durante la madrugada del día de Año Nuevo de 1953, Hank Williams murió discretamente en el asiento trasero del Cadillac azul claro, con la sangre llena de morfina. El chofer, cuya intención era llevarlo a un concierto, paró en una gasolinera y descubrió al cantante frío e inerte debajo de una manta, muerto a los veintinueve años.

Lo que sintió Frankie en el capó del coche fue lo que preví yo y lo que quise que transmitiera: que la muerte estaba al acecho y que el cantante tenía que cambiar de vida, ir menos acelerado y dejar el alcohol y las pastillas. ¿Os parezco una entrometida? ¿Por qué? Ya os he dicho cuánto quiero a mis discípulos. Ya os he dicho que mis visitas más tristes son las que hago antes de tiempo. Ya os he dicho que veo todos los futuros. ¿Tan mal está que de vez en cuando comparta con otros esa facultad? ¿Sería mejor que nunca hiciera nada y dejara morir la música?

30

1969

Ya era de noche. Frankie fue dando bandazos entre la multitud de Woodstock, hasta que perdió de vista la camioneta morada de la chica. Había llovido y se resbalaba. Se puso la guitarra a la espalda. El escenario. Tenía que llegar al escenario. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había podido perderse hasta aquel punto? Al oír carcajadas, se giró y vio a un grupo de jóvenes que se lanzaban gritando a los charcos y se llenaban de barro.

—¡Soy el Rey del Barro! —exclamó un chico.

Con paso pesado, Frankie dejó atrás a un hombre que repartía bocadillos de mortadela y a un grupo que se iba pasando una jarra de agua. Tenía una nube de mosquitos alrededor de la cabeza. Los ahuyentó con la huevera. Se desviaba constantemente, como si buscara su camino por un planeta raro y lleno de baches, entre tiendas de campaña improvisadas, hileras de sacos de dormir y una madre desnuda que lavaba a dos niños en un estanque.

Vio a mucha gente haciendo cola y se puso al final, con la cabeza embotada, pensando que delante habría alguien que pudiera orientarlo.

—¿Tú a quién tienes que llamar, hermano?

—¿Eh?

Era un hombre pecoso que le sonreía. Llevaba su velludo pecho al descubierto y unos vaqueros con un cinturón que hacía rebosar las carnes flácidas de la cintura.

—La cola, que es para llamar. ¿Tú a quién tienes que llamar?

—¿Para llamar?

—Sí. Nos dejan usar gratis las cabinas. Yo tengo que llamar a mi vieja. En principio tenía que haber vuelto ayer.

Frankie se notó la cara sudada. Movié un poco la mandíbula. La pastilla verde de la chica estaba haciendo efecto, fuera lo que fuese. Era como si tuviera los huesos desconectados.

—¿También intentas volver a tu casa, hermano?

—No, al escenario.

—¿Vas a tocar?

—Ajá.

—¡Qué alucine, tío!

El hombre se lo quedó mirando. Frankie no bajó la vista.

—Oye, hermano...

—¿Qué?

El hombre señaló por encima del hombro de Frankie.

—Que el escenario es por ahí.

31

1953

—El escenario queda justo al otro lado de esta puerta —susurró Hampton.

Frankie asintió.

—Tú haz lo que sabes, con lo rápido que tocas la guitarra no te podrán decir que no.

Era un día caluroso, con un compás rápido de dos por cuatro y un tempo *vivace* (vivaz), pero *sostenuto* (sostenido). Hampton y Frankie estaban en la entrada del Grand Ole Opry, esperando para una prueba. Desde su llegada a Nashville, Frankie, que iba por los diecisiete años, había aprendido mucha música *country*. También había crecido cinco centímetros, y ya tenía más aspecto de hombre que de niño.

—Me parece que ya estás preparado para el escenario más grande que hay —le dijo Hampton.

Para la prueba le había puesto un sombrero de vaquero gris y una americana blanca con ribetes de encaje, que le había costado el sueldo de toda una semana. No puedo dejar de decir que el mecánico le pidió a Frankie ser su mánager, y que Frankie, que no entendía muy bien en qué consistía el trabajo, le dijo enseguida que sí. Hampton le caía bien. Además, teniendo en cuenta que era quien le daba de comer y le dejaba escuchar su radio, en el fondo no podía negarse.

—Tú toca como tocaste en Detroit. Es imposible que te digan que no.

—Vale.

—Nunca se ha visto a nadie tan rápido.

—Vale.

Hampton parecía nervioso. Pasó otra hora. Frankie quería llamar a la puerta, pero Hampton se lo impidió.

—No hay que parecer prepotentes. Ya vendrán a buscarnos.

Cuando se ponía el sol, salió por la puerta principal un hombre trajeado. Frankie se acercó corriendo a él.

—Perdone —dijo, y preguntó si alguien los recibiría pronto.

—Para las pruebas hay que esperar en la puerta sur —contestó el hombre—. Aquí, a la vuelta de la esquina, pero ya se han ido. Tendréis que volver la semana que viene.

Frankie miró a Hampton, que se había quedado boquiabierto. Luego se giró otra vez hacia el hombre del traje.

—Oiga... ¿Puedo llevarme algo donde ponga que hemos estado aquí? ¿Para la próxima vez? No sé... Por si podemos ponernos los primeros de la fila.

El hombre lo miró de los pies a la cabeza, con una sonrisa burlona. Luego metió una mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita.

—Es lo único que tengo, chico.

Se marchó. Hampton soltó una palabrota. ¿Se habían equivocado de puerta?

—No pasa nada, Hampton —dijo Frankie—. Lo intentaremos la semana que viene.

Sin embargo, el viejo seguía rezongando, disgustado por su error. Sudaba mucho. Durante el camino de vuelta aporreó varias veces el volante. Luego, al girar en un semáforo, se agarró el brazo y se derrumbó contra la puerta, mientras el coche se desviaba hacia la acera.

—¡Hampton! —gritó Frankie, sujetando el volante y conduciendo sin control—. ¿Qué te pasa? ¡Hampton! ¡Eh!

Puso una pierna sobre las del viejo, para dar un frenazo que hizo chirriar las ruedas.

—Oh, no, no, no, no —imploró.

Le desabrochó el cuello de la camisa. Hampton tenía los ojos en blanco y gemía.

—¡Socorro! —gritó Frankie por la ventanilla—. ¿Dónde hay un hospital?

Unos minutos después arrastraba a Hampton por una doble puerta, rodeándole el pecho con los brazos.

—No te pasa nada, no te pasa nada —decía sin parar, aunque una vez dentro gritó—: ¡Ayuda!

Llegó corriendo una enfermera, pero en ese momento levantó las manos un médico con el pelo muy corto y el pecho muy fornido.

—Un momento —dijo—. Te lo tienes que llevar al hospital para negros.

—¡Por favor! —gritó Frankie.

El médico sacudió la cabeza.

—Ya lo curarán en el hospital para negros.

—Pero es que ¡se encuentra muy mal!

—Pues más vale que te des prisa.

Frankie empezó a respirar más rápido. Cerró los ojos con fuerza y algo se rompió dentro de él. Fuera cual fuese la razón (Rafa, o el Maestro, o no haber encontrado a su madre, o cualquiera de las muchas cosas de valor que le habían quitado a lo largo de su vida), sintió que brotaba una fuerza en su interior y un ruido entre los oídos, como un ligado furibundo de un extremo al otro del teclado.

No iba a perder también a Hampton.

—Escúcheme —dijo, a pocos centímetros del médico—. Acabo de llegar del Grand Ole Opry y él también. Es un hombre importante.

El doctor soltó una risita.

—¿Del Opry, dices que venís?

Frankie se sacó la tarjeta del bolsillo y se la estampó en la palma de la mano.

—Pues sí. Toco el sábado por la noche. Si se ocupa usted ahora mismo de este hombre, le dejo cuatro entradas gratis de primera fila.

En el mismo momento de decirlo tuvo la impresión de estar oyendo a otra persona. ¿De dónde sacaba esas palabras?

El doctor leyó la tarjeta haciendo ruido por la nariz. Era de un organizador de espectáculos de alto nivel.

—¿De verdad que tocas en el Opry?

—Mire cómo voy vestido —dijo Frankie.

El médico apretó los labios y le hizo una señal con la cabeza a la enfermera.

—Al fondo —dijo.



Al cabo de unas horas, Frankie estaba sentado al lado de una cama, rasgueando suavemente la guitarra, una progresión de *blues* que parecía crear su propio ritmo.

—Sigue tocando, chaval, que me calma.

A sus setenta y siete años, Hampton Belgrave había sufrido un infarto, pero la atención médica inmediata lo había estabilizado y sobreviviría.

—¿En serio que le has prometido entradas al doctor? —susurró.

Frankie asintió con la cabeza.

—¿Para un concierto que no harás?

—Pues sí.

—Eres mucho más listo que cuando te encontré en el maletero.

Frankie tocó un acorde. A Hampton se le hizo un nudo en la garganta.

—No sé qué me podría haber pasado.

—Te vas a poner bien, Hampton.

—Gracias a ti.

—Qué va.

—Ahora voy a dormir un poco. Igual también rezo.

El viejo mecánico cerró los ojos, y por eso no vio lo que pasó: la cuerda del re de la guitarra de Frankie se tiñó de un intenso color azul. Frankie se la quedó mirando, con un escalofrío en los brazos y las piernas. ¿Os preguntabais por los momentos decisivos de la historia de mi hijo? Pues aquí va uno:

En el silencio de la habitación del hospital, mientras oía respirar a un hombre viejo, Frankie Presto comprendió por fin que a través de esas cuerdas, por alguna razón, tenía vida en sus manos.



Dos semanas más tarde y con cuatro kilos menos, Hampton volvió a su casa. Mandó a Frankie que se sentara y le explicó que estaba claro que el esfuerzo de ser *mánager* de un músico era excesivo para él.

—Igual es mejor que busques a alguien con más cabeza para estas cosas —le dijo.

Frankie se quedó triste, porque le tenía cariño a Hampton y ganas de ver el Grand Ole Opry por dentro, pero la verdad es que no le gustaba la ropa de vaquero y, por otra parte, en Nashville no había encontrado a Aurora York, que era a lo que había ido. Lo más cerca que había estado de encontrarla era en el mostrador de productos de maquillaje de los grandes almacenes Harvey's, donde una mujer de mediana edad se acordaba de una chica rubia y con acento inglés que le había dicho que se iba vivir a Nueva Orleans.

No era mucho.

Pero algo era.

Por eso una mañana, pocos meses después del incidente del Opry, sacó veinte dólares del dinero que quedaba en el sobre de Hank Williams, escondió el resto en el cajón de Hampton en señal de gratitud por haberlo cuidado, se puso las gafas de sol, le dio un abrazo al viejo y —con su guitarra y su maleta a cuestas, y en compañía del perro sin pelo— fue a la estación de autobuses de la Greyhound, donde compró un billete solo de ida para Nueva Orleans.

—Con perros solo pueden subir los ciegos —dijo el conductor al verlo.

Frankie pensó deprisa y extendió las manos.

—¿Por qué se cree que voy con estas gafas? —preguntó.

Así que los dejaron subir a los dos, a Frankie y al perro. En un momento dado, la mujer mayor que iba delante le dio un golpecito en el brazo y le puso en las manos un billete de diez dólares.

—Que te ayude Dios con tu desgracia —dijo.

Frankie le dio las gracias. Oyó que el perro se quejaba, y se preguntó por qué siempre oía mencionar a Dios en los momentos más extraños de su vida.

A propósito del perro.

Ahora Frankie tenía dieciocho años, lo cual significa que su compañero de cuatro patas era mayor que él, cosa rara en un can; pero es que era un animal fuera de lo corriente, cuyo ciclo vital no lo determinaban los años, es obvio, sino la necesidad. Apareció para sacar a Frankie del río. Apareció para distraer a los soldados en la conservera. Apareció para hacer compañía a Frankie tras el arresto de Rafa. Y por alguna razón, justo cuando más falta le hacía a Frankie un amigo, apareció a la entrada del orfanato.

Una vez en Nueva Orleans, el perro esperó muchas noches en una habitación de hotel mientras Frankie se ganaba la vida tocando con grupos de doo-wop y cuartetos de *jazz*. De día lo seguía por la calle y se quedaba esperando a la entrada de las tiendas mientras Frankie preguntaba por Aurora. Cada vez que mi hijo salía, abatido y sin información, el perro se levantaba con la lengua fuera y lo acompañaba al próximo sitio.

Cuando faltaba poco para que el año 1954 llegara a su fin, Frankie se fijó en que su compañero se volvía más lento. Tardaban más en recorrer las calles o en abrirse camino por las hierbas altas del puente Huey P. Long, que cruzaba el Misisipi. Bajo ese puente practicaba Frankie tres horas al día, mientras pasaban los trenes por encima. Bastante diestro ya en el *rhythm and blues*, acompasaba sus rasgueos al ritmo que creaban las ruedas al pasar sobre las juntas de los raíles, ruido que hacía levantar la cabeza al perro.

—Chucuchú, chucuchú —cantaba Frankie.

Desde hacía unas semanas, nada de lo que tocase Frankie conseguía que el perro levantara su cabeza, ni siquiera cuando imitaba los gorgoritos del Elvis Presley joven y el ritmo imparable de su nuevo disco, titulado *That's All Right (Mama)*.

—Mira que eres difícil como público —le dijo Frankie.

Fi perro estornudó.

—¿Qué quieres oír?

El perro parpadeó y lo miró a la cara.

—Di. ¿Algo lento y bonito?

Frankie se apoyó en un árbol y empezó a tocar una progresión de dos por cinco. El aire era cálido. El sol se había escondido tras una nube blanca. Frankie dejó que fluyeran los recuerdos y, sin darse ni cuenta, empezó a tocar *Maalaala Mo Kaya*, la canción que había tocado una vez en honor de los muertos enterrados en un campo de España. Le sorprendió acordarse tan fácilmente de una pieza que llevaba muchos años sin tocar. Era una melodía sencilla y apaciguadora. El perro sin pelo abrió mucho la boca para bostezar sin hacer ruido.

Al final de la canción se acercó a Frankie, que le rascó las orejas mientras el perro le lamía los dedos.

—Gracias —le dijo Frankie, y sonrió—. Mira lo pegajoso que me has dejado.

El perro se giró para ir hacia el agua, que corría de prisa, llena de barro.

—¡Eh, cuidado! —exclamó Frankie mientras se inclinaba hacia él, pero por primera vez el animal se giró y le soltó un gruñido que lo hizo retroceder, desconcertado.

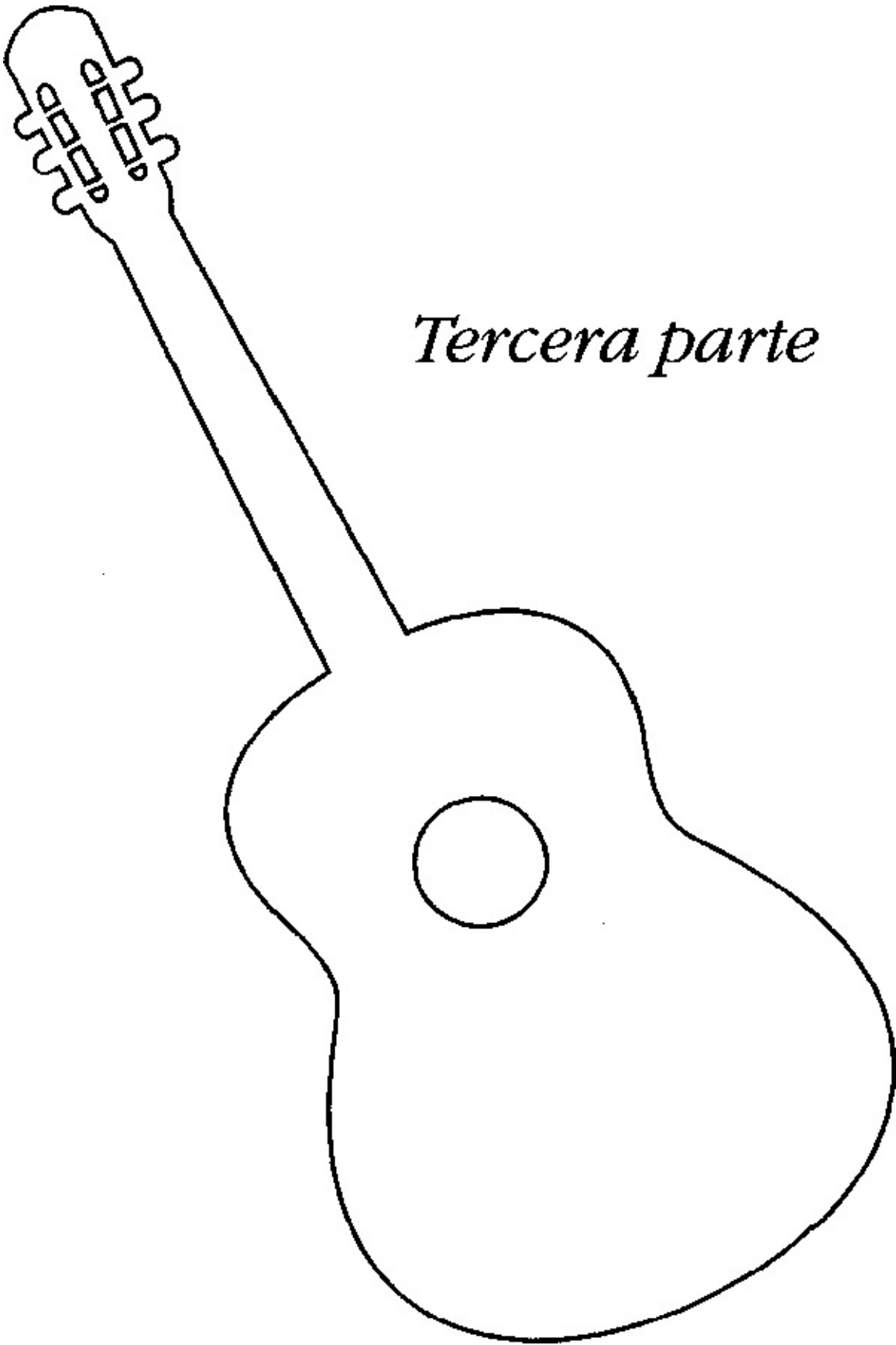
A veces tienes que volver a empezar una canción, y hay canciones que nunca te salen bien, pero cuando acabas una, poco más puedes hacer.

El perro sin pelo saltó al agua y se marchó nadando.

Frankie lo miró, desmadejado. Por alguna razón sabía que no tenía que seguirlo, aunque estuviera desapareciendo por el Misisipi el último integrante de su terceto original.

Poco después oyó que la hierba se movía a sus espaldas, y giró la cabeza con el sol de cara. Tenía delante a alguien que le sonreía.

—Me han dicho que me buscas —dijo Aurora York.



Tercera parte

Cecile Peterson (de soltera York)

Hermana de Aurora, matemática jubilada de la London School of Economics

Nuestro padre era espía.

Pues sí, cariño, por eso llegamos a España. Fue espía durante la Segunda Guerra Mundial, y le pareció que estaríamos más seguros aquí que en Inglaterra; con razón, supongo, teniendo en cuenta el *Blitzkrieg*. Trabajó para los servicios de inteligencia británica en la Operación Fortitude. La verdad es que es bastante conocida. Engañaron a los alemanes sobre la invasión de Normandía haciéndoles creer que los aliados planeaban ataques más importantes en otros sitios. Pues, sí, cariño, se han escrito varios libros sobre el tema. Consúltalos.

Papá trabajaba con un agente doble español que gozaba de la confianza de los alemanes. Fue todo bastante práctico, menos para nuestra familia. Papá nos dejó casi cuatro años a mi madre, a Aurora y a mí en una casita cerca de Valencia. Luego nos dejó definitivamente. Lo mataron en 1945, ocho meses después de lo de Normandía. Encontraron su cadáver en una habitación de hotel de Barcelona, estrangulado con un alambre. Supongo que lo traicionaron. No se puede fiar uno de nada. «El secretismo forma parte de la vida que hemos elegido», decía siempre.

Mi hermana y yo éramos muy diferentes. Ella era un espíritu libre. Llevaba ropa rara, sin conjuntar. Le encantaba ponerse a bailar cuando se despertaba. Le gustaba trepar a los árboles, correr bajo la lluvia, embadurnarse la cara con tomate frito y cosas así. Yo era más estudiosa, más modosa. No me mojaba. Supongo que salí a mi madre. Me intrigaban los números, las matemáticas, las ciencias. Me gustaba que estuviera todo bien ordenado. A Aurora, todo hecho un lío.

Es como se podría describir a Aurora y Frankie: un buen lío.

De «Francisco», para ser exactos, oí hablar varios años antes de conocerlo. Mi hermana lo conoció de bastante pequeña, en el bosque, aquí, en España. No sé qué se dijeron esa tarde ni qué hicieron, pero el caso es que pasó a formar parte del vocabulario de Aurora: «Un día, cuando me case con Francisco...», decía, O: «Un día, cuando tenga una casa con Francisco...». La verdad es que yo pensaba que era imaginario. Aurora no tenía más de siete u ocho años, y a esa edad las niñas, ya se sabe... Además, al ser hijas de un espía, en nuestra casa a veces no se diferenciaba la verdad de la mentira.

No me di cuenta de que «Francisco» existía de verdad hasta que Aurora se fugó en Estados Unidos. Para entonces ya era una adolescente. Fue el verano que viajó a Tennessee con mi madre y nuestro padrastro para asistir a un congreso de medicina. Él era médico, escocés, con muy mal genio. Se pasaba el día discutiendo con Aurora. A ella le daba mucha rabia que mi madre hubiera encontrado un sustituto a mi padre. Durante ese viaje tuvieron una discusión tremenda. Aurora tenía una maleta nueva, amarilla. Cuando volvió mi madre a la habitación del hotel, ya no estaban ni la maleta ni Aurora. La buscaron durante unas semanas, pero al final se rindieron y volvieron.

Me acuerdo de lo engañada que me sentí cuando vi que no cruzaban la puerta tres personas, sino dos. Fue como si se hubieran ido con todas mis cosas y hubieran vuelto con las manos vacías. Toda la infancia que pudiera quedarme con mi hermana se la llevó mi padrastro, cosa que jamás le perdoné. Puede que tampoco llegara a perdonar a Aurora por habernos dejado a mamá y a mí solas con aquel hombre.

Durante varios meses recibimos postales en las que nos decía que estaba bien, pero apenas daba detalles, salvo que le creía que también «Francisco» estaba en algún lugar de Estados Unidos, que se lo decía la intuición. Yo no le di importancia, atribuyéndolo a más desvaríos de la loca de mi hermana. La verdad, no sé cómo sobrevivió.

Y de repente un día, en 1955, llamó por teléfono a nuestra casa de Londres. Yo andaría por los veintitrés, o sea, que ella debía de tener... ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? Me puse yo.

—Cecile —oí que decía—, tienes que venir. ¡Me caso!

Ni hola, me dijo. Me quedé pasmada al oír su voz.

—¿Aurora? —dije—. ¿Eres tú, de verdad?

—Por fin me ha encontrado, Cecile —respondió ella.

—¿Qué te ha encontrado? ¿Quién?

—Pues ¡quién va a ser, Francisco!

Así funcionaban las cosas entre ellos dos: largos períodos de ausencia y luego fases muy intensas de amor loco. Yo estoy convencida de que estaban hechos el uno para el otro, aunque casi nunca se quedaran juntos. Era como si los uniera algún secreto que casi siempre los llenaba de alegría y el resto del tiempo los volvía locos.

Ahora, que lo que es enamorados... ¡Caramba si lo estaban! Nunca he visto a dos personas tan enamoradas como Frankie y Aurora, incluida mi propia pareja, que duró cuarenta y dos años. Me acuerdo de que cuando Frankie estaba componiendo, mi hermana se acercaba por detrás y le daba un beso en la oreja (siempre en la oreja).

—Aurora, como cuando sale el sol —decía él, y se reían, no sé de qué.

Cantaban pequeños duetos. Había una canción valenciana sobre un tranvía. «Laaa-paaan-de-ro-la-la-la, *de Castelló a Almassora...* y» ¿La conoces? Como estamos en España, pensaba que... Bueno, da igual.

La época de mayor felicidad fue justo antes de que Frankie se hiciera famoso, que fue cuando se casaron. Vivían en Nueva Orleans. Yo compré un billete y viajé hasta allí para ser dama de honor de Aurora. Mi padrastro le prohibió ir a mi madre. ¿A que parece mentira? Dijo: «Bastantes quebraderos de cabeza nos ha dado ya la muy zorra». Era puro veneno, el hombre, en serio te lo digo.

Total, que viajé yo sola a Estados Unidos, pero al llegar a Nueva Orleans me enteré de que

no podían casarse legalmente, porque ni Frankie ni Aurora tenían los papeles necesarios.

De todos modos, eso no se lo impidió. Se montaron su propia boda en un club nocturno del barrio francés. No, del nombre no me acuerdo. Sí que recuerdo que empezó a las dos de la mañana, después de que cerrara el local. Había muchos músicos. Tocó el piano Fats Domino, que era amigo de Frankie. Y bastantes músicos de *jazz*.

Fue la primera vez que oí cantar a Frankie. Francamente, era buenísimo. Entendí que mi hermana se hubiera enamorado. Cantaba como un ruiseñor y tenía un atractivo brutal. Entonces trabajaba en un grupo de... se llama doo-wop, esa música, ¿verdad? Sí, exacto... Tenía cada uno un tono vocal diferente: uno muy grave, otro muy agudo, uno entre medio... A mi hermana le cantaron una canción que se llamaba *Earth Angel*. En un momento dado la canción decía «¿serás mía?», y Frankie se puso de rodillas. Cuando le puso a Aurora el anillo, ella empezó a llorar. Yo me alegré de todo corazón. Por algo era mi hermana. Y cuando era feliz, no había nadie que lo fuera más. Te agarraba de las manos, te sacudía los brazos y te decía «qué maravilla, ¿eh?», como una niña pequeña.

Quizá se atrajeran por eso. De pequeños casi no les habían dejado ser niños, y por eso de adultos se portaban como... pues, como niños, tampoco lo vamos a negar. Dormían hasta tarde, faltaban a las citas... Lo arreglaban todo a base de risas y disculpas. Pero claro, niños no eran. Ahí fue donde empezaron sus problemas.

Yo a Aurora siempre le reñía cuando pasaba temporadas largas separada de Frankie, pero siempre ponía alguna excusa: que Frankie tenía que trabajar en su música, que ella tenía cosas pendientes... Frankie le mandaba dinero, pero ella se lo devolvía; y si la llamaba, le colgaba el teléfono. Sabía que había otras mujeres, pero ni se inmutaba.

—Aurora —le decía yo—, si es tu marido tenéis que estar juntos.

—Pero Cecile —contestaba ella—, si juntos ya estamos, pero a distancia.

Tenían muchos secretos. A mi padre le habría gustado. En cambio, a mí me tuvo *in albis* sobre muchas cosas, incluida la razón de la gran ruptura. De hecho, sigo sin poder explicarla. Me imagino que lo de casarse con aquella actriz no ayudó mucho. No pienso decir su nombre, de tanto como me disgusté. No sé qué se le pasó por la cabeza a Frankie. ¿Tú has visto fotos de mi hermana de joven? Era más guapa que cualquier actriz, cariño. Aurora podría haber conquistado al hombre que quisiera y eligió a Frankie. Punto.

¿Sabes cuál es la divisa en latín de la London School of Economics? *Rerum cognoscere causas*, que significa «conocer las causas de las cosas». Yo, en cambio, sobre Frankie y Aurora desconozco tantas cosas que no sé si puedo ser muy útil para tu reportaje. Solo puedo confirmar que Frankie le dio muchas alegrías a mi hermana... y muchos quebraderos de cabeza. Puede que esa sea la razón de que él se pensara que a mí no me caía bien. Siempre que venían de visita, me daba un abrazo y me decía: «Voy a tocarte una canción, Cecile». Y yo contestaba: «No, tranquilo». No pensaba dejarme seducir por su música. Los artistas se creen que el arte vuelve aceptable cualquier conducta, pero yo no estoy de acuerdo. Y se lo dije.

Ahora que lo pienso, es posible que fuera un poco severa, pero de las dos siempre he sido yo la práctica, y Aurora lo entendía. «Mejor que no te toque su música, Cecile —decía siempre, y se reía—. A este chico y su guitarra les bastan un par de minutos para cambiarte la vida».

Frankie y Aurora. Una sinfonía por sí solos.

Ya he hablado de ese dúo inseparable que forman el amor y la música. Baste decir que había un motivo para que, a pesar de sus muchas aventuras amorosas, Frankie Presto se sintiera vacío prácticamente con todas las mujeres con las que estuvo.

Mea culpa.

La verdad es que no sé compartir. Os quiero solo para mí. Y también vosotros me queréis, mis preciados acólitos, incluso a expensas del resto de la gente. Me seguís por salas de ensayo solitarias, escenarios remotos y madrugadas en estudios de grabación llenos de humo, mientras vuestros dedos aporrean cansados las teclas de un piano, o con los labios fatigados en torno a una boquilla persistís en tocar y renunciar a las personas que os quieren y cuyo amor deberíais corresponder. Podrán tentaros, pero nunca tanto como yo. Es mi peaje. Y lo pagáis.

Dé esto Frankie pronto se dio cuenta. Una noche, durante su época con Duke Ellington, al famoso director de orquesta lo esperaban dos mujeres atractivas en un largo coche negro.

—¿Te gustan estas chicas tan guapas, Francisco?

Frankie sonrió de oreja a oreja.

—Estoy de acuerdo, son preciosas, pero mi amante es la música. ¿Sabes lo que quiere decir?

Sacudió la cabeza.

—Pues que mañana estas chicas se habrán ido, pero mi piano seguirá en el mismo sitio. De niño Frankie no lo comprendió. De hombre, lo entendió perfectamente. Década tras década, independientemente de las camas en las que se viera, yo fui la amante de Frankie. Y podía robárselo a cualquiera.

A cualquiera.

Excepto a Aurora York.



Frankie se enamoró de Aurora a corta edad, y como la quiso a ella no quiso a nadie más. Así de sencillo. Pensaba en ella, fue tras ella y cada vez que la perdió salió de nuevo en su busca.

Desde el primer día en un bosque español hasta la aciaga noche en Woodstock, lo suyo fue lo que llamáis los seres humanos una auténtica historia de amor.

Pero todas las historias de amor son sinfonías.

Y, como toda sinfonía, tienen cuatro movimientos:

- *Allegro*, un comienzo rápido y vivaz.
- *Adagio*, un cambio a lento.
- *Minueto / Scherzo*, pasos cortos a un compás de tres por cuatro.
- *Rondó*, un tema que se repite, interrumpido por pasajes diversos.

Yo siempre supe el rumbo que llevaban. Con la musicalidad de Frankie, ¿cómo iban a saltarse las pautas?

Su primer movimiento. *Allegro*. Rápido, vivaz. Empezó en España y se aceleró en Luisiana. Buscaron casa y alquilaron un piso de un solo dormitorio encima de una farmacia de Nueva Orleans. Aurora dormía en una cama individual y Frankie en el sofá de la salita, porque aún era tímido en cuestiones amorosas, y también por respeto a la advertencia de Aurora; «Lo de antes no cuenta. Empezamos desde cero».

Cada noche, frente a un plato de alubias rojas con arroz, Frankie le contaba sus aventuras, su viaje en barco desde España, el encuentro con Django en el puerto, el orfanato. Hank Williams y el Grand Ole Opry. Con la cabeza apoyada en las manos, Aurora se maravillaba de que hubiera estado en tantos sitios. Ella nunca hablaba mucho de sus viajes. Tampoco Frankie le hacía preguntas, ni sobre el hombre barbudo de Detroit ni sobre ninguna otra persona con quien pudiera haber estado. Aun así, algunas mañanas, mientras Frankie practicaba con la guitarra, Aurora lo miraba y derramaba algunas lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él una vez.

—¿Por qué no me encontraste antes? —fue la respuesta.

—Esa noche te seguí corriendo.

—Me dio vergüenza —contestó Aurora.

—Pues te seguí igualmente.

Frankie le contó su periplo de puerta en puerta por varias ciudades, junto al perro sin pelo.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por no haberte rendido.

—¿Por qué iba a rendirme?

Algunas noches daban un paseo a orillas del Misisipi mientras compartían buñuelos de una bolsa de papel. Se oía la música de los clubes de Bourbon Street. Frankie acompañaba las notas con su voz, o se ponía a cantar el estribillo que entonaban los niños de Villarreal al perseguir al tren por la ciudad.

*La pan-de-ro-la-la-la,
de Castelló a Almassora...*

Aurora se reía, con la cabeza apoyada en su hombro, y a Frankie le volvía a la memoria una conversación con su profesor de guitarra:

—*Maestro, ¿cómo sabes que estás enamorado?*
—*Si lo preguntas es que no lo estás.*
—*¿Usted se ha enamorado alguna vez, maestro?*
—*¿Quién escribió Recuerdos de la Alhambra?*
—*Francisco Tárrega.*
—*¿Qué técnica hay que usar en esa pieza?*
—*La del trémolo.*
—*Eso tendrías que preguntarme, no por el amor.*
—*¿De dónde viene la palabra trémolo, maestro?*
—*De temblar.*
—*¿Temblar?*
—*Sí, como cuando tienes miedo o estás nervioso.*
—*¿Y eso cuándo pasa?*
El Maestro hizo una pausa.
—*Cuando te enamoras.*



Frankie tocó mucho en Nueva Orleans, una ciudad impregnada de mí como pocas en el mundo. Acompañaba a grupos de *blues*, tocaba *jazz* en el Dew Drop Inn... Aurora lo acompañaba a todas partes: bares pequeños, escenarios al aire libre e incluso a un estudio de grabación situado al fondo de una tienda de electrodomésticos del barrio francés, donde Frankie era más que bienvenido gracias a su versatilidad con la guitarra.

—Necesiten ustedes lo que necesiten... ¡Presto! —les decía el dueño a sus clientes—. ¡Este chaval puede tocarlo! ¡Por eso lo llaman Presto!

Una noche de verano, mientras Frankie se encontraba en el estudio, entró a grabar unas canciones un individuo negro, enjuto, con el pelo cardado y un bigote fino. Eran sobre todo piezas de *blues*, fáciles de seguir para Frankie. Sin embargo, se dio cuenta de que el productor no estaba contento con el resultado. Después de varias horas hicieron un descanso.

El cantante, cuyo nombre era Richard Penniman, salió al callejón de detrás del estudio para que le lustrasen los zapatos. Parecía disgustado. Frankie salió con él. El limpiabotas, un niño de seis años, se llamaba Filis y tenía devoción por Frankie porque le había enseñado a tocar acordes de guitarra.

—¿Se los dejo bien brillantes, señor Presto? —preguntó.

Frankie le dijo que empezara por su acompañante.

—Gracias —dijo Richard Penniman.

—No hay de qué.

—¿Es tu novia, la de dentro? ¿La rubia?

—Sí.

—¡Caramba!

Frankie sonrió.

—Tú tampoco estás mal —dijo el hombre—. ¿Cantas?

—Bueno, más que nada toco la guitarra.

—Mmmm.

—¿Qué pasa?

—Tocando la guitarra nadie se hace famoso. Si quieres ser alguien, es mejor que te pongas a cantar. Tú solo, en primera fila.

En ese momento salió Aurora a comprarse un helado y les preguntó si querían uno.

—¿Puede ser un cucurucho de *tutti frutti*? —preguntó Penniman.

Frankie se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—*Tutti frutti*. Es italiano.

—¿Y qué quiere decir?

—Todas las frutas.

—Vaya. Lástima no haberlo sabido antes.

—¿Antes de qué?

—De escribir la canción.

—¿Qué canción?

—*Tutti Frutti*.

—¿Va de frutas?

—¡Qué va a ir de frutas! Va de... ya me entiendes... —Sacudió un poco la cabeza y contoneó las caderas—. ¿Quieres escucharla?

Cantó una estrofa ahí mismo, sin quitar el pie de la caja del limpiabotas: una melodía rápida, salvaje y estridente de boogie-woogie. Frankie asintió con los ojos muy abiertos. Hasta el pequeño Filis sonrió de oreja a oreja.

—Quizá es lo que tendrías que grabar —sugirió Frankie.

Fue lo que hicieron pocos minutos después. Quedó lista en un momento. En la sala se palpaba la energía. Richard Penniman gritó «Aaaah» para indicarle al saxo que era el momento del solo. Como el texto parecía demasiado subido de tono, una mujer del estudio improvisó otro. Un cuarto de hora después se grabó la versión definitiva. (Crear deprisa. El regalo que os hago, ¿os acordáis?) *Tutti Frutti* (donde Frankie, aunque no conste, tiene un punteo de guitarra) fue un gran éxito discográfico, y el principio de la fama del cantante con bigote, conocido más tarde como Little Richard.

Nadie se fijó en que volvía Aurora con los helados.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.



Seguía el *allegro*. Justo antes de Navidad, Frankie se gastó los ahorros de sus sesiones en un pequeño anillo: dos corazones, y en medio un brillante diminuto. La noche siguiente, paseando con Aurora por Canal Street, llegaron a los grandes almacenes Maison Blanche, en cuyo escaparate era tradición poner cada año un gran muñeco de nieve de papel maché representado como el ayudante de Papá Noel. Con sus ojos negros y redondos y su sombrero, el pintoresco personaje, llamado *Mr. Bingle*, hizo las delicias de Aurora.

—Sin *Mr. Bingle* Papá Noel no puede hacer nada —declaró, con la nariz pegada al cristal.

—Aurora... —Frankie abrió el estuche del anillo—. Yo sin ti tampoco puedo hacer nada. Cásate conmigo, por favor.

Aurora contuvo la respiración, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Me llamó la atención la falta de música, pero siempre se podía contar con Frankie, que entonó en voz baja el texto de *Earth Angel*. Entonces ya no faltó nada.

*Earth angel, Earth angel,
Will you be mine?*

—Papá Noel y *Mr. Bingle* están siempre juntos —susurró Aurora.

—Siempre —contestó Frankie.

—Pase lo que pase.

—Pase lo que pase.

—Está bien. Me casaré contigo.

Se besaron con dulzura, y Aurora se puso el anillo. Frankie la hizo reír saludando al muñeco de nieve de papel maché con un sombrero imaginario.



Reservaron fecha en una iglesia de la zona, pero cuando faltaba menos de una semana se dieron cuenta de que estaban indocumentados. Tanto Frankie como Aurora habían vivido al margen de cualquier burocracia. Ninguno de los dos tenía permiso de conducir. Si cobraban, era casi siempre en efectivo, y por lo que sé (ese tipo de detalles me aburren) el papeleo necesario habría supuesto un gran retraso.

Al final, lo que hicieron fue cambiar la iglesia por el club nocturno de un amigo, donde a las 3.07 de la mañana bendijo su unión un violinista que en su día había hecho estudios de teología. La dama de honor de Aurora fue su hermana, Cecile, y el padrino de Frankie, el limpiabotas, el pequeño Filis. Hubo comida y bebida. Tocó el piano Fats Domino y Richard Penniman cantó sus alocados temas. Hasta vino de Nashville Hampton Belgrave, que tocó la armónica.

A primera hora de la mañana, después de que se fueran todos, Frankie y Aurora dieron un paseo por la orilla del río, sin haberse cambiado.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —preguntó ella.

—En el bosque.

—Qué miedo tenías.

—Mentira.

—Verdad.

Se quitó los zapatos. Una bandada de pájaros sobrevoló el agua.

—Fue el último día que viste a tu padre.

—No era mi padre.

—Siento que no haya venido.

—Tampoco ha venido tu madre.

—Sí, tienes razón. Fila tampoco.

Le dio la mano a Frankie y caminaron en silencio. Lejos, en la acera, un hombre con delantal vació un cubo de agua y empezó a limpiar los restos de la juerga nocturna.

—Francisco...

—¿Qué?

—Ahora tenemos los dos familia.

—¿Tú y yo?

—Siempre.

Frankie cantó el primer verso de *Always*, una canción muy popular, grabada por los Ink Spots y por Frank Sinatra. Aurora tomó el brazo de Frankie y se lo puso sobre los hombros cubiertos por el chifón de su vestido.

—No todo son canciones.

—Sí que lo son.

—Bueno, pues sí.

Mientras al este de Nueva Orleans salía el sol, subieron al apartamento de encima de la farmacia y reposaron la cabeza en la misma almohada. Más tarde, Frankie se durmió con la nariz en los rubios cabellos de Aurora y un brazo en su cintura. Había estado en muchos grupos. Ese era su favorito.

35

1969

En la oscuridad de Woodstock, la música sonaba cada vez más fuerte. Frankie oyó bajar del cielo la áspera voz de una cantante de *blues* cuyo nombre era Janis Joplin. Incluso aturdido como estaba, fue capaz de descifrar el patrón de acordes 1/4/5 de una canción titulada *Piece of My Heart*, y el demoledor estribillo en el que la cantante pide a gritos al hombre de quien está enamorada que se lo quite ya, que se lo quite, que le quite otro trozo de su corazón.

—¿El escenario? —preguntó con todas sus fuerzas.

—¡Por ahí! —le señalaron.

—¿El escenario? —se desgañitó un minuto después.

—¡Por ahí!

Ya se orientaba, y tenía los huevos. Dio a sus piernas la orden de avanzar. La pastilla verde lo obligaba a maniobrar mentalmente las articulaciones de las rodillas, como una marioneta. Levantar, extender, apoyar. Levantar, extender, apoyar...

—Oiga, señor, ¿me deja que pruebe su guitarra?

Bajó la vista. Era un niño rubio, con una camiseta de rayas y unos calzoncillos blancos. Iba descalzo. Tendría unos seis años. Lo acompañaba una niña aún más pequeña, también en ropa interior, con quien jugaba en el barro.

—¿Después podré probarla yo? —dijo la niña.

Frankie giró el cuello, intentaba procesar la información. Niños. Noche. Juegos en el barro. Tenía que seguir, pero sin saber por qué se arrodilló y se palpó la espalda.

—¿Esto? —preguntó.

—Sí —dijo el niño.

—¿Sabes cómo se toca?

—Pues claro.

—Yo también —intervino su hermana.

—El novio de mi madre tiene una.

—¿Dónde está tu madre?

—Por ahí.

El niño señaló un corro de gente tapada con mantas que se pasaba varias pipas. Frankie trató de adivinar quién era la madre. Se rascó la cabeza, diciéndose: «Sigue».

—¿Quiere un poco de barro? —preguntó el niño.

—¿Eh?

—Si quiere un poco.

—Vale.

Le puso un puñado en la mano.

—Gracias.

—¿Ya puedo tocar su guitarra?

—Eres demasiado pequeño.

—Qué va.

Frankie se acordó de haber estado en una escuela de música y de la discusión entre Rafa Rubio y el dueño.

—Tienes razón —masculló—. No eres demasiado pequeño.

Se levantó y pensó en Aurora, acostada en la manta. ¿Qué hacía él fuera? ¿Por qué no estaba con ella? ¿Quiénes eran esos niños? ¿De qué iba el texto de la música que oía? ¿Quitar? ¿Quitar? El escenario. «Sigue».

—Id con vuestra madre —farfulló.

—Pero es que queremos la guitarra.

Volvió a poner el barro en la mano del niño y siguió dando tumbos hacia la música, hacia otro trozo arrancado del corazón.

36

1956

El segundo movimiento de Frankie y Aurora. *Adagio*.

El cambio a lento.

Gracias a sus dotes, Frankie empezó a estar muy demandado. Actuaciones en directo. Grabaciones de estudio. Si he llevado bien las cuentas, entre 1955 y 1958 tocó con cuarenta y seis grupos. Al principio no fue ningún problema. (Nunca lo es, al principio). Siempre que podía, Aurora iba con él, y si no, se quedaba tan a gusto en su pequeño piso, donde había un balcón con barandilla de hierro y una cocina con baldosas de color pastel y armarios viejos de madera.

En aquella casa, Aurora era feliz. Le cortaba el pelo a Frankie y le ayudaba a elegir la ropa. Empezó a fijarse en que las chicas que iban a los conciertos para gritar por Jimmy Clanton o Sam Cooke también le hacían ojitos al seductor guitarrista del tupé azabache, pero no le molestaba. Esperaba a Frankie a la salida del concierto y él siempre la tomaba de la mano para dar un paseo de madrugada hasta su casa, donde escuchaban discos hasta quedarse dormidos, acurrucados el uno contra el otro. Cuando el sol ya estaba alto en el cielo, Aurora se levantaba, preparaba el té y despertaba con suavidad a Frankie.

—Arriba, dormilón, que tienes que ensayar.

Fue por esa época cuando Frankie le contó lo de las cuerdas. Una noche, apoyado en el colchón, le enseñó su guitarra y le refirió los tres episodios; el de Django en el puerto, el de Hampton en el hospital y, por supuesto, el de la noche en que amenazaron a Aurora con un cuchillo hasta que Frankie distrajo al agresor.

—Me salvaste.

—Supongo.

—Podría haberme muerto.

—No digas eso.

—¿Y se puso azul la cuerda?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos segundos.

—¿Por qué azul?

—No lo sé.

—¿Puedes predecir cuándo pasará?

Frankie sacudió la cabeza.

—¿Qué significa?

—Que puedo influir en las cosas, creo.

—¿Siempre que quieras?

—No, solo...

—¿Qué?

—Supongo que cuando es importante de verdad.

—O sea, ¿que yo era importante de verdad?

Frankie sonrió. Aurora se acercó un poco más.

—Yo creo que es otra cosa, Francisco.

—¿Qué?

—¿Y de dónde vienen las cuerdas?

—De mi profesor.

—¿Y antes?

—De su mujer.

—¿Y ella de dónde las sacó?

—A saber.

Aurora apartó la vista.

—Pues ahí está la respuesta.

—Se han roto tres.

—¿Las tres que se pusieron azules?

Frankie asintió con la cabeza.

—Quizá estuvieran gastadas. Quizá tengas seis oportunidades. —Aurora apartó la vista—.

Seis almas.

—Pero ¿qué dices?

—¿Te acuerdas del bosque, cuando hiciste flores con tus cuerdas? ¿Te acuerdas de que las pusimos encima de las tumbas?

—¿Y qué?

—Pues que hiciste algo por unos desconocidos. Fuiste bueno con seis desconocidos. Quizá te lo estén devolviendo.

—Lo dudo. —Frankie se encogió de hombros—. Soy un simple guitarrista.

Aurora aguantó su mirada.

—No es verdad.

Mientras el *adagio* seguía su curso, Frankie y Aurora empezaron a ver las cosas de maneras cada vez más diferentes. Un día a Frankie lo llamaron para tocar en Pontchartrain Beach, un parque de atracciones a orillas de un lago, cerca de Nueva Orleans. Estaba previsto que actuara Elvis Presley y el grupo quería un guitarrista de refuerzo, porque aunque Elvis saliera al escenario con guitarra, a duras penas tocaba. En ese concierto estuvo Aurora. Los gritos eran ensordecedores. Al final de la última canción intentó ir a los camerinos, pero había demasiadas chicas histéricas, así que al final desistió y se fue.

Por la noche, para Frankie fue un alivio encontrarla en casa.

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

—Había demasiada gente —dijo Aurora.

—¿Te ha gustado la música?

—No he podido oírla.

—Quieren que toque en más bolos.

—¿En la playa?

—En Shreveport.

—Un poco lejos.

—Tampoco tanto.

—Bueno, ¿cómo ha ido?

—¡Ha sido una locura!

—¿Elvis es simpático?

—No ha hablado mucho. Me ha dicho que le gustaba mi corte de pelo.

Aurora sonrió.

—Pues claro.



En las armonías más sencillas, las notas suben y bajan al unísono y a una distancia constante, como los dos raíles de un ferrocarril.

Otra versión más compleja es el contrapunto, en el que se mueven dos líneas musicales de manera independiente; sigue existiendo un equilibrio armónico, pero ya no están unidas como por un eje.

Durante los tres años posteriores a su boda, mientras el *adagio* se acercaba a su fin, Frankie y Aurora pasaron de la armonía al contrapunto. Frankie viajó a Nueva York. Aurora encontró trabajo en una floristería. Frankie sustituyó en secreto a Elvis para un concierto en Vancouver. Aurora entró en una iglesia. Frankie se fue a Los Ángeles, conoció al agente Tappy Fishman y firmó un contrato. Aurora aprendió a cocinar cangrejos de río.

—Traigo un noticia —le dijo Frankie al volver a casa—. Nos vamos a vivir a California.

Fue el prelude de una discusión de dos semanas, algo habitual en las parejas humanas cuando uno de sus miembros quiere ir a algún sitio y el otro no. Al final guardaron en cajas todo el contenido del apartamento de encima de la farmacia y a fin de mes, serios y poco locuaces, las cargaron en la parte trasera de un Plymouth Belvedere comprado por Frankie después de que Tappy Fishman le ayudara a sacarse el permiso de conducir.

Cuando salieron de Nueva Orleans, la única que miró hacia atrás fue Aurora.

En los primeros tiempos habrían hecho todo el viaje tomados de la mano, pero el coche estaba repleto de instrumentos, y de ropa, y de dos ideas del futuro muy distintas. Tardaron tres días en ir del sur al oeste del país. Cuando llegaron a la costa, justo antes del anochecer, Frankie se fijó en que el sol parecía una naranja gigante.

1958

—¿Cómo que no tocarás la guitarra? —dijo Aurora.

—Leonard no quiere —contesto Frankie.

Era justo antes de Navidad, en un piso austero de una calle sin árboles de Los Ángeles.

—¿Y por qué no quiere que toques?

—Porque entonces no puedo bailar tanto.

—Pero si eres guitarrista.

—También canto, Aurora.

—Cantas de maravilla, pero...

Frankie enseñó las palmas de las manos.

—Pero ¿qué?

—Me gusta cuando tocas la guitarra.

—Toco cuando estoy en un grupo.

—¿Y ahora no estarás en un grupo?

—Al grupo lo tendré detrás.

—¿Detrás?

—Como en Canadá. Esa noche canté unas cuantas canciones sin la guitarra.

—¿Y?

—Pues que se notaba diferente. Me gustó.

—En Canadá no eras tú. Ya sabes que no eres él.

—Ya lo sé.

—No eres Elvis Presley.

—Ya lo sé.

—Pero te sentiste como si lo fueras.

—¿Por qué dices esas cosas?

—Porque son verdad, Francisco.

Frankie frunció el entrecejo.

—Frankie.

—Frankie. Otra idea de Leonard, o Tappy, o como demonios se llame.

Aurora echó mano de su bolso y buscó algo.

—¿Para qué quiere la gente más de un nombre?

—Me está ayudando.

—¿Tu profesor cómo te llamaba?

—Casi siempre «niño».

—¿Y tu padre, cómo te llamaba?

—No era mi padre.

Encontró un paquete de cigarrillos.

—Haz lo que quieras —dijo.

—¿No es lo que quieres tú?

—¿Importa lo que quiera yo?

—Sí.

—Pues entonces no, no es lo que quiero.

Frankie empezó a dar golpecitos rápidos con el pie.

—No me voy a olvidar de cómo se toca la guitarra.

Aurora se sentó en el suelo.

—No, eso lo veo muy difícil.

—Leonard ya tiene contratados diez conciertos. Con mucha gente. Los Drifters. Los Everly Brothers. Grandes espectáculos con mucho público. A esa gente le da igual que toque o no toque la guitarra. Lo que quieren es oírme cantar. Encima, dentro de poco tengo la sesión de grabación, y...

—Vale.

—Con un disco podrían cambiar mucho las...

—Te he dicho que vale.

El tono de Aurora se había suavizado.

—¿Vale? —preguntó Frankie.

—Haz lo que quieras.

—¿Estás segura?

—¿Podemos cambiar de tema?

Frankie sonrió forzosamente.

—Ya verás lo bien que va. Será fantástico.

—¿Cuánto va a durar la gira?

—Igual me hago famoso...

—¿Cuánto va a durar?

—Uno o dos meses.

Aurora encendió el cigarrillo.

—Tres, querrás decir.

—¿Por qué fumas?

—Tengo nostalgia de Nueva Orleans.

—Este piso es muy bonito.

—Demasiado nuevo. A mí me gustan las cosas viejas.

Frankie cruzó la habitación y abrió su maleta.

—Mira, una guitarra —dijo, con la intención de hacer un chiste.

—*Parlez-moi d'amour* —dijo Aurora.

—Eso sí que es viejo.

—Por favor. Tócala para mí.

—Vale.

Frankie se pasó la cinta de la guitarra por el cuello y pulsó con suavidad las cuerdas. Luego se puso de rodillas y cantó la canción que le había pedido Aurora, escrita casi treinta años antes por un compositor francés.

Parlez-moi d'amour, dice el título: «Háblame de amor». Pero hablar de amor es como pegar palabras al viento. Aurora esperó hasta la última estrofa y se le formó una pequeña lágrima en un ojo.

Du coeur on guérit la blessure

Par un serment qui le rassure

Significa «del corazón se cura la herida con una promesa que lo tranquiliza».

Frankie prometió llamar en la primera parada.

Pero Aurora ya sabía que ella se habría ido.

Por fin Frankie vio el escenario en la distancia. Era como un recuadro de luz en medio de la oscuridad, que iluminaba un campo enorme lleno de espectadores.

—Eh, tío, ten cuidado...

—Pero ¿qué...?

—Tranqui, hermano...

—Perdón...

La pastilla verde le hacía dar bandazos y chocar con la gente, a la vez que todo se enfocaba y se desenfocaba. Sentía en la espalda los golpes de la guitarra. Durante sus clases, el Maestro le había enseñado a aislarse de las distracciones tarareando la melodía que intentaba tocar, para que su cerebro formara una unidad con sus dedos.

Mientras bajaba a trompicones por la larga cuesta, entre tiendas de campaña, letrinas y personas cruzadas de piernas o recostadas las unas en las otras, repetía tres palabras:

—Aurora..., bebé..., desayuno...

Apretó el paso, resuelto a hacer bien las cosas.

—Aurora..., bebé..., desayuno...

—Ay...

—Aurora...

—Ten cuidado.

—Bebé...

—Ojo...

—Desayuno... De repente corría, o tenía la sensación de correr, mientras las luces se volvían más grandes y la música más fuerte, y las voces pasaban como exhalaciones.

—¡Perdón!

—Aurora...

—¿Has visto al tío este?

—Bebé...

—¿Qué tío?

—El de la guitarra. Es... ¿cómo se llama? ¡Presto! ¡Frankie Presto! ¡Era él!

A no mucha distancia de esta iglesia de Villarreal hay un pequeño museo dedicado a Francisco Tárrega, donde se exponen una gran cantidad de fotografías, algunas de sus guitarras y un gran busto de yeso con su imagen. Hubo un tiempo en el que el busto fue la más preciada posesión del barrio de San Félix, una zona humilde de Castellón, de clase obrera, con vecinos tan batalladores que le ganaron el nombre de «el Polvorín». Era tan alto el concepto que tenían de Tárrega dichos vecinos que, en 1924, transcurridos quince años desde su muerte, lo erigieron en figura ejemplar.

Cada mes de octubre, mientras los otros pueblos y ciudades celebraban procesiones con imágenes católicas tradicionales, las gentes de San Félix sacaban el busto de Tárrega a la calle, como en una procesión religiosa, entre mujeres jóvenes, hombres a caballo y un carro colmado de flores. Al busto se le atribuían poderes mágicos, hasta el punto de que lo llevaban a las casas de los enfermos para que los curase.

En los otros pueblos estaba mal visto. ¿Cómo se podía divinizar a un guitarrista?, preguntaban. Pero ¿no pasa hoy en día lo mismo con la fama? Vuestro mundo está lleno de artistas convertidos en dioses, cuya sola presencia provoca gritos de devoción.

Por una de esas etapas pasó Frankie Presto después de que desapareciera de su vida Aurora York. Entre agosto de 1959 y octubre de 1964 vendió más de tres millones de discos, grabó cinco álbumes y colocó cuatro canciones en los diez primeros puestos de las listas musicales, incluidas dos que llegaron al número uno: *I Want to Love You* y *Shake, Shake*, compuestas ambas por el propio Frankie. El público de sus conciertos pasó de contarse por cientos a hacerlo por miles, e incluso decenas de miles. Tocó en programas como *American Bandstand*, *The Ed Sullivan Show* y *The Kraft Music Hall*. Salió su cara en portadas de revistas y en carteles. Llevaba trajes de colores y zapatos a juego, y se peinaba hacia atrás su poblado y ondulado tupé. A veces, al cantar, se le caían por la frente mechones de pelo que, agitados por el baile, hacían chillar a las chicas: «¡Frankie! ¡Frankie!».

En las tiendas de discos de todo el país, las fans se quedaban mirando sus discos solo para deleitarse con su belleza. En uno de esos discos, *Frankie Presto Wants to Love You*, aparecía en un descapotable, con una americana de color canela y una camisa de cuello rosa, asomado por la ventanilla para firmarle un autógrafo en la mano a una joven y arrobada morena. Parecía que le hubieran hecho la foto después de un concierto, pero en realidad la escenificó un fotógrafo

profesional. La morena, de buen cuerpo y ojos almendrados, era una modelo del estado de Texas personalmente elegida por Tappy Fishman.

Se llamaba Delores Ray.

Para mí no se diferenciaba en nada de las muchas otras mujeres que pasaron algún tiempo con Frankie. No constituía ningún peligro para su corazón. Solo Aurora York podía rivalizar con mi influencia. Ya he dicho, sin embargo, que en esos años Aurora desapareció. Frankie no encontró su maleta amarilla al regresar a su piso de California.

Al principio se enfadó y se quedó tan dolido que comenzó a beber para olvidarla. Luego Tappy organizó otra gira, y no le dejó parar en dos años. La ausencia de Aurora fue paralela al ascenso de Frankie a la fama. Podría parecer casualidad, pero os aseguro que no lo fue. Aurora supo que ya no compartía el corazón de Frankie solo conmigo (cosa que podía tolerar), sino con la ambición (por ahí no pasaba). Yo admiré la visión de futuro de la que hizo gala al marcharse, sabedora de que el éxito podía engullir a Frankie como una ola, haciendo que lo arrastrara la corriente.

Por eso se fue antes de que pasara.

Mientras tanto, gracias a la portada del disco, entre otras cosas. Delores Ray actuó en una serie de televisión, *The Adventures of Dee Dee*, y no tardó mucho tiempo en hacerse muy famosa. Con Tappy Fishman al timón de su carrera, protagonizó varias películas y tuvo amoríos con más de un actor. Sin embargo, Frankie continuó siendo quien mayor pasión le inspiraba, y fue a él a quien besó la noche de la sesión de fotos, diciendo que era «lo más exótico que he visto en mi vida». Parecía colada por mi querido niño (¿por qué no iba a estarlo, con todos mis encantos?), y aunque Frankie no estuviera enamorado de ella, era una mujer bastante seductora. Consciente de que al público siempre le interesaban las parejas de guapos y famosos, Tappy Fishman alentó sus escauceos y hasta les pagó unos cuantos restaurantes, a la vez que avisaba a los fotógrafos sobre el paradero de los tortolitos.

Al final les propuso que se casaran.

Fue a finales de 1964, cuando la popularidad de Frankie empezaba a declinar y sus discos se vendían cada vez menos. Los gustos de la gente son tan volubles como la capacidad de atención de un niño. Las ventas estaban dominadas por una nueva oleada de música popular, de procedencia británica esta vez. Frankie ya no escribía todas sus canciones; lo obligaron a grabar material de otros compositores, y ante sus protestas Tappy le recordó que era una de las cláusulas del lucrativo contrato que había firmado con la discográfica, por la que estaba considerado como un «ídolo de adolescentes», título tan efímero como suena.

¿Y su guitarra? Apenas la tocaba. Nadie hacía el menor caso a sus cuerdas mágicas, y el instrumento se quedó guardado en un oscuro armario de una casa grande y nueva que, según mi recuento, muy escrupuloso, tenía cinco dormitorios, dos piscinas y dieciséis espejos.

Debo decirles que a Frankie le era indiferente su declive. Le daba lo mismo ser protagonista o secundario, vender un millón de discos o medio millón. Lo único importante era yo, la Música, mi liberación sonora. Pero la fama es adictiva; y sin las fuerzas rectoras de su vida, sin el Maestro, sin Rafa, Hampton o Aurora York, iba a la deriva.

Una vez, flotando por un río, se aferró a la correa de un perro sin pelo. Esta vez se aferró a otra cosa.



—¿Una boda?

—¡En Hawái, en la playa! —dijo Tappy—. Pago yo. Es mi regalo para la feliz pareja.

—Pero Leonard...

—¿Qué?

—Estoy casado con Aurora.

—¿Quién lo dice? ¿Tienes algún certificado? Tú mismo me dijiste que no conseguisteis los papeles. Además, ¿desde cuándo no la ves? ¿Desde hace cuatro años? ¿Cinco? Frankie, por Dios, no va a volver.

—No digas eso.

—Tampoco es que hayas sido un monje, chaval.

—Leonard...

—Oye, que yo no juzgo, ¿eh? Pero Delores está loca por ti. Que hay algo entre vosotros lo sabemos todos.

—¿Y quién te dice que querrá casarse conmigo?

—Hazme caso. Pregúntaselo.

—Ni siquiera tengo anillo.

—Lo tengo todo preparado en una joyería. Ve esta semana, cuando sea. Hoy mismo, si quieres.

Lo que el dijo Tappy fue que, a su entender, la boda beneficiaba más a Frankie que a Delores. Tenía miedo de que a su cantante se le estuviera acabando el estrellato y de que los mismos que antes lo adoraban derribaran su efigie y dejaran de gritar su nombre. Frankie Presto estaba de capa caída. Delores Ray, por el contrario, iba a más, y su luz podía avivar la de Frankie.

—No sé, Leonard...

—¿Qué hay que saber? ¿Te supone algún problema volver a casa cada noche y encontrarte con ella?

—No, no es eso...

—No sabes lo que daría yo.

—Es fantástica, pero...

—Escúchame, Frankie. —Tappy le puso las manos en los hombros—. Es bueno para tu carrera.

No sé quién inventó la frase, ni tampoco la palabra; solo puedo decir que he estado en la Tierra desde los albores de la humanidad y he fabricado sonidos para todas las puntadas del tapiz de la vida; sonidos que evocan despertar, dolor, amor, las cuatro estaciones... Pero en mis incontables creaciones nunca ha habido un sonido que correspondiese a «carrera».

¿Por qué dejáis que me afecte tanto?



Hubo boda, y generó los titulares que quería Tappy Fishman. Los recién casados se fueron de

luna de miel a Hawái, adonde despachaban a diario a los fotógrafos. En efecto, subieron las ventas de los discos de Frankie Presto, aunque solo durante una temporada. Delores actuó en otra película importante. Se instaló en la gran casa de Frankie y metió su guitarra en un armario más pequeño. Frankie vio cómo lo hacía. Él pensaba en Aurora. Empezó a beber otra vez. Se llevaba botellas al patio o a la piscina.

Un día, en el verano de 1965, Tappy lo llamó a su despacho, donde había un hombre a quién Frankie nunca había visto.

—Ven aquí, chaval —le dijo Tappy.

Frankie se acercó. Tappy levantó la mano y lo despeinó, dejándole una especie de flequillo.

—¿Qué te parece? —preguntó al desconocido, que asintió con la cabeza.

—Debería llevarlo así.

—Te presento a Allan Edgars. Es director de cine. Hemos conseguido que actúes en una película, Frankie. ¿Qué me dices?

Frankie se encogió de hombros. No le gustaba que lo despeinasen.

—Con Delores. Los dos juntos. La pareja protagonista. Mejor que trabajar, ¿no?

El director se rio.

—Ahora viene lo mejor. Rodaremos en Londres. Se le ha ocurrido a Allan. A la mierda con la invasión británica. ¡Los invadiremos nosotros a ellos! ¿Qué te parece? ¿Has estado alguna vez en Londres, Frankie?

Frankie bajó la vista. Aún se acordaba de su viaje en barco desde España, y de cuando lo enrollaron en una manta, lo pusieron sobre la mercancía y lo descargaron en los muelles de Southampton, con la indicación de que no hiciera ruido. Estuvo así cuatro horas, oyendo su respiración, tan asustado que no se atrevía ni a moverse. Al final notó que se movía algo sobre su barriga. Entonces se quitó la manta, y justo al lado de su cara aleteó una gaviota. Frankie gritó mientras el ave levantaba el vuelo por el cielo blanco de Inglaterra.

—No —dijo—, nunca he estado en Inglaterra.

—Saldremos dentro de tres semanas.

—Aún tengo que grabar unas canciones.

—Después de la película.

—¿Y el próximo álbum?

Tappy miró al director, que miró a Frankie.

—Primero haremos la película, chaval. Te beneficiará, y encima te divertirás.

Frankie no dijo nada, pero sintió un ardor en el estómago. Se sacó un peine del bolsillo trasero para arreglarse el pelo.

—Déjalo —dijo Tappy—, que así queda mejor.

Se guardó otra vez el peine, cada vez con más ardor de estómago.

Roger McGuinn

Guitarrista, cantante, fundador de los Byrds y miembro del Rock and Roll Hall of Fame

¿Mi mejor anécdota de Frankie Presto? Pues mira, se lo presenté a los Beatles. No está mal, como anécdota.

Fue en el verano de 1965. Los Byrds estábamos haciendo nuestra primera gira, en Londres, donde Frankie rodaba una película. Vino a uno de los cuatro conciertos que dimos, y luego se acercó a los camerinos para preguntarme por mi Rickenbacker de doce cuerdas. Yo lo había visto tocar cuando iba al instituto. Me molaba su pelo, pero no tenía ni idea de que fuera tan buen guitarrista.

En el 65 los Byrds estaban en la cresta de la ola. Nuestro disco *Mr. Tambourine Man* llegó al primer puesto de las listas británicas. Por eso viajamos a Londres, pero no fue una gira muy buena. Nos presentaban como «la respuesta americana a los Beatles», que no es que sea una expectativa fácil de cumplir... La prensa nos la tenía jurada.

El caso es que la noche después de que se presentara Frankie en el camerino vinieron a vernos tocar los Beatles. Habían tenido al mismo relaciones públicas que nosotros, Derek Taylor, que fue el que lo organizó. Luego, en principio, teníamos que reunimos todos en una sala del piso de encima del club.

Estábamos muy nerviosos. A nuestro bajista se le había roto una cuerda durante el concierto, algo que no pasa casi nunca. No debió de darse cuenta de la fuerza con la que tocaba.

En fin, que entramos en la sala y nos encontramos con John Lennon y George Harrison.

—Ha estado muy bien el concierto —dijo John.

Me pareció que me tenía que disculpar y le dije que no, que tan bien no había estado. Él se burló un poco.

—¿Por qué tienes las gafas tan pequeñas? —dijo luego, refiriéndose a las mías, que eran redondas.

Se las probó. A partir de entonces empezó a ponerse ese tipo de gafas, como sabe todo el mundo, y las hizo muy famosas.

En un momento dado le comenté que la noche anterior había venido Frankie Presto. John cantó un trozo de *Our Secret*, y dijo que era uno de los mejores lentos que había oído. También

dijo que desde entonces Frankie Presto no había sacado ningún disco bueno.

La noche siguiente quedé con Paul McCartney en su club privado, y me dio una vuelta por Londres en su Aston Martin DB5 nuevo. Cuando saqué el nombre de Frankie, se animó muchísimo. Me explicó que le habían dicho que Frankie había estado en el grupo de Elvis Presley. Esa misma semana había una fiesta en una de las casas de los Rolling Stones —en esa época los grupos británicos más importantes pasaban mucho tiempo juntos—, y Paul me pidió que fuera con Frankie, para preguntarle si era verdad. Todo el mundo tenía a los Beatles en un pedestal, pero ellos seguían idolatrando a Elvis.

Total, que al día siguiente me enteré de dónde rodaban la película de Frankie y me acerqué. Era una nave industrial cerca de Carnaby Street, donde nos comprábamos entonces la ropa. Vaqueros ajustados, botas negras con cremallera... Te haces a la idea, ¿no? Vi a Frankie en una silla de las de director, solo, como medio dormido. Al verme se animó y me presentó a su mujer. Delores Ray, que en América era una gran estrella de la tele.

Le conté a Frankie lo que me había dicho Paul McCartney. Delores parecía muy sorprendida.

—¿Cuándo has tocado tú con Elvis? —le preguntó.

Frankie dijo que eran rumores, tonterías. Cuando lo invité a la fiesta. Delores se emocionó.

—¿Los Beatles y los Rolling Stones juntos? —dijo—. ¡Nos apuntamos!

Un poco más tarde, sin embargo, mientras rodaba Delores una escena, Frankie dijo que no le parecía muy buena idea, y tuve la sensación de que se avergonzaba de su mujer.

Volvímos a hablar de guitarras. Yo le pregunté si le apetecía venir esa noche al hotel, para una *jam session*. Se presentó media hora antes de lo previsto. Llevaba una funda muy vieja, de la que sacó una acústica hecha polvo. No sé ni de qué marca era, porque tenía tapada la etiqueta. Empezamos a tocar. Me llamó la atención lo enormes que tenía las manos. Les pasa a muchos grandes guitarristas, como Jimi Hendrix, que solo con el pulgar ya tapaba todo el mástil. Así controlas mucho.

La cuestión es que hasta entonces yo a Frankie lo consideraba un guitarrista del montón, pero al cabo de veinte minutos se me quitaron hasta las ganas de tocar. Se marcaba unos solos con unos acordes y unas armonizaciones que no los hacía nadie más. Le preguntabas «¿qué ha sido eso?» y te sacaba el nombre de algún compositor clásico —Giuliani o Haydn—, pero luego se lo volvías a preguntar y te citaba a Django Reinhardt o Wes Montgomery. Y no es que quisiera alardear, es que era demasiado bueno para disimularlo.

Tocamos los típicos temas de *jam session*, como *Midnight Special*, y *You Got Me Dizzy*, de Jimmy Reed. También tocamos unas cuantas canciones de los Beatles. Frankie se sabía los arreglos de pe a pa. A partir de un momento empezó a sonreír.

—¿Qué te hace gracia? —le pregunté.

—Nada —contestó—. Es que hacía tiempo que no tocaba la guitarra de verdad.

Volví a tener ganas de que se me tragara la tierra, porque si después de un tiempo sin tocar sonaba así... Ya me entiendes. De todos modos, tuve la impresión de que sentía que se había vendido. Seguro que era como se sentían muchos de los primeros cantantes de *rock and roll*, porque en esa época todo el mundo quería que repitieras siempre lo mismo.

Frankie dijo que echaba de menos estar en un grupo. Yo le dije en broma que si me prometía no romper una cuerda cuando estuvieran los Beatles entre el público, podía entrar en los Byrds.

Miró su guitarra.

—Roger —dijo—, ¿sabes los años que tienen las tres cuerdas de arriba?

Contesté que no.

—Veinte —dijo.

Respondí que imposible. ¿Y no se habían roto? No puede ser. Él sacudió la cabeza.

—Ya, pero es verdad —dijo.

Ah, sí, lo de los Beatles. La fiesta era en casa de uno de los Stones, quizá en la de Keith Richards, una casa de época, elegante, de tres pisos. Me acuerdo de que nos enseñaron cómo les liaban porros los mayordomos y se los dejaban cada mañana en los escalones. Fue una fiesta con muchas drogas, como todas las fiestas de esos años.

Pasada una hora, más o menos, llegó Frankie.

—Ya creía que no ibas a venir —le dije.

—No puedo quedarme mucho —contestó.

Se lo presenté a los demás y estuvieron todos de muy buen rollo. Me acuerdo de una conversación sobre Leadbelly, el cantante de *blues*, entre Frankie, George Harrison, Eric Clapton y yo. Frankie lo sabía todo de él, porque había vivido en Luisiana. Nos contó que era tan bueno que salió dos veces, dos, en libertad condicional después de que lo oyeran cantar los celadores. ¡Y una de las veces estaba condenado por matar a un hombre! Nos reímos todos, y dijimos que era lo que tendríamos que hacer si nos metían alguna vez en el trullo.

Me acuerdo de que Frankie conoció a Paul y Ringo y se cayeron bien, aunque Paul se llevó una decepción cuando Frankie desmintió que hubiera tocado con Elvis. En cambio, cuando se conocieron Frankie y John este último hizo un comentario sobre su pelo, porque lo llevaba un poco como un casco, y se rio.

—El gran Frankie Presto —dijo—. ¿Qué pasa, que ahora intentas parecerte a nosotros?

No creo que lo dijera con mala intención, pero Frankie se disgustó, y no tardó mucho en irse.

Al cabo de unos días volví a verlo, aún parecía disgustado. Yo le dije que se olvidara de lo que había dicho John, que siempre era así con todo el mundo. También le aconsejé que volviera a tocar la guitarra, porque era buenísimo, y que si alguna vez quería colaborar en nuestros discos tendríamos suerte de contar con él.

Volvimos a América esa misma semana. Con la película que estaba haciendo Frankie no sé qué pasó. Me dijeron que la había dejado a medias. También me dijeron que había roto con su *mánager*. La siguiente vez que lo vi fue la última. Debió de ser unos cuatro años después, en un club de Greenwich Village. Estaba con un grupo de *rock*, al fondo, tocando la guitarra rítmica, pero sin cantar. Llevaba gafas de sol. Ni siquiera estuve seguro de que fuera él hasta después del concierto. Subí y le dije; «¿Frankie?». Al principio pareció que se alegrara de verme, pero después de hablar unos minutos, y de acordarse de la fiesta, fue como si se cerrara. Le pregunté si querría hacer alguna vez otra *jam session*, pero me contestó que no podía, que estaba muy ocupado, y que su mujer iba a tener un bebé. Puede que le diera vergüenza tocar en un antro así. La verdad es que no lo sé. Me preguntó si tocarían los Byrds en Woodstock, y le dije que no, que ya estábamos un poco saturados de festivales. Luego dijo que tenía que ir al baño, ya no volvió.

La noticia de su muerte me sentó fatal. Yo estaba de gira en Francia, y me pareció que le debía ir al entierro, porque me hizo ser mejor guitarrista. Lo digo en serio. La primera noche que tocamos me di cuenta de lo lejos que tenía que llegar. En ese sentido, la música puede ser

competitiva. El hierro con hierro se aguza, como dice el proverbio.

Alguien me contó que llegó a estar en Woodstock, pero nunca he podido confirmarlo... A estas alturas ya lo sabríamos, ¿no?

Con vuestro permiso, voy a contestar a la pregunta del señor McGuinn. En efecto, Frankie llegó a estar en Woodstock. Hasta llegó a tocar, pero no como pudiera imaginárselo nadie. No lo invitaron. Nadie le pidió que fuera al festival. Acudió con la falsa esperanza de recuperar lo que había tenido en otros tiempos, multitudes que acogieran su música con una ovación, pero no lo necesitaba ningún grupo y, como estáis a punto de oír, las cosas se torcieron de la peor manera posible. Su presencia allí acabó siendo un capítulo triste en la vida de un hombre sin rumbo, así como el final de uno de los grandes movimientos de su sinfonía con Aurora York.

Me refiero al *minueto/scherzo*, con compás de tres por cuatro. Si marcáis el ritmo con los dedos —un, dos, tres, un, dos, tres, un, dos, tres—, la sensación es casi de frivolidad. De hecho, *scherzo* significa «broma».

Fue la palabra que empezó a aplicarse Frankie a sí mismo a mediados de los años sesenta: «una broma penosa». (¿Puede haber un contrapunto más marcado?). Tenía la sensación de que ya nadie tomaba en serio su música, y de que sus deseos pasaban desapercibidos. La sensación de ardor que sintió en el despacho de Tappy Fishman se había intensificado, hasta explotar por culpa de los comentarios de John Lennon sobre que los imitaba. Veamos las cosas que, en la efervescente estela de este hervor, hizo Frankie Presto en los meses restantes de 1965:

Dejó a medias el rodaje en Londres. Con ello acabaron sus posibilidades cinematográficas. Rompió con Tappy Fishman. Con ello quedaron por los suelos sus posibilidades económicas.

Dejó plantada a Delores Ray. Con ello se fue al traste su matrimonio, y Frankie se enzarzó en toda suerte de complejidades jurídicas y financieras, a la mayoría de las cuales no hizo caso, cosa que fue en detrimento suyo.

Se cortó el pelo.

Como cuando Sansón se echó encima los pilares del templo, Frankie, en sus esfuerzos por librarse de las cosas a las que se había apegado, solo consiguió que se desmoronaran, y durante años estuvo perdido en los escombros. Cayó en el consumo de sustancias, por creer, como ya he deplorado, que mis poderes más genuinos pueden descubrirse dentro de ellas.

Se fue a vivir a Nueva York, a una oscura planta baja de la calle Doce Oeste, en Greenwich Village. Vivía sin horarios y dormía mal. Ensayaba sin tregua, salvo cuando estaba bajo los efectos de alguna sustancia. Trabajaba para cualquier grupo que estuviera dispuesto a pagarle,

tocaba en cualquier estudio de grabación donde quisieran recurrir a sus servicios, aceptaba dinero en efectivo a cambio de no aparecer en las declaraciones de derechos y, en ausencia de efectivo, aceptaba pastillas, porros o alcohol.

Le venía su infancia a la memoria.

—*¿Por qué bebe tanto, Maestro?*

—*No es una pregunta sobre música.*

—*¿Está triste, Maestro?*

—*Otra pregunta que no es sobre música.*

—*Yo a veces estoy triste, Maestro.*

—*Ensaya más y habla menos, que estarás más contento.*

—*Sí, Maestro.*

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

Y a veces es del grupo equivocado.

Pero volvamos a la historia de amor, al minueto, un baile corto. Un día de diciembre, Frankie fue a abrir la puerta de su apartamento de Greenwich Village, medio desnudo y con ojeras, y se encontró delante a Aurora York, con bufanda y guantes, y el pelo rubio por dentro de un sombrero.

—¿Ya has acabado con la actriz?

—Sí.

—¿Ya están hechos todos los trámites?

—Sí.

—¿Ya podemos casarnos?

—Si quieres...

—¿Casamos de verdad?

—Casamos de verdad.

—Solo he venido a asegurarme.

—¿Te quedas?

—No.

Tardó varias semanas en volver a verla. Un jueves por la tarde llamaron a la puerta y era Aurora.

—¿Ensayas?

—Sí.

—¿Tocas?

—Cuando puedo.

—¿Tomas drogas y alcohol?

—A veces.

—Tienes que dejarlo.

—Ya lo sé.

—Pues déjalo.

—¿Te quedas?

—No.

Volvió al mes siguiente, y esta vez se quedó unas cuantas horas. Al otro mes regresó y se quedó a pasar la noche.

Durante todo el invierno y parte de la primavera repitió esa pauta, bailes cortos —la definición de minueto—, hasta que un lunes por la mañana, en plena tormenta, reapareció, esta vez con un paraguas en una mano y su maleta amarilla en la otra.

Frankie sonrió.

—¿Te quedas? —le preguntó.

—Estoy embarazada —le dijo ella.

43

1969

Va siendo hora de que acabemos de contar el viaje a Woodstock. Frankie ya estaba en el *backstage*. El festival, a esas alturas, se había disuelto en una confusión masiva. Los músicos habían ido llegando en helicóptero a una explanada desde donde se accedía al escenario por un puente de madera, pero las esperas eran largas, y muchos no sabían cuándo tenían que tocar. La lluvia hizo estragos en el suministro eléctrico. Los altavoces chisporroteaban y los víveres empezaban a escasear. El domingo, antes de que amaneciera, reinaba el mismo ambiente que en las fiestas que se alargan y se alargan, como si en aquella no hubiera final, solo hordas de gente que se resistía al sueño e intentaba no mojarse.

Se cuenta mucho la anécdota de que en el *backstage* echaban drogas alucinógenas a las bebidas. No puedo confirmarlo, pero me consta que cuando llegó allí Frankie estaba muerto de sed y se bebió lo primero que vio en una hilera de vasos de cartón distribuidos en una mesa plegable. Tenía la cara manchada de barro y la camisa blanca sucia. Balanceaba la cabeza hacia ambos lados.

—Aurora..., bebé..., desayuno... —murmuraba sin parar.

Se quedó mirando a los otros músicos, que reaccionaron con sonrisas irónicas o apartando la vista. Al lado de un montón de papel de cocina había un gran cubo de agua. Frankie se echó un poco por la cara, para limpiarse el barro.

Finalmente, entre las notas ensordecedoras de *Stand!*, tema que estaba interpretando el grupo Sly & The Family Stone, Frankie se giró hacia ambos lados e inició su minueto final.

—¡Aurora! Gritó el nombre dando vueltas, tropezando, con la huevera en alto.

—¡Aurora! ¡He vuelto, Aurora!

Resbaló y se levantó. Sus gritos se perdían en la música. En los trozos cantados o en el ulular de un solo de guitarra, ni siquiera se oía su voz.

Stand!...

—¡Aurora!

Stand!...

—¡Aurora!

Stand!...

No la encontraba por ninguna parte.

Al final de la canción, acogida por el público con grandes aplausos, se apagaron los focos (eran las 4.05 de la madrugada) y todo quedó a oscuras.

Fue entonces cuando Frankie decidió tocar su guitarra.

Para que volviera Aurora.

Y cambiar el destino de los dos.



Lo siguiente no es agradable de contar. En defensa de mi muy estimado discípulo, hay que decir que estaba fuera de sí. Su cuerpo, su mente y su corazón estaban en lugares diferentes. Dio tumbos por la rampa que llevaba al escenario gigante. Como llevaba una guitarra al cuello y sus movimientos eran los de un músico que sabía adonde iba, nadie lo paró. Algunos operarios habían empezado a preparar la siguiente actuación (el prestigioso grupo británico The Who), pero debido a la hora y al cansancio no prestaron atención al músico de pelo largo que avanzaba decidido hacia la pared de amplificadores. Hablando en voz baja, Frankie recogió del suelo el conector jack de un cable gris y lo enchufó en su instrumento, al que le había puesto una pastilla. Como no podía tocar con los huevos en la mano, se inclinó para dejarlos en el suelo. La tapa de la huevera se abrió, y a la escasa luz de la luna vio que estaban todos rotos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.



Lo que no podéis saber —ni sabía nadie— es lo ocurrido unas semanas antes, la noche en que Roger McGuinn vio al guitarrista en Nueva York. Aurora, embarazada, se había instalado en el piso de Frankie con la estricta condición de que cambiara de vida, fuera directamente a casa después de tocar y se preparase para ser un buen padre del futuro bebé. Nada de drogas, ni de alcohol ni de mujeres. Aurora estaba de cinco meses. Durante un tiempo funcionó el acuerdo. Sin embargo, el encuentro con McGuinn hizo que Frankie se acordara de Londres, y de 1965, y de los Beatles, y de la fiesta, y de lo bajo que había caído (tocando en un antro tan mohoso y pestilente) respecto a su antigua fama mundial; herido en su ego cayó en un desaliento tal que estuvo bebiendo y fumando con músicos en el sótano del club hasta el amanecer.

Justo después de que saliera el sol regresó dando tumbos a su casa, avergonzado por la recaída y preparado para una discusión. El piso, sin embargo, estaba oscuro. Entró en el dormitorio sin hacer ruido y se metió debajo de la manta, mientras Aurora dormía. Sus movimientos la despertaron un poco, lo justo para arrimarse a él y echarle un brazo por encima.

—Francisco —murmuró.

—Aurora —susurró él.

—Como cuando sale el sol.

—Exacto.

—Tengo hambre. Si me quieres me prepararás el desayuno.

Frankie suspiró profundamente. Estaba fuera de peligro. Aurora no sabía nada. No volvería a pasar. Se lo juró a sí mismo.

—Voy a por unos huevos —prometió.

Solo tenía que quedarse despierto.

Pero se le cerraron los ojos.

La noche había podido con él.



Una hora después, tras despertarse y ver que Frankie roncaba con la cara en la almohada, Aurora decidió hacerse ella misma el desayuno y preparar también algo para Frankie. Como la nevera estaba vacía, se puso una chaqueta, cogió el bolso y salió del piso.

Compró media docena de huevos y una cebolla en un colmado. En el camino de vuelta, a una manzana de su casa, la abordaron tres jóvenes salidos de un callejón que la empujaron y quisieron arrancarle el bolso. La correa estaba prendida del brazo de Aurora, que la estiró a la vez que se giraba hacia uno de los atacantes. Este levantó una pierna y le dio una fuerte patada en la barriga. Aurora cayó de rodillas, con el bolso aún en la mano. El joven le dio otra patada para que lo soltase. Los otros lo insultaron y se fueron corriendo. Finalmente, también él se giró y se fue.

Un taxi frenó de golpe y salió un hombre. Aurora emitió una especie de gárgara antes de caerse al suelo y ponerse a temblar.



La primera llamada telefónica del hospital no despertó a Frankie. Tampoco la segunda. Para cuando vio a su mujer, Aurora ya había dado a luz a un bebé muerto, que fue envuelto en una manta y puesto un minuto en brazos de su madre antes de que se lo llevaran. Cuando entró Frankie, Aurora estaba mirando fijamente por la ventana. Tenía la cara amoratada y con varios vendajes. Se giró. Frankie se quedó como una estatua, sintiéndose culpable hasta en el último rincón de su cuerpo.

—¿Quién ha sido? —masculló.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo han...?

Volvió a sacudirla.

—¿Por qué...?

Frankie se quedó sin palabras.

—¿Dónde estabas? —susurró ella.

Entre ese momento y el instante en que Frankie empezó a tocar en Woodstock, las semanas se sucedieron indistintas sin dejarle ni un solo recuerdo en la memoria. Doy fe de que no estuvo sobrio un solo día entero. Se sentía incapaz de mirar a Aurora y al resto del mundo. Tras volver del hospital a trompicones, recogió su guitarra y ya no regresó. Fue al norte del estado en

autoestop, mientras tomaba todas las drogas a su alcance para no pensar en lo ocurrido, pero su mente torturada no podía olvidar, así que cada día se imaginaba a Aurora en distintas actitudes, hasta que desapareció la distinción entre realidad y fantasía. Al final, en Woodstock, se la imaginó dormida en la ladera («si me quieres me harás el desayuno») y emprendió una inútil búsqueda de huevos.

Ahora, en la oscuridad del escenario, con el único deseo de verla una vez más, probó la última manera que se le ocurría de cambiar las cosas.

Se apartó de las cáscaras rotas y giró con rabia el volumen de la pastilla de su guitarra. Oyó el zumbido de un amplificador gigante. Encima había una botella vacía de cerveza. De su brumosa memoria emergió el recuerdo de un truco que le había enseñado Hampton Belgrave. Rompió limpiamente en dos mitades la botella de cerveza, mediante un golpe en el borde del amplificador, y cogió la parte del cuello para meter el dedo anular por el gollete, creando un *slide* de cristal, un accesorio usado por los músicos de *blues* para modificar el tono y el vibrato de las cuerdas. Le sentó bien tener la piel húmeda. Dio dos golpes con el pie en el suelo, hizo correr el *slide* por el mástil y disparó un acorde de si séptima, como para que se soltara la música.

Los músicos que estaban fuera del escenario levantaron la vista, por lo limpio que sonó el acorde, pero lo único que vieron fue la oscuridad. Frankie empezó a tocar como un fantasma, en una trama de arpeggios cada vez más veloz que acabó al deslizarse el *slide* hasta el principio del mástil, como si se cayera un cohete. Usó los pedales que tenía a sus pies para crear distorsiones, *fuzz* y *wah-wah*. Sostuvo un re agudo mientras agitaba la mano como si dejara los trastes sin respiración, y luego hizo brotar una escala de *blues* incendiaria: arriba, abajo, arriba... No sonaba ningún otro instrumento. Ninguna batería, ningún bajo. La mayoría de los solos se tocan sobre una línea melódica, o una sección rítmica, pero esta interpretación de guitarra fue algo insólito, y las melodías contenidas en los *riffs* de Frankie la hicieron todavía más notable. Era como un hombre que nadaba contra un oleaje embravecido. No recuerdo una lucha más grande en todo el tiempo que pasé dentro de él. En ese solo yo me agitaba como una sábana en un temporal. Piezas de Leadbelly, Mozart, Chet Atkins, Andrés Segovia... Frankie recurrió a todas las influencias musicales de las que tenía conocimiento, y fue tal la emoción que puso en sus notas que le cayeron lágrimas de las mejillas a los dedos.

Y en ningún momento apartaba la vista de sus cuerdas.

—¡Cambiad...! ¡Cambiad! —gritaba, queriendo que se pusieran azules.

Su dispersión mental le hacía creer que era posible revertir aquella horrible noche, salvar a su hijo y recuperar a Aurora. ¿Acaso no tenía ese poder? ¿Qué sentido tenían esas cuerdas, si no funcionaban en un momento así?

—¡Cambiad!

Sus dedos volaban. Él solo salía disparado de los amplificadores.

—¡Cambiad!

Brotó el último chorro de notas, un tema de Vivaldi con un punteo de Chuck Berry. Su guitarra casi se ahogaba y la emoción en carne viva no tenía final.

—Voy a buscar al tío ese —masculló un operario al lado de la plataforma, pero cuando pasó junto a los integrantes de los Who, lo agarró el guitarrista. Pete Townshend.

—Ni te atrevas —susurró.

En total, Frankie tocó durante dos minutos y diecisiete segundos. Acabó agitando la mano derecha como el aleteo de una mariposa, mientras deslizaba acordes por el mástil, arrancando un sonido como el de los estertores de un motor gigante. A continuación hizo correr en ambos sentidos el cristal, del que surgió la vibración de una nota grave y ululante, con tres armónicos seguidos por el colofón.

Bum, bum, bum.

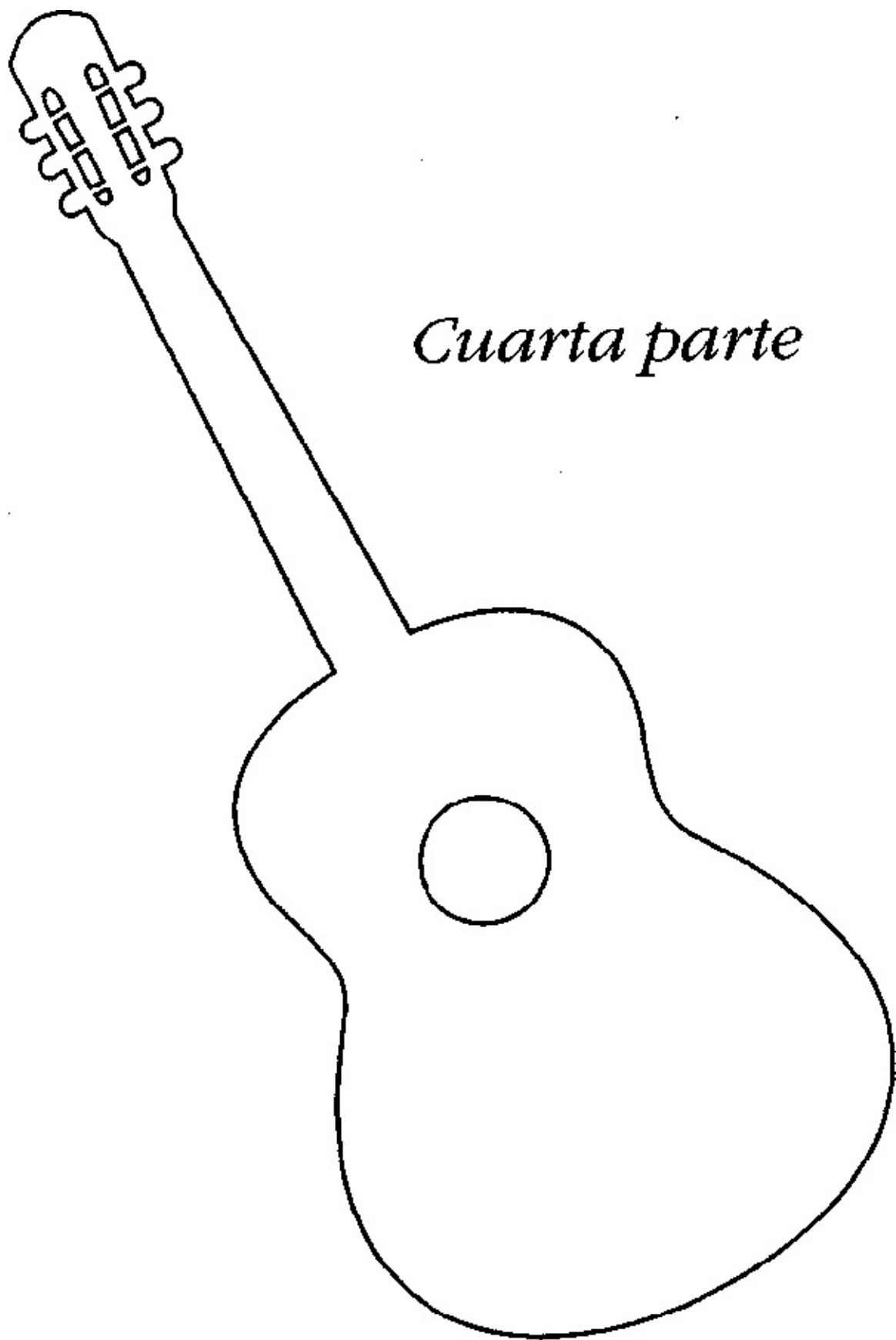
Dummmmmmmmmmmmmmmmm.

Las cuerdas no cambiaban. Frankie se dejó caer al suelo.

Al no haber luces encendidas, no lo vio tocar nadie, y como casi eran las cinco de la madrugada, muchos espectadores ya dormían. Oyendo aplausos dispersos, algún que otro grito y la voz de un hombre que exclamaba en la oscuridad «¡QUE SALGAN LOS WFIO!», Frankie intuyó que en su vida nada iría a mejor. Era todo negrura, oscuridad. Estaba solo.

Por eso mi hijo amado, que ya estaba de rodillas, en postura orante, se inclinó y tendió la mano izquierda como siempre le habían enseñado, recta, abierta, como si le pidiera ayuda a Dios.

En ese momento se acordó de las palabras del Maestro: «Pero qué niño más tonto. Dios no da nada». Y se clavó varias veces en la palma la botella rota, abriéndose la mano que le daba de comer, hasta que la sangre ya no le dejaba ver los dedos.



Cuarta parte

Pau Sanz

Inspector jefe del Cuerpo Nacional de Policía

Ahora mismo le hago unas declaraciones.

Pero cortas, ¿eh? Que no hablo bien inglés.

Me llamo Pau Sanz y soy inspector jefe. Llevo la investigación de la muerte de Francisco Presto.

¿Eh? No, aún no. Solo sabemos que se murió al caerse de muy arriba en el Teatro Municipal, durante el festival de Tárrega. Se celebra cada año y nunca ha habido problemas. Hasta ahora nunca.

¿Eh? Sí, nosotros nos hacemos la misma pregunta. ¿Cómo subió? ¿Por qué se cayó? ¿Lo empujó alguien? ¿Había alguien que quisiera verlo muerto?

Heridas no hemos encontrado. Cicatrices en una mano, pero herida ninguna. Ninguna bala. ¿Ustedes cómo lo dicen? ¿*Bullets*? No le pegaron ningún tiro, no.

Tenemos que hacer preguntas. Ya sabemos que es una iglesia, y lo respetamos, pero es el trabajo de la Policía. Han matado a alguien, ¿no? Pues tenemos que hacer preguntas.

¿Eh? No, sospechosos ninguno. Todavía no. Pero dice la gente que esta mañana lo han visto con alguien, y que era una persona con mucha ropa y la cara tapada. Podría ser el culpable. Es posible, ¿no?

Para mí es un caso sencillo. Se trata de un asesinato. Tiene que serlo.

Las personas no vuelan.

El *ferry* entró en la bahía. Tres hombres jóvenes levantaron la vista hacia los acantilados verdes.

—Es como el País de Nunca Jamás —dijo uno.

—¿El de Peter Pan?

—Quizá seamos los Niños Perdidos.

—Buen nombre para un grupo.

—Yo soy el Capitán Garfio.

—Y tú Campanilla.

—Y tú un histérico.

—Cállate.

Corría el año de 1981, y el mes de enero, en una pequeña masa de tierra cuyo nombre era isla de Waiheke, en el golfo de Hauraki, Nueva Zelanda. Los tres jóvenes, que acababan de graduarse y pertenecían a un grupo de música *country*, respondían a los nombres de Lyle, Eddie y Cluck. Llevaban vaqueros y camisas holgadas de algodón. De los tres, todos delgados y con mucho pelo, el más alto era Lyle, que al igual que Eddie bajó del barco con una funda de guitarra. Empezaron a subir por una cuesta.

—Buenas, chicos.

En el interior de un viejo todoterreno había un hombre corpulento, de rostro ancho y rubicundo, pelo corto y plateado y un tatuaje en el antebrazo. Tenía una mano apoyada en el volante. Sonrió, enseñando varios dientes de oro.

—¿Buscáis transporte?

—Sí, señor —dijo Lyle.

—Pues subid.

Se apretujaron los tres en la parte trasera.

—Me llamo Lyle. Este es Eddie, y este Cluck.

—¿Cluck? ¡Anda!

El hombre se rio.

—La gracietta de siempre —dijo Cluck en voz baja.

—¿Usted cómo se llama? —preguntó Eddie.

—Kivin.

—¿Kivin?

—K-e-v-i-n.

—Ah, Kevin, vale.

—Sois estadounidenses, ¿no?

—De Texas.

—Me alegro. Bueno, vamos.

Segundos después daban tumbos por la única carretera de la isla, junto a grandes y ondulantes extensiones de hierba y calas rocosas que rizaban el mar en las orillas. Les llamó la atención que Kevin saludara con la mano a todos los coches o peatones con los que se cruzaban.

—Mirad qué par de retacos —anunció al saludar a dos niños pequeños.

—Venga, majos, a darle duro —dijo, y señaló a unos peones de campo con el torso al desnudo.

—Pero ¿cómo habla este tío? —susurró Eddie.

—Rarísimo —contestó Lyle.

—¿Qué, habéis estado en Oz? —preguntó Kevin.

—¿Perdón?

—Australia.

—Ah... Sí, hemos hecho escala antes de tomar el avión hasta aquí.

—Ya sabéis lo que se dice. El país de la suerte es Australia, pero la tierra de Dios, Nueva Zelanda.

—¿En serio?

—Que sí, hombre, que es verdad. Es un país precioso. Fijaos en el agua. Qué bonita, ¿eh?

Por las ventanillas abiertas entraban chorros de aire caliente. La carretera pasaba en zigzag por un sinfín de calas, a cuál más impresionante. No había semáforos, y Kevin casi no tenía que tocar los frenos.

—La tierra de Dios —repitió para sus adentros.

—¿Conoce algún hotel barato?

—Uy, hay a montones, chaval. ¿Qué estáis, de vacaciones?

—Acabamos de terminar la universidad.

—¡Muy bien! ¿Y qué os trae a la isla?

—Buscamos a alguien.

Lyle le dio a Eddie un golpe en el brazo.

—¿A quién? —preguntó Kevin.

—A un guitarrista.

—Y cantante.

—¿Kiwi?

Los chicos se miraron.

—Es americano. Bueno, primero español. ¿Usted conoce a mucha gente en esta isla?

Kevin sonrió; las arrugas de su rostro parecían uno de esos estores arrugados.

—Yo diría que sí. —Señaló por la ventana—. Aquel puesto de frutas es de Curtis Mormoni. Es un caso, el hombre... ¿Veis la casa azul? Pues es de un irlandés que viene cuando hace calor.

Mulligan. O Milligan. Lo llamamos el Rojo... ¿Veis a aquel tío, el de la casita? Pues es mi amigo Tim. Tim el Terrible, lo llamamos. Pero solo cuando está borracho...

El todoterreno caracoleaba por colinas y campos que se arracimaban hacia el mar. Cada nuevo giro revelaba una bahía pintoresca.

—¿Y el guitarrista cómo se llama?

Lyle miró a Cluck, y este a Eddie.

—Presto, Frankie Presto.

El hombre se rascó la frente justo por encima del ojo.

—Pues no, majo, a ese no lo conozco. —Eché un vistazo por el retrovisor—. ¿También sois músicos, vosotros, o qué?

—Estamos en un grupo.

—Ah, pues muy bien. ¿Qué tocáis?

Cluck dio una palmada en el respaldo.

—Yo la batería.

—Yo la guitarra —dijo Lyle.

—Yo el bajo —respondió Eddie.

Kevin frenó un poco.

—Mirad, majos, he tenido una idea. ¿Por qué no pasamos por mi casa? Así os presento a mí mujer, que es un encanto. Comemos algo y luego seguís. Nada lujoso, ¿eh? Solo *bubble and squeak*.

—¿Qué es eso? —preguntó nervioso Cluck.

—Restos —respondió Kevin.

—No hace falta —dijo Lyle.

—Tranquilo, majo, que si no llega a ser por los yanquis en la Segunda Guerra Mundial estaríamos todos hablando japonés.

—¿A cuánto queda su casa?

—En Waiheke no hay distancias.

—¿Y el precio de la carrera?

Kevin sacudió la cabeza y sonrió.

—No, majo, si no soy taxista. Solo vivo aquí.



Unas horas después la luna flotaba sobre el agua, y eran infinitas las estrellas que se veían desde el patio de Kevin. Lyle, Eddie y Cluck se habían atiborrado de pollo, aceitunas, queso y tomates. También vino, mucho vino. Su intención era quedarse unos minutos, pero la hospitalidad kiwi los había puesto a tono y allí seguían después del anochecer. Parecía que los amodorrara la brisa húmeda. Su piel brillaba un poco por el sudor.

Ya habían confesado a Kevin y Robbie, su mujer, que andaban en busca de Frankie Presto. Tenían la esperanza de encontrarlo, y tal vez de oírlo tocar.

—Es una especie de leyenda —dijo Eddie.

Para entonces, en efecto, transcurridos doce años desde Woodstock, se había creado una

pequeña mitología en torno a mi querido discípulo. Un crítico había tenido mucho éxito con un libro en el que afirmaba que Frankie era «el guitarrista con más talento del primer *rock and roll*», y Roger McGuinn, de los Byrds, había contado en un documental lo impresionado que se había quedado el día que tocó con él. Si bien su angustiado solo de guitarra a oscuras en Woodstock no había sido grabado de manera oficial, en ese momento había una grabadora encendida fuera del escenario y los discos piratas de los dos minutos y diecisiete segundos de solo se habían convertido en una pieza de coleccionista, dando pie a toda clase de suposiciones acerca del artista, desde Jimi Hendrix hasta Carlos Santana, pasando por Jerry García y Pete Townshend, presentes todos en el festival, aunque unos y otros negaban ser los autores. Más recientemente se había postulado el nombre de Frankie, pero al haber desaparecido de la vida pública, nadie podía confirmarlo. Y cuanto menos capaces sois los seres humanos de resolver un misterio más interesante os parece.

Lyle, Eddie y Cluck estaban fascinados por el enigma de Frankie Presto. Hasta habían formulado una teoría acerca de su paradero: un primo de Eddie que trabajaba en una empresa de derechos musicales siguió la pista de un cheque correspondiente a la canción *I Want to Love You* hasta un apartado postal de la isla de Waiheke, en Nueva Zelanda. Eddie, Lyle y Cluck, cuyo grupo se llamaba The Clever Yells, habían organizado el viaje como una aventura de posgraduación, con la esperanza de ser los primeros que encontrasen al escurridizo guitarrista.

El más obsesionado parecía Lyle, que trató de explicárselo a sus curiosos huéspedes kiwis.

—Cuando yo era pequeño, Frankie Presto se hizo muy famoso —explicó—. Mis padres tenían todos sus discos y yo colgaba las carátulas de los álbumes en la pared. Me parecía tan guay... Lo tenía todo: voz, atractivo físico y talento. Y de repente lo dejó. Desapareció. Hay quien dice que con la guitarra superaba a cualquier músico de cualquier época. Y un día se lo tragó la tierra.

—Bueno, ¿y por qué queréis encontrarlo? —preguntó Robbie.

Lyle apartó la vista.

—Pues mire, señora, aunque parezca una tontería, yo tengo muchas ganas de triunfar en la música. He escrito varias canciones y he intentado venderlas. Cada vez que me dicen que no, es como si me dieran una patada en la barriga. Me vuelvo loco intentando entender por qué no les ha gustado. Supongo que se me ocurrió que conociendo a Frankie Presto podía aprender algo de él.

—¿A vender canciones? —preguntó Robbie.

—A que no me importe tanto —respondió Lyle.

Kevin miró a su mujer.

—Estos yanquis son muy profundos.

Ella se rio. Él también.

—Qué gracia, ¿eh? —dijo Kevin.

Lyle sonrió, pero apartó la vista. Cuando acabaron de hablar ya era tarde y Kevin dijo que estarían cerrados los hoteles. Insistió en que los visitantes durmieran en los sofás. Ellos estaban demasiado cansados para discutir.

A primera hora de la mañana, justo cuando salía el sol, Lyle notó que lo empujaban por el hombro.

—Arriba, chaval —le dijo Kevin en voz baja.

Un cuarto de hora más tarde estaban los tres músicos en la parte trasera del todoterreno, frotándose los ojos de sueño mientras Kevin salía de la carretera principal rumbo a una bahía escondida. Llegó a un claro entre los árboles. El coche frenó. Kevin señaló un pequeño camino.

—Es por ahí.

—¿El qué es por ahí? —preguntó Lyle.

—Lo que buscáis.



A los pocos minutos se abrían camino por las zarzas, pisando suelo mojado y caminando casi a oscuras, por lo tupido de las ramas que tenían encima. Vieron una nevera portátil en un árbol y dos altavoces viejos en dos escaleras de mano, conectados. A medida que avanzaban, y que aumentaban los rayos de sol, oyeron un rumor lejano y se dieron cuenta de que se estaban acercando al oleaje.

—Agachaos —susurró Eddie.

Se pegaron los tres al suelo.

—¿Qué pasa? —dijo Lyle.

—Mirad.

—¿Adónde?

Eddie señaló a la izquierda. A través de un claro en la maleza vieron a un hombre sentado en una hamaca e inclinado sobre una guitarra, frente al mar.

—¿Es él?

—Madre mía.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lo hemos encontrado!

—Un momento. —Lyle se puso un dedo en los labios—. Escuchad.

Se inclinaron para tratar de distinguir sonidos musicales por encima del ruido que hacían las pequeñas olas al chocar en las rocas.

—¿Lo habéis oído?

—¿El qué?

—Lo que está tocando. No puede ser él.

—¿Qué está tocando?

Lyle sacudió la cabeza.

—Escalas. Como un niño.

1944

— *M*aestro...

—¿Qué?

—¿Va a volver a casa mi papá?

—No lo sé, Francisco. Ponme una copa.

—¿Y si no vuelve nunca?

—No pienses esas cosas. Seguro que sí. Venga esa copa.

—Pero ¿y si no?

—Pues entonces volverás a empezar.

—¿Desde el principio?

—No. No se puede ser dos veces un bebé.

—Pues entonces, ¿cómo se vuelve a empezar?

—Como empiezan los compositores una nueva obra. ¿Dónde está mi copa?

—Yo no quiero empezar sin mi papá.

—No llores, niño.

—Pero es que...

—Para ahora mismo...

—Pero...

—Escúchame, Francisco. ¿Qué te crees, que yo quería vivir siempre en la oscuridad? ¿Te crees que no quería ver mis dedos, ni los trastes, ni las clavijas, y tener que ir a tientas como un animal perdido?

—No, Maestro.

—Pues no, no quería. La vida es así. Te quita cosas. O aprendes a volver a empezar muchas veces... o serás un inútil.

—Sí, Maestro.

—Que es lo que estás siendo ahora, inútil, porque no tengo mi copa.

—Lo siento, Maestro.

—Da igual, sigue con tus arpegios. No pienso decir nada más sobre el tema. ¿Me estás escuchando?

—Sí, Maestro.

—*Pues no llores y empieza a tocar.*

Pocos ha habido en la historia de la humanidad que al nacer se hayan llevado tan gran parte de mi como Ludwig van Beethoven. Mi color le llamó enseguida la atención y, gracias a la fuerza de sus manos, tuvo asegurada una existencia musical. Aun así, cuando su padre, que era un borracho, lo despertaba en plena noche y le exigía que ensayase, Ludwig, asustado, a duras penas podía sacarme de dentro. Más tarde, cuando se quedó más sordo que una tapia, me conservó en su alma, tan firme como siempre, pero hacer música sin oír era una carga que yo no podía aliviar, ni siquiera en uno de mis hijos predilectos.

Algo parecido ocurrió con Frankie Presto, después de que se hiciera graves cortes en la mano izquierda en el escenario de Woodstock. Lo único que yo podía hacer era observar. Lo evacuaron del festival en un helicóptero del Ejército, aturdido y cubierto de sangre, gracias a una mujer que se lo llevó a toda prisa al puesto de asistencia médica. Le curó los cortes personal militar y lo operó un cirujano del Ejército, que salvó todo lo que pudo.

Al día siguiente, en el hospital, ya sin drogas en la sangre, Frankie se dio cuenta de lo que había pasado y, al verse las vendas de la mano, lloró hasta que no pudo seguir mirando. Por la noche entró una enfermera con su funda de guitarra y le dijo que la había traído alguien del festival. Frankie preguntó si su guitarra estaba dentro. La enfermera quitó un cierre y miró.

—Sí —contestó.

Frankie sintió que se le ensanchaba el pecho.

—Llévesela —dijo con voz ronca—. Haga el favor de llevársela.

Durante los siguientes días se enteró de que en Woodstock había habido más víctimas: un joven marine muerto por culpa de la heroína y un adolescente atropellado por un tractor mientras dormía en un saco. Vio a varias víctimas del LSD, casi todas recién salidas del instituto, que entraban dando tumbos y gritaban o lloraban, mientras los voluntarios les susurraban palabras al oído y les frotaban los brazos. En un momento dado, una enfermera con una carpeta le preguntó a Frankie qué edad tenía, y él respondió sin apartar la vista de los pacientes jóvenes.

—Treinta y tres.

Se sintió raro, ridículo.

A su debido tiempo le dieron el alta y volvió a Nueva York, pero tal como había previsto, en el

piso de la calle Doce no había nadie. Aurora se había ido, y con ella su maleta amarilla. Esta vez no intentó localizarla. Lo que hizo fue vender casi todo el equipo —las guitarras eléctricas, los amplificadores y las grabadoras— y quedarse solo la acústica de su niñez. Pasó varios meses sin rumbo, alojado en hoteles y durmiendo hasta tarde para no pasar horas y horas mirándose la mano. Tenía muchas ganas de beber, de buscar el olvido en alguna sustancia, pero sabía que era como había caído en aquel agujero. «Tendrás que volver a empezar muchas veces», le había advertido el Maestro. Hasta entonces Frankie siempre había podido acudir a mí para olvidar sus problemas en el trance de su guitarra. Escuchaba cintas de casete en su coche, canciones de jóvenes compositores, como Randy Newman y Warren Zevon, y de guitarristas, como Grant Green y Freddie Robinson, pero no era lo mismo. Echaba de menos tocar. Y echaba de menos, con la misma fuerza, ensayar.

Al cabo de un tiempo empezó a llenar las horas muertas viendo la tele. Vio a jóvenes que se manifestaban en contra de una guerra fuera del país. Frankie odiaba la guerra, pero al mismo tiempo era consciente de que quienes lo habían llevado a un lugar seguro y le habían cosido las heridas eran militares. Se sentía en deuda con ellos, sobre todo con el cirujano, a quien siguió visitando. Era un hombre musculoso de unos cuarenta y cinco años, cuya suave voz invitaba a prestar más atención, y que no se cansaba de recordarle casos de músicos que habían superado alguna discapacidad.

—¿Te suena de algo un guitarrista de *jazz* que se llamaba Django Reinhardt? —preguntó—. Solo tenía dos dedos, pero tocaba de una manera alucinante.

Frankie apartó la vista.

—Django era único.

—Pero no sabía cantar, y tú sí.

—Mmm.

—¿Te plantearías volver a cantar tus canciones?

—Ya nadie quiere oírlas.

—Quizá un determinado público sí.

—Ahora ha cambiado todo.

—Aquí, tal vez. —El doctor sonrió—. Pero no me refería a aquí. Hubo una serie de llamadas telefónicas, y de contactos.

Nueve meses después, Frankie Presto viajaba a Vietnam.



Ya hacía décadas, desde la Segunda Guerra Mundial, que la USO (United Service Organization) se dedicaba a llevar a artistas ante los soldados estadounidenses. Así viajaron cantantes como Bing Crosby y las hermanas Andrews. Entre los participantes figuró incluso mi maravilloso violinista Jascha Heifetz, que una vez tocó para un solo soldado con paraguas, bajo un aguacero, y dijo que posiblemente hubiera sido la mejor actuación de su vida.

La música y la guerra llevan mucho tiempo entrelazadas, desde las trompetas de la Antigüedad hasta nuestras actuales bandas militares. Esta tradición la continuó a finales de 1970 Frankie Presto, uniéndose a una gira navideña de la USO con el cómico Bob Hope, la cantante

Lola Palana, un grupo de bailarinas que se llamaban las Goldiggers, un jugador de béisbol, la ganadora de un concurso de belleza y una *big band* a la que ayudó con los arreglos. También cantó dos de sus éxitos. *No, No, Honey* y *I Want to Love You*. La gira pasó por varias bases militares, con gran parafernalia de camiones y escenarios montados para la ocasión. Finalizado el espectáculo, volvían a cargarlo todo y se marchaban para repetirlo en otro sitio.

En todas las etapas de la gira, Frankie hizo amigos entre los soldados, a quienes pedía que lo acercasen lo más posible al frente. El dolor que presencié sirvió para aliviar un poco el suyo. Vio a niños vietnamitas de mirada vacía al lado de la carretera. Vio grandes trípodes de artillería que parecían típis indios. Asistió a explosiones desde una azotea y vio caer a un francotirador de una ventana.

Pero el día que tengo que contar, el que viene al caso para nuestra historia, es uno de la última semana de la gira. Por la tarde habían actuado en Long Benh, una importante base del Ejército estadounidense. Había muchos espectadores, casi dos mil. Varios soldados se subieron a los postes para ver mejor. Todo eran gritos y aplausos, sobre todo para el cuerpo de baile femenino. Mientras cantaba Frankie, al fondo bailaban las Goldiggers, y algunos soldados gritaron:

—¡Qué suerte tienes. Presto!

Después de la actuación, mientras los músicos se dispersaban, Frankie oyó una voz que lo llamaba a gritos.

—¡Señor Frankie! ¡Soy yo, Ellis!

Al borde del escenario había un soldado corpulento, de uniforme verde, que lo saludaba con la mano, sonriendo. Frankie parpadeó de incredulidad. Ellis Dubois era el niño que trabajaba de limpiabotas en el callejón de Nueva Orleans (el que oyó cantar *Tutti Frutti* a Little Richard), y que más tarde hizo de padrino en la improvisada boda con Aurora York. Por aquel entonces tenía seis años.

Ahora eran veintiuno.

—Ellis. No me lo puedo creer —dijo Frankie—. Sí que estás... mayor.

—Sí, señor.

—Bueno, pues... ¡vente para aquí!

Se dieron un abrazo y se pusieron a hablar a gran velocidad, intercambiando datos y preguntas. Frankie preguntó por la salud del joven (buena), su trayectoria militar (recluta) y el estudio de grabación de detrás de la tienda de electrodomésticos de Nueva Orleans (aún existía, pero reformado). Ellis preguntó por los éxitos discográficos de Frankie (los tenía todos), por el *show* de Ed Sullivan (lo miró las dos veces) y, como no podía ser menos, por la señorita Aurora.

—Ya no estamos juntos, Ellis —dijo Frankie.

El joven dijo que lo sentía, porque aún se acordaba de cuántas veces le había traído Aurora bocadillos, buñuelos y té helado.

A continuación contó que estaba a punto de casarse. Se había enamorado de una vietnamita e iba a convertirla en su esposa antes de que lo licenciasen, con la esperanza de llevársela a Estados Unidos y darle una vida mejor. El matrimonio era un proceso muy largo y trabajoso, pero esa misma noche celebraban una fiesta con la familia de la novia y Ellis le rogó a Frankie que fuera.

—Por favor. ¿Habría alguna posibilidad de que nos tocara una canción?

Frankie le enseñó su mano izquierda, llena de cicatrices.

—Ya no puedo tocar, Ellis.

—¿Qué le ha pasado?

—Sería largo de contar.

Ellis estaba acostumbrado a ver heridas, pero aquella le causó una gran tristeza. Recordaba a Frankie como un hombre inseparable de su guitarra.

—Lo siento muchísimo, señor Frankie.

—Gracias, Ellis.

—Tengo una idea... ¿Y si canta y toco yo?

—¿Ahora tocas, Ellis?

—¿No se acuerda de que me enseñaba acordes en el callejón? Con usted aprendí el de re, el de sol y el de la. El resto lo aprendí yo solo. Lo oía grabar a escondidas. Tocaba tan bien que, gracias a su ejemplo, entré en un grupo y todo.

Frankie sonrió.

—No me eches la culpa a mí.

—Por favor... Venga y cante.

—Bueno, vale, cantaré para ti y para tu chica.

—Qué guay. Esto... ¿tiene una guitarra?

Pocas horas después estaban en el jardín trasero de un templo budista, enfrente de tres mesas ocupadas por una familia vietnamita, cubiertas de comida y bebida. Había mujeres con su traje típico y unos cuantos soldados estadounidenses que habían dejado sus armas en la entrada. Ellis rasgó la guitarra de Frankie (que, haciendo caso a Django Reinhardt, aún se la llevaba a todas partes) y tocó los acordes del éxito de Frankie *Our Secret*. Hacía años que Frankie no cantaba esa canción y lo hizo en una interpretación sencilla, sin amplificar, muy parecida a la del día en que la escribió pensando en Aurora:

*One day our secret
Will not be a secret
Because everybody will see
That my secret
Is your secret
I will love you
And you will love me, too.*

Los invitados aplaudieron educadamente. Frankie tuvo la impresión de que la familia no estaba contenta con el enlace. Lo veía en las caras. Aun así se mostraban cordiales, y Ellis y su futura esposa parecían muy enamorados.



Después de muchas horas y de muchas copas, Ellis insistió en acompañar a Frankie de

regreso al hotel donde se alojaba el personal del espectáculo. Pidió un taxi. Cuando llegó, subieron ambos a la parte trasera. De camino al hotel coincidieron en que daba gusto ver una cara conocida en una guerra fuera del país.

—Ha sido el mejor regalo de bodas que podían hacer, señor Frankie.

—Espero que seáis felices.

—Seguro que sí. Me la llevaré a Nueva Orleans, y abriré una zapatería.

El conductor empezó a señalar y decir algo. Se metió en una gasolinera.

—No, gasolina no. Al hotel —le indicó Ellis.

El conductor seguía señalando el indicador de gasolina.

—¡No, gasolina no! —exclamó Ellis—. ¡Al hotel! ¡Directamente!

El conductor hablaba deprisa en vietnamita.

—Poco tiempo, poco tiempo —decía de vez en cuando.

Paró el coche y salió, haciendo gestos con las manos para indicarles que esperaran. Se fue hacia la gasolinera.

—Caramba, lo siento, señor Frankie —dijo Ellis con un suspiro—. Es que la gente de aquí...

Frankie observó al conductor por la ventanilla.

—Ellis, ¿por qué corre?

Los ojos de Ellis, amodorrados por el alcohol, parpadearon perezosos y se abrieron de golpe.

—¡Salga! ¡Salga! ¡Salga! —gritó.

Frankie empujó la puerta. Echaron los dos a correr, porque Ellis acababa de acordarse de todas las veces que le habían advertido de que en Vietnam nunca se quedara dentro de un coche si se iba el conductor, debido a que veces ponían explosivos para matar a soldados estadounidenses. A la vez que corrían, oyeron los gritos de una sola voz, en vietnamita, y después de un momento de silencio, una explosión descomunal que los arrojó a los dos al suelo. Justo cuando se caían, Frankie tiró la funda de su guitarra por encima de Ellis. Todo era polvo y ruido. Les zumbaban los oídos, les escocían los ojos y no veían nada por culpa del humo.

El silencio fue igual de repentino. Alguien se puso a gritar. Ladraron varios perros. Habían puesto una bomba en el coche, en efecto. Tal vez alguien quisiera matar a Ellis por haberse echado una novia vietnamita. Son detalles que se me escapan. Lo único que sé es que Frankie le ayudó a apoyarse en un edificio, y que cuando pasó a toda prisa un todoterreno del Ejército en busca de soldados, Frankie lo paró. A Ellis le sangraba un poco la pierna, pero por lo demás estaba ileso, aparte de algunos rasguños y morados. Frankie igual. Subieron al vehículo. Ellis empezó a gritar que Frankie era un VIP y que tenían que llevarlo enseguida a su hotel. Respiraban los dos muy deprisa. Ahora, sin embargo, Frankie no apartaba la vista de la funda de su guitarra. Cuando el coche pasó por debajo de una farola, Ellis vio por qué.

Llevaba clavados pedacitos de metralla.

Al darse cuenta de que podrían haberle dado a él, tocó la funda y a duras penas pudo hablar.

—Madre mía...

—No pasa nada —dijo Frankie.

—Esta metralla podría haberme matado.

—Ni lo pienses.

Ellis se puso a llorar.

—Lo siento, señor Frankie. Cuánto lo siento, por Dios...

—No lo sientas, que estás vivo.

En el momento mismo de decirlo, tuvo la impresión de que eran palabras destinadas a sus propios oídos: «No lo sientas, que estás vivo». Se puso la funda entre las piernas y la abrió.

—¿Qué es esta luz? —preguntó Ellis.

Frankie se la quedó mirando. La cuarta cuerda de la guitarra tenía un brillo azul. Se le hizo un nudo en la garganta. Cerró la funda y pasó la mano por los agujeros de metralla.

—No pasa nada —dijo—. No tiene importancia.

Por supuesto que la tenía. Acababa de ser modificado un futuro. Tras sobrevivir a la explosión, Ellis se casó con su novia vietnamita. Se instalaron en Nueva Orleans, abrieron una zapatería y tuvieron tres hijos y nueve nietos, uno de los cuales acabaría siendo un compositor famoso.

Nada de lo cual habría pasado sin el reencuentro entre Frankie y Ellis. Eso era lo que contaba la cuarta cuerda.

En esta vida, todo el mundo es de algún grupo.

Y a veces los grupos se reúnen.

Los chicos de Texas se quitaron los zapatos, se levantaron de entre los arbustos y llegaron despacio a la arena, acercándose al guitarrista por detrás.

—¿Señor Presto?

Frankie levantó la vista. Llevaba una barba muy poblada, y estaba moreno por el sol.

—Buenos días. Somos americanos.

Su mirada se hizo más penetrante. Como no decía nada, los chicos hablaron más deprisa.

—Tejanos, más exactamente...

—Tenemos un grupo...

—Perdone que lo molestemos...

—Es que nos ha dicho un hombre que se llama Kevin...

—Nos ha dejado en el bosque...

—No sabíamos ni que...

—Ni que estuviera usted aquí...

—Nos encanta su música...

Frankie levantó la mano. El gesto los hizo enmudecer, pero no era su intención. En realidad, llamaba a una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años, que llegó corriendo por la playa. Llevaba trenzas, los pies descalzos y el torso al descubierto. Se metió entre el cuerpo de Frankie y su brazo. Él sonrió de oreja a oreja y la levantó. Parecía que la niña se riese, aunque no hizo ningún ruido. Al aterrizar en el suelo vio a los tres desconocidos y cambió de expresión. Se fue corriendo en silencio, tal como había llegado.

Lyle, Eddie y Cluck miraron hacia dónde iba: una casita al final de la playa, rodeada de árboles, de la que salía una mujer rubia con un pareo de colores.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Perdón, señora, ya volveremos en otro momento —tartamudeó Lyle mientras los otros se metían otra vez entre los árboles.

Tony Bennett

Cantante, pintor, ganador de un Grammy y galardonado por el Kennedy Center

Bueno, lo primero que tengo que decir es que es una noticia trágica, una desgracia para todo el mundo de la música. Era una bellísima persona. ¿Lo conocías? Suerte habrías tenido. Lo digo en serio. Frankie Presto era un artista de pura cepa. Muy afable y considerado. Y el guitarrista de musicalidad más pura que he conocido en mi vida.

Te voy a explicar por qué lo digo. Canto desde finales de los años cuarenta. Frank Sinatra, Nat King Cole, Billie Holiday... Son mis influencias. Me gustaban mucho los cantantes de *jazz*. Es como me veía a mí mismo, pero cuando llegó el momento de ganar dinero me dijeron que cantando *jazz* no podía ser. ¿Entiendes? El negocio funcionaba así. Una vez le dijeron a Duke Ellington que la discográfica ya no lo quería, y él preguntó por qué. «Porque no vendes bastantes discos», contestaron. «Estáis confundidos —dijo él—. Mi trabajo es hacer los discos, y venderlos el vuestro». Duke Ellington. ¿A que parece mentira?

Pues yo también tuve un momento, a principios de los años setenta, en el que no vendía bastantes discos. Ni quería grabar lo que querían que grabase. Había hecho un disco de canciones de *rock*, cediendo a las presiones, y fue un verdadero suplicio. Hasta me puse enfermo, mientras lo grababa. Fue una época difícil. Tenía la sensación de estar aislado de lo que más quería en el mundo.

Corté con la discográfica y me fui a Londres. Al final me quedé casi dos años. Fue la mejor época de mi vida, porque me limitaba a cantar lo que quería.

En Londres me alojaba siempre en el mismo hotel. Cada mañana, al despertarme, estaban abiertas las cortinas de la sala, que daba a un parque, y siempre había un hombre sentado en un banco con una guitarra. Nunca la tocaba. Solo la tenía encima de las piernas.

Después de unas semanas me entró curiosidad. Un día, de vuelta de un paseo, pasé a su lado y me pareció reconocer su cara.

—Perdone, pero es que lo veo cada día...

No tuve tiempo de acabar la frase, porque me miró y cantó una estrofa de *Love Letters*, una canción que yo había grabado en mi primer álbum. Tenía una voz preciosa, con una afinación perfecta.

—Tu guitarrista era Chuck Wayne —dijo.
—Exacto —contesté.
—Muy bueno, el disco.
—Gracias.
—Hay otra canción que se llama *Love Letters*.
—¿Ah, sí?
—De Django Reinhardt. Se titula *Billets Doux*.
—*Billets Doux*.

—En francés. Es un instrumental.
—¿Podrías tocarla?
—No. —Miró su guitarra—. Ya no.

En ese momento vi su mano izquierda, que estaba llena de cicatrices.
—¿Por eso te pasas todo el día aquí sentado, pero sin tocar? —le pregunté.
Él me miró.

—Espero a alguien.
—¿A quién? —quise saber.
—A mi mujer —contestó.
—¿Vendrá pronto? —dije yo.

Sacudió la cabeza y dijo que no estaba seguro, que no sabía si aún vivía en Londres.

La cuestión es que seguimos hablando hasta que caí en la cuenta de que era Frankie Presto. Hacía años que no se sabía nada de él. Me explicó que su verdadero nombre era Francisco.

—Ah, pues el mío es Benedetto. ¡Igual somos primos!

Nos reímos y estuvimos un buen rato hablando.

Yo siempre había pensado que era un músico de *rock*, pero resultó que teníamos a muchos conocidos en común. Frank Sinatra, Bob Hope... Hasta había conocido a Duke Ellington, de niño. ¿Lo sabías?

Al día siguiente lo vi otra vez sentado en el mismo sitio. Como iba a venir un coche a recogerme, lo invité a venir al rodaje del programa de televisión que estábamos haciendo, uno que se llamaba *The Talk of the Town*. *Yue* genial hacerlo. Estaba Robert Famon, el mejor arreglista del mundo («el Jefe», lo llamaban todos). Cada semana tocábamos canciones y hablábamos de música.

Ese día, Francisco —como le gustaba que lo llamase— vino, se sentó en el estudio y se quedó escuchando. En ningún momento abrió su funda de guitarra. Yo lo invité al día siguiente y unas cuantas veces más, y cada vez que subíamos al coche echaba una última mirada atrás, como si pudiera aparecer su mujer.

Pero no apareció.

Unas dos semanas más tarde, mientras ensayábamos para el programa, me puse a cantar una canción de Kurt Weill que se llama *Lost in the Stars*, solo con acompañamiento de piano. Es una canción bonita, pero triste. ¿La conoces?

*Before Lord God made the Sea and the Land
He held all the stars in the palm of his hand*

*And they ran through his fingers like grains of sand
And one little star fell alone.*

De repente oí unos acordes de guitarra preciosos, solo un rasgueo cada vez, y al girarme vi que era Frankie Presto. Parecía que le costara cada acorde; se le veía en la cara, pero como el ritmo era muy lento, tenía tiempo de cambiar los dedos. Seguí cantando. No quería parar, porque intuí que era importante para él. Después de unas estrofas, llegamos al final:

*But I've been walking through the night, and the day
Till my eyes get wary and my head turns grey
And sometimes it seems maybe God's gone away...
And we're lost out here in the stars.*

Frankie tocó el último acorde, y vi que rodaban lágrimas por su cara. Aplaudieron hasta los operarios.

—Ha estado muy bien —le dije.

No quise violentarlo, pero era mentira: no es que hubiera estado muy bien, es que había sido espectacular.

Al final de ese verano tomé la decisión de volver a Estados Unidos. Vino el coche a buscarme. Francisco estaba en el banco, como siempre. Le pedí al chofer que esperase. Me acerqué y me senté a su lado.

—Me marcho —dije.

—¿Adónde?

—A casa.

—Gracias por llevarme a tus programas, Benedetto.

—¿Cuánto tiempo piensas esperar?

—No lo sé.

—¿Y si no vuelve tu mujer?

—Volverá.

—Bueno, si te apetece alguna vez grabar conmigo, sería un honor.

Casi se rio.

—Yo ya no puedo tocar.

—Sí que puedes. Tocaste.

—Solo unos acordes.

—No, acordes, no. Música.

Le dije que mientras llevara dentro aquella música, no habría nada que pudiera impedir que saliese. Y lo dije en serio.

Luego le hice una pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace que no has estado en casa?

—La verdad es que no tengo casa —dijo él.

—Todo el mundo tiene un sitio donde está como en casa —contesté yo.

Levantó la guitarra.

—Yo lo único que he tenido es esto —dijo—, y a ella.

Una de las canciones preferidas de Frankie era *Save the Last Dance for Me*, de los Drifters. La letra —que le dice a una mujer que no pasa nada por que baile con otros, siempre y cuando se acuerde de quién la llevará a su casa— era de Doc Pomus, víctima de la polio. La escribió en recuerdo de su noche de bodas, cuando bailaron otros hombres con la novia mientras él tenía que mirar desde la silla de ruedas. Escribió el texto en el dorso de la invitación de bodas.

Ya os he dicho que todas las historias de amor son sinfonías y que el último movimiento es el rondó, temas que se repiten con episodios intercalados. Ya hacía bastante tiempo que Frankie y Aurora se reservaban el último baile. En 1974, finalmente, se reconciliaron de verdad, ni más ni menos que gracias a un programa de radio.

Sí, un programa de radio. Tony Bennett (o Benedetto) le hizo un último favor al lesionado señor Presto. El día en que se fue de Londres, compartió su limusina con otro pasajero, un presentador de la BBC. De camino al aeropuerto estuvieron conversando, y el señor Bennett contó una parte de la historia de Frankie, omitiendo su nombre, pero no que cada mañana esperaba a su mujer con su guitarra encima de las piernas.

—No está mal, ¿eh? —dijo Bennett.

—Increíble —asintió el presentador.

Conmovero por la triste historia, el hombre de la BBC la contó esa misma semana en su programa matinal de radio; programa que fue oído en el coche, de camino al trabajo, por Cecile Peterson, de soltera York, la cual, cuando llegó a su despacho de la London School of Economics, llamó por teléfono a su hermana Aurora.

—Creo que tu marido está en Londres —le dijo.

La mañana siguiente, mientras llovía sin parar, Aurora York bajó de un autobús y fue al parque. Al ver a Frankie se escondió detrás de un poste y esperó una hora, viendo cómo se mojaba. Contó las gotas de lluvia que chocaban con su paraguas, y asignó a cada una una razón para no cruzar la calle. Cuando se le acabaron las razones, cerró el paraguas y también dejó que la lluvia la mojara.

Después cruzó la calle.

Frankie levantó la vista y vio que se acercaba con la cara mojada. Ella apartó la guitarra y se sentó en su regazo.

—¿Te quedas? —preguntó él.
—Sí —contestó ella.



La música puede apaciguar el alma. El cuerpo es otra historia. Aurora York dedicó varios meses a buscar a los mejores especialistas para las heridas de la mano de Frankie. Eso se lo tengo que agradecer muchísimo. Recurrió a los contactos de su hermana, pagó de su bolsillo una nueva operación, obligó a Frankie a hacer ejercicios de rehabilitación diariamente y cuidó a mi amado discípulo hasta que volvió a estar en condiciones, hecho lo cual mi seducción lo reavivó.

Pero volvamos a hablar de los afectos (el rondó, ¿os acordáis?). Frankie y Aurora descubrieron complacidos que las barreras que los separaban se habían disuelto. La fama ya no era un problema. Tampoco los viajes, ni el trasnochar, ni las otras mujeres. Cualquier resto de narcóticos o alcohol en la vida de Frankie fue barrido por Aurora.

Lo siguiente que hizo fue buscar una casa.

—¿Quieres que nos quedemos en Londres? —preguntó Frankie.

—Ni hablar.

—Pues entonces, ¿dónde?

—En algún sitio que esté lejos —contestó ella—. Y que sea tranquilo.

Fueron en coche a algunos de los sitios más remotos de Inglaterra, pero ninguno fue del gusto de Aurora.

—Más lejos —dijo—. Un sitio más tranquilo.

Tomaron un vuelo a Nueva York, donde Frankie recuperó dos guitarras.

—Más lejos —dijo Aurora—. Un sitio más tranquilo.

Tomaron un vuelo a Los Ángeles, donde Frankie sacó dinero de un banco. Aurora no quiso ni salir del aeropuerto.

—Más lejos —dijo—. Un sitio más tranquilo.

Tomaron un vuelo a Australia.

—Más lejos. Un sitio más tranquilo.

Fueron en barco a Nueva Zelanda y pasaron la noche en el puerto de Auckland, donde Aurora vio zarpar un viejo *ferry* bajo la luz de la luna. Preguntó adónde iba, y un empleado le dijo que a Waiheke, un sitio cuyo nombre en maorí. *Tē Motuarai roa*, significaba «isla larga y protectora».

Por la mañana, Aurora y Frankie se embarcaron en el *ferry* con todas sus pertenencias. Una hora después, cuando desembarcaron y vieron los acantilados altos y verdes y oyeron el suave rumor de las olas, Aurora se giró hacia el amor de su vida y lo miró a los ojos.

—Aquí —dijo.

49

1981

Los chicos de Texas echaron a suertes cuál de los tres haría otro intento. (Habían decidido que sería demasiado intimidatorio ir juntos). Fue Lyle quien sacó la paja más corta. Al día siguiente, mientras se ponía el sol, se internó entre los arbustos y los árboles y salió a la playa. Frankie estaba sentado, sin camisa, con la correa de la guitarra sobre su piel bronceada, tocando escalas en clave de fa: escala mayor, escala menor, dórica, frigia, lidia, ascendente, descendente.

—Acércate, si quieres —dijo sin girarse.

Lyle se aproximó con las manos en los bolsillos.

—Buenos días.

—Ya dijo mi mujer que volveríais.

—Perdón por lo de la otra vez...

Frankie siguió tocando escalas, lenta y parsimoniosamente.

—Es que..., es que no pensaba que llegaría a conocerlo, señor Presto. Me llamo Lyle.

Frankie pasó a las escalas en fa sostenido.

—Yo también toco la guitarra —dijo Lyle.

Frankie asintió con la cabeza.

—No como usted, claro.

Volvió a asentir.

—¿El del solo de Woodstock era usted?

Volvió a asentir.

—¿De verdad? Porque nadie ha podido confirmar su presencia.

Frankie siguió moviendo la cabeza hasta que Lyle cayó en la cuenta de que no contestaba a sus preguntas, sino que acompañaba el ritmo de las olas, como si siguiera el de una batería.

—¿Está practicando? Quiero decir que si... Qué pregunta más tonta. ¿Y por qué escalas? ¿Por qué practica escalas?

Frankie dejó de tocar.

—¿Eh?

—¿Por qué escalas?

—Reaprendizaje.

—¿Reaprendizaje?

—Mis dedos. Mis oídos. Es un proceso largo.

Lyle tenía ganas de hacerle cien preguntas, pero se quedó callado mientras Frankie seguía tocando, y escuchó. Una vez terminada la rotación del si bemol y el si natural, Frankie hizo otra pausa.

—Me fastidié la mano. Estoy trabajando en encontrarla.

—¿En encontrar el qué?

—La belleza. La mano izquierda es la que encuentra la belleza. Enseñó la palma. Lyle vio las cicatrices.

—Caray...

—Mucha belleza no es que haya.

—¿Qué pasó?

—No estoy seguro de acordarme.

—¿Un accidente?

—No podría llamarlo así.

—¿Cuándo?

—En el 69.

—El año de Woodstock. O sea, ¿que sí que estuvo en Woodstock?

—Más o menos.

—¿Era usted el que tocaba?

—¿El que tocaba qué?

—Él solo. Por el que le acabo de preguntar.

—Perdona, no te estaba escuchando.

—Es famoso. Famoso por los discos piratas, me refiero.

Frankie se quedó mirando el agua.

—¿Discos piratas?

—Grabaciones de conciertos. Si vas preguntando, al final las encuentras.

—¿De un solo?

—Es el solo más alucinante de la historia. Yo no podría tocarlo, por mucho que me esforzara.

Ni yo ni nadie.

Pareció que Frankie respirara más deprisa.

—No era yo. —Se miró los pies—. Será mejor que te vayas. Me queda mucho que ensayar.



Pasaron varios días. Lyle y sus compañeros de grupo intentaron ir tres veces más a ver a Frankie, pero siempre encontraban la playa vacía.

—Puede que lo hayamos ahuyentado —dijo Eddie.

—Dijo que no era él —señaló Lyle.

—¿Tú te lo crees?

—No sé. Toca bastante despacio.

—¿Cómo se hizo daño?

—No me lo dijo.

—¿Y ahora qué hacemos?

Se miraron.

—Beber —dijo Cluck.

Diez minutos más tarde entraron en un *pub*, el McGinty's, y pidieron cervezas. Encontraron una mesa.

—Pero ¡si son los rockeros yanquis!

Al levantar la vista vieron a Kevin, el del todoterreno, que los miraba desde detrás de la barra con una sonrisa burlona.

—¿También es camarero?

—No, qué va, me sirvo yo mismo. ¿Qué, cómo va la aventura?

—No va —dijo Lyle, cariacontecido.

Kevin acercó una silla.

—Mirad, majos, es que cuando alguien se va a una isla suele ser para que lo dejen en paz. Si quisiera que lo encontraran no elegiría Waiheke, os lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué nos llevó hasta él?

—No sé. Es que lleva mucho tiempo aquí, y pensé que quizá le gustaría saber que no lo había olvidado todo el mundo.

—¿Usted sabe quién era? ¿Sabe que fue famoso en los sesenta?

—Pues claro. *I Want to Love You*. Oíamos esa canción en el Ejército. ¿A que te hace mover las caderas?

—Pues entonces, ¿por qué dijo que no le sonaba de nada?

—Es la regla número uno de la amistad, chavales. Aprender a guardar un secreto.

Los tres muchachos se quedaron encorvados, absortos en sus cervezas.

—Por eso me acerqué esa noche a su casa, para asegurarme de que no se molestara.

—Un momento —dijo Lyle—. ¿Le dio permiso él para que nos llevara?

—No, majo, él no. Ella.

—¿Su mujer?

—Aurora. Es un encanto. Le pareció una buena idea.



Animados por la noticia, los chicos de Texas decidieron quedarse todo el fin de semana en la isla, en la que se celebraba una tradición anual llamada Race Day. En una gran playa competían caballos, ponis y tractores mientras los isleños se reunían al sol, comían filetes de McGinty's y bebían cerveza de barril. La fiesta tenía un componente musical. A los Clever Yells les costó muy poco organizarse para tocar unas cuantas canciones al atardecer. (Los otros músicos eran un grupo pequeño de viento y un hombre con un acordeón). En el escenario el montaje era muy tosco: una batería vieja en el centro, unos amplificadores pequeños y unos micrófonos que se usaban en las reuniones del ayuntamiento, pero Lyle, Eddie y Cluck tenían muchas ganas de tocar —los grupos que se reúnen después de un paréntesis sienten el mismo vértigo que los

enamorados en los aeropuertos—, y una vez enchufadas sus guitarras, tras saludar al público con pocas palabras, empezaron con una canción *country* compuesta por Lyle, que fue acogida con cálidos aplausos. Tocaron *Jambalaya*, de Hank Williams, y una versión de *Twist and Shout*, canciones que parecían combinar bien con el sol, la cerveza y el ruido de niños gritando y las risas de hombres borrachos.

—Nos gustaría tocar una más —dijo Lyle—. Tiene sus años, pero buena lo es un rato.

Cluck le dio a la batería. Mientras, la guitarra tocaba una vieja y conocida melodía, Lyle atacó la primera estrofa del mayor éxito de Frankie Presto:

*I want to love you,
I will be true,
No one will love you
The way I do.*

El público enseguida empezó a dar palmas, como cuando reconoce la gente una canción. Lyle miró a Eddie, que hacía los coros. Sonreía. Se les notaba el cariño a aquella música. Bastó un vistazo más allá del público para que a Lyle se le borrara la sonrisa.

Al fondo estaba Frankie, con la niña a hombros.

A media canción se giró y se fue.



No estará de más que hable de la niña.

La paz que buscaban Frankie y Aurora la encontraron en la isla. El precio del suelo era bajo. Se compraron un terreno pequeño en la playa, y con los materiales de la zona se hicieron una casa muy correcta, con vistas al mar desde el porche. Por la mañana daban un paseo por la orilla. Al atardecer, Aurora hacía pescado fresco en la barbacoa mientras Frankie practicaba escalas y arpeggios para recuperar su destreza. Iban con pantalones cortos y camisetas viejas de algodón. Descubrieron que los residentes de la isla eran una colección de artistas, bohemios y personajes pintorescos a quienes les era indiferente que Frankie hubiera sido famoso.

Transcurrido aproximadamente un año desde su llegada, un día en que volvían de un paseo, Frankie y Aurora oyeron el llanto de un animal y vieron entre los arbustos un perro callejero. Tenía el pelo blanco y los miraba fijamente, muy pegado al suelo. Cuando se acercaron, el perro ganó y retrocedió unos pasos. Frankie y Aurora descubrieron tras él a un bebé envuelto en una manta gris, una niña que no podía pasar de los tres meses.

—Pero ¿quién eres tú, cielito mío? —susurró Aurora, mientras la levantaba suavemente.

Frankie miraba. El bebé no hacía ruido. Aurora se lo puso contra el pecho, pero el bebé seguía con los ojos abiertos, mirando a Frankie.

—La ha abandonado alguien para que se muriera —dijo este último.

Le salió así, sin pensar. Los seres humanos llevan siempre dentro todos sus recuerdos, los que están a su disposición y los que no. En lo más hondo del cerebro de Frankie estaba su propio

abandono, su propia manta gris, su propio perro que gañía.

—Tenemos que llevarla a algún sitio donde esté bien cuidada —dijo Aurora.

Subieron rápidamente al coche, sin ver que en el bosque se escondía alguien vestido con ropa gruesa.



Llevaron a la niña a la iglesia más cercana, un edificio pequeño y de una sola planta. Su llegada pareció sorprender a la monja que los atendió, una mujer de cuello grueso y expresión severa, que se llevó al bebé y les pidió que esperaran. No tardó en llegar un policía que los interrogó sobre todos los detalles. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Ellos quiénes eran?

—¿Por qué nos hace tantas preguntas? —dijo Frankie.

—Porque este bebé lo dejaron aquí hace dos días —contestó el policía—. Lo abandonó alguien en el vestíbulo con una nota donde pedía que lo tomara a su cargo la iglesia. Y luego, esta mañana...

Hizo una pausa.

—Ha desaparecido.

Frankie miró a Aurora.

—Nosotros no hemos tenido nada que ver.

—Ya se lo hemos explicado.

—Acabamos de encontrarla.

—Es la verdad. En el bosque. La vigilaba un perro.

En vista de que la niña no había sufrido ningún daño, al final el policía se creyó lo que contaban y dejó que se fueran a su casa, pero esa noche Aurora soñó con la niña y al día siguiente insistió en que Frankie la acompañara a la iglesia. El siguiente también. Y el otro.

—¿Cómo estás, pequeñita? —le dijo dulcemente una mañana, inclinada hacia la cuna.

—No espere que responda —dijo la enfermera.

—¿Por qué?

—Le pasa algo.

—¿El qué?

—No dice ni pío. Solo gruñe un poco. Igual es sorda. Suele ser por eso. Pobre. Mañana la llevaremos a tierra firme.

Aurora miró a Frankie.

—Ve a buscar tu guitarra —dijo.



Frankie volvió con su guitarra acústica y rasgueó un poco las cuerdas, sin pisarlas. La niña no reaccionó.

—Tócale una canción —dijo Aurora.

Frankie tocó unas notas muy elementales, las de la nana *Hush Little Baby*.

—Canta —susurró Aurora.
Lo hizo.

*Hush little baby, don't say a word,
Papa's gonna buy you a mockingbird.*

La niña lo miró. Los siguientes dos versos los cantó Aurora.

*And if that mockingbird don't sing,
Mama's gonna buy you a diamond ring.*

La niña abrió la boca.
Los dos adultos cantaron a la vez.

*And if that diamond turns to brass
Mama's gonna buy you a looking glass.*

Dejaron de cantar. La niña giró la cabeza y empezó a llorar con los ojos apretados, aunque no hizo ningún ruido, solo unos gruñidos tenues, que casi dolía oírlos en una criatura tan pequeña.

Frankie empezó a tocar otra vez.

La niña dejó de llorar.

—¿Lo ve? —le dijo Aurora a la monja—. Sorda no es. Oye. —Se giró hacia Frankie—. Y le gusta cuando tocas.

—Bueno, no sé... —dijo él con una sonrisa.

Pero yo ya lo sabía. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Veo el futuro de todos mis hijos y en este futuro vi una discusión, una decisión, una adopción y un hacer sitio para una cunita en la casa de la playa. Se estaba formando un nuevo grupo, con Frankie Presto en el centro.

Este era una familia.

Pero acabemos con los chicos de Texas.

Frankie y Aurora le pusieron al bebé el nombre de Kai y la criaron con amor, arena, agua de mar y música. Que supieran los médicos era muda, por una disfunción congénita en el desarrollo de sus cuerdas vocales, pero tenía muy buen oído y también una muy buena vista, con la que seguía los movimientos de Frankie por cualquier habitación. Siempre que se sentaba él con su guitarra, la niña aplaudía con la base de las palmas.

Kai fue un estímulo para la recuperación de Frankie. La tuvo a su lado el día en que por fin tocó sin errores una pieza de Giuliani. También cuando dominó (por segunda vez en su vida) los doce estudios de Heitor Villa-Lobos. Y la tuvo en sus hombros cuando los Clever Yells tocaron en la playa su versión de *I Want to Love You*.

Dos semanas después, Frankie y Aurora, con su hija de la mano, entraron en un pequeño estudio de grabación del centro de Auckland, el Last Laugh. Frankie llevaba su vieja guitarra. A instancias de Aurora había accedido a grabar una canción con los jóvenes de Texas, a cambio de que se fueran de la isla y lo dejaran en paz.

—No te pasará nada por tocar con ellos —dijo Aurora.

—Es que no tenía la intención de tocar con nadie.

—Pues ya va siendo hora.

—¿De qué?

—De ampliar tu público más allá de tu mujer y tu hija.

Lyle estaba tan emocionado que no durmió en toda la noche. Escribió los arreglos de la canción que iban a grabar, una composición de *rock* que le pareció la más comercial de su repertorio.

—Perdón. Ya sé que no es un estudio de primera —le dijo a Frankie—, pero tiene un buen equipo. Además, solo nos cobran quince dólares por hora.

—Sin nombres —dijo Frankie.

—¿Cómo?

—Que no quiero que salga mi nombre en ningún sitio. Ni en la lista de canciones, ni en los créditos, ni en ninguna otra parte.

Lyle se llevó una decepción. Había tenido la esperanza de que su disco se vendiera mejor si

podía decir que había participado Frankie Presto.

—Claro, claro, lo que usted diga.

Tenso, Frankie asintió antes de sentarse y abrir su vieja funda de guitarra. A esas alturas, la funda, recibida del Maestro en persona, ya tenía casi cuarenta años y acusaba el paso del tiempo: adhesivos de seguridad de un sinfín de aeropuertos y cinta adhesiva para tapar los agujeros en los que se había alojado la metralla.

En cuanto a la guitarra, seguía siendo una compañera de una resistencia incomparable. Frankie ponía mucho esmero en pulir el diapasón y engrasar las clavijas. En la caja de palo santo había algunas muescas, reparadas, pero descoloridas. El mástil de ébano había resistido el paso del tiempo. No olvidemos las cuerdas, por supuesto. Las cuatro de abajo se habían cambiado muchas veces. La mirada de Frankie, sin embargo, se posó en las dos de arriba, las únicas originales y que aún no había tocado la magia azul combustible.

Se acordó de una conversación con su profesor.

—*Maestro, ¿por qué hace un sonido diferente cada cuerda?*

—*Muy sencillo. Son como la vida.*

—*No lo entiendo.*

—*La primera cuerda es la del mi. Es aguda y rápida, como los niños.*

»*La segunda cuerda es la del si. Suena un poco menos aguda, como la voz de los adolescentes cuando cambia.*

»*La tercera cuerda, la del sol, es más grave, con la fuerza de un hombre joven.*

»*La cuarta cuerda, el re, es robusta, como un hombre en plenitud de facultades.*

»*La quinta cuerda, el la, es sólida, y suena con fuerza, pero no puede llegar a las notas más agudas, como un hombre que ya no puede hacer lo mismo que antes.*

—*¿Y la sexta cuerda, Maestro?*

—*La sexta es el mi bajo, la más espesa, lenta y gruñona. ¿Oyes lo grave que suena? Dum, dum, dum. Como si se preparara para morir.*

—*¿Lis porque es la que está más cerca del cielo?*

—*No, Francisco, es porque la vida siempre te arrastra hacia el fondo.*

Pidió los arreglos. A Lyle se le cayó el papel. Frankie lo recogió, y tras echarle un vistazo apoyó su guitarra en la pared y cogió una Fender Stratocaster.

—¿Va bien si uso esta? —preguntó mientras le hacía señas al técnico de sonido al otro lado del cristal.

El técnico, que tenía el pelo rizado, levantó el pulgar.

—Pues venga, vamos allá —le dijo Frankie a Lyle.

—¿No quiere que la ensayemos? Podríamos tocarla un par de veces, para enseñarle dónde... Frankie sacudió la cabeza.

—Que corra la cinta.



Era un tema rápido titulado *What the What?*, Cluck tocó la batería como un poseso. El bajo de Eddie parecía taquicárdico. La parte de Frankie se limitaba a cuatro acordes repetidos con mucha distorsión. Solo tenía que rasguitarlos a un compás. A mi modo de ver, era muy rudimentario para su talento, pero Frankie cumplió con su deber y repitió cinco veces la canción, mientras Lyle probaba distintas maneras de cantarla. Frankie vio a su mujer y a su hija al otro lado del cristal. Kai se agitaba al compás de la canción.

Aurora hacía movimientos exagerados con la cabeza, como si se diera golpes contra la pared. Frankie sonrió a medias.

—¿Qué le parece, señor Presto? —preguntó Lyle cuando terminaron.

Frankie asintió, pero no lo miró a los ojos.

—Es que me gustaría mucho que me diera su opinión —dijo Lyle—. Sincera.

—¿Sincera?

—Sí, por favor.

—¿Por qué tocas esta canción?

—¿En qué sentido?

—Pues en el de que no parece que se adapte bien a tu voz. Ni que le pongas sentimiento.

Lyle se puso muy rojo.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Bueno, es que has grabado cinco tomas —contestó Frankie—, y has cantado cada vez de una manera. Para mí es señal de que aún no tienes muy clara la melodía. ¿Por qué no tocáis cosas como las de la playa? Al menos parecía que disfrutaseis.

Se hizo un silencio incómodo. Lyle miró de reojo a Eddie y Cluck, que entendieron la indirecta y salieron de la sala. Frankie exhaló y miró a Aurora y a Kai por el cristal. No había tenido la intención de quedarse tanto tiempo en el estudio.

—Sé que tiene razón —dijo Lyle en voz baja—, pero es que estoy intentando ganarme la vida en este mundo, y ahora es lo que se lleva. Ahora quieren ritmos fuertes, y garra.

—¿Garra? —preguntó Frankie.

—Sí, como en el solo que hizo usted... o que se cree todo el mundo que hizo. El que yo pensaba que había tocado usted. Ese tipo de garra.

Frankie se frotó los ojos con la palma de una mano y suspiró.

—Eso no era garra. Eso era dolor.

Lyle levantó la vista.

—¿Era usted?

—Una versión diferente de mí. No te conviene parecerte.

Frankie dejó la Stratocaster y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Tuve un profesor que era ciego. A veces, cuando se iba al cuarto de baño, yo empezaba a armar bulla con la guitarra y él gritaba: «¡Para, niño tonto, que lo feo no quiere oírlo nadie!». Yo me defendía diciendo: «En el colegio nos enseñan que Dios lo escucha todo», y él contestaba a gritos: «Puede que te escuche Dios, pero yo no pienso escucharte».

Lyle se rio. A Frankie se le dibujó una sonrisa.

—La cuestión es que tienes que decidir para quién tocas. Yo lo que quería era que a mi profesor le pareciera bonita mi manera de tocar, así que cambié el ruido por música. —Se frotó la barbilla—. ¿A ti qué te gusta, en el fondo del alma?

—Probablemente más el *country* o el folk.

—Pues tócalo —dijo Frankie.

—¿Aunque no se venda?

—El dinero no es amigo de la música. —Frankie se rio con socarronería—. Algo sé yo de eso.

Lyle reflexionó un momento.

—Es curioso. De hecho tengo una canción que me recuerda lo que ha dicho de su profesor. Va de si hay que perdonar a alguien que te engaña. En la letra digo que aunque Dios pueda perdonarlo, y lo perdone, yo no lo perdono.

—Promete —dijo Frankie.

—¿Puede tocarla conmigo? Por favor. Le escribo ahora mismo los arreglos. No tardaré mucho. ¿Puede quedarse un poco y la tocamos?

—¿Luego te irás con tus colegas a Estados Unidos?

—Sí, se lo juro.

—¿Y me dejaréis en paz?

—Se lo aseguro. Si quiere, esta noche dormimos en el aeropuerto.

Frankie hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos allá.

Lyle se levantó de un salto y abrió la puerta. Al otro lado estaban Aurora y Kai.

—Uy, perdón —dijo Lyle.

Frankie hizo señas a su familia para que entrara.



Lo que pasó después resultó ser al mismo tiempo importante y —como sucede a veces con los grandes hitos— del todo inesperado.

Aurora estaba contenta de que Frankie asesorase al joven grupo.

—Les estás ayudando. Son simpáticos.

—Solo lo hago porque me lo pediste tú.

Aurora sonrió.

—Ya es una buena razón.

—Ven, Kai —dijo Frankie mientras se ponía a la niña en las rodillas.

Aurora abrió un botellín de zumo. La pequeña tomó un sorbo y saltó otra vez al suelo.

—¡No para! —exclamó Aurora.

Vieron que daba una vuelta por la sala, entusiasmada pero silenciosa. Después volvió y levantó hacia Frankie la guitarra eléctrica, con una expresión peculiar.

—Enséñale qué sabes hacer, Francisco —dijo Aurora.

—¿En serio?

—¿Cómo tienes la mano?

Frankie arqueó las cejas.

—Ahora lo veremos.

Enchufó un cable al amplificador que tenía más cerca, probó los pedales de efectos y miró a

su hija, levantando la barbilla.

—¿Me escuchas, Kai? —dijo.



¿Qué daríais por acordaros de todo? Pues yo tengo esa capacidad, la de absorber vuestros recuerdos. Oyéndome, los revivís. Un primer baile. Una boda. La canción que sonaba cuando os dieron la gran noticia. No hay ningún otro talento que ponga banda sonora a vuestra vida. Soy la Música. Pauto el tiempo.

Ese día, en Auckland, Frankie interpretó sus recuerdos. Empezó con una estrofa de una canción infantil, *Billy Boy*, que aceleró para versionarla en clave de *jazz* (como Red Garland, el pianista, en su versión con Miles Davis). La tocó con facilidad y, para su sorpresa, sin dolores. Estuvo improvisando dos minutos, cada vez más exigente y atrevido en sus exploraciones, hasta que acabó con un golpe de muñeca muy rápido.

La pequeña Kai se puso a aplaudir. Era el vivo (y mudo) retrato de la alegría.

—¿Quieres que siga?

Asintió con la cabeza, así que Frankie se puso a tocar *Tea for Two Y A-Tisket A-Tasket*, las canciones que ponía en el fonógrafo con el Maestro. Las dos veces el principio fue sencillo, pero se fue enriqueciendo con matices llenos de belleza. Aurora hizo un esfuerzo por no sonreír. Lo mismo habría hecho yo, de tener boca. Era la primera vez en años que Frankie volvía a tocar con libertad, casi tan deprisa como antes, pero mejor y con más riqueza, porque ahora su música era apasionada, más reflexiva, hecha de notas elegidas con mayor cuidado, como eligen los grandes pintores no solo un color, sino el matiz perfecto.

Tocó fragmentos de muchas canciones de *rock*, como *All Along the Watchtower*, de Bob Dylan, y *You Really Got Me*, de los Kinks, jugando con el tempo, que subía y bajaba. Era como si lo tocara todo a la vez, la batería, el bajo y la guitarra. Cuando acabó con la guitarra eléctrica, Kai levantó del suelo la vieja acústica que ahora enlazaba la infancia de la niña con la del propio Frankie.

—¿Esta? —preguntó él.

Kai asintió con la cabeza.

—*Parlez-moi d'amour* —dijo Aurora.

Frankie le hizo caso y la tocó con toda el alma, a la vez que la tarareaba. Después tocó *Nuages*, de Django Reinhardt —se la había enseñado el guitarrista gitano en una habitación de un hotel de Cleveland—, y dos temas de *blues* aprendidos en Luisiana; también *Träumerei*, de Schumann, que había tocado cierta noche en una playa, y los *Recuerdos de la Alhambra*, de Francisco Tárrega, con sus trémolos. Hasta tocó una pieza muy exigente de un guitarrista brasileño apodado Caroto, y conocido en sus tiempos como «el hombre de los dedos de oro».

Cada tema confluía en el siguiente. La interpretación de Frankie se expandía como la luz del sol. Ningún público lo había inspirado nunca como lo inspiraba la expresión de su hija. Entre bromas y risas con Aurora, les tocó una partitura completa de su vida, con nuevos matices e interpretaciones, usando novenas bemoles, cuartas suspendidas e inversiones de acordes que

nunca había probado. Me sentí correr por sus venas y brotar de sus dedos con pasión, destreza y creatividad.

Fue glorioso.

Acabó con una canción que le encantaba, *Nature Boy*, un tema misterioso, de aplastante belleza, escrito por un compositor de vida bohemia que nunca volvió a tener el mismo éxito. Cuenta la historia de un niño encantado que, al igual que el joven Frankie, viaja por el mundo y guarda un secreto. Esa tarde, los únicos versos que cantó Frankie fueron los dos últimos, mientras miraba con gratitud los ojos de las dos personas que lo habían rescatado de la desesperación.

*The greatest thing you'll ever learn
Is just to love, and be loved in return.*

Para acabar, pulsó lentamente un acorde final en re menor, al que añadió una sexta, una novena y una onceava sostenida, en lo más alto del mástil de la guitarra. Después miró a su hija, abriendo los ojos de manera cómica. A la pequeña Kai le gustó tanto que se acercó y empezó a dar golpecitos en los trastes.

—Cuidado —le susurró Frankie con una sonrisa—, que son cuerdas mágicas.

Al otro lado del cristal, en la sala de control, el técnico del pelo rizado anotó sin que lo vieran esas palabras en un trozo de papel: «Cuerdas mágicas». Él también hacía sus pinitos como guitarrista y, en la soledad de la consola, no había dejado ni un momento de escuchar, paralizado casi por la música que manaba de los altavoces. Miró de reojo las bobinas de cinta de cinco centímetros de la grabadora principal y, aliviado, soltó aire.

Aún giraban.

Estaba todo grabado.

—Ya podemos empezar —dijo Lyle, que irrumpió en la sala de control con Eddie y Cluck a sus espaldas.

—¿Con cinta nueva? —preguntó el técnico.

—Sí, todo nuevo —dijo Eddie—. Empezamos de cero.

—¿Y las de antes?

—Déjalas, no las queremos.

El técnico asintió.

—Vale, lo que digas.

Rebobinó las cintas, las guardó en una caja y buscó un rotulador.

—Oye —le dijo a Cluck, que se estaba abrochando los cordones—, ¿el de la guitarra cómo se llama?

Cluck miró a ambos lados con una sonrisa traviesa.

—Es Frankie Presto, tío, pero no se lo digas a nadie.

—¿Por qué voy a decirlo —contestó el técnico—, si no lo conozco de nada?

Cluck frunció el ceño y entró en el estudio. El técnico escribió en un lado de la caja «Las cuerdas mágicas de Frankie Presto», y la dejó en una estantería.

La primera grabación sonora se hizo a mediados del siglo XIX, cuando el ser humano emitió sonidos por un cilindro y un diafragma que hacía moverse una aguja, dejando surcos en un papel recubierto de hollín.

Veinte años más tarde, Thomas Edison creó el fonógrafo y desde entonces me habéis recogido en todo tipo de soportes, desde placas de laca hasta discos de datos digitales, pasando por discos de vinilo y cintas magnetizadas. Yo no hago juicios de valor. Soy un talento. Me importa tan poco el formato de grabación como pueda importarle a la Pintura un lienzo en blanco.

Lo que me interesa es cómo influyen esas grabaciones en mis discípulos. La canción que grabaron ese día en Auckland los Clever Yells fue más satisfactoria que su predecesora en clave de *rock*. Se adaptaba bien al peculiar estilo vocal de Lyle, una especie de desnudo lamento que llenaba sus canciones de nostalgia. La canción —*God Will*— fue regrabada pocos años más tarde e incluida en el primer álbum del joven, titulado *Lyle Lovett*.

Y como conservaba en la memoria la lección del neozelandés que lo llevó hasta Frankie («es la regla número uno de la amistad, chavales; aprender a guardar un secreto»), el señor Lovett, que ahora, en vuestro mundo, es un artista de éxito, jamás reveló el paradero de Frankie, ni dijo nada sobre el solo de Woodstock.

Por lo que respecta a la caja de las cintas, siguió en manos del técnico de los rizos hasta que alguien le ofreció una considerable suma de dinero, que él se apresuró a aceptar para gastársela en una nueva mesa de mezclas. Pronto empezaron a circular por el Pacífico Sur copias de un álbum de vinilo con la carátula en blanco que, compradas en círculos privados, despertaron tanta admiración entre los músicos como entre los profanos. Su título, impreso en letras muy simples al dorso de la funda, era *The Magic Strings of Frankie Presto* (Las cuerdas mágicas de Frankie Presto).

Para entonces, sin embargo, Frankie y Aurora ya no estaban en la isla de Waiheke. Se fueron poco después de que Kai cumpliera ocho años, día en el que, inexplicablemente, al despertarse, preguntó a su madre con voz ronca:

—¿Dónde está papá?

Desconcertados por su brusca recuperación del habla, los médicos hablaron de «mutismo

selectivo», de problemas pulmonares ocultos, de trastornos neurológicos o de incapacidad por parte de la niña de manifestar los anteriores síntomas de lo que parecía un restablecimiento milagroso.

Frankie y Aurora solo sabían que ahora tenían una hija que hacía preguntas. Con la ampliación del pequeño universo de la niña, sus vidas se volvieron más ricas y complejas, como cuando se incorporan cuerdas y vientos a una pieza musical.

—Haz la maleta —dijo una noche Aurora.

—¿Adónde vamos? —preguntó Frankie.

—Tenemos que llevárnosla una temporada de esta isla.

—¿Por qué?

—Porque hoy ha preguntado de dónde vinimos tú y yo y creo que es hora de que lo sepa.

Y así, sin más, la mañana siguiente subieron al *ferry* cargados de maletas para un viaje de redescubrimiento: los tres integrantes del grupo familiar de Frankie Presto, sin olvidar a un cuarto miembro que caminaba desapercibido quince metros por detrás, un personaje muy abrigado y muy atento a todo.



Quinta parte

Paul Stanley

Guitarrista, cantante y fundador de KISS

Pues claro que te puedo hablar de Frankie... ¿Sabes que hasta hizo una prueba para KISS?

Va en serio. Fue el año..., déjame pensar... ¿1984? En Los Ángeles. Estábamos buscando a un guitarrista que sustituyera a Vinnie Vincent.

Las pruebas eran algo habitual en KISS. Traíamos a gente al estudio y les hacíamos tocar un par de temas nuestros. Nos dábamos cuenta a la primera de si daban la talla en el aspecto musical. Lo que pasa es que también tenían que dar la imagen. Al ser tan visual nuestro espectáculo... Si cuadraban las dos cosas, la imagen y la música, procurábamos conocer mejor a la persona, porque meter en un grupo a un miembro nuevo es como pasar de salir con alguien a casarte.

Sobre todo en un grupo como el nuestro.

Bueno, el caso es que teníamos algo de prisa, así que convocamos a tres guitarristas el mismo día. Ya habíamos visto a los dos primeros, bastante buenos, por cierto. Entonces entró el último. Parecía mayor. No me acuerdo de quién o qué agencia lo enviaba, pero llevaba una gorra de esquiador y una funda. Ni siquiera la abrió. Se sentó, vio que había un par de guitarras por el estudio y eligió una eléctrica japonesa, una Riverhead con la caja pequeña en forma de rombo.

—¿Os parece bien que use esta? —preguntó.

—¿Qué le pasa a la tuya? —le dijimos nosotros.

—Ah, no, esa es vieja, una acústica.

Yo ya estaba pensando: «Me estás tomando el pelo. ¿Con eso vienes a una prueba para KISS? Venga, ya te puedes ir para tu casa», pero entonces él se quitó la gorra y se echó el pelo hacia atrás.

—Pero será posible... —dije yo, inclinándome.

—¿Qué pasa? —preguntó Gene Simmons.

—¡Que es Frankie Presto!

Para que lo entiendas, resulta que mi ídolo de infancia, cuando vivía en Nueva York, había sido Frankie Presto. También me gustaban Dion and the Belmonts, Bobby Rydell y Jimmy Clanton; tenían todos muy buena voz, pero Frankie encima tocaba, y llevaba ropa guay, y bailaba

muy bien. Lo vi en *American Bandstand*. Hacía un movimiento muy curioso con el soporte del micro: lo empujaba hacia delante y lo hacía volver con el pie. Joe Tex se hizo famoso por lo mismo. Molaba un montón.

El primer disco que tuve, a los ocho años, fue / *Want to Love You*. Me parece que se me deshizo de tanto ponerlo. Uno o dos años después, cuando arrasaba *Shake, Shake*, convencí a mis padres para que me llevaran a ver a Frankie a un concierto de *rock and roll* en el teatro Fox de Brooklyn. Cantó pocas canciones, pero tocó la guitarra y se salió. Hizo un solo que aún lo tengo grabado en la memoria. Aparte de mover los dedos como si volaran, al final hizo cuatro acordes brutales, uno detrás del otro, ¡pam, pam, pam, pam!, que dejaron todo temblando. Para mí fue como el Sermón de la Montaña. Cuando toco, sigue sin haber nada que me guste tanto como un acorde a lo bestia, una explosión que ponga la sala a mis pies.

La cuestión es que el resto del grupo ni siquiera quería hacerle la prueba a Frankie.

—Es demasiado viejo —decían.

—Dadle una oportunidad —contesté yo—, que está desde el principio de todo este rollo.

Aún era guapo de cara, con los pómulos marcados y una buena melena. Me pareció que podía funcionar.

Le pusimos uno de nuestros primeros temas. *Creatures of the Night*, y le pedimos algo parecido al solo. Te juro que lo tocó nota por nota. No sé cómo. Solo lo oyó una vez, pero puso todas las distorsiones en el punto exacto, y le dio perfectamente a la palanca de vibrato. Parecía que tuviera una partitura.

—Vale —le dije—, ahora haz lo que quieras.

Se marcó un solo aún mejor que el anterior. Lo que más me impresionó fue que no quiso alardear de rapidez. Eso ya lo demostró con uno o dos punteos. Lo que le dio fue musicalidad. Era un solo que después de oírlo casi lo podías cantar.

No nos hizo falta oír más, al menos en lo referente a su manera de tocar. El problema seguía siendo la edad. Tampoco sabíamos cómo era personalmente. Como esa noche Gene estaba ocupado, me ofrecí a cenar con Frankie. En el fondo quería preguntarle por los viejos tiempos.

Fuimos a un sitio pequeño de hamburguesas de Santa Mónica, donde le confesé que lo había visto en los años sesenta. Reaccionó con bastante timidez, como si le estuviera hablando de otra vida. Dijo que llevaba bastante tiempo apartado de los escenarios, y que hacía mucho que no firmaba un contrato de grabación.

—¿Por eso quieres entrar en KISS? —le pregunté.

Bajó la vista, casi avergonzado.

—No —dijo—. Si quieres que te diga la verdad, es que a mi hija le encantáis.

—¿Qué edad tiene tu hija? —pregunté.

—Ocho años —contestó—. Le encantan vuestros trajes y la manera que tenéis de maquillaros. Además, la verdad es que nunca me ha visto sobre un escenario, así que he pensado que si entraba en un grupo que le gustase, le quedaría un recuerdo bonito.

—¿Me estás tomando el pelo? —le pregunté.

Él sonrió y dijo que no, que con la edad cada vez quieres que tus hijos sepan más cosas de ti.

Yo había oído muchas justificaciones para querer entrar en KISS, pero esa nunca, y no supe muy bien cómo reaccionar.

—Bueno, Frankie —fue lo único que contesté—, es que ahora ya no nos maquillamos.

Se quedó de piedra, como si su hija fuera a llevarse el disgusto de su vida.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Hay gente que lo ve poco serio.

—Pues Little Richard se maquillaba —dijo—. Y Jimi Hendrix. Y David Bowie.

—¿Has tocado con ellos? —pregunté.

Dijo que sí, con todos.

Me pareció increíble. Era como estar hablando con la historia del *rock*.

—Pero tío —le dije al final—, ¿dónde has estado?

—En una isla —contestó.

Pensé que lo decía en broma, pero no.

—¿Y has venido en avión solo para esto?

Me explicó que su familia estaba haciendo un largo viaje con destino a Europa, y que de las pruebas le había hablado un conocido de Los Ángeles. Después me miró.

—¿En serio que ya no os maquilláis? —me preguntó.

Si quieres que te diga la verdad, a mí me apetecía que entrara en el grupo —me parecía guay la idea de tener un poco de historia en KISS—, pero al final no cuadraron las cosas, obviamente. Él siguió con su viaje y nosotros nos quedamos con un tío que debía de tener veinte años menos, pero a las pocas semanas recibí una carta suya en la que me daba las gracias por la prueba y nos deseaba mucha suerte. ¿Sabes cuántas veces pasa eso en el *rock*? Nunca.

Al final de todo había un garabato hecho con ceras, unas palabras de su hija: «¡Me encanta KISS!».

Tiene gracia. En 1999 tuve la oportunidad de hacer el papel protagonista de *El fantasma de la ópera*, en Toronto. Nunca había probado nada así, pero una de las razones de que me lanzase fue que entonces mi hijo tenía unos cinco años, y recuerdo que pensé: «Quiero que me vea haciéndolo».

Entonces me acordé de las palabras de Frankie sobre su hija pequeña. Tenía razón. A partir de un momento, vives más que nada por lo que les dejarás a tus hijos.

Subid conmigo.

Por estos escalones.

Han empezado a llenarse los bancos. El cura está saludando a los presentes. Falta poco para la misa fúnebre. Pronto deberá acabarse nuestra historia, pero para terminarla necesitamos saber algo de esta basílica.

Mirad esta celda vacía. ¿Veis el suelo de cemento? ¿Veis las paredes desnudas? Es donde nació Frankie. También fue donde murió hace casi cien años un tal Pascual Baylón, un pobre monje español, de escasa formación, que con el tiempo fue canonizado por su humilde devoción a Dios y por los pequeños milagros que se produjeron a su alrededor. Dicen que después de muerto, durante la misa fúnebre, se le abrieron los ojos para presenciar la Eucaristía.

En esta iglesia yacieron sus restos durante varios siglos, hasta la noche en que fue reducida a cenizas; la misma noche en que perdió su vida la madre de Frankie, Carmencita, al dar a luz en esta misma sala, y en que le puso a su hijo el nombre de Pascual —Francisco de Asís Pascual Presto— con la esperanza de que lo protegiese.

En realidad, ya lo había protegido.

Si esa noche no mataron a más gente fue por algo, la misma razón por la que la iglesia estaba casi vacía cuando llegaron los asaltantes. Unas horas antes, san Pascual realizó un último milagro, esta vez desde el mundo de los muertos.

Les indicó a los feligreses que huyeran.

Dando palmadas dentro de su tumba. Lo oyeron con absoluta claridad.

Clap, clap, clap.

Y se fueron corriendo.

Un toque de advertencia.

Debería haber vuelto a sonar cuando regresó Frankie a España.



—Maestro, ¿podríamos ir hoy a ver el río?

—¿Y eso por qué?
 —Es que una vez me llevó mi papá a ver la estatua del Pastoret, el pastorcillo.
 —Pues entonces ya la has visto. No hace falta volver.
 —¿Usted sabe la historia de la estatua, Maestro?
 —En Villarreal la sabe todo el mundo.
 —¿Yes verdad?
 —Vea buscar la guitarra.
 —¿Es verdad que un pastorcito oyó música dentro de una cueva? —La guitarra...
 —¿Y que al entrar encontró una imagen de la Virgen María? —Francisco...
 —¿Lis verdad que trajo la imagen a la ciudad...?
 —Qué tonterías...
 —¿... y que al día siguiente desapareció?
 —Basta...
 —¿Y que cuando volvió la gente a la cueva, oyó música y encontró otra vez la imagen de la Virgen?
 —¡Basta! ¿La música viene de las cuevas?
 —No, Maestro.
 —No. Viene de practicar, que es lo que no estás haciendo.
 —¿O sea, que no es verdad la historia?
 —Te voy a decir lo que es verdad: si María quería quedarse dentro de una cueva, con su música, ¿qué necesidad tenía el pastor de incordiarla?
 —Sí, Maestro.
 —¿Qué necesidad tiene la gente de incordiar a los demás?
 —Sí, Maestro.
 —No vuelvas en busca de lo que has dejado atrás. Piensa que lo hecho, hecho está. ¿Me entiendes?
 —Sí, Maestro.
 —Pues ponte a tocar, que el tiempo no pasa en balde.



La familia salió del aeropuerto bajo un sol deslumbrante, y a Frankie empezaron a dolerle los ojos. Se puso las gafas de sol. Durante el viaje en coche por la costa, rumbo al sur, se dio cuenta de que había olvidado completamente el color de su país, las casas de tonos pastel, los campos de naranjos y el blanco de las olas en el azul del Mediterráneo. Lo que no estaba olvidado estaba enterrado al fondo de su mente, incluidos todos sus recuerdos de Rafa Rubio, cuyos engaños no había llegado a perdonar.

La idea de volver era de Aurora. Ya habían visitado California, Nueva Orleans y Londres, donde ella se reencontró después de muchos años con su madre. Durante un almuerzo de rosbif y col en torno a una mesa alargada de madera, soportó las malas miradas de su madre a la niña extranjera a quien habían presentado Aurora y Frankie como su hija.

—Si puedo yo con eso —le dijo por la noche a su marido—, es que puedes tú con España.

—No es lo mismo.

—¿Crees que tu padre estará vivo?

—No es mi padre.

—O sea, ¿que no piensas ir a verlo?

—No está vivo.

—¿Y si lo está? ¿No hablarías con él?

—¿Para decirle qué?

—Para decirle que sobreviviste. Para decirle que tienes mujer y una hija. Para darle las gracias.

—Las mentiras no hay que agradecerlas.

—Francisco...

—No quiero ir.

—Pues iremos.

—¿Por qué es tan importante para Kai?

—No solo para Kai.

—No quiero ir.

Aurora enlazó sus dedos con los de su marido.

—Ya lo has dicho.

Por sí solo, Frankie nunca habría hecho el viaje, pero con su mujer de una mano, y su hija de la otra, se dejó conducir de vuelta a su país.

Y a todos los secretos que guardaba.



Poco tenía que ver la realidad española con la de los años cuarenta. Franco, el dictador, estaba muerto, y después de tanto tiempo bajo su férula, el país resurgía lentamente. Frankie a duras penas reconoció Villarreal. Las calles estaban asfaltadas y los coches eran los reyes de las carreteras, que antes se recorrían a caballo y en bicicleta. Ahora había un estadio, un gran hospital y muchas tiendas nuevas en la calle Mayor.

Llevó a su familia por una plaza muy concurrida, un parque con sauces y la acequia donde, supuestamente, fue arrojado Francisco Tárrega por su niñera, como Frankie a un río; y si bien se abstuvo de contar cualquier anécdota de Rafa Rubio, no se le pasó por alto que Aurora lo incitaba silenciosamente a ello mientras caminaba a su lado.

Al final fue la pequeña Kai quien le hizo cambiar de actitud. Habían ido a un parque para ver «la Panderola», el viejo tren de vapor que hacía décadas que ya no circulaba. Solo quedaban la locomotora y un vagón, protegidos por una marquesina.

—Este tren siempre lo perseguíamos —le dijo Frankie a Kai.

—¿Quiénes?

—Los niños.

—¿Por qué?

—Para divertirnos.

—¿Y si os caíais a las vías y venía el tren?

—Imposible.

—¿Y si corríais así...? —La niña se lanzó frente al viejo vagón—. ¿... y os caíais? ¡Aay!

Se dejó caer al suelo, entre risas. Frankie la aupó lo más alto que pudo.

—Pues entonces, ¡me salvaba mi papá en el último segundo!

Cuando la dejó en el suelo, se dio cuenta de que Aurora lo observaba con las cejas arqueadas, y suspiró.

—Ven, Kai —dijo—, que voy a enseñarte dónde vivía yo de pequeño.



La casa de la calle Calvario estaba pintada de color limón. Las ventanas eran nuevas: Junto a la base de la puerta aún había dos hendiduras para las ruedas de los carros, pero por lo demás parecía una casa tan moderna como el resto de las de la calle.

—Es aquí —dijo Frankie.

—¿Vivías en esta casa, papá?

—Sí, de niño.

—¿Con quién más?

—El hombre que me cuidaba... y nuestro perro.

—¿Dónde estaban tu mamá y tu papá?

—En el cielo.

Mostró las manos abiertas a Aurora, como diciendo: «¿Ya está, ya podemos irnos?», pero la niña se soltó y dio golpes en la puerta.

—Pero ¿qué haces, Kai? —gritó Frankie, y la agarró del brazo.

—Déjala —le dijo Aurora—, solo ha sido por curiosidad.

Justo entonces se abrió un poco la puerta y se asomó una mujer menuda, con un chal sobre los hombros.

—¿Sí? —dijo en español.

Frankie se irguió y habló con ella en su idioma.

—Lo siento mucho, señora. No hemos querido molestarla. Es que mi hija...

—¿Habla inglés? —lo interrumpió Aurora en esta última lengua.

—Un poco —contestó la mujer.

—No es necesario... —dijo Frankie en español.

—Es que de pequeño mi marido vivía aquí, en esta casa.

—¿Ah, sí? —La mujer miró a Frankie—. Ah —añadió, y se le iluminó la cara—. Yo a usted lo he visto.

—¿Dónde? —preguntó Aurora.

La mujer levantó un dedo, se fue un momento sin cerrar la puerta y volvió arrastrando una gran caja.

—Pasen, pasen —dijo.

Entraron los tres, Frankie el último. Su corazón latía muy deprisa. Miró a su alrededor, esperando una avalancha de emociones, pero todo estaba cambiado; la pintura, las fotos, los muebles... A fin de cuentas, las habitaciones son eso, habitaciones, de la misma manera que un

pentagrama es un simple pentagrama. Es al llenarlos cuando los haces tuyos.

—Mire —dijo la mujer. Levantó una fina manta de la caja y sacó un disco viejo—. Es usted, ¿verdad?

Era la carátula del primer disco de Frankie, comprado en España de importación.

—¡Papá, mira! —exclamó Kai, apoderándose del disco, pero la mirada de Frankie ya se había deslizado al resto del contenido de la caja: una radio vieja, una correa de perro... y su *braguinha*.

—¿Era tu guitarra? —susurró Aurora.

—¿De dónde lo ha sacado usted? —le preguntó Frankie a la mujer.

—Lo trajo un hombre, hace mucho tiempo. Dijo que lo dejaba por si venía algún pariente a buscarlo, pero no ha venido nadie.

—¿Qué hombre?

La mujer movió los dedos en busca de la palabra correcta en inglés, hasta que desistió.

—El hombre del cementerio —dijo en español.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Aurora.

—El hombre del cementerio —le tradujo Frankie.



Hace tiempo que la música forma parte de vuestros rituales fúnebres. Misas de réquiem, himnos religiosos, cornetas militares... Como talento que soy, no puedo llorar la muerte de nadie, pero ya lo hacéis vosotros a través de mí. Muchas de vuestras composiciones más apasionadas están inspiradas en la pérdida de un ser querido.

El réquiem por Rafa Rubio tardó mucho tiempo en llegar y lo hizo a través de su hijo adoptivo, Francisco, que se paseó por el cementerio municipal en busca de un nombre. Nunca había estado allí de pequeño. Durante su niñez, las tropas de Franco sacaban a la gente de sus casas, la ponían en fila contra las tapias del cementerio y la fusilaban. Muchos llevaban dentro algún trozo de mi talento y fueron enterrados sin que llegara a ser cantada su canción. Sus huesos llenaron una sepultura anónima, cuya única lápida, a día de hoy, son los orificios de balas de las tapias.

Rafa siempre había evitado que su hijo se acercase al cementerio, pero ahora Frankie estaba dentro y buscaba su nombre. Caminando entre los panteones y la cuádruple hilera de nichos, con imágenes de Jesús o la Virgen María, o flores frescas, no encontró nada. En ningún sitio aparecía el apellido Rubio. Tampoco se acordaba nadie de quién había podido dejar una caja con sus pertenencias en la casa de la calle Calvario. Habían pasado demasiados años. No había ni una sola pista. Una vez más, el hijo se quedó con la duda de dónde podía estar su padre.

Aurora y Kai lo esperaban fuera, para dejarle hacer a solas sus indagaciones. Cuando salió, con las manos tan vacías como al entrar, las vio sentadas en un banco al sol, con el viejo disco en manos de la niña, e intentó imaginarse lo que habría pensado Rafa al verlo por primera vez. ¿Lo había descubierto en una tienda? ¿Se lo había dado alguien? ¿Le había extrañado que se hubiera cambiado de nombre? ¿Y que no se hubiera puesto nunca en contacto con él? ¿Había escuchado la canción? ¿Había podido reconocer, entre el derroche de medios de la producción, la voz del niño que cantaba antaño en su jardín?

Le dio tal vértigo la situación que se apoyó otra vez en la tapia del cementerio y, al tocarla, recibió una ráfaga de recuerdos horribles, como si los agujeros de bala gritaran en silencio mil historias a su alma. E intuyó que una de ellas pertenecía a Rafa.

Se apartó bruscamente.

—¿Francisco? —dijo Aurora al verlo—. ¿Estás bien?

Frankie dio tumbos hacia ella, la abrazó y no la soltó en todo un minuto. Vio la mirada llena de amor que elevaba Kai hacia él, con el disco apoyado en la boca, y en ese momento comprendió que aunque la niña no fuera de su propia sangre, su forma de mirarlo era la misma con la que en otros tiempos miraba él a Rafa Rubio, con los ojos muy abiertos, llenos de confianza, amor y seguridad. También comprendió que sin el orondo fabricante de conservas de sardinas quizá nunca hubiera oído música, ni aprendido a tocar la guitarra, ni conocido al perro sin pelo, ni estado en el bosque para conocer a Aurora; y que de no haber pasado todas esas cosas, en ese momento no habría una niña con su disco en las manos y los párpados entrecerrados por el sol.

Se secó los ojos y llevó a su familia cerca, a una fuente. Se sentaron.

Y él les contó todo sobre su padre.

Si se hubieran marchado ese mismo día, nuestra historia sería distinta, pero bueno, también cambiaría el paisaje vital de muchos de vosotros si os hubierais ido antes de una serie de sitios, aunque fuera con un solo día de diferencia. No se pueden destacar las notas. Es lo que tiene de imborrable el tiempo, al igual que la música.

Pensaban volver los tres a Inglaterra —Frankie, Aurora y Kai—, para visitar a la hermana de Aurora, y regresar después a Nueva Zelanda. Durante su última noche en el hotel, Frankie tuvo un sueño muy nítido. Soñó que seguía a Rafa por la escalera de una lavandería. Vio que Rafa se secaba la frente y le pedía al pequeño Frankie que cantara. Vio que se abría una puerta y, por primera vez, vio a un personaje alto, con barba y gafas oscuras.

Desaparecieron todos de golpe.

Por la mañana, al despertarse, Aurora vio a Frankie sentado junto a la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que tengo que hacer algo aquí.

—Pues entonces nos quedamos.

—Tendría que hacerlo yo sólo.

La mirada de Aurora se hizo más penetrante.

—No pasa nada —le aseguró Frankie—. Tú ve a casa de tu hermana, que ya tenéis los billetes. En pocos días me reúno con vosotras.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Las llevó en coche al aeropuerto, se despidió de ellas con un beso y volvió a Villarreal.

En busca del Maestro.



Quizá os extrañe que tardara tanto en ocurrir. La pregunta es legítima, ya que Frankie nunca había dejado de pensar en su profesor. Se acordaba de todas sus indicaciones y de todos sus reproches. Cada vez que levantaba la guitarra le parecía ver la cara del Maestro, con su pelo

negro despeinado, su barba descuidada y sus gafas oscuras. ¿Aún estaba vivo? ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo podía valerse por sí mismo un hombre ciego con más de setenta años a cuestas? ¿Se acordaría del niño a quien había acogido en su casa?

¿Y qué opinión tendría de la trayectoria de Frankie?

A decir verdad, si el antiguo alumno lo había aplazado tanto era por la última pregunta. A pesar de sus éxitos, de sus discos de oro y sus conciertos, a veces se avergonzaba de cómo los había conseguido. El Maestro le había echado más de un sermón sobre la pureza de la música, la entrega a la guitarra y el peligro de distraerse con tonterías. Aun así, Frankie se había hecho enormemente famoso (y rico) a base de canciones relativamente simples, en las que apenas tenía importancia la guitarra. Eran su voz y su atractivo físico lo que había conquistado al público. Su fama se había agrandado aún más por su manera de bailar. En resumidas cuentas, tenía miedo de haber hecho algunas cosas que pudieran llegar a disgustar a su mentor.

Ya le oía decir: «¿Por qué haces tanto el tonto?». Eso no lo remediaban ni la fama ni el dinero. Donde más cerca estuvo Frankie de mi severa belleza, de mi seducción melódica, fue en la pequeña vivienda del Maestro, sobre la lavandería, y tenía miedo de que al alejarse de esa época también hubiera caído en desgracia ante su profesor.

Debo decir que ocurre a menudo entre mentores y discípulos. Pensemos en mi compositor francés Henri Duparc, que, al nacer, en el siglo XIX, se llevó un buen trozo de mí. Duparc compuso algunas obras llenas de inspiración, mezclas muy acertadas entre orquesta y voz, pero reverenciaba tanto a su mentor, el compositor alemán Richard Wagner, que en 1885, con solo treinta y siete años, dejó de componer y acabó destruyendo toda su obra, quemó sus transcripciones, pues estaba seguro de que eran indignas de su admiración.

La sombra de un maestro puede no disiparse nunca. Claro que Frankie no podía saber que su maestro era también su padre. Ni que cuando emprendiera su búsqueda no iba a gustarle lo que encontraría.

Se levantó temprano, se tomó un café solo en el hotel y volvió a hacer el camino que tanto conocía, el que tantas veces había recorrido con una carretilla verde y una enorme guitarra. ¿Cuántas veces había hecho ese trayecto, con gorra y pantalones cortos, murmurando las referencias que estaba seguro de que le exigiría el Maestro? «¿De qué compositor es esta obra? ¿En qué consiste la técnica del rasgueado en el flamenco?». Cada paso despertaba algún recuerdo. Sintió que se le aceleraba la respiración con el mismo nerviosismo que en los tiempos de su aprendizaje.

Sin embargo, nada más doblar la esquina de la calle Sangre de Cristo se quedó alicaído. La lavandería ya no estaba. Ahora en su lugar había un bloque cuadrado de oficinas, con una «P» de *parking*. Ni porticones azules, ni escalera por la que subir: solo una entrada acristalada y un garaje con portón amarillo.

Era como si hubieran arrasado su memoria con una excavadora.

Se sentó en el bordillo, sintiendo en el cuello el sol de la mañana. No podía rendirse tan fácilmente. ¿Qué otros sitios?, pensó. Lejos de esa esquina solo habían estado el último día. Reconstruyó mentalmente las etapas del trayecto, pero no se acordaba de la ubicación de las tiendas, ni del restaurante; ni siquiera de la tienda donde le habían dado al Maestro la guitarra que Frankie seguía tocando.

De lo que se acordaba, en cambio, era de la taberna.

Se preguntó si aún existiría.



—¿Un ciego, dice usted?

—Sí, alto y con el pelo negro.

—No, no me acuerdo.

—Fue hace mucho tiempo.

—En esa época el dueño era mi padre.

—¿Aún vive?

—No...

—Para mí es muy importante encontrar a ese hombre...

—... pero, en cambio, usted me suena de algo.

—Eso da igual.

—Un momento. Es el americano. ¡El actor!

—No...

—¿El cantante?

Frankie apretó los labios.

—¡Ajá! ¿He acertado? Sí, ¿verdad?

—Sí.

—Se llama Presto.

—Sí.

—¿Es de aquí?

—Viví aquí de pequeño.

—¿En Villarreal?

—Sí.

—Pues no lo sabía.

—Tenía otro nombre.

—¡Por eso habla español! ¡Increíble!

El dueño pegó un grito al encargado, que estaba sacando sillas. Este levantó la vista, al igual que el lavaplatos, y asintieron los dos con la cabeza al oír la noticia.

—*I want to love you* —berreó el encargado—. *I will be true...*

Su acento parecía una mala imitación. Frankie sonrió forzosamente.

—Oiga, ¿nos haría el honor de tocar en nuestro escenario? Por favor.

—¿Tocar? —dijo Frankie.

—Mañana por la noche. Los viernes toca el grupo grande. Estarían contentísimos de que participara.

—No he venido a tocar...

—Será usted nuestro invitado...

—Solo quería...

—Estuvo aquí de niño...

—Sí, pero...

—¡Y ahora vuelve de mayor! Perfecto, ¿no?

Frankie exhaló y miró la taberna, que se disponía a abrir al público. Estaban quitando las sillas de las mesas. Había poca luz, y olía a alcohol y lejía. No comentó que ya había tocado una vez en la taberna ni que conservaba muy fresco el recuerdo. Lo revivía cada vez que se subía a un escenario. Los aplausos convertidos en abucheos, los golpes de vasos en las mesas, la reverencia que le obligó a hacer el Maestro...

¿No era mejor tocar? En ese sitio había demonios a los que llevaba mucho tiempo tratando de acallar. Con el recuerdo de su padre, en cierto modo, había hecho las paces. ¿Sería hora de hacer lo propio con aquella última noche?

—Me lo pensaré —dijo.

—Sí, por favor —contestó el hombre—. Le prepararemos una cena especial, con muy buena comida, bebida y música.

—¿Hay alguien más que pueda conocer a la persona que busco?

El dueño se rascó la barbilla.

—Quizá los músicos. Algunos son bastante mayores. Es que así trabajan por menos, ¿sabe?

—Sonrió, burlón, y levantó un vaso de zumo de naranja—. ¡Por su regreso!

Frankie lo saludó con la cabeza y se fue.



El mismo día fue al ayuntamiento para ver si había alguna huella documental sobre su profesor. Tuvo que llenar un formulario y le dijeron que la respuesta tardaría varios días. Cuando comentó que el Maestro era guitarrista, lo remitieron a un tal Jacinto, un hombre de cara redonda que era el concejal de cultura. El tal Jacinto dijo que no se acordaba de ningún profesor de guitarra ciego, pero se brindó a enseñarle a Frankie una sala en honor del admirado guitarrista Francisco Tárrega. Había fotos, cartas, partituras y el gran busto de yeso de san Félix que en otros tiempos se llevaba a cuestras por las calles. Estaban también varias de las amadas guitarras de Tárrega, expuestas en vitrinas, incluida la primera que encargó al venerable Antonio de Torres Jurado, el famoso lutier del siglo XIX a cuya labor se remontan la mayoría de las guitarras acústicas de hoy en día.

Frankie se fijó en su mal estado, con grietas y manchas sin reparar.

—¿Sabe usted la historia de esta guitarra? —le preguntó a Jacinto.

—Pues sí, sí que la sé —contestó este último, irguiéndose como si fuera a pronunciar un discurso—. Era una de las favoritas de Tárrega. La tocó durante veinte años y cuando no tuvo más remedio que cambiarla, porque estaba demasiado gastada, buscó a alguien que se la restaurase. La persona a quien se lo encargó tuvo que hacer varios intentos, pero al final lo consiguió.

—¿Y?

—Tárrega recuperó su guitarra.

—¿O sea, que la dejó al morir?

—Sí y no. La legó a su familia, pero pasado un tiempo su hermano Vicente la vendió. Creía que se la estaba vendiendo al famoso músico Domingo Prat, un discípulo de Tárrega que vivía en

Buenos Aires, así que la mandó por barco a Sudamérica.

»Al final no la recibió el gran Domingo Prat, sino una niña de diez años, y con el tiempo se fue estropeando.

—¿En Sudamérica? —preguntó Frankie.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo ha vuelto aquí?

—La descubrió varios años después un antiguo alumno de Tárrega, en una casa de Buenos Aires, y ayudó a traerla de vuelta a España.

Frankie observó la guitarra, que tenía una fisura en la caja, junto al mástil. También le faltaban varios trozos de la roseta que rodeaba la boca.

—¿Por qué se molestó, si está rota?

—¿Qué más da eso? —dijo el tal Jacinto—. ¿No le parece que donde tiene que estar es donde sonó su mejor música?

Frankie se quedó mirando el instrumento, deseando que lo hubiera visto el Maestro, o incluso tocado en los tiempos en los que gozaba de mejor salud. ¡Relacionada con el gran Francisco Tárrega, ni más ni menos! ¡Cómo le habría gustado! Dio las gracias a Jacinto y salió del ayuntamiento, pero se pasó todo el resto del día pensando en el viaje de la guitarra: fabricada en España, enviada en barco a una dirección errónea, baqueteada y devuelta, por último, a su tierra natal.

«Donde tiene que estar es donde sonó su mejor música».

Decidió tocar en la taberna. En honor a su maestro.

Y, si era posible, para que viniera.



Volver a casa, en música, es algo siempre imprevisible. Algunos regresos tienen un éxito demoledor (como el concierto del rockero Bruce Springsteen en Nueva Jersey); otros son agrídulces (por ejemplo, el regreso a Moscú del pianista ruso Vladimir Horowitz, después de un exilio de sesenta años), y otros, a decir verdad, no cumplen las esperanzas que habían despertado.

Dadas las prisas con que fue organizado el concierto de Frankie, el público estuvo compuesto más que nada de habituales, a los que se añadió algún que otro curioso. Aun así, Frankie tenía la esperanza de que corriese la voz por el pueblo. Así, si estaba vivo el Maestro, tal vez se enterase de que su discípulo había vuelto. Villarreal tampoco había crecido tanto.

Llegó temprano, con su guitarra. Fuera de la taberna fumaban varios hombres, al lado de una hilera de motos. Una vez dentro vio que el escenario era más ancho que antes, y que el grupo de la casa, que iba llegando lentamente, se componía de nueve músicos cuya edad iba de lo maduro a lo provento. Repasó el material con el director, un pianista de brazos delgados. No era como hacía cuarenta años. Ahora en España era normal tocar canciones extranjeras, y el pianista asintió al oír cada uno de los títulos.

Frankie eligió un programa variado. Decidido a borrar sus malos recuerdos de aquel sitio, optó por unas cuantas composiciones propias, *I Want to Love You* y *Our Secret*, pero también por instrumentales como *St. Louis Blues*, *Tiger Rag* y *Parfum*, de Django Reinhardt, y por todo el

repertorio que recordaba de la última actuación del Maestro sobre aquel escenario.

Fue entrando perezosamente el público, que ocupó sus asientos y pidió de beber. Se atenuaron las luces.

Poca gente se fijó en que al fondo se sentaba alguien con mucha ropa.

El dueño presentó con entusiasmo a Frankie, que fue recibido con aplausos corteses, los cuales, sin embargo, se intensificaron a medida que pasaban las canciones y que Frankie se iba concentrando más y más en el recuerdo de su última noche allí. Tocó piezas de Ellington, Schumann y Tárrega, tal como se las había enseñado el Maestro, como si fuera el mejor modo de invocar el espíritu de su antiguo profesor, a excepción de encontrarlo en persona. Su ardorosa interpretación de varias piezas de flamenco fue muy del gusto de un público compuesto de españoles. Cuando tocó sus éxitos, los clientes aplaudieron a rabiar, encantados de que el hombre que había grabado esos discos estuviera en su ciudad, en Villarreal.

Frankie no hizo ningún descanso ni bajó en ningún momento del escenario. Durante cerca de dos horas, copa a copa, cigarrillo a cigarrillo, la música del guitarrista fue haciéndose más penetrante. Una antigua melodía de jota. Un *blues* de Muddy Waters.

Como última canción eligió una muy concreta; *Avalon*. Era la primera que había tocado en público, en 1945, sobre ese mismo escenario, y la única que había tocado con su amado profesor.

Se le perló la frente de sudor al formar los primeros acordes, imaginando que el Maestro estaba a su lado y le daba ánimos con las mismas viejas palabras de entonces.

—*Venga, coge la otra guitarra y canta.*

—*Es que no quiero.*

—*¿Por qué no?*

—*Tengo miedo.*

—*Claro. Y volverás a tenerlo. Toda la vida. Tienes que superarlo. Ponte delante de ellos y haz como si no estuvieran.*

—*Maestro...*

—*Tú puedes. Nunca te olvides de que te he dicho que puedes.*

En el momento en que empezaba a tocar el grupo a sus espaldas, Frankie se dio cuenta de que los espectadores marcaban el ritmo con la cabeza y los dedos. El ritmo fue adquiriendo fuerza. Ahora algunos daban palmas.

Cantó.

I found my love in Avalon

Beside the bay,

I left my love in Avalon

And sailed away.

Miró al dueño, que daba palmas, como el resto del público.

I dream of her in Avalon

*from dusk till dawn
So I guess I'll travel on
To Avalon.*

Se armó de valor por si se repetía la historia, pero esta vez no hubo protestas, solo entusiasmo. Empezó a mirar a todas partes sin querer, con la absurda esperanza de ver al Maestro en una mesa, con una sonrisa bajo las gafas negras y un cigarrillo colgado de sus labios. En el fondo, era el deseo que albergaba Frankie desde hacía años. Buscaba lo que busca ansioso todo alumno de un profesor querido: el beneplácito final.

No lo encontró. Tras concluir su enérgico solo, llegó al final de la letra como llega un corredor a la línea de meta. Remató la canción con tres acordes y, mientras aún reverberaba el tercero entre el público, inclinó la cabeza. El dueño se puso de pie, pronto lo imitaron todos para volcar en Frankie su ruidosa aprobación.

Se levantó despacio, levantando la guitarra. De repente, al pensar en la de Tárrega, tanto tiempo perdida, lo abrumó el anhelo más profundo que hubiera sentido jamás: ver de nuevo a su antiguo maestro.

Pero solo recibió aplausos. Sonrió a la fuerza. Volver a casa es algo siempre imprevisible. Y hay pocas cosas más vacías que los aplausos para quien no tiene la sensación de merecerlos.



Es difícil el trabajo de los arreglistas musicales: coordinar los instrumentos para obtener una mezcla armoniosa. La mejor manera de contar el siguiente episodio de la historia de Frankie es una serie de sonidos concertados que se unen en un clímax final.

Una vez terminada la actuación, los aplausos eran como notas agudas y aéreas de violín, a las que se sumaban las líneas de bajo de varias conversaciones entre adultos, los espectadores que hablaban mientras se encaminaban a la salida. Se oían también los sonidos de percusión del grupo al dispersarse y guardar sus trompetas y platillos, así como el susurro de la pluma de Frankie, que había empezado a firmar autógrafos a sus admiradores que, por tener ya cierta edad, aún se acordaban de sus discos.

Con voz entusiasta de barítono, el dueño lo invitó a volver cuando quisiera. Suaves murmullos, como notas de piano acariciadas, circulaban entre Frankie y varios músicos, preguntas sobre un ciego que ascendían esperanzadas y caían desilusionadas, como el ligado de una flauta.

Algo más tarde, cuando ya no quedaba casi nadie en la sala, se oyó el crujido de la puerta del fondo, por la que Frankie salió a la misma calle donde tiempo atrás había huido en coche.

El último sonido fue el de una cerilla.



—Yo a usted lo conozco —dijo una voz en español.
Frankie vio la punta anaranjada de un cigarrillo encendido.

—¿Y de qué me conoce?

—Por la canción. Hacía muchos años que no la oía, pero la tengo grabada en la memoria. Usted es Francisco.

—¿Y usted?

—Yo un borracho.

—¿Cómo se llama?

—¿No me conoce? Pues esa noche toqué con usted en el escenario. Al fondo.

En ese momento salió un hombre de la oscuridad, dando tumbos que evidenciaban que estaba ebrio. El poco pelo que tenía era blanco y rizado. Llevaba la chaqueta por encima de los hombros, encorvados.

—Las congas —dijo.

Frankie hizo un gesto de curiosidad con la cabeza. El viejo se puso dos dedos en los labios.

—Hace años tenía bigote. Mire. —Bajó la mano—. Soy Alberto.

Frankie abrió mucho los ojos.

—Alberto —susurró.

—Sí.

—El que iba con nosotros la última noche, conduciendo...

—El mismo.

Se dio cuenta de que su corazón latía más deprisa.

—Alberto, por favor, es que estaba buscando al Maestro. Mi profesor, amigo suyo. El que...

—Sí, ya sé quién es.

—¿Y sabe dónde está?

Alberto escrutó la cara de Frankie.

—Sí.

—¿Está vivo?

—No.

El corazón de Frankie dio un vuelco.

—¿Cuándo murió?

—No siga jugando conmigo, que ya sabe la verdad.

—¿Qué verdad?

Alberto tiró el cigarrillo e inhaló ruidosamente por la nariz, mientras hacía un esfuerzo para no caerse.

—¿Quiere que lo diga? Muy bien. Lo maté yo.

Frankie tragó saliva.

—¿Qué quiere decir?

—¿Que qué quiero decir? —Alberto apartó la vista—. ¿Que qué quiero decir? ¡A ver si se lo tengo que tocar en la piel de un tambor! Lo maté yo. Por eso ha venido usted. No siga jugando conmigo. Acabemos de una vez.

Frankie sintió un temblor en las entrañas, como si empezara a separarse su alma de su cuerpo. Habló sin que llegara aire a sus pulmones, con una voz que ya no parecía la suya.

—Explíquese, señor Alberto.

Alberto arqueó las cejas.

—¿No lo manda nadie?

—¿Mandarme?

—Sí, para vengar su muerte.

—No entiendo nada.

—Lo tiré al mar. Justo después de que se fuera el barco.

—Pero ¿por qué...?

—Por dinero. Por una bolsa de dinero. Me la robaron una semana después. —Alberto bajó la cabeza—. Bueno, ya lo sabe.

—Pero si usted le tenía cariño...

—Es verdad.

—Y él confiaba en usted...

—Mal hecho.

—¿Por dinero? —susurró Frankie.

—Sí. ¡Sí! ¡Soy un ladrón! ¿De acuerdo? —Alberto lo dijo con tono de derrota, una nota de bajo temblorosa que, acto seguido, se hizo más aguda y se llenó de rabia, alimentada por el alcohol y muchos años de sentimiento de culpa. Empezó a perder el equilibrio—. ¡Por dinero! ¡Por dinero!

Metió la mano en la chaqueta y sacó una pistola, con la que apuntó a Frankie en el pecho.

—¡Deme el suyo!

—Señor Alberto, por favor...

—¡Que me lo dé! Ya que no quiere vengarse, me quedaré con lo que lleve encima. Deme su dinero. Si no quiere que lo mate a usted también.

Frankie levantó las manos, separando los dedos. A la luz de la farola, Alberto vio las cicatrices de la palma izquierda y se inclinó, parpadeando.

—Pero ¿qué se ha hecho usted, Francisco? —susurró—. ¿Cómo puede tocar así...?

Frankie lo agarró por el brazo y se lo levantó. El viejo, que a duras penas se tenía en pie, no era rival para alguien de la fuerza de Frankie, así que soltó la pistola, que chocó contra el suelo. Luego se aferró al cuello de la camisa de Frankie.

—Mátame, Francisco. —Su voz era una imploración gutural. Corrían lágrimas por sus mejillas—. Cuarenta años he vivido con ese pecado. Cuarenta años llevo con la duda de si el Maestro vendrá a por mí. ¡Véngalo de una vez! ¡Vamos!

Frankie se quedó mirando la cara de Alberto, sus ojos llorosos, sus dientes podridos, y sintió afluir la sangre a su cerebro. ¿Era esa su respuesta? ¿Que el Maestro ya no existía? ¿El hombre más poderoso que había conocido en su vida, asesinado por un músico que tocaba las congas?

Sobre mi discípulo se abatió una rabia silenciosa. Se apartó del viejo.

—¿Nada? —Alberto se alejó borracho, dando tumbos—. Pues entonces, adiós.

Frankie no le quitaba la vista de encima.

—Señor Alberto...

—Qué tonto... Qué tonto... —mascullaba el viejo.

—Señor Alberto...

Frankie recogió la pistola. Alberto se giró. Frankie levantó el cañón.

Alberto se le echó encima.

—¡No, Francis...!

Frankie apretó tres veces el gatillo.

Alberto cayó al suelo.

Frankie soltó la pistola, de cuyo cañón salía una breve cinta de humo que se rizó como una nota de silencio.

Dentro de la taberna había una guitarra vieja apoyada en la pared, con un vivo resplandor azul en la quinta cuerda.



Sexta parte

— *M*aestro...

—¿Qué pasa?

—He hecho algo malo.

—¿Qué?

—Romper una cuerda.

—¿Has tirado la guitarra?

—No, Maestro.

—¿La has usado de juguete?

—No, Maestro.

—¿Pues qué hacías?

—Practicar.

—¿Tus escalas y tus ejercicios? ¿O las canciones tontas que te he advertido que no toques?

—No, las canciones tontas no.

—O sea, ¿que hacías lo correcto?

—Sí, Maestro.

—Y ha pasado algo malo.

—Sí, Maestro.

—Dame la guitarra.

—Tenga, Maestro.

—Vamos a arreglar lo que has estropeado.

—Sí, Maestro.

—Ayúdame a pasar una cuerda nueva por la clavija...

—Ya está pasada, Maestro.

—¿La has atado?

—Sí, Maestro.

—Pues ahora, escucha cómo se afina. Al principio el sonido de la cuerda es grave, pero cuando giras la clavija hace subirla tensión.

—Entiendo, Maestro.

—Tienes que girarla hasta que suene así... ¿Lo oyes? Es como encuentra su sitio una cuerda nueva.

—¿Y si no parara de girar?

—Se partiría la cuerda. A las cosas no se les puede pedir que hagan nada para lo que no estén hechas, Francisco. Tarde o temprano se rompen.

—Maestro...

—¿Qué?

—He hecho algo malo.

—Ya me lo has dicho.

—No estaba haciendo mis ejercicios. He girado la clavija hasta que se ha partido la cuerda.

—O sea, ¿que me has dicho una mentira?

—Sí, Maestro...

—Y encima has roto la cuerda.

—Sí, Maestro.

—Y ahora te sientes culpable.

—Lo siento, Maestro... Lo siento...

—Llora, que es lo que tienes que hacer. Llora como lo que eres, un niño mentiroso.

Wynton Marsalis

Trompetista, compositor, premio Grammy y director artístico de jazz del Lincoln Center

Frankie Presto estuvo tres años sin hablar. ¿Cuántos músicos pueden decir lo mismo? Tres años, tío. Ni una palabra. Lo único que hacía era tocar la guitarra en un monasterio. Fue donde lo conocí. Me quedé alucinado. Es que la clave de aprender música es la humildad. Si quieres que hable de Frankie Presto, tendré que empezar por ahí. Vaya, que para no hablar en tres años hace falta una humildad muy especial...

¿España? Sí, yo vengo mucho. Me pasé doce años escribiendo una obra para un festival en Vitoria, música española con *blues* americano, y al acabar me hicieron una estatua. En serio, tío. ¡Una estatua! Aquí, sí que les gusta el *jazz*.

Pero la primera vez que vine fue en 1987, nunca se me olvidará. Fue cuando encontré a Frankie. Habíamos hecho unos cuantos conciertos y, en el camino de vuelta a Barcelona, vi un castillo en las montañas. La traductora dijo que era un monasterio y me preguntó si tenía ganas de verlo. Yo le dije que muchísimas. Soy de Nueva Orleans. Por ahí no ves monjes todos los días.

Pues era una preciosidad de sitio. Novecientos años, tenía. Qué arquitectura... Qué piedras, rosa claro y oro desteñido... Ahora no hay nada que se le parezca. Y qué silencio, tío. Un silencio sepulcral. Me puse a caminar sin rumbo fijo, hasta que me perdí un poco. Con silencios así me gusta caminar, buscando ideas.

De repente oí música y me dije; «Debo de haberme vuelto loco, porque suena a *blues*». Algo en plan Leadbelly o Albert King. Pensé que se me iba a aparecer un ángel del *jazz* y a hablar conmigo, tío.

Pasé al lado de una fuente y por debajo de un puentecito. Fue cuando vi a un tío con una guitarra, solo. Como lo tenía de espaldas, me quedé muy quieto y escuché. Pocas veces he oído tocar tan bien, tío. No era solo una cuestión de rapidez y habilidad. Era la historia que contaba. Es que la música es comunicación. Es desnudar el alma en las notas y contar tu historia. Es cómo se toca. Yo al tío ese ni lo conocía, pero por su música, y por su manera de tocar las cuerdas, me di cuenta de que estaba dolido y de que buscaba algo.

Cuando paró dije «perdón», y él se giró. Como no quería asustarlo, y que se fuera, puse las manos como si rezase. Luego me acerqué, mientras él me miraba, y susurré:

—Siento mucho molestarlo.

No contestó.

—Toca usted muy bien —dije.

Ya estábamos a pocos metros. Tenía la cabeza rapada y los ojos azules. Un español mayor, con cara de buena persona. Llevaba una túnica, pero no la blanca de los otros monjes.

—Me llamo Wynton Marsalis —le dije—. Soy músico, de Estados Unidos. Toco la trompeta.

Se me quedó mirando. Durante unos diez segundos, no me quitó la vista de encima. De repente vi que lloraba.

—Lo siento —dije—. ¿He dicho algo malo?

Siguió llorando mientras sacudía la cabeza. Yo repetí varias veces que lo sentía. Luego él, que llevaba encima una libreta, escribió cuatro palabras.

«Conocí a tu padre». ¡Vaya flipe! ¿Yo en España, en plena montaña, dentro de un monasterio, y va un monje y se pone a tocar *blues* y a decirme que conocía a mi padre? De locos, tío. Total, que le pregunté:

—¿Cómo se llama?

«Frankie», escribió él. Y luego, «Presto».

Lo entendí todo de golpe.

Es que mi padre también es músico, ¿sabes? Y es verdad que conoció a Frankie Presto, en los años cincuenta, en Nueva Orleans, cuando eran dos chavales que hacían bolos por la ciudad. Iban mucho a unas *jam sessions* de un garito que se llamaba Dew Drop Inn. De pequeño oí el nombre de Frankie Presto más de lo que me habría gustado, por ejemplo cuando no quería practicar con la trompeta. Mi padre siempre me hablaba de un guitarrista blanco con mucho talento que a mi edad ya hacía bolos, sin madre o padre que lo presionara. Me contaba que había creado un sonido diferente, una especie de mezcla de clásica y de *blues*, y que la gente salía a la calle solo para oírlo. Los músicos de Nueva Orleans se dan cuenta de si sabes tocar. Tengas la edad que tengas. La música dice la verdad. Y de Frankie Presto decían que era capaz de sacarle la verdad a una guitarra, aunque al final se fuera para dedicarse al *rock*.

Total, que después de tantos años coincidíamos en un monasterio; estábamos tan lejos del barrio francés que casi era imposible estarlo más.

—¿Tiene permiso para hablar? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—¿No va en contra de las reglas?

La sacudió.

—Pero ¿no habla?

Volvió a sacudirla.

—¿Desde cuándo?

Enseñó tres dedos.

—¿Tres meses? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¿Tres años?

Asintió.

¿Te lo puedes creer? ¡Tres años de silencio! Por un lado tuve ganas de dejarlo solo, pero por el otro tenía la sensación de que estaba ahí por algo, porque era demasiada coincidencia, ¿sabes?

Total, que le hice una pregunta.

—¿Por qué está aquí, señor Presto?

«Penitencia», escribió.

Yo he conocido a la tira de gente con problemas. Muchos de mis compañeros de la infancia acabaron en la cárcel. Vaya, que en eso no me corto, así que se lo pregunté a bocajarro.

—¿Ha matado a alguien?

Era la idea que empezaba a hacerme. Él dijo que no con la cabeza y volvió a escribir.

«Pero estaba dispuesto a hacerlo».

—No es lo mismo —dije.

Él se dio unos golpes a la altura del corazón, como diciendo; «Lo llevo aquí dentro».

Lo entendí más tarde. Se refería a las intenciones, que en la música también son importantes. Decisivas. A veces te conviertes en lo que piensas. Sea bueno o malo. De todos modos, me pareció que él ya había cumplido. ¿Tres años, tío? ¿Por pensar en hacer algo malo? Le pregunté si tenía familia. Asintió con la cabeza.

—¿Y saben que está aquí? ¿Les escribe?

Volvió a asentir.

—¿Y no necesitan que esté con ellos?

Esta vez no dijo nada, pero me di cuenta de que había puesto el dedo en la llaga. Se puso a llorar en silencio, con lágrimas que parecía que le salieran de un cuentagotas, oye. Lo sentí un montón.

—Señor Presto —dije—, usted en el mundo de la música siempre tendría un hueco. A mí me encantaría que grabásemos juntos.

Escribió; «Ya no quiero tocar».

—Pues podría dar clases —dije.

No sé por qué, pero la conversación se acabó ahí. Agarró su guitarra y se fue. Tuve que sentarme para asimilar lo que me había pasado. Fue uno de los encuentros más raros de mi vida, tío, de verdad, y no había nadie más. Me pregunté si se lo creería alguien.

Al volver le pregunté a la traductora si podíamos hablar con algún responsable. Me llevó a ver a un monje mayor, con el que me senté en un banco pequeño del refectorio donde comían. Le dije que conocía a Frankie Presto desde hacía mucho tiempo. Él contestó que no podía hablar de ninguno de los hermanos que vivían en el monasterio. Le pregunté si sabía lo que había pasado y a quién había estado a punto de matar Frankie. La respuesta fue la misma, que él de esos temas no podía hablar.

—¿Cómo se le podría sacar de aquí? —dije.

Puso cara de sorpresa.

—Los novicios pueden irse siempre que quieran —contestó—. Lo único que tienen que hacer es cruzar la puerta.

A partir de ahí lo que hice fue buscarlo. Volví a la fuente y al puente, pero no lo encontré. Como se estaba haciendo tarde, regresamos a la explanada pequeña que había para aparcar. Fue donde me lo encontré, apoyado en el coche, vestido de manera normal y con la guitarra enfundada. Se irguió, nos miró y por primera vez habló, con una voz muy débil, como si se le irritara la garganta con cada palabra.

Solo dijo una frase.

—¿Puedes ayudarme a volver?

Mirad. Se están juntando los que llevarán el féretro y dejarán el ataúd de Frankie en el lugar de su último reposo. ¿Los veis?

Voy a contaros quiénes son.

Lo que significaban para Frankie.

Y cómo murió.

Pero después tendré que irme. Hay que ocuparse de almas nuevas, dispensar nuevo talento. Este movimiento final lo tocaremos *allargando*, cada vez más lento, pero más majestuoso. Es lo que se merece la historia, porque al final los años sí elevaron a Frankie Presto.

Veo que en el programa del coro está *Come to the Water*, Ven al agua. Qué oportuno, para un niño que fue arrojado a ella. También fue de agua su camino de regreso. El señor Marsalis le ofreció un billete de avión al amigo recién descubierto, pero Frankie, que salía de una temporada de reclusión en un monasterio, aún no estaba preparado para regresar al mundo de manera rápida.

Lo que hizo fue ir al puerto de Barcelona, buscar trabajo para pagarse el pasaje, entrar como pinche de cocina en un carguero y zarpar para Italia. Luego enlazó con otro barco con rumbo a Sri Lanka, y otro a Singapur. El siguiente lo llevó hasta Australia, desde donde llegó a Nueva Zelanda. Lo consolaba la inmensidad del mar y lo pequeños que se veían los problemas en su estela. Cada mañana contemplaba el agua imaginándose el descanso del alma del Maestro. Por las noches entonaba cantos religiosos en cubierta, y sus oraciones se fundían con el ruido de las olas contra el casco. Los marineros se quedaban admirados con su voz, algunos subían para acompañarlo: otro grupo en la larga lista de Frankie, esta vez puramente vocal.

En total, navegó cinco meses y treinta mil kilómetros. Durante esas semanas hizo un poco las paces con un pasado muy poco pacífico, y durmió de corrido por primera vez en mucho tiempo. Soñó con Rafa Rubio y con las naranjas que comían de una bolsa de papel, y con el viejo Hampton, que le hacía estofado de cerdo en su pequeña cocina, y hasta con las monjas del orfanato y lo que daban de comer después de misa. Se dio cuenta de cuántas personas hacen falta para mantener con vida a un solo niño en este mundo.

Su último viaje por mar fue el más corto: una hora en *ferry*, mientras se ponía el sol, desde Auckland hasta la isla de Waiheke.

Donde terminó Frankie su exilio.



Al bajar del barco solo llevaba su guitarra en la funda y una camisa doblada. Tenía la piel bronceada por el sol. Había vuelto a dejarse melena y en su poblada barba habían aparecido canas. Avanzó lentamente tras un grupo de pasajeros con bolsas de la compra o maletines. Se imaginó subiendo por la cuesta y dando el rodeo que llevaba a la pequeña playa donde había tenido su último hogar. No había avisado por escrito de su llegada. De hecho, hasta esa mañana no había estado seguro de sentirse preparado para —o digno de— reanudar su vida anterior.

Cuando no tuvo a nadie delante, frenó en seco y le dio un salto el corazón.

Era Aurora, con la espalda contra la taquilla, rodeándose las piernas con los brazos.



Llevaba un vestido largo, verde, sandalias de cuero y unas gafas de sol que se quitó al ver a Frankie, aunque no se levantó.

Él se acercó despacio.

—Aurora, como cuando sale el sol —dijo.

—Ya no.

—¿Vienes cada noche?

—Espero el último *ferry*.

—¿Cuánto tiempo esperas?

—Hasta que baja el último pasajero.

—¿Y entonces?

—Me voy a casa.

—¿Desde hace tres años?

—Sí.

Aurora apartó la vista.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—No.

—¿Vas a seguir buscando?

—No.

—¿Ya has acabado?

—Sí.

—¿Y piensas quedarte con nosotras?

—Sí.

—Ya no somos unos críos, Francisco.

—No.

—No estamos en ningún árbol.

—Ya lo sé.

—Ahora tienes familia.
—Es verdad.
—En la carta decías que eras inocente.
—De matar sí.
—Pero te castigaste igual.
—No fue ningún castigo.
—Para nosotras sí.
—Ya lo sé.
—¿Quién mató a ese hombre?
—No quisieron decírmelo.
—¿Te importa?
—Siempre debería importarme.

Aurora vio posarse en el embarcadero una gaviota que picoteó algo y alzó el vuelo.

—¿Qué quiere decir Aurora? —preguntó Frankie.

—Luz en el cielo.

—¿Por qué?

—Un profesor le habló a Kai de las auroras australes que se forman en los cielos del sur.

—¿Y?

—Pues que me dijo Kai que yo era eso, una luz en el cielo. Y que mientras me quedara en el mismo sitio, nos encontrarías y volverías para no irte más. —Levantó la vista—. ¿Es lo que has hecho?

A Frankie se le hizo un nudo en la garganta. Había desembarcado sin saber qué vida encontraría, ni si encontraría alguna, pero el amor de Aurora lo había estado esperando, como lo había esperado él en otros tiempos. *Save the Last Dance*. Pensó en la canción. Miró los acantilados. Miró las barcas. Miró a Aurora, más hermosa que nunca.

—Lo siento mucho —susurró.

—¿Quieres ver a tu hija?

—Me muero de ganas —dijo.

Aurora se mordió el labio. Después se lanzó a los brazos de Frankie y empezó a darle besos, mientras él hacía lo mismo. Si hubierais vuelto una hora después, os los habríais encontrado en el mismo lugar, abrazados de la misma manera, sin querer soltarse.



El misterio de Alberto, el de las congas, solo puedo explicarlo parcialmente. No lo mató Frankie. Eso es cierto. Levantó la pistola y, en el momento en que Alberto se abalanzaba hacia él, se planteó cometer el peor acto de su vida, pero al final disparó al aire: tres tiros, solo para que se parase. Al ver que el viejo se caía, pensó que había tropezado.

Al final resultó que Alberto sí murió de un tiro, pero el gatillo lo apretó otra persona, y que la detonación se confundió con la de Frankie.

Después de cuarenta años de tortura interior, Alberto encontró el reposo de la muerte.

A manos de otra persona.

Tras dos días de arresto, la policía dejó a Frankie en libertad, diciendo que había aparecido el auténtico culpable, que las balas coincidían y que había resultado ser cierta la versión de Frankie sobre los disparos de advertencia. Él exigió saber la identidad del asesino, pero no quisieron decírsela. Solo le dijeron que se había entregado por propia voluntad y que estaba en la cárcel. También que lo más aconsejable era que Frankie se alejara por un tiempo de Villarreal.

Se fue esa misma tarde, a pie, perdido en la vorágine de su incredulidad; un hombre muerto frente a él, una pistola entre sus manos, el último testigo de su infancia pasando a mejor vida y el Maestro muerto desde hacía años. ¿Quién había matado a Alberto? Dando tumbos por la carretera principal, salió de la ciudad y cruzó el río Mijares, de donde lo habían salvado un fabricante de conservas de sardinas y un perro sin pelo. Tras varios días de camino, en los que quedó exhausto de tanto pensar, encontró un monasterio, subió los escalones y preguntó si podía quedarse. Viendo su guitarra, los monjes le preguntaron de qué parroquia era.

—De San Pascual Baylón —contestó él.

Asintieron complacidos, señalando que también Pascual Baylón había aprendido a tocar la guitarra hacía más de cuatro siglos, cuando era pastor. No sabían que murió en la misma celda en la que había nacido Frankie.

Tengo que entrar en detalles sobre otro momento de los años en la isla.

Poco después de su regreso, Frankie pudo asistir al doceavo cumpleaños de su hija. Montaron una mesa en la playa, hicieron una tarta y un grupo de niños acudió a la fiesta. Kai estaba como en el séptimo cielo por haber recuperado a su padre.

Mientras se ponía el sol, Frankie la llamó a la mesa y le dijo que tenía un regalo. Fue a buscar su vieja y maltrecha funda de guitarra.

—Papá, no quiero tu guitarra —dijo ella.

—Ya lo sé —contestó Frankie—, pero una propia quizá sí.

Al abrir la funda apareció un instrumento de aspecto francamente insólito, una guitarra roja con clavijas blancas cuya caja llevaba pintada en vivos colores la imagen de un jinete español y una mujer joven y guapa.

—¡Oh, papá! ¿Es para mí?

—Toda tuya.

—¿De dónde la has sacado?

—De otro país.

—¡Mira qué caballo!

—Y qué chica.

—Es muy guapa.

—Como tú.

—¿Me enseñarás a tocarla?

—Si quieres...

—¡Sí!

Kai corrió con sus amigos, llevándose la guitarra. Aurora se la quedó mirando. Cuando la niña ya no podía oírlos, se inclinó para tocarle el hombro a Frankie.

—¿Y tu guitarra?

—Ya no la tengo.

—¿Qué ha sido de ella?

—La dejé.

—Pero ¿y las cuerdas...? ¿Y el poder que...?

—Justamente por eso la dejé.
—Hacía cosas buenas, Francisco.
—Y malas. Al morir se Alberto una cuerda cambió de color.
—No lo mataste tú.
—Si no hubiera ido yo a Villarreal, aún estaría vivo.
—Lo único que quiere decir eso es que influyes en la gente. —Pues no quiero influir.
—No puedes evitarlo.
—Pero puedo intentarlo.
—Fue un regalo...
—Ya lo sé...
—De tu profesor...
—Y mi manera de tocar también...
—Y cómo afecta a los demás.
—No quiero saber nada más de ella, ¿vale?
Se quedaron callados. La marea baja chocaba contra las rocas.
—Francisco...
—¿Qué?
—¿Y si... pasa algo?
—¿Cómo que si pasa algo?
—¿Y si necesitas influir en alguien? ¿Y si necesitas salvarle la vida?
—¿A ti?
—A ella.

Aurora señaló con la cabeza a su hija, que estaba en la playa, con la guitarra en las manos, y hacía reír a sus amigos.

—Tendré que hacerlo yo solo —dijo Frankie.

No se habló más del tema. En la vida, como en la música, hay compases que son para tocar y otros para descansar. Por primera vez desde los nueve años, Frankie Presto no llevaba su preciada guitarra. Estaba en la otra punta del mundo, debajo de una cama, en un monasterio español.

Y aún le quedaba una cuerda azul.



—Papá...
—¿Qué, Kai?
—Me duelen los dedos.
—Es que la música es dolor.
—¿En serio?
—Me lo enseñó mi profesor.
—¿Estas cosas qué son?
—Callos.
—¿Y por qué me salen?
—Porque estás aprendiendo. Cuanto más toques, más duros se pondrán.

—*Ayer sangraban.*

—*Ayer probaste un montón de canciones.*

—*Me salió fatal.*

—*Qué va.*

—*Hoy lo haré mejor.*

—*Seguro.*

—*¿Podré llegar a ser tan buena como tú?*

—*O mejor. ¿Llevas las uñas bien cortadas?*

—*Sí. ¿Qué acorde es este?*

—*Uno en sol.*

—*Me gusta. Es fácil.*

—*Toca las escalas.*

—*¿Lo de do re mi?*

—*Eso.*

—*Papá...*

—*¿Qué, Kai?*

—*¿Tú siempre habías querido tocar la guitarra?*

—*Puede que no. Puede que al principio solo quisiera que mi padre estuviera contento.*

Kai sonrió. Le habían salido los dientes rectos.

—*Yo también.*

—*Venga, a las escalas.*

—*Son feos, los callos.*

—*Ya se te irán.*

—*¿Y me dejarán de doler?*

—*Pronto.*

—*O sea, que la música no es dolor.*

Frankie miró a su hija, su primera alumna, con la guitarra en las manos, y sintió que se le desbordaba el corazón.

—*No, no siempre —dijo.*

Ingrid Michaelson

Cantante y compositora

Vale, pero solo un momento. Es que llego tarde... Aún no han empezado, ¿no? Acabo de aterrizar esta mañana y he tardado mucho en conseguir un coche...

Ah, sí. Vale. Me llamo Ingrid Michaelson y soy estadounidense. Conocí a Frankie... Bueno, no lo conocí como Frankie, sino como el señor Rubio. Era como lo llamaba todo el mundo. Ni siquiera sabíamos que fuera la misma persona.

Profesor. Enseñaba guitarra. Donde vivía de pequeña, en Staten Island, había una tienda de música... Bueno, es un distrito de Nueva York. Sí, técnicamente es una isla, pero Manhattan también. A lo que iba: era una tienda de música, supongo como cualquier otra, grande, llena de cosas, con amplificadores en las paredes, una sala para las baterías, otra para los teclados... Al fondo, en un rincón, siempre había unos cuantos adolescentes sacando riffs de guitarra eléctrica.

Era como un pequeño teatro, y a mí de pequeña el teatro me encantaba. La música también, porque mis padres me habían apuntado a clases de piano. Total, que solía darme una vuelta por la tienda y me fijaba en los personajes que había por allí y escuchaba cómo tocaban. Al fondo había unas cuantas aulas, cuatro o cinco, que daban a un pasillo. Veías que entraban niños con instrumentos más grandes que ellos: oboes, violas... Los más afortunados tocaban la flauta, que no pesaba mucho.

Bueno, pues estaba un día en la tienda mientras un chico alto, con cresta, probaba un amplificador Marshall de los grandes, y de repente le salió un acorde de guitarra que casi me reventó la cabeza.

Fui hacia el fondo para apartarme del ruido. Una de las aulas que daban al pasillo tenía la puerta abierta. Oí que tocaban la guitarra. Clásica. Luego el de la cresta hizo otro de mi séptima, o algo así: ¡raaamm! Me quedé un segundo sorda. Luego oí otra vez las notas de guitarra clásica. Al cabo de unos segundos, otra explosión del rockero y después la clásica. Era rarísimo cómo se yuxtaponían los dos sonidos, pero al mismo tiempo molaba.

Tuve curiosidad por saber quién tocaba lo clásico, y más en esa tienda, así que me metí por el pasillo como si fuera a clase y espíe por la puerta. Había un hombre mayor, con el pelo largo, que tocaba sin inmutarse por el ruido. Al desandar el camino, me asomé otra vez y lo vi en la misma

postura. Di otra vuelta. Esta vez tocaba unos pasajes de sonido español, muy rápidos pero a la vez melódicos, como si tocaran cuatro manos a la vez. Me paré de golpe en medio del pasillo, hipnotizada. Justo entonces levantó la cabeza. ¡Me había pillado!

—Barrios —dijo.

—¿Eh?

—Que el compositor se llama Barrios. El título es *La catedral*. Siempre hay que saber de quién es la obra que se toca.

Me limité a asentir con la cabeza. Es que tenía catorce años. Él sonrió, dejó la guitarra clásica y la cambió por una eléctrica, enchufada a un amplificador Fender pequeño. Tenía como diez guitarras en la sala. Se puso a tocar *rock* a lo bestia.

—Hendrix —dijo.

Yo me encogí de hombros, porque entonces aún no conocía la música de Jimi Hendrix. Él se puso a tocar otra cosa.

—¿Stevie Ray Vaughan? —preguntó.

Tampoco lo conocía. Lo siguiente que tocó fue un punteo de *Walk this Way*.

—¿Aerosmith? —dijo.

Me puse en plan: ¡sí, esta sí que la he oído!

De repente se me ocurrió soltarle:

—¿Sabe alguna lenta?

Ahora que lo pienso fue bastante penoso, y eso que me gustaba mucho el teatro. ¿A quién se le ocurre? «¿Sabe alguna lenta?». Es el tipo de pregunta que podría hacer tu abuela. De todos modos no se molestó. Cambió de guitarra y tocó *Somewhere over the Rainbow*. Le salió tan bonita que tuve escalofríos. De por sí ya me encantaba Judy Garland, y siempre me ha gustado mucho esa canción, pero nunca la había oído tan melódica.

—¿Puede enseñarme a tocar así? —le pregunté cuando acabó.

Es que tenía una manera de tocar que te daban ganas de vivirlo, de experimentar la sensación de que saliera de tus dedos una música así.

Contestó que tendría que matricularme, porque eran las reglas de la tienda. Al volver a mi casa, se lo dije a mis padres, dijeron que ya estaba haciendo cursos de voz y de piano, aparte del teatro, y que con eso tenía de sobra. Además, un tío que trabajaba al fondo de una tienda de música no era lo que tenían pensado. Mi padre es compositor de clásica.

—Pero papá —dije yo—, es que tocaba algo de Barrios.

Mi padre puso cara de sorpresa.

—¿Agustín Barrios?

Ahí se me acabó el farol, porque claro, del nombre de pila no me acordaba.

Bueno, la cuestión es que volví a la tienda una semana después para pasar el rato y me lo encontré otra vez tocando en la misma aula.

—¡Hombre —dijo al verme—, la chica de los musicales!

Tocó una canción de *Finnian's Rainbow*, cantando un poco. Yo le pregunté cómo sabía todas esas cosas. Me explicó que cuando era pequeño, en España, escuchaba los discos sin parar hasta que se los aprendía de memoria. Entonces le pregunté por qué vivía en Nueva York, si era español, y me dijo que su hija también era guitarrista y que como había entrado en Juilliard, él y su mujer se habían instalado en la ciudad para estar con ella.

Me pareció muy guay que se mudara toda una familia para que pudiera estudiar música la hija. Seguí yendo varios días a la tienda y al final me dio permiso para ir los jueves con mi guitarra, porque un chaval había pagado todo un año de clases y se había esfumado, o sea, que esa hora la tenía libre, siempre y cuando no cambiara de idea el otro alumno. Me enseñó cosas bastante alucinantes. Sabía tocar cualquier instrumento que tuviera cuerdas: el bajo, el banjo... Fue el primero que me enseñó un ukelele, que luego he usado mucho en mis discos.

Pero ya te digo que entonces no tenía ni idea de que fuera Frankie Presto. Dijo que se apellidaba Rubio, que era como se refería todo el mundo a él. Del nombre de pila solo me enteré porque un día, en invierno, le trajo su mujer un jersey. Tenía acento inglés.

—Capas, Francisco, capas —dijo, alargando las aes de una manera que me encantó—. Es la manera de que no te entre frío.

Para ser una pareja mayor, me pareció que molaban cantidad. Ella era guapísima, inglesa. Él había crecido en España y luego habían vivido en una isla de Nueva Zelanda, no Staten Island. Ayudaban a su hija, y él se sabía un montón de canciones, y aún era bastante guapo, aunque tuviera... No sé, cincuenta y cinco o sesenta años.

Durante un par de años fui bastantes jueves. A veces lo único que hacíamos era hablar del colegio, o de los chicos, o de lo que era hacer carrera en la música o el teatro. Él escuchaba, más que nada. Nunca me dijo que hubiera sido una estrella del *rock*. Ni una vez. El único consejo que me dio, muchas veces, fue «no dejes que la música se te vaya de las manos».

Yo entonces no lo entendí muy bien, pero luego, al empezar a grabar discos, sí lo entendí. Fue una de las razones de que no cediera los derechos de mis temas, y no diera el brazo a torcer por mucho que los del sector me aconsejaran lo contrario.

Hay que reconocer que el señor Rubio sabía guardar secretos. Ahora que lo pienso, me llamó la atención que a partir de un momento empezaron a llegar «alumnos» un poco raros. Gente mayor, músicos de *jazz*... Te juro que una noche pasé y vi en él pasillo a Jon Bon Jovi, que se metió en el aula del señor Rubio. Y a Lyle Lovett. Seguro que era él, porque es bastante inconfundible. Lo que pasa es que yo aún era adolescente y estaba un poco en las nubes.

Luego entré en la universidad, en SUNY Binghamton, y un verano, cuando volví, ya no estaba el señor Rubio. Habían vaciado el aula. Cuando les pregunté por él, me dijeron que se había ido a vivir a otro sitio con su mujer, no sé dónde, por el sur.

No tuve la oportunidad de darle las gracias ni de despedirme. Solo me enteré de quién era de verdad hace unos años, a través de un artículo de *Rolling Stone* sobre el disco pirata. Sabes, ¿no? El de *The Magic Strings of Frankie Presto*. ¡Qué locura! De hecho en mis temas hay algunos versos inspirados en el señor Rubio, como el de *The Way I Am* sobre compartir jersey, o el de irse a vivir a una isla, en una canción que se titula *Far Away*. Con el paso del tiempo, en la música que haces siempre acaban saliendo todos tus maestros. ¿A que sí?

Cuando me enteré de que se había muerto, pensé que debería ir al entierro. Hacía años que tenía la intención de buscarlo para decirle lo impresionada que estaba de que nunca hubiera presumido de su pasado, ni le hubiera parecido indigno de él enseñar a tocar *Somewhere over the Rainbow* a una adolescente tímida. ¿Cuánta gente hay así? No mucha.

Uy... Están cantando, ¿lo oyes? Tengo que entrar.

Más deprisa, que ya empieza la ceremonia. Usaremos tonos de paso, notas de la melodía que no forman parte de los acordes sino que los conectan entre sí, como cuando en el *square dance* te separas de tu pareja y das una vuelta con otra persona. Resumiré los tonos de paso de los años restantes de Frankie Presto, detallando solo los grandes hitos, y luego llegaremos a sus últimos días. Doble tiempo. Compás de dos por dos.

Tonos de paso. En el año de 1994, la familia de Frankie se fue de la isla de Waiheke (como acabáis de saber). A su hija Kai la habían aceptado en la prestigiosa Juilliard School de Nueva York (gracias a sus clases diarias de guitarra con su padre). Aurora y Frankie alquilaron una casa adosada en Staten Island. Ahora Frankie se hacía llamar Francisco Rubio. La grabación pirata de *The Magic Strings of Frankie Presto* se había hecho mítica en el mundo de la guitarra, y había mucha gente empeñada en encontrar al misterioso guitarrista desaparecido: músicos jóvenes, reporteros oportunistas y hasta un director de documentales. A Frankie no le interesaba. Era el pasado. Se extrañaba de que cuanto más se alejaba de los focos, más lo perseguían.

Hubo una temporada de dicha en que no lo encontraron, y así, durante sus siete años en Staten Island, tuvo una vida feliz y de lo más normal. Engordó cinco kilos, le hicieron unas gafas graduadas, vio que le salían muchas canas, se lesionó un pie al correr, hizo turismo por la costa de Maine, aprendió a hacer *penne* con berenjenas (el plato preferido de Aurora), se aprendió todos los solos del guitarrista Charlie Christian, practicó yoga, reparó amplificadores de época y compró montones de CD de segunda mano en una tienda de la parte baja de Manhattan, luego se los ponía a Aurora mientras ella preparaba el desayuno ya entrada la mañana.

Cada semana se llevaba a casa una guitarra diferente de una tienda de música del barrio donde lo habían empleado como profesor a tiempo parcial, y siempre devolvía el instrumento a los pocos días de usarlo.

—Nunca estarás contento con ninguna otra guitarra —le decía Aurora.

—Pues ahora mismo estoy contento —respondía él, y le daba la mano, desarmándola.

Hasta en los mares más tempestuosos hay períodos de calma chicha. Estos años de paz los disfrutaron Frankie y Aurora con silenciosa gratitud, como los alpinistas cuando exhalan al llegar a una cima. Iban todos los días a hacer la compra a un mercado del barrio. Se hicieron amigos de sus vecinos y de la dueña de una panadería griega. Descubrieron un parque con un tiovivo para

niños, que a veces Aurora se quedaba mirando, como en trance. Frankie temía que estuviera pensando en el bebé no nacido, máxime al haber vuelto a la ciudad donde lo perdió. Por eso le daba la mano y le decía «vamos a tomarnos una cerveza de raíz», que se había convertido en la bebida favorita de Aurora.

Ella, por su parte, trabajaba cuatro días por semana en una tienda de una ONG que vendía cosas de segunda mano. Se dedicaba a pintar al óleo, ir en bicicleta por el río y hablar todos los días por teléfono con Kai, aunque solo fuera para darle las buenas noches. A veces, los fines de semana, Frankie le tocaba sus nuevas composiciones, alternándolas con temas ajenos, y ella siempre sabía diferenciarlas.

—¿Cómo puede ser que aciertes siempre? —le preguntaba él.

—Porque te oigo en todo —contestaba Aurora.

Fue ella quien lo animó a dar clases, considerando que con el apellido de Rubio podría mantener el anonimato a la vez que cultivaba su pasión, pero el copioso talento de Frankie empezó a circular de boca en boca por la tienda (a mí no se me puede reprimir), y después de que el dueño presentara a Frankie a una joven estrella del *rock* que estaba de visita —y de que tocaran juntos varias piezas de *blues*—, corrió la voz de que en una tienda normal y corriente de Staten Island trabajaba un maestro de la guitarra. Varios instrumentistas consumados, algunos de gran fama, empezaron a dejarse caer por Staten Island cuando estaban de paso en Nueva York, en busca de consejo o colaboraciones, o simplemente para ver si eran ciertos los rumores. Al dueño no le molestaba; así su establecimiento ganaba prestigio y se vendían más guitarras.

Rubio, lo llamaban («¿Vas a ver a Rubio?». «¡Me han dicho que Rubio estaba que se salía!»). Llegó un momento en que Frankie temió verse desbordado. Le gustaba poder tocar con artistas de talento fuera de los escenarios, pero la persecución de la que estaba siendo objeto lo tenía desconcertado. Para su sorpresa, se había vuelto un profesor bastante bueno, pródigo en pequeños trucos que se remontaban a los días del Maestro. A lo largo de dos años, según mi cuenta, Frankie recibió la visita —y las consultas— de ochenta y tres músicos profesionales, entre ellos miembros de Bon Jovi, Pearl Jam y la E Street Band, así como el bajista Christian McBride, el guitarrista Earl Klugh, el cantante de rhythm and blues KEM y el cantante y compositor Warren Zevon.

Solo unos pocos, como Lyle Lovett y Darlene Love, sabían quién era de verdad. Todos juraron silencio y cumplieron su palabra.

Sin embargo, un día sonó el teléfono en la casa de alquiler, y se puso Aurora. Era un hombre que decía trabajar para la revista *Rolling Stone*.

—¿Vive aquí Frankie Presto? —preguntó.

Aurora colgó de inmediato.



Tonos de paso. Kai acabó los estudios con matrícula de honor e ingresó en una orquesta sinfónica con sede en Boston. Ahora que ya no estaba su hija en Nueva York, Frankie y Aurora volvieron a Nueva Orleans. Estaban preocupados por la llamada telefónica. Además, era la ciudad donde más feliz había sido siempre Aurora, y donde Frankie le había pedido matrimonio

frente a *Mr. Bingle*.

Se compraron un pequeño piso en Garden District. Por la mañana Aurora le hacía café a Frankie, y él a ella, té por las noches. Una tarde. Aurora lo llevó a un centro social donde daba clases de arte sin cobrar y les dijo a los niños que el señor Rubio era músico. En un abrir y cerrar de ojos, Frankie se vio al frente de un grupo de jóvenes instrumentistas que tocaban el piano, el bajo eléctrico, dos baterías, la trompeta y el trombón, a cargo, este último, de un adolescente regordete. Tocaban *funk* y *jazz*. Al batería le gustaba rapear. Se hacían llamar The Big Mess Band, y aunque no destacasen por su técnica, ni mucho menos, Frankie se dio cuenta de que se le estaba contagiando su entusiasmo juvenil.

Según mis cuentas, que siempre son exactas, fue el grupo número trescientos setenta y dos en el que tocó Frankie Presto.

Solo habría dos más.



Uno de mis discípulos fue el guitarrista Les Paul, que me llevaba dentro en grandes dosis, junto con una curiosidad que hizo de él un innovador de la guitarra eléctrica, la grabación con cinta magnética y la superposición de pistas. En su adolescencia tendió una cuerda por una traviesa de ferrocarril e intentó amplificarla con el mecanismo de un receptor telefónico. Pocos años después buscó un trozo de madera de pino, le enganchó una pastilla y se inventó una guitarra que recibió el cariñoso apelativo de «tronco», precursora de las guitarras eléctricas de caja maciza que se tocan hoy en todo el mundo.

Su mayor don, con todo, era la perseverancia. En 1948, cuando iba en coche con su esposa, Mary Ford, sufrió un accidente que los tuvo tres horas al fondo de un barranco. Se había roto las costillas, la nariz, el bazo, la pelvis y la clavícula, pero lo peor de todo fue que se le rompió en varios puntos el brazo derecho, y los médicos se plantearon amputárselo, aunque al final se lo dejaron, permanentemente en ángulo recto. Aun así. Les Paul no dejó nunca de tocar. Tampoco décadas después, cuando tenía todo el cuerpo roído por la artritis, y unas manos que parecían garras. Reacio a desprenderse de mí, siguió haciendo música hasta pasados los noventa años y tocando en un pequeño club.

En Nueva Orleans, Frankie Presto también empezó a ver cómo se le deterioraba el cuerpo, hasta el punto de que tocar se le hacía cuesta arriba. La rigidez de la mano izquierda se había vuelto constante. En días húmedos era un suplicio tocar de cabo a rabo una canción. Necesitaba gafas para seguir las transcripciones musicales y, después de tantos años encorvado, las lumbares no lo dejaban vivir. Se levantaba con las manos en la espalda y gemía al echarse hacia atrás.

—Estoy chirriando —suspírraba.

—Aquí hay alguien que se está haciendo viejo —contestaba Aurora.

—Pues tú no eres.

—No, yo no. Aún podría subirme a un árbol.

—Mmm —rezongaba Frankie.

En el año 2005, uno antes de que Frankie cumpliera los setenta, cayó una gran tormenta en el estado de Luisiana. Se aconsejó a la gente que se fuera de sus casas, pero más de uno se quedó. Aurora se había incorporado a una iglesia de la zona, una congregación pequeña que se reunía en un viejo edificio de ladrillo. Cuando el pronóstico del tiempo llegó a cotas inquietantes, la mayoría de los feligreses se marcharon, pero el cura, un hombre mayor, hizo el voto de quedarse por mucho que subiera el agua.

—Tiene que irse —le imploró Aurora.

—Hace cincuenta y dos años que puse en pie esta iglesia —contestó él—. Si quiere Dios que muera aquí, así será.

Cuando se lo explicó Aurora, Frankie sacudió la cabeza. Siempre, desde que era pequeño, había visto ir de la mano devoción y sufrimiento.

—Nosotros no nos quedamos —dijo.

Aurora estuvo de acuerdo. Sin embargo, cuando llegó Frankie con el coche cargado, su mujer ya no estaba. Había empezado a llover. Rápidamente fue a la iglesia y la encontró tapando las ventanas con tablones, junto a varios feligreses jóvenes.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Si se va a quedar, hemos de ayudarle.

—Ahora ya dicen que es un huracán. Tenemos que irnos.

—Solo unos minutos.

Frankie ayudó en todo lo que pudo, sujetó los tablones mientras los demás trabajaban como locos con taladros y martillos y fuera iba arremolcando el viento. Dos adolescentes subieron a gran velocidad una enorme viga de madera por dos escaleras adyacentes, a fin de colocarla en la ventana grande. Con las prisas, la giraron con demasiada brusquedad, el cristal reventó y empezó a entrar la lluvia. El primero de los dos adolescentes perdió el equilibrio y soltó la viga para aferrarse a la escalera. El otro hizo lo mismo. Aun así el primero se cayó y chocó con el suelo.

—¿Estás bien? —gritaron varias voces.

—Sí, sí —contestó—. Solo ha sido un golpe.

Fue en ese momento cuando Frankie oyó un gemido; al girarse vio a Aurora en el suelo con las manos en la cabeza. Le había golpeado por detrás la viga caída.

—¡Por Dios bendito! —exclamó el cura mientras corría hacia ella.

Frankie se abrió camino a empujones y se inclinó sobre su mujer. Le sangraba un poco el cuero cabelludo y parpadeaba.

—¡Ayúdame a meterla en el coche! —bramó.

—Estoy bien, estoy bien —dijo Aurora.

—¡Vamos!

Media hora después llegaron empapados a un hospital, donde un médico de urgencias cosió el corte mientras Frankie veía que las salas se llenaban de pacientes, muchos de edad avanzada, asustados por la tormenta que se les echaba encima. A Aurora le dijeron que no era un corte profundo, pero como había sufrido un leve traumatismo, le asignaron una cama y le pidieron que no se durmiera, mientras la tenían en observación.

—Me encuentro bien —dijo—. Solo tengo dolor de cabeza.

—¿Aquí estamos seguros con la tormenta? —le preguntó Frankie al médico.

—Sí, sí, claro que sí —respondió este último, y salió corriendo a atender a otros pacientes.

En cuestión de horas llegó el huracán a Nueva Orleans, y por la noche cedieron algunos de los diques que protegían la ciudad. Las calles se inundaron con las masas de agua que llegaban desde el lago Pontchartrain (donde Frankie tocó por primera vez con Elvis Presley) y el Misisipi (junto al que se pasearon Frankie y Aurora de recién casados). El nivel del agua aumentaba sin cesar, subía por las paredes, como si les trajera su pasado. Ahora el hospital ya no albergaba solo a enfermos y heridos, sino a gente en busca de refugio, comida y protección. Se cortó el suministro eléctrico. Algunos médicos tuvieron que operar con linternas. Cada vez quedaba menos comida y no se reponían los suministros. El traslado de todos los pacientes de las plantas bajas a las de arriba agravó el hacinamiento y la incomodidad. El calor propio de finales de verano se volvió asfixiante. Se rompieron algunas ventanas ciegas, para ventilar.

En medio de este pandemonio, Frankie no se apartó ni un momento de Aurora. La mantuvo despierta en la cama del rincón de una sala muy llena, contando anécdotas, conversando e incluso cantando.

—Oye, que estoy bien —susurró ella.

—Ya lo sé.

—Aún no te vas a quedar sin mí.

—De eso nada.

—Aunque seré la primera que se vaya.

—¿Ah, sí?

—Dentro de mucho tiempo.

—Eso, dentro de mucho tiempo.

—Pero antes que tú.

—No es justo —dijo Frankie.

—Sí que es justo —replicó ella.

—¿Por qué lo dices?

—Si te mueres tú primero, ¿qué me queda? —preguntó Aurora.

—Tienes a Kai.

—Ya. —Apartó la vista—. Pero las hijas tienen su vida. No se les pueden cortar las alas. Se casará, tendrá hijos...

—Bueno, pues te podría preguntar yo lo mismo —dijo Frankie—. Si te vas tú primero, ¿qué me queda? Aparte de Kai.

Aurora lo miró como si lo hubiera dicho en broma.

—Tendrás tu música.

Frankie resopló un poco, pero no dijo nada. (Por mi parte, entendí perfectamente lo que había querido decir su mujer).

—*Parlez-moi d'amour* —dijo Aurora—. Cántamela. Mantenme despierta.

—Tengo el francés oxidado —contestó Frankie.

—Tienes que cantármela —insistió Aurora—. La paciente soy yo. Es lo que me han recetado.

Frankie suspiró y cantó lo que recordaba, en voz baja, hasta que la mujer mayor de la cama de al lado se giró hacia ellos y dijo:

—Más alto, *cher*, que tienes una voz muy bonita.

Frankie cantó más fuerte. Toda la sala (seis camas muy juntas) quedó en silencio, a oscuras. Los pacientes y los familiares se giraron hacia él y descorrieron las finas cortinas que los separaban, agradecidos por la distracción.

Parlez-moi d'amour,

Redites-moi des choses tendres.

(Háblame de amor.

Vuelve a decirme cosas tiernas).

Cuando acabó de cantar, aplaudieron con educación.

—¡Que cante otra! —dijo alguien.

Frankie miró a Aurora con los ojos en blanco, como si dijera: «Mira la que has armado». Ella, sin embargo, sonrió y dijo con todas sus fuerzas, imitando el acento americano:

—Eh, tío, ¿te sabes *I Want to Love You*, de Frankie Presto?

—Esa es de las que nunca pasan de moda —dijo un hombre mayor. Al cabo de un rato, Frankie estaba cantando el mayor éxito de su carrera con el único acompañamiento de la lluvia que azotaba las ventanas.

I want to love you

I will be true

No one will love you

The way I do...

Poco a poco se fueron sumando los demás, como en una acampada alrededor de una hoguera, hasta que en la oscuridad de la sala no quedó nadie que no participase en la archiconocida melodía: una voz aguda, otra grave, otra chillona que desafinaba... Todos al unísono, desafiando la tormenta.

Oh, if you let me

*Show my love to you
Then by tomorrow
You'll love me toooooo!*

Alargaron al máximo la última palabra, mientras alguien imitaba un redoble de tambor con su cuchara, entre las risas y los gritos de los otros. Fue la mejor versión que había oído Frankie.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

A veces solo para ser valiente.

Frankie sonrió y miró a su mujer.

—¿Aurora?

Tenía los ojos cerrados.

Los médicos explicaron que lo más probable era que la embolia mortal se debiera al traumatismo del golpe, aunque no podían estar seguros, porque Aurora tenía sesenta y ocho años. Acudieron enfermeras con linternas, pero de nada sirvieron los intentos de reanimarla. Su muerte fue fulminante. Un médico joven le dio el pésame a Frankie y se marchó con prisas a ayudar a las víctimas de la tormenta. Entraron técnicos sanitarios con una camilla. Frankie estaba desmadejado, mudo de incredulidad. Cuando se llevaron el cuerpo de Aurora, se dejó caer al suelo y se quedó encogido contra la pared, meciéndose con los brazos alrededor del cuerpo, como si estuviera aterido de frío. Fuera se habían inundado las calles. El hospital parecía una zona de guerra. No había adonde ir ni donde gritar. Una vez más la vida le cambiaba las aguas.

Hasta cuatro semanas más tarde no pudieron enterrarla.

Durante el funeral, que se ofició junto a la tumba, Kai tomó a su padre de la mano y lloró. También lloraron, tomados de la mano, los feligreses de la iglesia de Aurora. Vino de Nueva York Cecile York Petersen, quien, además de llorar y de tomar a Kai de la mano, pronunció un discurso fúnebre que, si bien corto, le salió del corazón, presentando a su hermana Aurora como una mujer valiente, inteligente y —en ocasiones— más feliz que ninguna otra persona que hubiera conocido, alguien que pensaba claramente en los demás antes que en sí misma. En cumplimiento de una tradición de Nueva Orleans, la Big Mess Band del centro social tocó una canción fúnebre, *Just a Closer Walk with Thee*.

Frankie no participó en ningún momento. No cantó ni una palabra. Se quedó al margen de la ceremonia, como si estuviera a mil kilómetros.

Antes he dicho que Aurora York fue mi única rival en del corazón de Frankie. Ese día me venció. Dentro de Frankie no quedaba ni una sola nota. Su amor a Aurora, desesperado y sin tregua posible, iba chocando por sus muros internos como el agua de las inundaciones, ahogándome a mí y enmudeciéndolo a él. Veía todo el rato el rostro de Aurora en el hospital, pidiéndole que cantara. La veía todo el rato de pequeña, pidiéndole que se subiera a un árbol. Pensaba una y otra vez en la vieja guitarra que se había dejado bajo una cama, la que aún tenía una cuerda azul por usar.

«¿Y si necesitas salvar una vida?», le había preguntado Aurora.

Dolía demasiado para planteárselo. Se le bloquearon las ideas, y sus ojos se pusieron vidriosos.

Estaba vacío como un agujero.

Al final de la ceremonia se quedó junto a la tumba, esperando a que se fueran los demás y, una vez solo, se sentó en el suelo, sacó algo del bolsillo y lo clavó en la tierra: una flor pequeña y redonda hecha con una cuerda de guitarra. Con los ojos llorosos, perdió el equilibrio y se cayó de bruces en la hierba húmeda, mojándose las manos y las rodillas. Susurraba el nombre de Aurora sin cesar.

—Dentro de mucho tiempo —dijo con un hilo de voz—. Dijiste «dentro de mucho tiempo».

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

Y en algunos se te parte el alma.

Los restantes años de su vida Frankie Presto los pasó lo más lejos que pudo de sus recuerdos, en Manila, la capital de Filipinas, dando clases de guitarra en la Universidad de Santo Tomás. A petición de su padre, su hija Kai recurrió a sus contactos de la orquesta sinfónica para conseguirle una entrevista.

—Está muy lejos —protestó.

—Ya lo sé —dijo él.

Su educación católica le fue útil para que lo contratasen. A sus nuevos jefes no les dijo en ningún momento que hubiera dejado de rezar, ir a la iglesia y creer en Dios. Aceptó el cargo, cuyo sueldo era modesto, y se instaló en un pequeño apartamento del Bulevar España, con lo que podía ir y volver del campus caminando, hasta entrar en la plaza Intramuros por el enorme y barroco Arco de los Siglos.

Los estudiantes filipinos le parecieron educados y respetuosos. Les daba clases personalizadas, con paciencia y firmeza, y ellos admiraban sus conocimientos, pero rara vez les tocaba algo. Tampoco se unió a ningún grupo u orquesta de la universidad. Había venido por una sola razón: estar donde nadie lo encontrase.

El único momento en que ponía las manos en una guitarra era de noche, a solas junto a una ventana que daba a una estación de autobuses. Tocaba lentas melodías barrocas de Gaspar Sanz, y viejos *blues* de Robert Johnson, pero el dolor de dedos se había vuelto continuo, por los estragos de la artritis en la mano izquierda, que tenía dañados los nervios, y en los hombros y el cuello se había instalado una rigidez permanente. Ya no corría. Ya no preparaba *penne*. Ya no restauraba amplificadores, ni hacía té, ni practicaba ninguna otra rutina que hubiera compartido con su esposa. Sobre esas actividades planeaba la soledad como un ogro.

Aurora le había dicho que cuando faltara ella no le quedaría solo Kai, sino su música, y era verdad, pero no fue de gran consuelo para Frankie. Durante los meses posteriores a su muerte compuso una canción, y ya no escribió nunca nada más.

En el año 2009 fue Kai a visitarlo, al final de una gira con su orquesta, y le explicó que la habían seleccionado para el prestigioso Certamen Internacional de Guitarra Francisco Tárrega, en España. Era todo un acontecimiento, con más de cuarenta años de historia. Aquella edición tenía de especial que se conmemoraban los cien años de la muerte de Tárrega, motivo por el que

se celebraría por primera vez en su localidad natal, Villarreal.

—Quiero que vengas, papá.

—No, Kai.

—Para mí es importante.

—No puedo.

—A Tárrega lo conozco por ti. Fue lo primero que me enseñaste. Todo lo que sé de su música lo sé por ti.

—Hay demasiados...

—¿Qué? ¿Recuerdos?

—Sí.

—Los recuerdos no están en los sitios, papá. Están en la cabeza. Aquí también, en este... — Kai miró a su alrededor—. En este piso, que es ridículo de tan pequeño.

Frankie se pasó las manos por la cara y se rascó el pelo, que aun siendo más escaso y gris aún se le alborotaba en la frente.

—¿Cepillo nunca usas? —preguntó Kai.

—¿Para quién? —respondió él.

Kai apartó la vista.

—Yo también la echo de menos, papá.

—Ya lo sé.

Frankie se quedó mirando a su hija, que a sus poco más de treinta años estaba guapísima, en su plenitud, mientras él iba a menos.

—¿Te quedas unos días?

—Hasta el viernes.

—¿Y unos cuantos más, no?

Kai sonrió.

—Tendré que hacer una llamada.

—Usa mi teléfono, si quieres.

Frankie señaló un escritorio.

—Ya tengo uno, papá. Hoy en día lo lleva todo el mundo encima. —Ah, sí, es verdad...

Kai se inclinó para hacerle una caricia en la rodilla.

—¿Estás bien?

Frankie asintió despacio mientras lo invadían simultáneamente el amor y la angustia, como la confluencia de dos ríos.

—¿Cuándo es el concurso? —preguntó.

John Pizzarelli

Guitarrista, cantante y compositor de jazz, hijo del famoso guitarrista Bucky Pizzarelli

Sí, cómo no... Me llamo John Pizzarelli, soy músico y vivo en Nueva York. He venido porque Frankie Presto y yo éramos amigos desde hacía mucho tiempo, y porque me pidió algo antes de morir... Me pidió que buscara las cintas originales del disco pirata *The Magic Strings of Frankie Presto* y se las diera a su hija... Sí, las llevo encima, dentro de este maletín.

¿Frankie y yo? Desde hace mucho tiempo. Primero fue amigo de mi padre, Bucky Pizzarelli. Se conocieron a mediados de los años sesenta, después de que Frankie saliera en *The Tonight Show*. Mi padre tocaba en el grupo del programa. Como los dos eran guitarristas, se pusieron a hablar, y bueno... Frankie probó las siete cuerdas de mi padre y lo dejó alucinado. A papá le caía genial. «¡Y ni siquiera es italiano!», decía. Siempre habíamos creído que era de los nuestros, por lo de «Presto», ¿sabes? Suena italiano.

Total, que durante varios años, siempre que Frankie estaba de paso en Nueva York, venía a nuestra casa y se montaba una *jam session* con Bucky y los músicos de *jazz* que se pasaban después de los bolos, más que nada por los *rigatoni* de mi madre. Calculo que lo conocí a los seis o siete años. No se parecía a la otra gente mayor. Era guapo, con el pelo negro y gafas de sol. Para mí era como Elvis. O lo más parecido a Elvis que pudiera a llegar a ver. Yo estaba aprendiendo a tocar el banjo tenor. Cuando Frankie acabó de tocar una canción, levanté mi banjo y le dije: «Vale, pero ¿sabes tocar esto?». Está claro que era un niño repelente, pero él aceptó el banjo, me hizo un guiño y tocó esa canción española tan famosa. *La malagueña*, cada vez más deprisa, hasta que me quedé... ¡Buf! Se me salían los ojos de las órbitas. Y eso con el banjo, que ni siquiera era su instrumento.

—¿Qué, qué tal? —preguntó al acabar.

—Bastante bien —contesté.

—Bastante es bastante —dijo él.

Siempre me llamaba LPJ, por Little Pizzarelli John, porque en esa época el presidente era Lyndon Baines Johnson, LBJ. Vaya, que yo era LPJ. Le encantaba verme jugar con mi padre. Supongo que la idea de que jugaran juntos un padre y un hijo le parecía algo especial, porque él al suyo no lo había conocido.

Luego estuvimos una buena temporada sin verlo. En los setenta, estando casado con Aurora, pasaron una vez por Nueva York y vinieron a vemos. Mi madre hizo pasta para Aurora. Yo iba al

instituto y llevaba el pelo largo y ondulado, porque me flipaba Peter Frampton.

—¿El de debajo de toda esa mata es LPJ? —preguntó él.

—Sí —contesté yo.

—¿Cómo te va?

—Bastante bien.

—Bastante es bastante. —Y luego añadió—: ¿Ya te has aprendido *La malagueña*?

Tardé mucho en volver a verlo, hasta después de cumplir los treinta años, cuando ya grababa discos y viajaba por todo el mundo. Me dijeron que estaba dando clases en una tienda de música, ni más ni menos que de Staten Island, con otro nombre. Fui en coche, y en efecto, era él. Me pidió que cerrara la puerta. Luego me dio un abrazo enorme y me preguntó por mi padre. También me habló de su hija, y lo de la Juilliard, y de que se hacía notar lo menos posible por la cantidad de gente que tenía curiosidad por él. Yo esos días tocaba allí. Le rogué que viniera a tocar con nosotros —con la promesa de no decir su nombre—, pero no quiso. Dijo que quizá pasara alguna noche a vernos, con Aurora, pero no pasaron.

Luego se fueron a vivir a Nueva Orleans, y perdimos el contacto.

La última vez que lo vi fue hace un año. Estábamos haciendo unos bolos por Asia con el grupo y tocábamos en Manila. Al final del concierto, en la entrada de artistas había un estudiante de la universidad que dijo que tenía que decirme algo importante. Un mensaje de un hombre que había comido muchas veces albóndigas en mi casa. Después pronunció *La malagueña*, y me dio una dirección. Parecía una película de James Bond, pero bueno, como no quedaba muy lejos de donde habíamos tocado, le di la dirección a un taxista y subí al apartamento. No había portero, ni nada. Di unos golpes.

Abrió la puerta Frankie.

—Hola, LPJ —dijo.

Lo tuve que mirar dos veces. Parecía que no estuviera muy bien de salud. Iba encorvado y estaba muy flaco, llevaba gafas y el pelo revuelto, como un profesor chiflado. Yo no sabía que se hubiera muerto Aurora. Al enterarme lo entendí. Estaban tan locos el uno por el otro...

Conversamos un poco. Me preguntó por mi padre, como siempre. También quiso saber si aún tocábamos juntos, y pareció alegrarse al oír que sí. Yo le pregunté si estaba grabando, o componiendo, o algo. Me dijo que desde la muerte de su mujer solo había escrito una canción. Le dije si podía oírla, y él me la cantó. Era tan corta que la recuerdo entera.

Yesterday
I saw a bird
Whose tree had disappeared.
The clouds lay claim
To a moonless sky
You are gone
I'm here.

Era tan triste y tan bonita que se te rompía el corazón. Cuando le pregunté si pensaba grabarla, me miró como si no tuviera ni la más remota intención.

—Si la quieres, te la regalo —dijo.

El favor me lo pidió en ese momento. Dijo que hacía años que circulaba una grabación pirata de él a la guitarra, *The Magic Strings of Frankie Presto* (no le comenté que no conocía a ningún guitarrista que no la tuviera o la hubiera oído), y que necesitaba conseguir las cintas originales. Supuse que quería el dinero que le debían.

Pero me equivocaba. Le daba igual el dinero. Quería la cinta porque se acordaba de que ese día, en el estudio, también estaban su mujer y su hija, riéndose entre pieza y pieza, y en la grabación original debían de oírse las risas. Me explicó que quería que cuando estuviera muerto su hija Kai tuviera ese recuerdo feliz de sus padres.

Tardé tres años en localizar las cintas, pero al final las encontré. Se las había vendido un neozelandés a un australiano, y luego habían pasado por Inglaterra y por Japón. El mes pasado estuve en Tokio y encontré al técnico de sonido que las tenía. Cuando le dije que representaba a Frankie Presto, el de verdad, se asustó, me dijo que creía que estaba muerto y me dio las cintas por las buenas, después de que le firmara yo algo en japonés con la promesa de no denunciarlo.

En cuanto las tuve llamé al número de Frankie, en Filipinas, pero me imagino que ya habría salido para aquí. Se me escapó por un par de días.

Típico de Frankie Presto, ¿no?

Frankie había supuesto que era un hombre, pero al ver a la figura sin capucha se dio cuenta de que era una mujer muy vieja. Tenía el pelo corto, despoblado y casi todo blanco, con manchas de color de herrumbre, como si hubiera sido pelirroja. Los ojos, rodeados de arrugas, eran de color avellanado. Cuando abrió la boca, Frankie vio que tenía un pequeño hueco entre los dientes.

—La dejaste en el monasterio —dijo ella.

—No la quiero.

—Da igual.

—¿Por qué me la ha traído?

—Porque aún no has acabado de tocar.

—¿Quién es usted?

Se quedó un momento callada.

—En otros tiempos, decían que tu madre.

—¿Mi... madre?

—Inmercidamente. —Inclinó la cabeza—. Te abandoné a tu suerte, para que te murieras, y es como una maldición que me ha perseguido el resto de mi vida.



La mujer clavó la vista al pie de la estatua. Profundos surcos le cubrían el rostro y debajo del mentón le colgaba la piel. Al hablar lo hizo despacio, con mucha parsimonia, como si hubiera ensayado muchas veces la historia y hubiera llegado finalmente el momento de contarla.

—Mi nombre de pila es Josefá. En 1935, cuando tenía dieciséis años, vinieron mis padres a Villarreal para esconderme en un convento. Eran pobres, pero devotos, y los perseguían los rojos, sobre todo a mi padre, a quien llamaban el Pelé.

»Aquí estarás a salvo, hija —me dijo al irse—. Pronto nos reunirá Dios.

»Nunca más lo vi. Me consolé con las hermanas de la basílica de San Pascual. Iba a misa, comía en silencio, doblaba la colada y ayudaba a cuidar la tumba de nuestro santo patrón.

»La noche en que los rojos destruyeron nuestra iglesia, yo había salido a llevar comida a una

familia necesitada, cosa que solo tenían permitidas las novicias, y al volver me encontré con que había huido casi todo el mundo. Mientras me preparaba para hacer lo mismo, vi que entraba alguien por la puerta principal y se ponía de rodillas delante de los cirios. Era una mujer, joven y embarazada. Justo cuando me acercaba para avisarla del peligro, se cayó al suelo y se puso de parto.

»Era tu verdadera madre. Se llamaba Carmencita y vino a rezar para que nacieras bien, pero al romper aguas ya no pudo hacer gran cosa. Yo me la llevé rápidamente a la celda de san Pascual, y recé para que su espíritu nos protegiera.

»Unos minutos después nacías tú, entre el mal, abajo, y nuestro buen Señor, arriba. Tu madre te dio el nombre de nuestro santo patrón. Solo te tuvo en brazos un momento. Para que no lloraras tarareó una canción, que te salvó la vida.

»Y a mí también.

Frankie temblaba.

—¿Qué fue de ella? —susurró.

—No podía moverse. No tenía fuerzas, y sangraba. Oí los gritos de los hombres, y apagué las velas. Noté que tu madre tendía los brazos en la oscuridad. Cuando encontró mi cabeza, me acercó hacia ella y me susurró algo al oído, solo tres palabras: «Salva a mi hijo».

»Hice todo lo que pude. Me quité el hábito, porque si se enteraban que era novicia podía darme por muerta. Esos días a las monjas llegaban a matarlas por la calle. Le quité la ropa a tu madre, y la envolví con la mía. Luego recé en voz baja y bajé corriendo por la escalera de atrás contigo en brazos.

—¿Dejó sola a mi madre? —dijo Frankie.

La vieja se miró los pies.

—Cosas peores he hecho.



Tuvo un ataque de tos bronca y se aferró al bastón. Cuanto más clareaba, más vieja parecía. Frankie se dio cuenta del esfuerzo que debía de haber hecho para llegar ahí, pero se la veía resuelta a contar su historia hasta el final.

—Te crié muchos meses como si fueras hijo mío. Falseé mi pasado y te di todo lo que podía, pero no había trabajo, ni dinero, y comida muy poca. Yo también era muy niña, aún. No entendía el lloro de un bebé. Me sentía condenada por haber dejado sola a tu madre, y sucia por vivir una mentira. Nunca dormía. Oía voces demoníacas. Mi salvación había sido la iglesia, pero ya no podía ir. Sin familia, y con un bebé que no paraba de gritar, me convertí en una marginada. Estaba tan sola... Por eso una mañana...

—¿Qué? —preguntó Frankie.

La vieja suspiró.

—Te tiré, Francisco. Perdona que te lo diga así, pero no me merezco usar palabras más suaves. Te dejé en el río Mijares. Y me fui corriendo. Corrí hasta que ya no me entraba el aire en los pulmones. Me caí en unos arbustos llenos de barro. Entonces se puso todo negro, y hubo un momento en que creí morir. Era lo que quería.

»De repente oí una respiración y, al abrir los ojos vi sobre mí un perro oscuro, sin pelo. No hacía ruido. Solo me miraba fijamente. Después se oyó una voz y el perro se marchó corriendo. Vi a lo lejos que se te llevaba un hombre calvo, con el perro a su lado...

—Papá... —susurró Francisco.

—Rafa Rubio. En ese momento supe que me había abandonado Dios, pero a ti no. Era una desgraciada. No me merecía un hijo. Mi castigo sería vivir con lo que había hecho. Pero mi penitencia estaba clara.

—¿Qué penitencia? —preguntó Francisco.

—Vigilarte de lejos. Cumplir la última voluntad de tu madre. «Salva a mi hijo». Era mi única manera de salvarme. Fue lo que me hizo levantarme de los matorrales. Seguí a Rafa Rubio hasta que vi que entraba en su casa contigo en brazos, y a partir de entonces me convertí en tu centinela. Juré no bajar la guardia por nada del mundo, me llevara tu vida a donde me llevara. Y es lo que he hecho.

Frankie se la quedó mirando con incredulidad.

—¿Cuánto tiempo?

Ella puso las dos manos en el bastón.

—Hasta ahora mismo.



Robert Schumann compuso su inolvidable *Traumerei* (Ensoñación) en recuerdo de su infancia. Fue una de las piezas que aprendió Frankie del Maestro. Contiene un motivo de cuatro notas que se repite seguido cada vez de un acorde distinto, que cambia el estado de ánimo de la música. Sencilla, pero cautivadora, evoca los sueños de un niño, pero toda la obra depende de un solo *crescendo*, un sonido muy especial que sigue a la última serie de cuatro notas, un acorde de tan penetrante belleza que solo después de haberlo oído adquiere sentido todo lo anterior.

En el caso de Frankie Presto, ese acorde fueron las explicaciones de la monja, que lo sacaron del brumoso sueño en el que tanto tiempo había estado envuelta su historia, y pusieron en su sitio todos los detalles, como el mecanismo de una cerradura al girar.

Descubrió que durante gran parte de su vida había tenido a esa mujer a no más de un kilómetro, muda compañera de casi todos los grupos de los que había formado parte. Fue Josefa quien distrajo a la policía mientras Frankie, de niño, robaba el fonógrafo. Fue Josefa quien pagó a un gitano para que detuviera su carro cuando Frankie corría para huir de los soldados. Fue Josefa quien siguió su rastro hasta Inglaterra, lo encontró en el puerto de Southampton y le fue dejando monedas en la funda de la guitarra, para que no se muriera de hambre.

Fue Josefa quien lo siguió hasta América y trajo al perro sin pelo, rescatado de España. Fue Josefa quien siguió como una sombra al niño después de que lo rechazase la hermana de Rafa, y quien le dijo a la policía que estaba durmiendo en un callejón, para que lo llevaran a un orfanato. Fue Josefa quien entró a trabajar en la cocina de este último para vigilar su crecimiento, y quien dejó abierta la ventana de la cocina para que pudieran reunirse el niño triste y el perro sin pelo.

Fue Josefa quien presenció el incidente de la cuerda azul de Frankie en el club de Detroit, y quien lo siguió hasta Nashville y Nueva Orleans, y quien informó a una joven Aurora York de

que un guitarrista español había estado tocando debajo de un puente y preguntando por ella. Fue Josefa quien hizo que acudiera personal médico al escenario de Woodstock para llevarse a Frankie Presto, que sangraba, hasta los helicópteros, y quien, gracias a su trabajo como gobernanta en un hotel de Londres, dejó abiertas cada día las persianas de la habitación de un tal Tony Bennett, cantante, a fin de que pudiera ver sentado a Frankie en el parque, y tal vez prestarle ayuda.

Décadas después, en una isla de Nueva Zelanda, fue Josefa quien se llevó de la iglesia un bebé abandonado y lo dejó en el bosque, a sabiendas de que Frankie y Aurora formarían una familia.

Y durante el malhadado regreso de esa familia a Villarreal, fue Josefa quien, vestida con la gruesa ropa que usaba para disfrazarse, acudió al concierto de Frankie en la taberna, y después se escondió en un callejón, sabiendo que también podía haber un viejo músico al acecho.

—¿Entonces... a Alberto lo mató usted? —dijo Frankie.

—Dios me perdone.

—Se entregó.

—Era lo menos que podía hacer.

—Y fue a la cárcel.

—Diecinueve años.

—¿Por qué le disparó?

—Porque pensé que te haría daño. Sabía que podía llegar a ser violento. Lo había visto con mis propios ojos, y por eso me llevé un arma. Toda mi vida, toda mi existencia, consistía en protegerte, Francisco. Vi que corría hacia ti y disparé.

La vieja se tapó la boca como si el recuerdo aún la llenara de estupefacción. Por su piel llena de manchas rodaban veloces las lágrimas.

—Al final fue un acto de justicia. Es lo que siempre me digo. Lo que te quitó no se lo debería quitar nadie a ninguna otra persona.

—Mató a mi profesor.

—No solo a tu profesor —susurró—. A tu padre.



De repente Frankie no podía respirar.

—¿Qué me está diciendo?

—El hombre a quien llamabas el Maestro. En realidad se llamaba Carlos Andrés Presto, y era el marido de Carmencita. Llegó a ser el guitarrista más prometedor de toda Valencia, pero se quedó ciego durante la guerra, y cuando perdió a tu madre (y al bebé que esperaba, pensó él) se extravió a sí mismo.

—No puede ser verdad —susurró Frankie.

—Pues lo es. Pero cuando naciste sonaron las campanas de la iglesia, Francisco. Con Rafa Rubio, Dios te dio a un nuevo padre, y con el tiempo, aunque no lo supierais, te devolvió al de verdad. Fue el Maestro quien visitó a Rafa en la cárcel. Era de Rafa el dinero que usó el Maestro para mandarte a América. El mismo dinero que robó Alberto al empujar al mar al Maestro. Y

que le robé yo a Alberto una semana después: tanto dinero que me ha permitido vigilarte todos estos años. Todo está relacionado, Francisco. Hay un dicho romaní que siempre me repetía mi padre: «*Le duy vas xalaven pe*». «Las manos se lavan entre sí».

—¿Volvió a robar usted el dinero? —dijo Frankie.

—Hay pocos pecados que no haya cometido por haber jurado protegerte. Pero ¿qué más da? El mayor pecado fue el primero que cometí: abandonarte.

»Durante mis años en la cárcel, lo único que podía hacer era rezar para que no te pasara nada malo. Creía que nunca volvería a ver tu cara, pero ahora, por la Grada del Señor, has vuelto aquí para que pueda hacerte mi última petición.

—¿Qué quiere? —dijo Frankie.

Ella bajó la vista.

—Pedirte que me perdones.

Frankie dejó caer pesadamente la cabeza hacia atrás y se frotó las sienes. Era demasiado para asimilarlo. Se imaginaba constantemente escenas de las que no formaba parte: la muerte de su madre en una iglesia incendiada, la caída al mar de su maestro, empujado por otra persona, el robo a Alberto, y siempre, en todas partes, la presencia de aquella mujer, de aquella vieja derrotada y con un hueco entre los dientes que de algún modo había tirado de los hilos de su vida a la manera de unos dedos invisibles. Se sentía manipulado. Se puso lentamente en pie, mirando con hostilidad al apergaminado personaje que decía ser su guardián. Él no se lo había pedido. Aquella mujer había jugado con su vida, convirtiendo en mentira todo lo que creía saber.

—No —dijo—. No la perdono. Váyase. Ahora mismo.

—Francisco...

—Déjeme en paz. Para siempre. ¿Me oye? No la necesito. Nunca la he necesitado.

—No es verdad —susurró ella.

Frankie, sin embargo, ya se alejaba cojeando. Atrás quedaban la mujer, la guitarra y Francisco Tárrega.

Frankie no volvió al hotel. Tampoco comió nada. Vagó en trance hacia los límites de la ciudad y se sentó en la orilla del Mijares, cerca de la ermita. Su frustración era como un ardor dentro del pecho. Se imaginó lanzado al agua. Se imaginó a Rafa Rubio en el momento de encontrarlo. Se imaginó a la monja caída en desgracia, viendo que se lo llevaban desde el barro de los matorrales. ¿De quién era esa vida? La sintió como una ópera que llevara su nombre pero que no hubiera compuesto él.

Se quedó casi todo el día junto al río, cerca del antiguo molino de agua y de la escultura del pequeño pastor. Cuando el sol de la tarde perdió fuerza, entró en una iglesia pequeña, frecuentada en otros tiempos por los refugiados que se escondían en las cuevas.

Dentro no había nadie. Se oyó el eco de sus pasos. Fue hasta el altar y lentamente se puso de rodillas. Por primera vez desde su infancia, abrió las manos para recibir algo más que una guitarra; y a pesar de la advertencia del Maestro de que «Dios no da nada», le pidió al Señor algún tipo de respuesta. De claridad. De paz.

Se mantuvo a la escucha, esperando. Mis hijos siempre esperan un sonido.

Solo oyó el silencio.

Tal como había predicho su profesor.

Se levantó despacio y regresó a la ciudad.



La última velada del certamen se celebraba en el auditorio municipal, con todas las entradas vendidas. Frankie llegó exhausto. No llevaba su entrada. Rodeó el edificio, familiarizado, como todo músico, con las entradas y salidas de artistas, y encontró una puerta por la que colarse. Vio a músicos al fondo del pasillo, preparándose. Reconoció a Kai, con un vestido rojo que había sido de Aurora.

—¡Papá! —Kai se acercó corriendo—. ¿De dónde vienes?

—Estás guapísima.

—Me tenías muy preocupada.

—He ido a dar un paseo.

—¿Te encuentras bien? Estás muy sudoroso.

—Sí, muy bien. Tú no pienses en nada que no sea tocar.

—¿Ya has encontrado tu butaca?

—Quizá me quedé aquí. ¿Te parece bien?

Kai le trajo una silla.

—Descansa, papá.

—Ve a prepararte, que estoy bien. Buena suerte.

Se fue por el pasillo.

Al cabo de unos minutos empezó el concurso. Frankie oyó la orquesta al otro lado de la pared, con subidas y bajadas de cuerdas y de vientos, y pasajes más sosegados en los que tocaban los guitarristas. Se acordó de la primera vez que había oído algo similar, de niño, entre las bambalinas de un teatro de Cleveland; el grupo de Duke Ellington. Pero ese asombro de la juventud ya no podía despertarlo. Tenía la vista clavada en sus zapatos, manchados de barro. Nunca había estado tan cansado.

Cuando llegó el turno de Kai, Frankie se acercó lentamente al lateral del escenario. Era la última concursante. Eligió dos composiciones de Tárrega, difíciles para la mayoría de los guitarristas, pero que en su caso habían formado parte de su infancia. Y me enorgullece poder decir que las interpretó sin tacha. La orquesta la seguía como si tocaran juntos desde hacía años. Cuando acabó, los espectadores asintieron enérgicamente y se pusieron en pie para aplaudir y dedicarle una ovación. Si los jueces se hubieran decantado por otro de los concursantes, es posible que el público se hubiera rebelado.

Cuando anunciaron su victoria, Kai se adelantó e hizo una reverencia. El orgullo que inundó a Frankie fue mayor del que hubiera sentido nunca por sí mismo. Llevaron a Kai al borde del escenario, y junto con el premio le entregaron dos ramos de flores.

—Muchísimas gracias —dijo ella por un micrófono, en un español perfecto—. Es un gran honor tocar las obras de un hijo de Villarreal, el gran Francisco Tárrega.

Más aplausos.

—Pero yo no sabría tocar ni una sola nota de guitarra sin otro hijo de esta ciudad. Me refiero a mi padre.

Los espectadores murmuraban. Kai se giró y le hizo señas a su padre, que no se lo esperaba y tuvo vértigo.

—Sal, papá, por favor.

Frankie sacudió la cabeza.

—Papá..., por favor...

Apretó los puños y los juntó en la espalda, a la vez que salía al escenario con la cabeza gacha. El público aplaudió.

—Les presento a mi padre, a quien es posible que conozcan más por el nombre de... Frankie Presto. Creció en esta ciudad, aquí aprendió a tocar.

Los aplausos se hicieron más intensos. Era una sorpresa. Frankie asintió con timidez, mirando a los espectadores. Cayó en la cuenta de que llevaba muchos años sin subir a un escenario.

—Papá, hoy nos ha traído alguien esto —dijo Kai, y señaló a un operario que se acercaba—.

Tu guitarra de cuando eras pequeño y vivías aquí. Es un milagro.

Frankie tragó saliva. No quería corregir a su hija. Tampoco contarle la verdad.

—¿Quieres que toquemos algo juntos?

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el público empezó a animarlo a gritos. Kai le dio la guitarra. Alguien le acercó una silla. Otro, un taburete. Se fueron enseguida y dejaron solos al padre y la hija. Kai se sentó y apoyó la guitarra en la rodilla. Luego sonrió y le hizo señas a Frankie de que la imitase. Él hizo que no con la cabeza. Kai, que sí.

—Papá —susurró—, es hora de volver a tocar.

Frankie seguía quieto y perplejo. Al final se sentó al lado de Kai. Se hizo el silencio en la sala. Hasta los pocos que tosían tuvieron que callarse. Frankie colocó la vieja guitarra como un millón de veces, pero de repente no podía dejar de tiritar. Tenía la garganta seca. Lo veía todo borroso. Se le agarrotaron los dedos. Kai lo miró con cara de preocupación. Entonces él cerró los ojos y vació los pulmones. Mientras se le hundía el pecho, oyó la voz de su profesor —su padre— en un último recuerdo.

—¿Cuándo acabaré de aprender música, Maestro?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Nunca sabrás todo lo que se puede saber. Aprenderás hasta tus últimos días, y luego inspirarás a otra persona. Es lo que hacen los artistas.

—¿Qué significa «inspirar»?

—Que harás que a alguien le guste la música de la misma manera que a ti.

—¿Y querrán tocar como yo?

—Puede ser.

—¿De verdad que puedo?

—Si hablas tanto, no.

—Lo siento, Maestro.

—En inglés.

—I am sorry.

—Bueno, vamos, empieza.

Frankie puso los dedos en las cuerdas y miró a su hija.

Empezaron.

Era un dueto de Tárrega, lleno de vida y de dulzura, que habían tocado muchas veces a lo largo de los años. Se titulaba Adelita. Las cuerdas de Frankie se fundían con las de Kai, a veces como apoyo y acento, otras como voz principal. Los dos se balanceaban un poco y se acordaban de cuántas veces habían tocado la misma pieza detrás de su casa de la isla.

Al final de la pieza dejaron que se apagarán las últimas notas antes de bajar las manos a la vez, como si lo tuvieran ensayado. El público aplaudió a rabiar. Frankie estaba pletórico. Hasta los músicos se levantaron en señal de admiración. Fue el último grupo del que formó parte Frankie Presto.

Pero no su última canción.

Kai tendió la mano hacia él. El público, encendido, quería más. Kai le dio a su padre un beso en la mejilla y se apartó, diciéndole en voz baja:

—Ahora tú. Algo para mamá.

Frankie vio que bajaba del escenario. Volvió a sentarse y respiró con más tranquilidad. Había comprendido que solo quedaba una canción por tocar.

Lágrima.



La muerte no tiene oídos. Lo escribió alguien a la muerte de Tárrega. Si los tuviera, no habría podido robarle su música al mundo.

Esa noche, mientras Frankie Presto tocaba, el mundo volvió a oír algo que solo podía ser ignorado por la muerte. Frankie estuvo vinculado a mí de una manera que muy pocas veces se da, desde dentro, es decir, que ya no tocaba las notas de la canción, sino sus lágrimas, las que habían brotado de los ojos de Tárrega al componerla, y rodado por las mejillas de Carmencita al tararearla, y cuajado tras las gafas oscuras del Maestro al darse cuenta de que había transmitido mi belleza al hijo de un sardinero.

Jamás el mundo había presenciado un vínculo tan fuerte entre música y memoria. Al llegar a la última estrofa de *Lágrima*, Frankie miró de reojo hacia las bambalinas y vio que su hija se tapaba la sonrisa. Después reconoció tras ella a la vieja, Josefa, con la cabeza inclinada.

Se la quedó mirando hasta que Josefa levantó la vista, con la tristeza de toda una vida rechazada. En cierto modo, todo lo que conocía se lo había dado esa mujer: su padre, su esposa, su hija, su perro, su bienestar, su salud y su música. En una ocasión, le había dado la espalda, sí, pero lo mismo había hecho él negándole hasta la honra del perdón.

Dejó de tocar y, mientras era observado con curiosidad por los espectadores, se levantó despacio y elevó la guitarra hacia la vieja como si se la sacrificase. En lo más hondo de su ser, Frankie oyó la voz que había esperado oír esa tarde en la iglesia.

Y supo qué hacer.

—Sí te perdono, buena mujer —dijo—. Y te doy las gracias.

—¿Tú las gracias, a mí? —susurró ella.

—Por mi vida.

Frankie miró a su hija.

—Mi vida entera, que ha sido increíble.

Josefa separó un poco los labios, momento en que guardó un extraño parecido con su padre, el gitano que tiempo atrás le había hecho el regalo de unas cuerdas mágicas. Mientras cerraba los ojos apaciblemente, se tapó con la capucha y de repente se apagaron todas las luces de la sala, como cuando se sopla una vela. Frankie oyó cortarse las respiraciones y, al bajar la vista, vio una línea delgada y luminosa.

La primera cuerda se había vuelto azul.

Creuyendo que era el colofón final, el público empezó a aplaudir con todas sus fuerzas. De repente, en medio de la oscuridad, Frankie sintió una gozosa dejadez, una pérdida de fuerzas y preocupaciones, como si alguien lo desenchufara del peso de este mundo. Ahora entendía que las

cuerdas contenían vidas, sí, pero que no se volvían azules por efecto de su música, sino de su corazón.

Mientras crecía la ovación, levantó la cabeza y vio en lo más alto de la sala los espíritus del Maestro, Rafa y Aurora, que le hacían señas. Levantó las manos hacia ellos, al mismo tiempo que se le despertó un dolor dentro del pecho. La guitarra cayó al suelo.

Acto seguido, como ha explicado más de uno a las autoridades, pareció que subiera hacia el techo.

Voy a aclararlo. El cuerpo de Frankie no subió en ningún momento. Lo que subió fue su alma. Pero era tan grande el deseo del mundo de oír su formidable música —de retenerla, aunque solo fuera unos segundos— que por unos instantes su espíritu permaneció entre cielo y tierra.

En semejante forcejeo, solo hay un ganador posible.

Segundos después ya no estaba. Quedó solo su cuerpo, que cayó al escenario con un ruido sordo, como si se hubiera cortado el hilo de una marioneta.



Mirad qué hora es. Mirad la iglesia. Mirad a los portadores del féretro, discípulos todos de Frankie en algún momento, jóvenes de ambos sexos, con semblantes tristes y ropas oscuras. Al principio he dicho que esparciría el talento de Frankie en otras almas, pero ya lo ha hecho él. Está dentro de estos jóvenes que llevan su ataúd, y en los músicos de edad más avanzada que han hecho un viaje tan largo para despedirse, y en los millones de personas que han oído sus canciones o tratado de imitar su forma de tocar, y en los corazones de su hija, que lo adoraba, y de los hijos que tendrá ella, y de los hijos de esos hijos, y de los hijos de los hijos de los hijos que oirán la mejor interpretación de Frankie —y las risas de su familia— en cintas grabadas hace mucho, mucho tiempo.

Ahora os dejo para reintegrarme a mi eterna labor, la de esperar a los recién nacidos y sus manos diminutas que se abren.

¿Sabíais que años después de su muerte el cadáver de Francisco Tárrega fue exhumado para que pudieran trasladarlo más cerca de su ciudad natal? ¿Y que acudió expresamente el famoso guitarrista Andrés Segovia, presente al pie del ataúd en el momento en que lo abrieron? Al ver los despojos, Segovia lloró en homenaje al talento que tanta influencia había tenido sobre él.

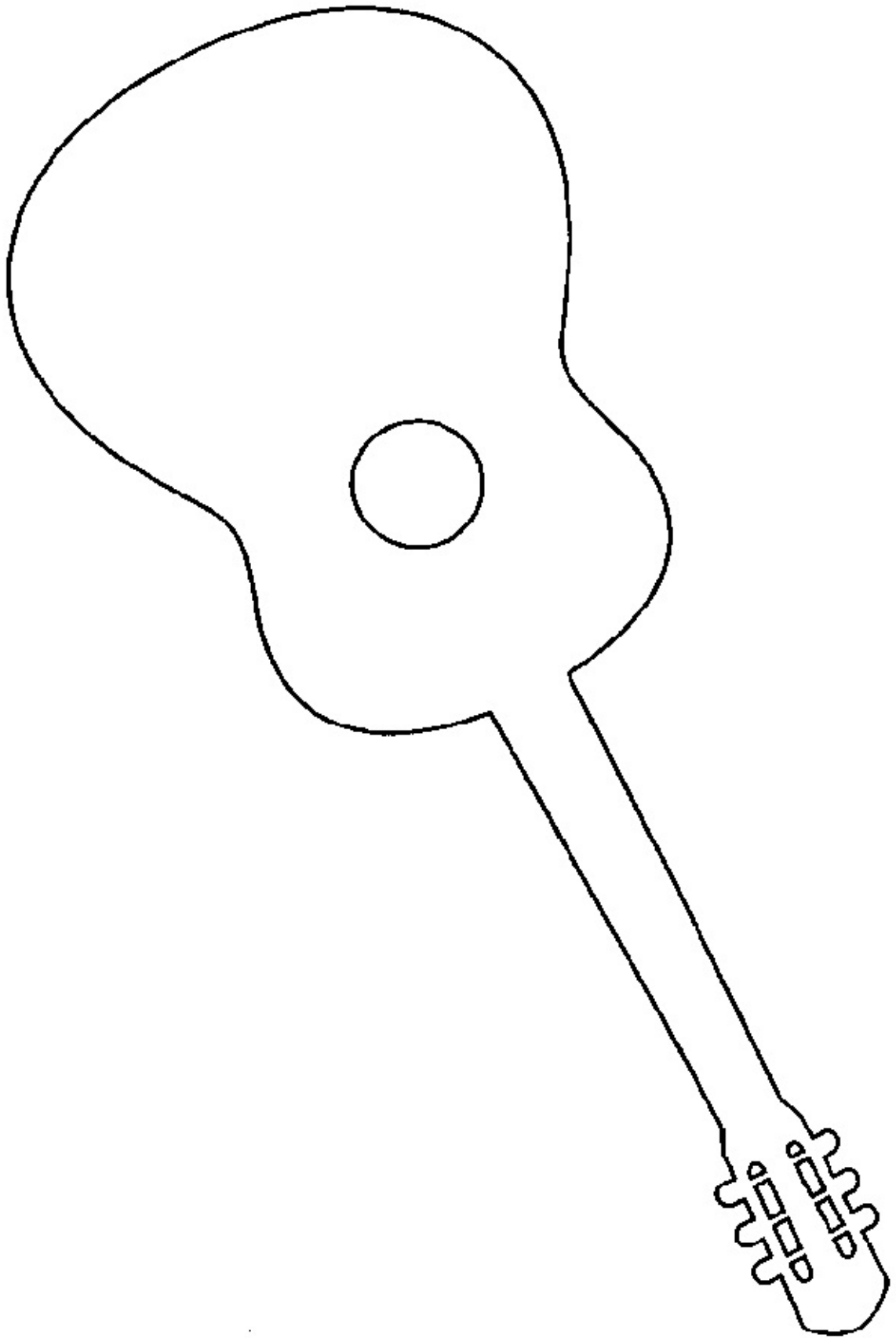
Para mí es un halago, pero ahora que me voy, bien estará que me confiese. No está en los huesos. Ni en los labios o en los pulmones. Ni siquiera en las manos. Soy la Música. Y la Música está en el vínculo entre las almas de los hombres, hablando en un idioma que no necesita palabras.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo. Y lo que tocas siempre influye en alguien.

A veces influye en el mundo.

La sinfonía de Frankie se termina.

Y por fin descansamos.



Agradecimientos

Hay muchos escritores que ponen en las últimas páginas: «Este libro no habría sido posible sin...». Es una buena costumbre, que voy a utilizar aquí.

Lo que ocurre es que en esta novela lo de «no habría sido posible sin» es literal, debido a la gran cantidad de artistas que me han permitido coser a Frankie Presto en sus vidas reales. Han tenido la confianza de dejar que escribiera con sus voces, y asignara un universo alternativo a sus historias personales; por eso, además de agradecerse, me siento en la obligación de añadir unas cuantas palabras especiales:

Marcus Belgrave. Era un tesoro. La última vez que hablamos fue para charlar del libro, y su papel dentro de él. Marcus estaba en la consulta de un médico, pero tan alegre como siempre, y dando ánimos, como de costumbre. Falleció a los pocos meses. Echaremos de menos su trompeta. Era una parte enorme del legado jazzístico de Detroit.

Darlene Love. *Today I Met the Boy I'm Gonna Marry* fue la canción que cantó mi mujer el día de nuestra boda. Hace años que no puedo resistirme a la música de Darlene. Su biografía es increíble. Probablemente Frankie hubiera hecho bien en darle un beso cuando tuvo la oportunidad.

Burt Bacharach. Ya hace lo suyo que nos conocemos, y es igual de elegante que su música. Estamos hablando de uno de los mejores compositores del siglo XX, capaz de ponerle melodía hasta al listín telefónico. Que una misma persona pueda haber compuesto *Baby It's You* y *I Just Don't Know what to Do with Myself* supera mi capacidad de comprensión. Mi más profundo agradecimiento por su participación.

Roger McGuinn. La humildad con que se toma ser tan buen guitarrista me ha servido de inspiración para Frankie. Roger es una historia ambulante del *rock*. La anécdota sobre los Beatles —y sobre la fiesta— es verídica. Y me he dejado *la jam session* que hizo en un apartamento con Eric Clapton y Jimi Hendrix. Roger también ha tocado con nuestro grupo, The Rock Bottom Remainers, como demostración del viejo dicho sobre las perlas y los cerdos.

Lyle Lovett. Nos conocimos hace algunos años y entablamos amistad. Siempre me han encantado su música y sus letras. La primera palabra que se me viene a la cabeza al oír canciones, como *Her First Mistake* o *God Will* es *clever* (inteligente). Por eso he puesto el nombre de The Clever Yells a su grupo ficticio. La humildad de Lyle está a la altura de su talento. Me dijo

enseguida que sí a esta historia. Para mí es muy importante su confianza.

Paul Stanley. A Paul no lo conocía antes de este libro. Tuvo la amabilidad de recibirme en su casa y contarme un sinfín de anécdotas sobre el *rock*, como la de las pruebas para entrar en KISS. (Lo de «dar el paso de salir con alguien a casarte» es una cita literal). Paul es poético, reflexivo y amable. Se ha tomado muy en serio esta novela, y ha revisado con mucho cuidado su encuentro con Frankie. Detrás de sus acordes estruendosos de guitarra hay un artista sensible y generoso con quien he contraído una deuda de gratitud.

Tony Bennett. Un tesoro nacional. Estuvimos sentados una tarde entre bambalinas mientras él imaginaba lo que le diría a un músico que hubiera tirado la toalla. Yo lo entretuí con su «encuentro» en Londres con un Frankie herido. Si alguien es capaz de inspirar un regreso a la música, es Tony Bennett. Escuchad cómo canta *Lost in the Stars* y me comprenderéis. Le tengo mucho cariño, y me enorgullece decir que somos amigos.

Wynton Marsalis. Wynton y yo somos colegas desde la época en que su grupo nos retó a mis compañeros de radio y a mí a un partido de baloncesto. Nos machacaron. (¿Cómo íbamos a saber que los músicos de *jazz* sabían encestar?). Wynton dijo enseguida que sí a su inclusión en la novela, y después de leer su episodio con Frankie me transmitió su entusiasmo por sms. En el *jazz* no hay una fuerza musical que pueda compararse con este hombre. Estoy seguro de que al llegar al mundo pegó un buen agarrón con las dos manos.

Ingrid Michaelson. Nos conocimos y le presenté la idea al mismo tiempo, todo en una mañana en Nueva York, a primera hora. Tenía que tocar antes de que le hiciera efecto el café. Al verla con tanto talento, ingenio e inteligencia, me pareció una alumna perfecta para el Frankie mayor. Para haceros una idea de su increíble abanico de talentos, escuchad *Far Away* y luego *How We Love*. Podría haberle enseñado un par de cosas sobre composición al señor Rubio.

John Pizzarelli. Al haber sido John la primera persona con quien hablé para este libro, es lógico que también sea el último invitado. Ejemplo de fusión de un músico con su instrumento; tiene una manera de tocar tan natural como contagiosa. Hace tiempo que somos amigos, y es tan generoso y humilde que no me extraña que fuera capaz de dar la vuelta al mundo para conseguirle a Frankie las cintas de *The Magic Strings of Frankie Presto*. Para mí es un héroe. Por eso ha sido tan divertido convertirlo en un héroe sobre el papel.

Por lo que respecta a la creación del libro, tengo que empezar por mi estancia en España. No podría haber soñado con mejor investigadora y traductora que Marta Armengol Royo, toda precisión y entusiasmo. En cuanto a Jacinto Heredia, nuestro historiador en Villarreal, ha sido una fuente de conocimiento y de anécdotas de un valor incalculable. (En efecto, el que le enseña a Frankie los recuerdos de Tárrega en el libro es él. Es lo mínimo que podía hacer en pago por su ayuda). Los maravillosos habitantes de Villarreal, la exposición sobre Tárrega en el museo municipal y la basílica de San Pascual han sido todos esenciales para ambientar y dar alma a los orígenes de Frankie. Es una ciudad fantástica, que aconsejo encarecidamente visitar. (Muchas gracias a mi editorial española, Maeva, por haber organizado la visita). Acercándome ya más a casa, no se le puede escatimar ningún mérito a Karen Rinaldi, mi editora, correctora y ángel en Harper-Collins, por haber creído en un libro que al principio es difícil de explicar, ni a Brian Murray, Michael Morrison y Jonathan Burnham, por su beneplácito. En esta etapa de mi trayectoria, la familia Harper me ha hecho sentirme como en casa. Se lo agradezco a todos, y en

especial a Milan Bozic (otra bonita portada), John Jusino, Leah Carlson-Stanisic, Josh Marwell, Doug Jones, Brian Perrin, Leah Wasielewski, Stephanie Cooper, Kathy Schneider, Hannah Roninson (¡yupi, se acabaron las correcciones!) y Leslie Cohen (por sus esfuerzos, pasados y futuros, para llevar al mundo la historia de Frankie).

Ya hace casi treinta años que tengo a David Black como agente literario y amigo, o sea, que supongo que la cosa funciona. Antonella Iannarino es un recurso inapreciable en un millón de aspectos. Susan Raihofer se está ocupando de que Frankie dé la vuelta al mundo. Gracias también a Sarah Smith y Jenny Herrera.

Es increíble lo que ha llegado a investigar para este libro Jo-Ann Bamas, desde hablar con guitarristas a indagar en el repertorio de Django en 1946. A través de sus esfuerzos debo dar también las gracias a John Alvarado, de la Indiana Society of the Classical Guitar, al personal del Hank Williams Museum de Montgomery, Alabama, a Amy Hauser, de Maersk Line (por todos los barcos en los que navega Frankie), a Kay Mac Connachie, del Michigan Hand and Sports Rehabilitation Center, a Ian F. Hancock, de la Universidad de Texas en Austin, y William A. Duna, de Minnesota (por sus conocimientos sobre cultura e historia de los gitanos), a los Vietnam Veterans of America, a Gordy Lupo, de Gordy's Music, en Femdale, Michigan, a Joshua Bronnenberg, director del museo del Ryman Auditorium, y Brenda Colladay, conservadora de este último, a Lawrence J. Delonnay, pastor de la iglesia católica de Our *Lady* of the Lakes, en Waterford, Michigan, a sor Dianne Short, de la orden de Santa Clara en Cincinnati, a Russell Barber, de Westland, Michigan, y a Mary Kay Slusher, de la oficina de prensa y comunicación del departamento de Sanidad y Hospitales de Louisiana.

Un agradecimiento especial a Vito Lafata, estupendo guitarrista, que se ha leído el libro como mínimo tres veces, y me ha asesorado con sus conocimientos. Gracias de viva voz al personal de Republic Records, sobre todo a Avery Lipman y Torn Mackay, que vieron un auténtico contrato discográfico para el *Magic Strings* de Frankie Presto. Kevin y Robbie Martin son personas reales que hacen que cualquier visitante de la isla de Waiheke esté a gusto. Mi profunda gratitud a todos los personajes públicos que, de forma esperada o inesperada, aparecen en la historia de Frankie. Todos los retratos, desde Django hasta Elvis, pasando por Little Richard y Hank Williams, nacen de una honda admiración a su talento.

Pasemos al equipo de la casa: Kerri Alexander se asegura de que esté todo siempre bien atado. Marc Rosenthal, Rosey, hace malabarismos inverosímiles para que tenga yo tiempo de escribir. Mendel lleva los números, pero sigue siendo, con el debido respeto, un vago. Chad Audi se mantiene como ejemplo de que por muy creativa que pueda ser una persona, no hay legado más extraordinario que ayudar a los demás. Trisha, Rick, Ali y Jesse le han dado a Frankie sus primeras reseñas. Como siempre, la mayor gratitud le corresponde a mi familia, que ya soportaba mi música mucho antes que mis textos: papá. Cara, Peter, todos mis tíos, tías y primos, y mi madre, que se fue al cielo durante la redacción de este libro, permitiéndome empatizar con Frankie y Carmencita.

También tengo que dar las gracias a todos los grupos en los que he estado a lo largo de mi vida, por enseñarme que un grupo, para bien y para mal, funciona como una familia. (Cabe citar entre ellos a The Crystal Reflection, The Lucky Tiger Grease Stick Band, los de la universidad. Streetwise, The Rock Bottom Remainers y aproximadamente una docena de cuyos nombres ya ni me acuerdo).

Por último, como de costumbre, mi más profunda gratitud a Janine, mi niña del árbol, que ha escuchado todas las notas de esta novela a través de la voz de su autor, muy inferior a Frankie, y se las ha oído leer sentada en un sillón, mientras nos mecíamos los dos al ritmo inconfundible de la narración.

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a personas, hechos, establecimientos, organizaciones o lugares reales tienen como único objetivo dar sensación de autenticidad, y se usan de manera ficticia. Los demás personajes, incidentes y diálogos proceden todos de la imaginación del autor, y no deben entenderse como reales.

Agradecemos la autorización para reproducir las siguientes canciones:

A House Is Not a Home (de la película *A House Is Not a Home*), escrita por Burt Bacharach y Hal David. © 1964 Sony/ATV Music Publishing LLC. Derechos administrados por Sony/ATV Music Publishing LLC, 424 Church Street, Nashville, TN 37219. Derechos reservados. Reproducción autorizada.

Jonah, letra y música de Paul Simon. © 1978, 1980 Paul Simon (BMI). Derechos reservados. Reproducción autorizada.

Just Waitin', escrita por Hank Williams Sr. y Bob Gazzaway. © 1951 Sony/ATV Music Publishing LLC. Derechos administrados por Sony/ATV Music Publishing LLC. 424 Church Street, Suite 1200, Nashville, TN 37219. Derechos reservados. Reproducción autorizada.

Lost in the Stars, letra de Maxwell Anderson y música de Kurt Weill. © 1946 (renovado) Chappell & Co., Inc., y Tro-HampshireHouse Publishing Corp. Derechos reservados. Reproducción autorizada por Alfred Music.

Lost in the Stars, del musical *Lost in the Stars*, letra de Maxwell Anderson y música de Kurt Weill. TRO—© 1944 (renovado) 1946 (renovado) Hampshire House Publishing Corp., Nueva York, NY, y Warner/Chappell Music, Inc., Los Ángeles, California. Derechos exclusivos para todo el mundo. Fabricado en Estados Unidos. Derechos reservados, incluida su interpretación en público con ánimo de lucro. Reproducción autorizada.

Nature Boy, de Eden Ahbez. © 1948, 1976, 1995 David J. Janowiak DBA Golden World Music. Reproducción autorizada.

Parlez-moi d'Amour, de Jean Lenoir. © 1930 Société d'Éditions Musicales Internationales, *copyright* renovado. Derechos reservados. Reproducción autorizada.



MITCH ALBOM es un escritor, guionista y periodista conocido internacionalmente. En todo el mundo se han vendido cuarenta millones de ejemplares de sus libros, *Martes con mi viejo profesor*, *Las cinco personas que encontrarás en el cielo*, *Un día más*, *Ten un poco de fe*, *El guardián del tiempo* y *Llamadas desde el teléfono del cielo*.

Gran amante de la música, muy joven aprendió a tocar el piano de manera autodidacta y fue miembro de varios grupos musicales. En *Una música prodigiosa* hace un emotivo homenaje a la música y confirma una vez más su original talento para escribir historias que conectan con los lectores.